



**No es amor,
es diciembre**

Susanna Herrero

No es amor,
es diciembre

Susanna Herrero

© Susanna Herrero

1ª edición, noviembre de 2018

Imágenes de portada: Fotolia y Pexels.

Diseño de cubierta: Adyma Desing

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Para todos aquellos que me habéis pedido esta historia.
Para todos aquellos que habéis sido el empuje que
necesitaba para ponerme a escribirla.*

Índice

Sinopsis

Prólogo

Mama, just killed a man
Put a gun against his head. Pulled my trigger, now he's dead
Mama, life had just begun
But now I've gone and thrown it all away
Mama, ooh. Didn't mean to make you cry
If I'm not back again this time tomorrow
Carry on, carry on, as if nothing really matters
Too late, my time has come
Sends shivers down my spine. Body's aching all the time
Goodbye everybody. I've got to go. Gotta leave you all behind and face the truth
Mama, ooh (anyway the wind blows). I don't want to die. Sometimes...
I sometimes wish I'd never been born at all.
I see a little silhouetto of a man
Scaramouch, scaramouch will you do the fandango
Thunderbolt and lightning very very frightening me
Gallileo, Gallileo, Gallileo, Gallileo, Gallileo Figaro. Magnifico
But I'm just a poor boy and nobody loves me
He's just a poor boy from a poor family
Spare him his life from this monstrosity
Easy come, easy go, will you let me go
Bismillah! No, we will not let you go. Let him go. Bismillah! We will not let you go. Let
him go. Bismillah! We will not let you go. Let me go
Will not let you go, let me go (never)
Never let you go, let me go. Never let me go, ooh. No, no, no, no, no, no, no
Oh mama mia, mama mia, mama mia let me go
Beelzebub has a devil put aside for me
For me. For me
So, you think you can stone me and spit in my eye
So, you think you can love me and leave me to die
Oh, baby, can't do this to me baby
Just gotta get out, just gotta get right outta here
Ooh, yeah. Ooh, yeah
Nothing really matters. Anyone can see. Nothing really matters, nothing really matters to
me. (Anyway, the wind blows)

Agradecimientos

Susanna Herrero

Sinopsis

Adam Wallace es abogado. No le gustan los químicos.
Ariadna Cabana es química. No le gustan los abogados.

Ella tiene cuatro hermanos y unos padres con los que mantiene una gran relación.
Él... sobrevive, pero arrastra los fantasmas de aquello que sucedió tantos años atrás.

Adam y Ariadna se encuentran.
Ella no ve que él tiene el pelo ondulado y alborotado, unos ojos marrones muy expresivos y una bonita sonrisa; solo ve una diana para su desahogo.
Él no entiende una palabra de lo que ella dice; solo ve a una española rubia con demasiado carácter.

Él ama la música sobre casi todas las cosas.
Ella considera que la música no es más que ruido.

¿Solución?
Cinco citas con un único posible desenlace: que ella aprenda a amar la música y acostarse juntos una única vez.

¿Qué puede salir mal?
Todo.

Prólogo

por Alejandra Beneyto

No soy objetiva. Ni con Susanna, ni con el mundo de Sara Summers, ni con Adam. Ni tampoco con Ariadna.

Hace justo un año que los chicos del *Crowden* se cruzaron en mi camino, y con ellos su creadora, que ahora es una constante en mi vida, aunque esa es otra historia. Vi a esos personajes crecer, como todo aquel que haya vivido la experiencia que es leer la tetralogía de Los Saltos de Sara. Ahí conocí a Adam Wallace. Ahí lo vi perder, deshacerse y resurgir. Ahí entendí que era especial, diferente, y que teniendo a Sara y Oliver no necesitaría más en su vida.

No os voy a engañar: no lo vi apostando por el romance, no lo vi tejiendo otros lazos más allá de los que ya se permitía. Quizá porque jamás creí que en algún lugar existiera alguien a su altura, alguien que le plantara cara, alguien que rompiera sus esquemas y que al mismo tiempo lo ayudara a reconstruirlos.

Y entonces llegó Ariadna Cabana.

Y el mundo de Adam se redimensionó.

Os lo he dicho: no soy objetiva. Sin embargo, creo que habrá pocas personas que no cierren este libro con una de esas sonrisas que solo dejan las historias que de verdad llegan.

No es amor, es diciembre son páginas de emociones traducidas en palabras que te harán entender las decisiones y conflictos que atraviesan los protagonistas. Hay dolor, porque no negaré que el estómago se me ha encogido en alguna escena o diálogo, pero también hay risas. Hay retos y ganas de conocerse. Hay provocación y batallas. Hay amistad. Sexo. Discusiones. Reconciliaciones y ganas.

Creo que a muchos os pasará, viviréis esta historia como un viaje en el que acompañáis a vuestro mejor amigo mientras sus barreras caen para dejar entrar a esa única persona que conseguirá completar su camino.

Yo solo puedo deciros que os dejéis llevar. Que viváis la melodía de *Bohemian Rhapsody* vibrando en vuestros tímpanos. Que notéis en vuestra piel la lluvia que empapa las calles de Edimburgo hasta en pleno verano. Que experimentéis las reacciones químicas que hacen diferente esta novela. Que

cantéis, bailéis, viajéis. Que lloréis, si tenéis que llorar. Que os riais a carcajadas.

Que sintáis.

Eso es solo el principio de lo que este libro despertó en mí.

Os deseo la misma suerte.

Alejandra Beneyto.

♪ Prólogo ♪

Mama, just killed a man

Adam

En cuanto entro en el coche y cierro la puerta, no sin algo de esfuerzo a causa del viento, y miro hacia el frente, al cristal, me doy cuenta de que no puedo conducir en este estado. Sería una auténtica locura.

La tormenta de nieve que azota a Edimburgo desde el día de ayer se ha intensificado mientras hemos estado ahí dentro, resolviendo asuntos pendientes, y ahora la visibilidad es casi nula.

—No puedes conducir así, Adam.

La voz de mi conciencia se materializa en la persona que tengo al lado, sentada en el asiento del copiloto.

—Joder, ya lo sé —le digo, frustrado—. ¿Y qué hacemos?

—Solo hay dos opciones. Podemos quedarnos en el coche o volver.

—¿Volver? ¿A dónde? —le pregunto, a pesar de que conozco la respuesta de sobra.

—Volver ahí dentro —me dice, señalando, a lo lejos, el lugar del que acabamos de salir.

Joder. Volver ahí dentro. La idea me produce tanto rechazo como ansiedad y emoción. Quiero volver, pero no quiero volver. Sí, lo sé, soy un puto pirado. Pero llevaba años sin venir a este lugar y en los últimos meses he pasado demasiado tiempo aquí... Joder, solo de pensarlo, me estremezco. No sé si para bien o para mal. No acabo de acostumbrarme, y sé que no lo haré en mi puta vida.

El viento y la nieve son demasiado intensos y entra un frío de la hostia en el coche, ya de por sí congelado. Tenemos que salir de aquí. Y no hay más opciones.

—Está bien —acepto, sin saber muy bien lo que hago—. Salimos a la de tres. Uno —comienzo a contar con los dedos—. Dos. Tres.

Abrimos las dos puertas del coche a la vez y cerramos con sendos portazos que apenas se escuchan entre el ruido de la ventisca. Corremos de nuevo hacia el lugar que acabamos de abandonar, protegiéndonos del ataque

de la nieve con los gorros y las bufandas, hasta que por fin llegamos y podemos resguardarnos del todo del temporal.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —me pregunta mi acompañante después de cerrar la puerta del pequeño espacio de cuatro paredes. El sonido de su voz viene acompañado del eco que produce el lugar; me provoca un escalofrío que nada tiene que ver con el tiempo de fuera.

—Poco se puede hacer aquí —le digo, frotándome las manos para entrar en calor. Ninguna de las ocho capas que llevamos encima es capaz de hacerlo.

Lo otro, lo que no es frío, o hablando claro, el jodido mal cuerpo que tengo por estar donde estoy, no se quitaría ni aunque frotara durante horas.

—Podemos hablar —sugiere, acercándose a mí.

Le paso las manos por los hombros y le froto los brazos; se le nota el destemple a lo lejos.

—¿Entre tú y yo?

—Sí, es una opción. O también podemos hacerlo con ellos —me dice, señalándolos con la cabeza.

—No es buena idea.

La primera vez que hemos venido, hace más o menos una hora, no he sido capaz de decir nada. Ni una puta palabra. Y a mí no se me conoce por ser callado o introvertido. Es este lugar, que me supera como nada en la vida. Sé que, a partir de ahora, voy a venir más a menudo, pero ¿hablar en voz alta? No, no lo creo.

—¿Por qué no?

—Ya sabes por qué no.

—Pues tienes que hacerlo, Adam. Verás que todo es empezar. ¿Confías en mí?

—Ahora mismo no demasiado —le digo, entrecerrando los ojos.

—Pues deberías. Y ¿quieres saber una cosa? —No me da opción a responder—. Creo que voy a empezar a hablar yo. Antes no me has dejado decir nada.

—¿Y qué vas a decir?

—Todo. Voy a contárselo todo. ¿Lo haces conmigo?

Dudo durante unos segundos, o minutos. Me paso las manos por el pelo, como si eso fuera a darme la respuesta, y resoplo repetidas veces. Y, por acojonante que resulte, acabo claudicando.

—Joder, está bien. Pero empiezas tú.

—Bien. Allá voy.

—¿Sin filtros?

—Sin filtros.

—Joder.

♪ 1 ♪

Put a gun against his head. Pulled my trigger, now he's dead

Ariadna

La primera vez que vi a Adam Wallace me pareció un gilipollas. Lo siento, pero así fue.

Ni siquiera reparé en su aspecto. No me fijé en su pelo ondulado y alborotado, ni en sus ojos marrones tan expresivos, ni en esa sonrisa tan bonita que le llega hasta los ojos.

No, no me percaté de nada de eso. Adam Wallace fue solo la guinda de un pastel desastroso de un día bastante... complicado.

El *pseudonovio* / compañero de estudios de la universidad / *follamigo* (perdón por la expresión) / chófer de mi compañera de piso, June, la había dejado. Dio por finalizado su rollo de *pseudonovio*, compañero de estudios, *follamigo* y chófer —sí, todo a la vez, de golpe y porrazo—, por una tía que se le había cruzado en el trabajo y que lo había vuelto loco. Se había enamorado el chico, así, de la noche a la mañana, y, de la misma manera, cortó todo contacto con mi compañera.

Pero eso no fue lo peor del asunto. Lo peor del asunto fue que, al ser su chófer (y por chófer no me refiero a que el hombre fuera una persona que, por oficio, condujera un automóvil, sino a que se había creado una especie de rutina entre ellos por la cual él la pasaba a recoger en su coche a casa cada mañana), y que fuera todo tan... poco previsto, June había dejado su idolatrado (y ya extinto) CD de su grupo de música favorito de todos los tiempos, Coldplay, en el maldito coche.

CD que tenía allí desde hacía meses. CD que Sean, el susodicho *pseudonovio* / compañero de estudios de la universidad / *follamigo* (perdón, otra vez, ya no me disculpo más) / chófer, se negó a devolverle. Solo él conocía el motivo.

Y eso era inadmisible. En un mundo en el que la existencia del CD es casi inexistente, valga el uso excesivo de la palabra, aquello «era una reliquia

imposible de perder». Palabras de June, no mías, que, a mí, la música, plin; vamos, que no le daba importancia.

Pero como para ella sí era importante, «de vida o muerte», perfilamos un plan entre las tres para recuperarlo, June, April (nuestra otra compañera de piso) y yo. Un plan que, en apariencia, no requería de gran esfuerzo o habilidad, pero que se complicó hasta límites inesperados.

Lo reconozco, casi todo el guion fue cosa mía, y estaba bastante bien trazado; el hecho de que todo saliera al revés se debió a aspectos coyunturales, o a azares del destino, que queda más bonito. Yo lo tenía todo calculado al milímetro, pero no contaba con la espontaneidad del momento.

Y allí estábamos esa tarde-noche de comienzos del mes de junio, cuando poco quedaba de la luz del sol, enfrente del coche del *mamonazo mangante*, o Sean, un par de calles más allá de su casa. Y digo junio porque lo decía el calendario que, de lo contrario, yo no me lo creía, ¿cómo puede hacer tanto frío en un mes estival?

Lo primero a destacar de esa tarde-noche serían nuestros cabellos, el de mis compañeras y el mío. Esa era la primera parte de mi plan. June es rubia, como April, y yo tengo el pelo de color castaño. Pero, en aquella ocasión, June se volvió pelirroja; April, morena y yo, rubia de bote. Bueno, de bote, en realidad, no. Porque los tres tintes los había fabricado yo en el trabajo. Soy química y desarrollo mi ocupación en el departamento de fórmulas de una importante empresa de bebidas refrescantes. Las mezclas son lo mío, y no es por presumir, pero los tintes me quedaron perfectos.

¿Que por qué no compramos el tinte de pelo en una tienda? Fácil. Porque hubiera dejado demasiadas pruebas. Estábamos a punto de realizar una gran fechoría, mi primera gran fechoría, y, como he dicho, todo estaba calculado al milímetro. No podía haber pruebas; si algo había aprendido de las películas y de los libros de detectives, es que nunca hay que dejar huellas, y comprar tintes en la calle sería dejar demasiadas: ir a la tienda, pagar con tarjeta (porque me conocía, y conocía ya demasiado bien a mis compañeras de piso, y estaba casi segura de que hubiéramos pagado con tarjeta de crédito, dejando una clara huella de nuestro crimen), que te den un ticket, usar los tintes en casa, tirarlos a la basura... Uf, uf, uf, si es que hasta me sofoco de recordarlo...; no era una opción.

Y por eso mi plan era perfecto: limpio y sin daños colaterales. Sería como si el CD hubiera desaparecido como por arte de magia. Y ni rastro de nosotras.

—Venga, Ari, date prisa, joder —me dijo April, un tanto alterada.

Llevábamos —o yo llevaba— más de veinte minutos intentando forzar la apertura de la puerta del copiloto, pero nada.

—Mierda, nos van a pillar —añadió June.

Menos mal que soy bastante buena en lo que a la gestión de la presión se refiere, porque con ese par...

—¡Exacto! —continuó la otra—. Lo que no sé es si va a ser porque algún policía nos vea manipulando un coche y se acerque a preguntar qué ocurre, o porque se piense que estás aquí haciendo la calle —le dijo a June.

—Pero ¿qué dices?

—¿Qué digo? ¿Qué dices tú? ¿Me puedes explicar por qué has venido a delinquir con tacones de aguja y la ropa interior casi al descubierto?

—Ari dijo que no me pusiera zapatos planos, que, como nunca los uso, podría levantar sospechas.

—Ya, joder, pero de ahí a salir armada con los trece centímetros y la ropa para matar hay un mundo.

No les veía las caras, estaba demasiado ocupada en mi labor, pero, aun así, me imaginaba a la perfección las expresiones de los rostros de mis compañeras. June, mirándose de arriba y abajo con el ceño fruncido; April, negando con la cabeza y suspirando por el cansancio psicológico que ambas le provocábamos.

—¡Silencio! —grité segundos más tarde, puesto que seguían discutiendo—. Me estáis desconcentrando.

—«Fixing up a car to drive in it again. Searching for the water, hoping for the rain. Up and up. Up and up». —June comenzó a cantar. Rodé los ojos y seguí con mi tarea.

—Pero ¿qué es lo que sucede? ¿Por qué aún no has abierto el coche? —me preguntó April—. ¿Seguro que lo estás haciendo bien?

Levanté la mirada de la cerradura, aún con la ganzúa en la mano, para aclararle que no era tan sencillo como parecía en un primer momento. Y encima tenía las rodillas destrozadas. La otra seguía cantando.

—«Down upon the canvas, working meal to meal. Waiting for a chance to pick your orange field. Up and up. Up and up».

—¿Puedes dejar de cantar Coldplay, por favor? —le dijo la morena a la cantante—. Me estás poniendo nerviosa.

—Lo siento, estoy canalizando mis propios nervios. O quizás es por la anticipación de recuperar mi CD.

—June, hace solo tres días que no lo ves.

—Setenta y dos horas pueden hacerse muy largas.

—¡Esto es imposible! —exploté yo—. ¡Estoy siguiendo las instrucciones al pie de la letra, pero no funciona! ¡La puerta no se abre!

En ese momento, empezó el interrogatorio. Se alternaron entre la una y la otra.

—¿Y de dónde has sacado esas instrucciones?

Pues...

—¿Has ido a un taller de coches a preguntar?

No.

—¿De un libro sobre mecánica de la biblioteca?

No.

—¿Te lo ha explicado algún abridor de coches profesional?

No.

—¿Algún compañero con antepasados en la materia?

Joder. No callaban.

—Lo he mirado en Google, ¿vale? —reconocí.

—¿En Google? —me dijo June con ese tono de voz estridente que tan poco me gusta.

—Sí, escribí en el buscador «cómo abrir un coche sin tener la llave» y me estudié los pasos de la primera página que apareció.

Aunque comenzaba a pensar que algo se me había debido de olvidar...

—Mierda, esto pinta fatal.

Suspiré con resignación y me dispuse a continuar con mi labor, pero los gritos de June me interrumpieron.

—¡Quiero mi CD de Coldplay! ¡Devuélvemelo, maldito coche estúpido!

Observé con los ojos desorbitados, por la sorpresa, como June daba golpes con los tacones en una de las ruedas delanteras del coche a diestro y siniestro.

—¿Qué haces, loca?

—¡Quiero que me lo devuelva!

—¡Mierda! ¡Espera, espera! —gritó April con los brazos en alto.

—¿Qué pasa? —preguntamos June y yo al unísono; ella, sin dejar de golpear la rueda.

—¡Has pinchado la rueda!

«Ay, mi madre». No podía ser. ¡Era imposible! Me levanté, mostrando una mueca de dolor por la incomodidad de mis pobres rodillas, que llevaban

casi media hora contra el asfalto, y me acerqué a la rueda.

«La leche». Estaba pinchada.

—¡He pinchado una rueda! ¡Van a detenernos!

«Cambio de plan. Necesitamos salir de aquí pitando. Pero no sin el CD». Me pillé tal mosqueo —no me gustan los fracasos— que agarré con fuerza la ganzúa y comencé a golpear sin control la cerradura del coche.

¡Bang! ¡Bang!

—Ari, ¿qué haces?

¡Bang! ¡Bang!

—Pero ¿qué haces?

¡Bang! ¡Bang!

—¡Ari!

¡Bang! ¡Bang!

—April, creo que la hemos perdido.

¡Bang! ¡Bang!

El mayor inconveniente fue que, en una de esas batidas, golpeé, sin querer y sin poder evitarlo, también con muy buena puntería porque di en el punto exacto, lo que no era cerradura... hasta que el cristal de la ventanilla hizo *crash*.

«Ups».

Me detuve al momento.

—Joder.

—Shh —les dije a mis amigas entre susurros—, no quiero ni un movimiento brusco, ni un solo grito. ¿Entendido? No vayamos a asustarlo.

Me refería al cristal, sí. No se había roto. Aún. Se había convertido en una superficie rugosa compuesta por cientos de minicristales muy muy diminutos, pero que seguían unidos entre sí. Y aunque mi cabeza sabía lo que iba a pasar, me negaba a aceptarlo.

Pasó un segundo. Tensión.

Pasaron dos segundos. Tensión *in crescendo*.

Tres segundos. Tensión máxima.

No movíamos ni un músculo. Ni los de la nariz, porque no respirábamos. Era como si alguien hubiera accionado un botón de «pausa». Menos por nuestros corazones. *Bum, bum. Bum, bum. Bum, bum.*

Cuatro segundos. Tensión *descrescendo*.

Cinco segundos. Comenzamos a respirar.

Seis segundos. Me muevo un milímetro.

Siete segundos. ¡¡¡*CRASH!!!*

Pues sí. El cristal cayó. No del todo, pero se abrió un agujero enorme en el centro.

—¡Mierda! ¡Tenemos que largarnos de aquí!

—¡No, esperad! Ahora puedo recuperar el CD —nos dijo June.

—¿Estás loca? —le grité.

—Puedo meter la mano por el agujero y llegar hasta él.

—¡Ni lo pienses!

—Sé que puedo hacerlo. Confíad en mí.

Todavía no entiendo en qué momento aquello nos pareció una buena idea, pero allá que fue ella.

Y todo iba bien, iba realmente bien; June había introducido todo el brazo, hasta el hombro, por la hendidura y tocaba el CD con los dedos. Pero April gritó. Fue instintivo. Escuchó ruidos a la vuelta de la esquina... y gritó.

—¡Viene alguien!

June, también por instinto, encogió el brazo para sacarlo del coche a toda velocidad y sin darse cuenta de que estaba rodeada de cristales puntiagudos. Yo tampoco me di cuenta, ni pude gritarle «cuidado», porque no me percaté de la catástrofe. Estaba ocupada observando con atención la vuelta de la esquina, por la que, por cierto, no venía nadie, hasta que escuché los chillidos.

—¡Aaah! ¡Aaah!

Lo siguiente que vi fue el brazo destrozado de mi amiga. Tanto April como yo nos acercamos para auxiliarla, pero, entonces, me acordé de algo: April tiene pavor a la sangre. Verdadero pavor a la sangre. Y allí había demasiada.

—¡No mires! Oh, joder, ¡no mires! —le grité.

Pero... demasiado tarde.

—¿Eso... eso que se ve es el hueso? —me preguntó, blanca como el papel—. ¿Y qué es eso otro que le cuelga?

—No, no, no —Lo vi venir. Sabía, una vez más, lo que estaba a punto de ocurrir—. No, por favor. ¡April, ni se te ocurra desmayarte ahora!

Demasiado tarde, otra vez. La cogí al vuelo y pude controlar, de milagro, que no se estampara con la acera como un peso muerto. La dejé ahí tirada, jurando en todos los idiomas que conozco —dos—, y me incorporé de nuevo para atender a June.

Y lo más escalofriante de la escena que me encontré fue la actitud de mi

compañera de piso. No gritaba, no lloraba, no se quejaba del dolor.

—¿Estás bien? —le pregunté, aproximándome con cautela.

—Sí —me dijo con cara de flipada, como si se hubiera metido un par de alucinógenos o algo peor. Los ojos los tenía desenfocados, desorbitados por completo.

—¿No te duele?

—No.

No sé qué me daba más miedo, si su cara o su brazo.

—Vale, creo que estás en *shock*.

—Sí, creo que sí —me respondió con una sonrisa tan espeluznante que hubiera asustado hasta al mismísimo Darth Vader.

—Vale, sí. Vamos al hospital. Joder, pitando. ¿Puedes llegar hasta el coche? Está en la acera de enfrente. —Le señalé el coche de la novia de su hermano, un BMW Mini rojo y negro, que nadie de nuestro entorno habitual conocía (parte del plan), y observé alucinada como se movía hacia el lugar sin rechistar.

Me agaché para recoger a April, que seguía inconsciente en el suelo, y me dejé la espalda en incorporarla y llevarla hasta el coche. De hecho, a medio camino, no pude más y tuve que arrastrarla por la carretera. Literalmente.

Cuando la dejé tumbada en los asientos de detrás y cerré la puerta, miles de gotas de sudor surcaban mi rostro. Miles. Literalmente, otra vez. Vale, no, literalmente no.

—¿Quieres que conduzca yo? —me preguntó la pobre June. Joder, todavía le colgaba el trozo de piel.

—No —dije con demasiada efusividad—. Conduzco yo.

Di la vuelta al coche y me senté en el asiento del piloto.

«Vale, Ariadna, respira. Respira. Tienes un pulso de hierro. Está todo controlado. ¿Pulso de hierro? Ni siquiera sé si se dice así, pero no importa».

Alguien, desde la calle, dio golpes en el cristal. Salí del trance y, al ver que era June, bajé la ventanilla.

—¿Qué sucede?

—¿No conducías tú?

—Sí.

No entendí su pregunta hasta que miré al frente y vi que no había volante. Joder. Vale. Los británicos y su manía de hacer todo al revés. Abrí la puerta, me bajé, rodeé el automóvil de nuevo y, al fin, me senté en mi lugar. Respiré, le pedí las llaves a June, que ya se había puesto el cinturón, con una mano,

me puse el mío y arranqué. Sobra decir que todo lo que rodeaba a mi amiga estaba lleno de sangre. Vale, pues ya lo he dicho. También olía a sangre.

A mí no me molesta. No es más que agua, sales, proteínas, glóbulos rojos, glóbulos blancos y plaquetas. Todo ello junto. Lo que me tenía temblando era la posible reacción de June al verse así. Solo rezaba para que llegáramos al hospital con ella en ese extraño estado de tranquilidad.

Era la primera vez que cogía un coche desde que había llegado por trabajo, seis meses atrás, a la ciudad de Edimburgo. Soy más de andar o de usar el transporte público. Por supuesto, no tenía ni idea de cómo llegar al hospital más cercano, ni al más lejano, ya que estamos, por lo que mi supercompañera de piso en estado de *shock* traumático me fue guiando todo el trayecto.

—La siguiente rotonda a la izquierda.

«Muy bien. Muy bien, Ariadna. Vas genial. ¿Ves? Controlando la situación, como a ti te gusta. Esto está chupado. Llegamos enseguida al hospital, ya verás, buscamos un médico y van a curar el brazo de June sin que apenas se dé cuenta. Sí. Claro que sí».

Cogí la rotonda con tranquilidad y...

—¡¡¡Detente!!! ¡¡¡Detente!!! ¡¡Ariadna, por Dios!! ¿¿A dónde vas??

Pegué un bote por el sobresalto del grito, el corazón dejó de latirme y miré hacia los asientos de detrás.

—¿¿Qué pasa?? —le pregunté a April, que se había despertado de su inconsciencia y que fue quien me gritó.

—¡Nos vamos a chocar! ¡Estás cogiendo la rotonda al revés!

«¿Qué? ¡Ay, joder!».

Me detuve en seco. Sí, en medio de la rotonda. Instinto, otra vez. Los coches comenzaron a pitarme y por poco no colisionamos con uno que venía de frente. Con el corazón fuera del pecho, comprobé que mis amigas estuvieran bien. Debería decir que sí, pero es que June ni se movía. Ni se le alteró la respiración. Solo seguía como si estuviera disfrutando a tope con los alucinógenos. A saber lo que estaba viendo a su alrededor la pobre chica. El poder de la mente es... alucinante.

Bajé las ventanillas y, mientras nos movíamos para coger la dirección correcta, pedí disculpas a todo el mundo.

—Perdón. Perdón. Perdón. Perdón.

Y «todo el mundo» no dejaba de insultarme.

—¡Jodida loca!

—¡¿Es que acaso estás chiflada?!

Esos eran los educados, por decirlo de alguna manera. El resto de los insultos me los guardo.

—*¡Mujer tenía que ser!*

Ay, cómo me dolió aquello, pero no era el momento de montar una bronca. Tuve que tragarme las palabras que pugnaban por salir de mi boca y casi me enveneno.

Por suerte, llegamos al hospital sin más sobresaltos. Dejé el coche estacionado de cualquier manera en el minúsculo aparcamiento, ocupando al menos dos plazas —ya lidiaría después con ello— y ayudé a June a salir del coche.

—¡Un médico! ¡Necesitamos un médico con urgencia! —grité en medio de... urgencias, agarrando el brazo de mi amiga y poniéndolo en alto para que lo vieran bien, no fuera a ser que algún otro paciente con dolor de garganta se nos colara. Necesitaba dejar claro que nuestra situación era prioritaria.

Con lo que no contaba era con que April mirara, de nuevo, el maldito brazo y volviéramos al principio.

—¡No vuelvas a desmayarte! —le advertí.

—No puedo, no puedo. Sangre. Mucha sangre.

Llegó un enfermero con una silla de ruedas justo a tiempo para que April pudiera desplomarse. Otra señora me pidió que rellenara unos datos mientras se acercaba a examinar a June. Incluso ella puso cara de desagrado por las vistas. Y se supone que debía de estar acostumbrada a ver ese tipo de cosas, ¿no?

Cuando se llevaron a mi amiga para curarla, respiré de nuevo. «Joder con el puñetero plan limpio y sin daños colaterales».

Necesitaba tomarme algo fuerte.

Dejé a April medio desmayada en la silla de ruedas y me dirigí a la cafetería sin demora. No fue difícil encontrarla, había carteles que la anunciaban en cada rincón. Solo tuve que seguirlos.

—Hola —saludé, al llegar, a la camarera detrás de la barra, que tenía el mismo aspecto que mi abuela, rechoncha y canosa—, ¿tienes alcohol por ahí dentro? Necesito algo fuerte. Cualquier cosa, dame un chupito de lo que sea, pero que sea fuerte, por favor.

Me miró raro, frunció el ceño y se dio media vuelta. A continuación, me puso enfrente un vaso de plástico diminuto y lo llenó de un líquido naranja.

«¿Pero...?». Lo observé con atención y me lo acerqué a la nariz para

olisquearlo y comprobar si mis sospechas eran certeras. «¿Me ha puesto un maldito zumo de naranja?».

Levanté el brazo, con los nervios a flor de piel, para requerir su atención, porque no nos habíamos entendido, pero una voz conocida me llamó en ese momento.

—¿Ariadna?

Me giré desde el taburete donde me había sentado, intuyendo el rostro que me iba a encontrar al hacerlo.

—¿Pear?

Pear es la hija de una de las mejores amigas de mi madre de toda la vida y me había ayudado a instalarme en la ciudad cuando llegué. Morena, de pelo corto, bajita, con flequillo y con un marido que estaba bastante bueno, pero que era un poco... ¿cómo llamarlo? Tocapelotas. Sí, eso es, tocapelotas. Y eso que solo lo había visto en tres ocasiones. Y quiero aclarar que a mí no me había hecho nada, pero esas cosas se perciben. Daniel Summers, recordé que se llamaba.

Ahí fue cuando vi por primera vez a Adam Wallace. Estaba al lado del tocapelotas.

♪ 2 ♪

Mama, life had just begun

Adam

Mi historia con Ariadna Cabana comenzó con un calentamiento de huevos. De mis huevos, para ser más exactos. Los de la entrepiera. Tal cual.

Me encontraba en el ala oeste de la quinta planta del Hospital General de Edimburgo ya que, Sara Summers, mi mejor amiga, mi hermana, mi familia, una parte de mi otra mitad —eso no ha cambiado— acababa de dar a luz por cuarta vez. Sí, no me he confundido. Por cuarta vez. Ella y su marido, Oliver Aston, la otra parte de mi mitad, se habían casado once años atrás, después de una historia de amor de «ahora sí, ahora no» demasiado larga para relatar en estos momentos, porque me quedaría sin páginas —joder, qué puta guerra dieron—, y se habían propuesto como objetivo a medio plazo repoblar la tierra. O eso, o no conocían la existencia de los condones. Se supone que ambos son más inteligentes que la media, pero, reconozcámoslo, hasta los más listos han comido tierra en parvularios.

El caso es que los dejé un rato en la habitación con el nuevo miembro de la familia y aproveché para hacer un par de llamadas telefónicas. El parto de Sara se había adelantado dos semanas y nadie se imaginaba, ni de coña, que Aston-Summers número cuatro había nacido.

Me apoyé en el cristal al lado de las escaleras de emergencia, tenía una panorámica cojonuda de la ciudad, y marqué el primer número de teléfono; mi número tres en favoritos: el hermano mellizo de Sara, Daniel Summers.

Piii... Piii... Piii...

—¿Qué pasa, Wallace? —me contestó Daniel al tercer tono, aunque apenas podía oírlo. Se escuchaba a través de la línea de teléfono un caos de puta madre entre bocinas de coche, música y gritos.

—¿Dónde demonios estás? —le pregunté, apartándome el teléfono del oído.

—En un puto atasco. ¿Por qué?

Entendía las bocinas de coche si se encontraba en un atasco, pero ¿los gritos?

—¿Y los gritos?

—Esa es Pear discutiendo por teléfono con la compañía telefónica.

Pear es su mujer, y una de mis mejores amigas desde los nueve años. ¿Os acordáis? Nos criamos juntos en el internado. Nosotros dos y el resto de nuestros amigos: Sara, Oliver, Brian, Marco, Olivia, Natalie y Moira. Y el capullo de Daniel Summers, claro, pero él no es de nuestro grupo. Vale que está casado con Pear, que es el hermano de Sara, pareja de pádel y cuñado de Oliver y como un hermano para mí, pero no es de nuestro grupo. Hasta su mujer lo dice.

—¿Y la música? —insistí.

—Ese soy yo. Entre unos y otros me dan dolor de cabeza y necesito despejarme.

—¿A dónde vais a estas horas?

—¿Y a ti qué cojones te importa? ¿A qué viene tanto interrogatorio? — me preguntó a la vez que bajaba el volumen de la música. Entonces solo se escuchaban los gritos de Pear y las bocinas.

Oh, sí, Daniel Summers es... parte de mi familia, de la familia que formé paso a paso desde los nueve años, pero también es un tocapelotas insufrible. En eso no ha cambiado nada.

Me podía haber pasado varios minutos tocándole los cojones y mareando el asunto, solo por el placer de hacerlo, me gusta mucho cabrear a Daniel — es tan fácil...—, pero me dio pena. Por lo que, allá iba el bombazo; sin duda, no se esperaba para nada la noticia que estaba a punto de darle.

—Tu hermana está en el hospital.

Ya sabéis que Daniel tiene dos hermanas, Sara, la melliza, y Kate, seis años menor, pero él sabía a la perfección que me refería a la primera. A su niña bonita.

—¿Qué? ¿Qué le ha pasado? ¿Está bien? ¿Dónde está Aston?

Me descojoné de la risa por su última pregunta. La relación entre los dos cuñados tuvo un comienzo difícil y un desarrollo aún más escabroso, tan escabroso que duró desde los nueve años hasta los veintitantos, pero ahora son uno, aunque finjan no aguantarse.

—Nada, que ha nacido el bebé.

—¿Ya? ¿Cuándo?

—Hace seis horas.

—¿Seis horas? Y ¿por qué cojones no nos han avisado antes?

—Porque querían estar solos y disfrutar del momento con el nuevo miembro de la familia Aston.

—De la familia Summers, capullo. ¿Mi hermana está bien?

—Perfectamente. Lo tiene controlado ya.

—Joder, no me extraña. Oye, y eso de estar solos, ¿por qué?

—No preguntes, yo tampoco lo entiendo, ya sabes que siempre han sido raritos.

Oliver Aston y Sara Summers son mi vida, pero eso no quita para que reconozca que también son raros de cojones.

—Sí, y cada vez más. ¿Tú dónde estás?

—En el hospital —le dije socarrón.

—¿Desde cuándo?

Desde que había llegado, el sol se había ocultado por el horizonte y la ciudad se había llenado de luces de colores: farolas, edificios, coches. Llevaba bastante tiempo allí.

—Desde hace diez horas.

—Ya está el jodido caballito blanco otra vez.

—Estaba con ellos cuando Sara se puso de parto, idiota.

—No sé por qué no me sorprende. En fin, vayamos a lo interesante.

Sabía de sobra por dónde iban los tiros: el sexo del bebé.

—¿Lo interesante?

—Sí, venga, Wallace, dame una alegría y dime que ha sido otra niña.

Lo sabía. Los tres hijos anteriores de Oliver y Sara son niñas y, en los últimos nueve meses, las apuestas en ambas familias sobre el sexo del cuarto bebé se habían convertido en protagonistas indiscutibles. Los padres no quisieron saberlo hasta que naciera, por lo que estaba el entorno entero en vilo.

—Es una niña —le dije con una sonrisa auténtica en la cara.

—¡¡Sííí!! —comenzó a gritar, y escuché lo que creí ser golpes en el volante—. ¡Jódete, Aston! Voy volando, llego en diez minutos.

—OK. Habitación 523.

—Lo tengo.

Colgamos a la vez.

Durante los diez minutos siguientes, me dediqué a avisar a todo el jodido mundo de que la niña había nacido. La única persona que lo sabía era la madre de Olly, y fue porque tuvo que venir a casa para quedarse al cuidado

de las otras niñas. Mis niñas.

Cuando estaba a punto de regresar a la habitación, reconocí la silueta de Daniel saliendo del ascensor, seguido por su mujer. Al llegar a mi posición, Pear y yo nos fundimos en un abrazo, en uno pequeño, no soy yo de abrazos, por mejor amiga que sea, y con Daniel compartí varias palmadas en la espalda, como los buenos hombretones que somos, y un cruce de miradas de esas con el jodido brillo en los ojos, como los putos sensibleros en lo que respecta a los Aston-Summers que somos.

—¿Y vosotros dónde habéis dejado al niño? —les pregunté, de camino a la habitación.

Daniel y Pear habían sido padres por primera vez pocos meses atrás.

—En casa, con la niñera. Era nuestra primera noche libre en meses. Íbamos a ir a cenar y luego a un hotel a follar. Puto Aston, él lo sabía y estoy seguro de que ha provocado el parto de su mujer a propósito. Me la tiene jurada porque el mes pasado nos ganaron al pádel los del departamento de química de la universidad. Está de lo más escocido.

Oliver es astrofísico y trabaja como catedrático en la Universidad de Edimburgo. No ha mantenido buenas relaciones con los químicos desde que tengo uso de razón, es como una puta obsesión. No sé qué cojones le han hecho los pobres cerebritos cuatro ojos mezcladores y separadores de sustancias. ¡Que los deje vivir en paz con sus partículas y sus fórmulas!

Abrí la puerta, descojonándome de la risa por el comentario de Daniel, y les cedí el paso a los nuevos visitantes. Pear fue volando a abrazar a su mejor amiga y Daniel fue directo a Oliver.

—¿Qué pasa, cuñado? —le dije, dándole un golpe en la espalda que pretendía ser un saludo informal, pero que resultó ser más un abrazo—. Ya me han dicho que has vuelto a liarla. No sabes hacer pitos. Yo esto ya lo vaticiné.

—Que te den, Summers.

—Que sepas que me has hecho ganar quinientas libras.

—¿Quinientas libras? ¿Estás de coña?

—¡Qué va! Todo el mundo ha apostado por un niño. Hay que ser imbécil, pero yo sabía que no ibas a fallarme, tienes la peor puntería del mundo.

—O la mejor —lo defendió su mujer.

—Ya está la otra, sacando la cara por el rubiales.

—Ven aquí y dame un beso, idiota.

Daniel se acercó a su hermana, semirrecostada en la cama, y le dio un

beso en la mejilla. Se comunicaron con los ojos y ambos sonrieron confidentes. Después, Daniel se giró hacia su mujer, que tenía a la pequeña Isla —así se llama la niña— arropada entre sus brazos.

—Pear, déjamela.

—Ahora te esperas, que la tengo yo.

—¿Por qué la has cogido antes que yo?

—Porque sí.

—Yo he sido el primero en cogerla, después de su madre —les dije con orgullo.

—¿Antes que el rubio? —preguntó Daniel, refiriéndose a Oliver.

—Claro.

—¿Y cómo es eso? ¿Se ha desmayado al ver que, otra vez, no había *pitilín*?

—No, ha sido porque se me ha puesto en los cojones.

—Adam —me reprendió Sara por la palabrota.

«Mierda, joder, es que me salen solas, coño».

Al cabo de cuarenta minutos, la habitación se llenó de gente. Era agobiante; se me había olvidado. Pensándolo mejor, no me extrañaba nada que Oliver y Sara hubieran avisado seis horas después del nacimiento de la niña.

Abracé al padre de Sara y a los de Olly, que también eran los míos. Lo habían sido desde el instante en que, por azares del puto destino, de la puta vida, o de que en el reparto de palitos a mí me tocó el más corto, me quedé solo de la noche a la mañana. Y lo digo de manera literal, porque una noche me estaba despidiendo de mi familia y al día siguiente no había familia.

No quedó nada.

Tan solo un crío con los dieciocho años recién cumplidos que pasó de estar en clase de literatura a encontrarse en un puto pozo sin aire, sin luz y sin salida. Solo. Asustado. Tembloroso. También drogado y alcoholizado en algunos momentos, lo reconozco. Quizá en demasiados momentos.

Y me hubiera quedado allí para siempre si no hubiera sido porque Sara, con la ayuda de Oliver, me sacó de allí. Ellos eran lo único que me quedaba, y menos mal que me di cuenta. O mejor, que me lo hicieron ver, porque no me da vergüenza reconocer que, sin ellos, lo más probable es que me hubiera destrozado por dentro a base de alcohol y drogas o que me hubiera estampado la cara contra el puto asfalto después de haberme tirado por un puente.

No hubiera sobrevivido. Llamadme cobarde, débil, niño, lo que

preferiréis. Quise morirme. Y esa es la puta verdad. Pasé de ser un chaval alegre, vital, con toda la vida por delante, a convertirme en un ser inerte que tenía demasiado miedo a volver a amar.

Pero había personas a mi alrededor que no estaban dispuestas a dejarme ir a la deriva, y ahí entraron los padres de ellos, de mis dos pilares. El padre de Oliver se ocupó de la administración de la herencia y el despacho, el padre de Sara me dio un hogar en el que vivir y la madre de Oliver, el amor y el calor de una madre. Estoy muy agradecido por ello, de verdad que sí, pero no he podido volver a querer a alguien, ni siquiera a ellos con todo lo que hicieron por mí. Ni estaba dispuesto a hacerlo en lo que me quedaba de vida. Demasiado arriesgado. Hoy están, pero mañana, no.

No. De ninguna jodida manera. A mí no me volvían a pillar en un renuncio así. Bastante tenía con querer a Oliver, Sara y toda su prole, que cada vez era más extensa. Me planteé que tendría que hablar en serio con ellos sobre los condones sí o sí.

Y ya había un número de gente excesivo en la habitación. Necesitaba salir de allí. Le hice una seña a Summers, que en ese momento hablaba con Oliver junto a la ventana, para que me acompañara fuera. Lo entendió a la primera y tanto él como Pear salieron detrás de mí. También crucé una mirada con Olly y Sara. Entre nosotros tres sí que no necesitamos palabras, podemos tirarnos horas, días, semanas, sin hablar y no dejar de comunicarnos.

—¿Vamos a la cafetería? —sugirió Pear.

—Sí, me apetece algo fuerte.

—Invito yo —nos dijo Daniel—, tengo quinientas libras de más.

Bajamos en silencio en el ascensor y yo no dejaba de pensar en cómo odiaba los ascensores. Los ascensores de los putos hospitales. Bueno, puede que lo que odiara fueran los hospitales a secas. Y no me habían hecho nada. Tal vez fuera eso. Que aquella vez, en el pasado, muy pasado, ni siquiera llegué a pisar el hospital. No fue necesario.

Llegamos a la cafetería y apoyé los codos en la barra, cerca de una chica rubia que no sé por qué cojones estaba olisqueando lo que parecía ser un zumo de naranja. En fin, pensé que pirados hay en todas partes. Estaba impaciente, tamborileando los dedos en el mostrador a la espera de la camarera, cuando Pear, detrás de mí, pronunció un nombre en voz alta.

—¿Ariadna?

La olfateadora del zumo se giró con sorpresa hacia nosotros.

—¿Pear?

—Pero ¿qué haces tú aquí? ¿Está todo bien?

—Sí, todo bien. Un pequeño percance sin importancia.

Por la cara de susto que tenía, no parecía que fuera «sin importancia». Hablaron entre ellas durante unos minutos hasta que Pear hizo las presentaciones.

—Ariadna —le dijo mi amiga entonces—, a Daniel ya lo conoces y este es Adam, un amigo. Ariadna es española, del mismo pueblo alicantino que mi madre —me explicó a mí.

«Joder, con la rubita». Estaba muy buena. Lo pude comprobar al acercarme más a ella.

—Hola —me dijo distraída.

Noté el acento en su voz. Tenía un inglés más que correcto, pero se notaba que era de fuera. Mmm... española... me había follado a unas cuantas españolas, cavilé. Y, joder, perdón por la expresión, pero ya sabéis lo que hay. El caso es que las españolas que yo conocía eran morenas. Y aquella era demasiado rubia. Si hasta las cejas parecían albinas.

—¿No se supone que todas las españolas sois morenas? —le pregunté, de manera perezosa.

Supe que la pregunta no le había hecho ni puta gracia cuando le salieron chispas por los ojos, comenzó a ponerse roja de cuello para arriba y casi le sale espuma por la boca.

—¿Que todas las españolas somos morenas? —me respondió con acritud. Con mucha acritud—. ¿Y no se supone que los escoceses lleváis falda escocesa y sois pelirrojos? ¿Que todos deberíais tocar la gaita, y no los cojones, y que el monstruo del lago Ness existe? ¿Quieres que te diga lo que se supone de verdad, *Melenas*? Se supone que en verano debería hacer calor y no los escasos grados que tenemos ahora mismo. Que cuando digo «necesito algo fuerte» me refiero a alcohol y no a un puto zumo de naranja. Que los coches se abren con jodidas ganzúas y que las rotondas se cogen por la derecha. Que los *pseudonovios* / compañeros de estudios de la universidad / *follamigos* / chóferes no roban los CD de música y ¡que las compañeras de piso no se desmayen en el puto peor momento! ¿Y no se supone que las tías llevan el pelo largo y los tíos, corto? ¡Pues córtate ese pelo, gilipollas!

No entendí casi nada de lo que soltó por la boca, pero... «Guau. Casi me corro en los pantalones».

Se dio media vuelta con energía, con tanta energía que casi me da con el pelo en la cara, con el pelo rubio, porque, coño, era rubio, y abandonó la

cafetería.

—Joder, me he empalmado y todo.

—No hace falta que lo jures, es bastante evidente —me dijo Daniel, focalizando la mirada en mi entrepierna—. Ni se te ocurra subir así a ver a mi sobrina, capullo. Vas al baño y haces lo que tengas que hacer, si quieres pensando en la chiflada esa, pero lo arreglas.

Ya lo había dicho. Y no mentía. Mi historia con Ariadna Cabana comenzó con un calentamiento de huevos. De los míos. Puede que también de los suyos.



But now I've gone and thrown it all away

Ariadna

En cuanto escuché el inconfundible ruido de apertura, empujé la puerta y entré en el despacho de abogados que me había recomendado Pear por teléfono una vez le conté todo lo que había sucedido el día que nos encontramos en el hospital. También después de que el capullo del *pseudonovio* / compañero de estudios de la universidad / *follamigo* / chófer de June nos interpusiera una demanda civil por indemnización de daños y perjuicios.

No solo nos atribuía la culpa de haberle pinchado una rueda y romperle el cristal, sino que alegaba, el muy *mamonazo*, que, por nuestra causa, había perdido un cliente importante, qué digo importante, ¡millonario!, por no poder acudir a tiempo a una reunión el día después de los actos.

No sé cómo sospechó de nosotras en un primer momento, nada indicaba que fuéramos a tomar partida en el asunto, pero al aparecer por sorpresa en nuestro apartamento y descubrir a June con el brazo lleno de vendas no quedó espacio para la duda:

- 1) Sangre en la ventanilla de su coche.
- 2) Sangre en el brazo de June.
- 3) CD de Coldplay de June en su coche.

Tres en raya.

«Lucro cesante», lo llamó el abogado amigo de Pear. Abogado con el que había hablado el día anterior por teléfono y razón por la que me encontraba allí dos días después a última hora de la tarde.

Habíamos quedado en acudir juntas a la cita April y yo —June estaba demasiado narcotizada, la pobre, con calmantes y antiinflamatorios—, pero a última hora decidimos echarlo a suertes; no había necesidad de que ambas perdiéramos parte de la jornada laboral. Así que solo la perdí yo. No sé si en algún momento llegué a tener esperanzas de lo contrario, tengo bastante mala suerte por lo habitual. Véase el superplanazo de extraer el CD de Coldplay del coche de manera «limpia y sin daños colaterales».

Según me adentré por la puerta del despacho, me acerqué al mostrador que vi a la izquierda mientras la madera del suelo, que crujía bajo mis zapatos, resonaba por cada rincón de la estancia, y le di mi nombre a la señora mayor, de aspecto autoritario, sentada detrás de una mesa enorme.

—Hola, me llamo Ariadna Cabana —me presenté.

—Hola. Sí, aquí está —me dijo a la vez que localizaba mi nombre en una agenda gruesa y gigante que haría palidecer hasta al más increíble libro de hechizos de brujas del siglo xvi—, el señor Stewart la atenderá enseguida. Puede esperarlo ahí.

Me señaló la puerta de enfrente a la derecha, donde se entreveía una sala de espera lujosa y llena de distracciones en forma de más tomos de ejemplares del siglo xvi.

Me senté, derrotada —había tenido un día duro en el trabajo—, en la primera silla que encontré, que parecía tener muchos años, pero que era cómoda. En ese lugar no había nada moderno, era todo aristocrático. Y lustroso. También tenía unos techos enormes.

Y qué mal me encontraba, madre de mi vida. La apuesta de esa semana con los colegas del laboratorio me había tenido las últimas veinticuatro horas en el baño y todavía tenía el estómago revuelto. No sé en qué momento comencé a aceptar esas apuestas donde nos envalentonábamos y probábamos nuestras propias pruebas de mezclas, pero iban a acabar con mi aparato digestivo de un momento a otro. Eso si no nos pillaba antes nuestro jefe y nos echaba a todos a la calle por poco profesionales, pero es que el asunto ya no tenía marcha atrás, estábamos todos demasiado involucrados.

No me gustaban los abogados. Me parecía que eran todos unos falsos, que te enredaban con sus frases rimbombantes y que ganaban demasiado dinero cuando lo que hacían, por lo general, era fastidiar a los demás. Por no usar una palabra más fea. Y yo nunca había tenido el disgusto de conocer a ninguno más de cerca, que conste en acta, como dicen ellos, pero no me caían bien. Me pasaba como con los físicos: patanes que se creen estar por encima del bien y del mal y que nos miran a los químicos por encima del hombro. Ay, pero qué desagradables me parecían todos. Abogados y físicos por igual. A la hoguera con ellos. «No, Ariadna, a la hoguera con los primeros, no, que tienen que sacarte de este lío». Si es que siempre me dejo llevar por las emociones.

—¿Ariadna?

Me sobresalté por el sonido de mi nombre, como si me hubieran pillado

haciendo algo malo, hasta que me di cuenta de que solo me había metido con los físicos y los abogados en mi cabeza. Y ahí estaba el abogado. Distinguí que se trataba de la misma voz que había escuchado por teléfono. Me levanté y lo escaneé de arriba abajo mientras nos saludábamos con un apretón de manos de los de antaño: enérgico y sin opción a beso en la mejilla. Era más joven de lo que pensaba; no llegaría a los cuarenta: pelo engominado, traje oscuro de rayas y corbata apretada, zapatos que brillaban más que mis pendientes de Swarovski y reloj de oro.

Me indicó con la mano que lo siguiera y aparecimos en una sala de reuniones de tamaño mediano, sin nada destacable, salvo por las vistas que tenía de una de las calles principales de la ciudad.

—Siéntate, por favor.

Estaba a punto de aceptar su invitación cuando entró en la sala una chica joven, alta, de pelo rubio y con aspecto de tener no uno, sino dos palos metidos por el culo.

—Hola, ¿Ariadna? —me saludó con seriedad—. Soy Alexa y voy a ayudar a Stewart con el caso.

«Así que soy un caso...».

—Hola, encantada.

Ante todo, educación.

—Sentémonos.

Los tres lo hicimos a la vez; yo en una silla cerca de la ventana, en uno de los laterales de la gigantesca mesa de madera maciza que presidía la estancia, y ellos, enfrente. Me di cuenta de que todas las mesas del lugar eran de tamaño extraordinariamente grande.

Comenzó la reunión y relaté, paso a paso, todo lo que había sucedido el fatídico día del intento de extracción del CD.

La chica rubia, Alexa, escribía sin parar, pero sin dejar de mirarme, en un pequeño ordenador portátil, y el hombre me escuchaba con atención mientras anotaba algo en un papel amarillo de rayas granates, aunque tal vez estuviera pintando dibujitos en los bordes; desde mi posición no podía verlo porque un centro floral me lo impedía.

Cuando estaba recitando la parte en la que los conductores de la ciudad de Edimburgo comenzaron a insultarme en medio de una rotonda, la puerta del despacho se abrió de repente, con estrépito, y apareció... ¡el gilipollas del hospital!

—Disculpadme —nos dijo antes de sentarse al lado de sus colegas.

«¿Y este qué hace aquí? ¿El *Melenas* es abogado? Venga ya», me pregunté en silencio.

—Adam, échale un vistazo rápido a esto —le dijo la rubia que, misterio, se había sacado los dos palos del culo y vomitaba amabilidad y cordialidad por doquier—. Son los hechos acontecidos la tarde del siete de junio. ¿Qué opinas tú?

«Adam», lo llamó. Me acordé, entonces, de que el recién llegado se llamaba Adam Wallace.

—Gracias. Continúad con lo que estabais mientras le echo un vistazo.

Algo desconcertada por la entrada estelar del *Melenas* y sin entender nada de lo que sucedía a mi alrededor, continué con mi relato, pero apenas había arrancado a hablar cuando me interrumpió de nuevo.

—¿Pinchasteis la rueda del coche con un tacón?

Estaba decidida a ignorar su pregunta y seguir con mi explicación, pero, al comprobar que los otros dos abogados dejaban de tomar apuntes y lo miraban como si fuera el rey de la baraja, lo acepté y le seguí el rollo. Antes de contestar, me quedé mirándolo con atención y no me gustó un pelo lo que vi. Se estaba riendo. Intentaba ocultarlo, bastante mal, por cierto, pero se estaba descojonando de la risa el muy gilipollas. Me entraron ganas de preguntarle qué era lo que le parecía tan gracioso, pero opté por un escueto y conciso:

—Sí.

—¿En serio? —continuó preguntando con la mano encima de su boca. Pretendía ocultar la sonrisilla y yo a cada segundo lo miraba de peor manera. Me concentré en que lo partiera un rayo en dos, sin éxito.

—Sí. ¿Por qué? —le pregunté, bravucona. Y algo crecida.

—¿Lo hiciste tú?

—¿Perdona?

—¿Fueron tus tacones los responsables de semejante hazaña?

—No.

—¿Y quién fue?

—June. Y lo hizo sin querer.

—¿Sin querer? ¿Cómo es eso?

—Ella solo pretendía desfogarse con la rueda, no quería pincharla.

—¿Cuánto pesa June?

—¿Por qué?

—Por cuestiones de física.

«¿Por cuestiones de física? ¿¿¿De física??? ¿En serio? No pierdas los nervios, Ariadna, coge aire y responde». Me hice caso y suspiré antes de responder.

—Sesenta kilos. Más o menos.

—Mmm... Sesenta kilos. ¿Y cómo era el tacón?

—Negro —le dije a propósito.

—Me refiero a la complexión.

«Lo sé. Te estaba vacilando y me estoy riendo mucho por dentro, aunque tú no te des cuenta».

—Trece centímetros. Y de aguja.

—¿Y de verdad crees que una chica de sesenta kilos con un tacón de trece centímetros ha podido pinchar la rueda de un 4x4?

—Y de aguja. —El *Melenas* me levantó una ceja y esperó paciente por una respuesta mejor de la que le había dado. No lo hice, pero acepté que comprendía su punto de vista—. Entiendo por dónde vas.

—¿Ah, sí?

—Sí —*listillo sabelotodo*—, por supuesto que sí. Es bastante inverosímil que se pinchara la rueda de aquella manera, pero es lo que sucedió. Yo estaba allí y lo vi.

—Ya —me dijo entonces sin ocultar la sonrisa para nada.

—¿Te hace gracia el asunto? —le pregunté un tanto brusca.

—Sí. Bastante.

—No te rías.

—Demándame.

«Mira qué gracioso».

—¿Se supone que tengo que reírme?

—La rueda ya estaba pinchada.

—¿Qué?

Me sorprendió el cambio de tema. Adam descansó la espalda en la silla y asentó el brazo derecho a lo largo de su respaldo. Cruzó las piernas por debajo de la mesa, adoptando una postura de *sabelotodo seguro de sí mismo* dispuesto a explicarnos a nosotros, los pobres mortales, cómo funciona el mundo.

—Que ya estaba pinchada cuando tu compañera comenzó a patearla. Lo más probable es que el propietario del vehículo no lo supiera. Y vosotras tampoco os percatasteis en un primer momento, dado que estabais más ocupadas intentando...

Ahí fue cuando desconecté. Él siguió con su verborrea mientras yo dejé de escucharlo y me evadí de todo. Ese fue el momento en que, por primera vez, reparé en que Adam era guapo. No que me parecía guapo a mí, no, que era guapo. Es cierto que en ocasiones el ser o no ser apuesto depende de los gustos de cada uno, pero hay casos en que el veredicto es unánime.

Sucede algo parecido con los colores. A mí me gusta el rojo; a mi hermana Paula, el verde; a Tomás, el amarillo; a Carlota, el marrón y a Eva, el naranja. Tenemos gustos diferentes, pero todos estamos de acuerdo con que el azul, por ejemplo, nos gusta a los cinco, porque el azul agrada a todo el mundo. El negro, el rojo o el amarillo... son más conflictivos.

Adam es azul.

Pero lo que más me llamó la atención, en aquellos dos minutos que estuve desenchufada del mundo, solo observándolo mientras él me hablaba de no sé qué chorradas y hacía su papel de abogado, no fue su precioso rostro, sino su aspecto: iba descamisado. Descamisado y sin corbata. Y debo reconocer que lo primero que pensé fue que le quedaba bien, no daba la impresión de dejadez o pereza; más bien, era un estilo. No un estilo con el que crear tendencias, solo uno para sentirse a gusto.

Iba vestido de traje y, dentro de la incomodidad que mostraba, se lo veía cómodo, pero, aun así, era un envoltorio que no le pegaba.

Mi segunda impresión de él fue que se pasaba el protocolo por el culo.

No, Adam no es de los que llevan el traje como si fuera una segunda piel, es de otro tipo, aunque en ese momento todavía no sabía de cuál. Comparé su aspecto con el de su compañero; no había reloj en la muñeca de Adam, solo dos pulseras que parecían hechas por niñas y que me recordaban a las que hacían mis primitas; la camisa remangada, dejando los antebrazos a la vista y el vello... No sé de dónde vino aquello, pero me entraron ganas de acariciarlo para comprobar si era tan suave como parecía.

Era una locura. ¡Si ni siquiera me caía bien!

Y todo comenzó porque me pareció guapo, condenadamente guapo, como hacía tiempo que un tío no me lo parecía, y cuanto más lo miraba, más me gustaba. También me di cuenta de que él sabía que era agraciado, no tenía duda, y que lo aprovechaba cada día de su vida.

«Joder, y sigue hablando de la rueda del coche. Creo».

Reconozco que estaba algo impactada, dado que en el hospital no era para nada guapo, y cuando había entrado cinco minutos antes en la sala tampoco me lo pareció, pero, entonces, lo miraba, lo miraba y lo miraba, y, a cada

repaso, más guapo me parecía. Tanto que incluso tuve que sacudir la cabeza para deshacer el pensamiento.

Así que la primera vez que de verdad vi a Adam fue en ese segundo encuentro en aquella sala con los abogados. Ahí fue la primera vez que reparé en él, que reparé en él no como persona, sino como chico, como miembro del sexo opuesto.

Podría decir que fue alguna reacción química lo que hizo que desapareciera todo mi entorno y solo lo viera a él, sería lo más razonable tal como funcionaba mi cabeza. Una reacción química producida por... no lo sé, las feromonas, o quizá por el contacto de nuestros cuerpos, pero me di cuenta de que no había habido contacto. Y, mientras lo observaba, pensaba: «¿Qué elemento químico puede haber si él está allí, yo estoy a cuatro metros de distancia y ni siquiera lo huelo ni lo toco? No puede ser algo químico. Aunque sí lo estoy viendo y escuchando».

Nunca había sido demasiado fan de la química de la atracción, pero aquello fue atracción pura y dura. Y, sin saberlo, comenzaba una vida nueva para mí.

«Ariadna, el *Melenas* te está hablando».

«¿Qué?».

«Que te acaba de preguntar algo».

—¿Perdona? —expresé con confusión en voz alta.

—¿Lo ves?

—¿Qué? —repetí.

—Que si lo ves.

—Sí, claro.

¿Qué otra cosa podía decir? «¿Perdona, pero es que me he pasado los últimos minutos mirándote y preguntándome por qué de repente me siento atraída por ti?». No, no era una opción plausible.

—Bien. Siguiendo asunto... —dijo, pasando una de las hojas del informe que sostenía en las manos—. El cristal. ¿Cómo se rompió?

Iba todo demasiado rápido. No me había enterado bien del asunto de la rueda y ya comenzábamos con el cristal.

—Fue... sin querer. Otra vez.

—Ajá. ¿Cómo?

—Con una ganzúa.

—Ya veo. ¿Y la ganzúa golpeó, «sin querer», el cristal?

—Ajá —lo imité.

—¿Ella sola?

—Bueno, mi mano la sujetaba.

—Ajá —repitió con sonrisilla de canalla—. ¿Y para qué querías la ganzúa?

—¿No es evidente?

—No. Explícamelo.

—Para abrir la puerta del coche y coger el CD de Coldplay que el *mamonazo* se había quedado y que es propiedad de mi compañera de piso, June.

—El *mamonazo* es...

—El demandante —dijo la rubia.

—¿Erais conscientes de que estabais a punto de cometer un acto ilegal?
¿Un robo?

—¿Un robo? Para empezar, el mangante era él, y, para terminar, las ganzúas no abren puertas de coches. Ahí tienes mi defensa.

Me eché hacia atrás, satisfecha, hasta reclinar la espalda en el respaldo de la silla, como había hecho él unos minutos atrás, y crucé los brazos sobre mi pecho. Estaba claro que cualquiera podía ser abogado.

—Sí que las abren.

¿Perdona?

—¿Has abierto alguna vez un coche con una ganzúa? —le pregunté con un tono algo prepotente.

—La verdad es que sí. Yo no, pero lo hizo una amiga con dieciséis años para abrir el coche de su hermano. Y creo que no tardó más de tres minutos.

«Me cago en el *Melenas* de los cojones».

—¿Y este quién es y qué hace aquí? —pregunté, señalando a Adam, pero dirigiéndome a sus colegas.

—Soy el jefe —me respondió él.

—¿El jefe de qué?

—De todo lo que ves.

No entendía nada.

—Soy Adam Wallace.

—Eso ya lo sé.

—¿Y al entrar no has visto la placa dorada que había en la puerta? ¿La que decía Wallace&Wallace?

—Es posible...

—Yo soy Wallace.

«Joder, estas cosas solo me pasan a mí. ¿Cómo no me he dado cuenta de que era el jefe?».

—Fantástico —murmuré. También me callé lo que pensaba al respecto. Dudaba mucho que aquel lugar fuera suyo de *motu proprio*, dado lo joven que parecía ser. «No cuela, *Melenas*. Me parece a mí que mami y papi te lo han puesto todo demasiado fácil y no eres más que un niño pijo».

—Con el asunto de la rueda lo tienes todo ganado, el... *mamonazo* no hubiera llegado a la reunión de todas formas. Y ahora os dejo. Tengo que mandar un par de correos antes de irme.

—¿No vas a llevar mi caso? —le pregunté, sorprendida por su marcha inminente.

—No, solo me he pasado por aquí porque vienes de parte de Pear. Pear es mi amiga y quería ver de qué iba el tema, por si podía echar una mano.

—Ah. Bien.

A mí con tal de que me sacaran del lío me daba lo mismo uno que otro.

—No te preocupes, te dejo en buenas manos.

—No me preocupo.

—Bien.

—Buscaremos en la jurisprudencia —le dijo Stewart a su jefe.

—De acuerdo. —Se levantó, abandonó la sala y ni siquiera se despidió.



Media hora después, salía del despacho más temprano de lo que me había imaginado en un primer momento. Me llamó la atención ver a un chaval esperando el ascensor vestido con unos vaqueros negros ajustadísimos, una sudadera oscura con capucha, botas militares y una guitarra dentro de una funda, negra también, colgada a la espalda. En el piso solo estaba el despacho de abogados y no me pegaba que un chico anduviera por ahí de esa guisa.

Me coloqué junto a él, mirando el ascensor, y esperamos juntos. El chico se percató de mi presencia y vi por el rabillo del ojo que me observaba, pero no le hice caso; estaba pensando en mis cosas. Hasta que me habló.

—Lleva toda la semana funcionando de puta pena.

Me giré, sorprendida por el comentario, y ahí fue cuando descubrí que aquel *chaval* no era otro que Adam Wallace.

—El ascensor —repitió.

—¿Qué?

—Que el ascensor lleva toda la semana tocándome la moral.

—Lo... lo he entendido.

—Me estabas mirando como si tuviera tres cabezas.

Sacudí la mía.

—Te has cambiado de ropa —le dije, mirándolo de nuevo de arriba abajo.
No podía evitarlo.

—Correcto.

—Te has vestido de rockero.

—Ajá.

—Y llevas una guitarra colgada en la espalda.

Miró hacia atrás, como para comprobar que llevaba la guitarra, antes de contestarme.

—Sí.

Esperaba que le preguntara el porqué del disfraz de rockero, pero no iba a darle ese gusto, porque me pareció bastante evidente. Cuando lo vi, sabiendo ya que era él, con la sudadera, los vaqueros oscuros pegados a las piernas delgadas y el resto de su indumentaria, lo primero que pensé fue: «Ahí estás. Ahí estás, Adam Wallace. Ahora sí». Era él.

¿Cómo la ropa puede cambiar tanto a una persona? ¿Por qué no parecía el mismo por detrás? Ni siquiera lo había reconocido, hasta me daba la impresión de que antes, en el despacho, con el pelo igual de desgreñado, parecía más peinado, o peinado a secas, pero ahora ni siquiera eso.

Incluso me resultó un tipo interesante. Todavía más interesante. Y más guapo. Lástima que me siguiera pareciendo un gilipollas.

¿Y cuántos años tenía el *Melenas*? Porque antes, vestido de abogado, aparentaba unos treinta y pocos, pero ahora con esa pinta de perdonavidas no le echaba más de veintiocho.

Nos mantuvimos en silencio, escaneándonos el uno al otro, yo por tercera vez, hasta que ambos preguntamos al mismo tiempo:

—¿Cuántos años tienes?

—¿Tú no eras rubia?

—Tú primero —dijimos, de nuevo, los dos a la vez.



Mama, ooh. Didn't mean to make you cry

Adam

—Tú primero —repetimos al unísono la ¿morena? y yo. Me tenía algo confundido con el tema del pelo.

«El otro día era rubia, de ahí el espectáculo que me montó en el hospital, ¿no? Sí, sí, era rubia, segurísimo».

Se nos escapó una sonrisa involuntaria a los dos y yo le hice un gesto amable con la mano para que contestara ella primero.

—Nos teñimos el pelo para... sustraer de manera limpia el CD del coche sin que pareciéramos nosotras. ¿No lo has leído en el informe de la rubia?

La «sonrisa involuntaria» de la que hablaba antes fue solo un reflejo. La última preguntita había ido con cruce de brazos, cambio de rictus a uno de evidente acusación, fruncimiento perfecto de frente y ceja a la vez y voz de mala hostia. Esa tía era una bomba de relojería.

«Pobre incauto el que se enamore de ella».

«Por cierto, ¿qué me había preguntado? Ah, vale, sí, lo del informe. ¿De verdad cree que lo leo todo? ¿Qué pretende? ¿Que viva enterrado entre papeles?».

—No, siempre me salto los primeros párrafos. Suelen ser de relleno.

Estuve a punto de preguntarle si ella no hacía lo mismo con el montón de documentos que llegaban a sus manos en cualquier faceta de su vida, pero algo me decía que su respuesta sería negativa, por lo que callé.

—Eso es muy poco profesional.

«Sí. Definitivamente su respuesta habría sido negativa».

—¿Te lo parece?

Sonó el *ding* que indicaba que el ascensor había llegado y se abrieron las puertas al momento. Aquello le evitó tener que contestar, y en mi fuero interno me alegré por ello. Era una borde de cojones la tía. Casi hasta me había dado miedo preguntarle lo de si era rubia. Casi. Porque ¿qué puedo decir? Me encanta el peligro.

Ella se colocó al fondo del ascensor y yo me posicioné cerca del panel de

los botones, una vez apreté el de la planta baja.

Y hablando de que me gusta el peligro... Me la jugué de nuevo. No pude evitarlo. Tenía que decírselo.

—Así que después de todo, sí eres morena. Ya te dije yo que las españolas lo sois.

Me giré, de cara a las puertas del ascensor, para darle la espalda y descojonarme de la risa a gusto. Joder, qué fácil era. He de reconocer que incluso con la guitarra de parapeto notaba los pinchazos de su mirada en mi espalda, lo que me provocaba más risa. Creo que hasta escuché la palabra «gilipollas» de fondo.

—¿Has dicho algo? —le pregunté, dándole la vuelta de nuevo.

—¿No tienes el pelo demasiado largo para ser abogado y estar de cara al público?

Tuve que morderme la lengua para no responderle con otro «¿te lo parece?». Lo malo fue que no me la mordí demasiado fuerte.

—¿Te lo parece?

Llegamos a la planta baja con otro *ding* del ascensor y, en cuanto se abrieron las puertas, mi acompañante salió antes que yo y me dirigió sus últimas palabras. Todas ellas destilaban *amor* del bueno.

—Sí, me lo parece. Adiós.

Caminé detrás de ella hasta la salida, todavía riéndome, y ladeé la cabeza para mirarle el culo. Era un buen culo. Abrió la puerta del portal y no esperó a que yo saliera, vamos, que me hubiera dado en toda la cara si no hubiera estado rápido y la hubiera sujetado con el brazo.

—¡Treinta y seis! —le grité cuando ya estaba en la calle a tres metros de distancia.

—¿Qué? —me preguntó, girando la cabeza para mirarme.

Me reí porque de las últimas diez preguntas que me había hecho ese día, la mitad habían sido «¿qué?». Quise preguntarle que si se había fumado alguna sustancia ilegal antes de venir, parecía estar en otro mundo, pero me lo guardé porque soy intuitivo y no quería comerme otra de sus broncas y empalmarme de nuevo.

—¡Que tengo treinta y seis años!

—¡No los aparentas! —me respondió con sinceridad. Gritando, también, porque continuábamos a una distancia considerable el uno del otro.

—¡Gracias, morenita! —le dije, guiñándole un ojo. A lo que ella me respondió rodando los ojos y girando la cabeza para no mirarme más.

«Mujeres».

Enfilé en dirección al *pub* de los jueves, al que llevábamos más de diez años yendo mis amigos y yo, a pesar de que ese día era miércoles. Había quedado con Brian para ponernos al día, lo hacíamos cada veinticuatro horas, y con Daniel, que quería pasarse a tomar algo rápido antes de ir a casa.

El número de asistentes a la quedada de los jueves fue menguando con el paso de los años. Los primeros en caer fueron Sara y Olly, una vez comenzaron con su plan de repoblar la tierra. Luego, Moira, Olivia, casada con nuestro profesor de matemáticas del colegio, Marco, Natalie y Pear, la última de mis amigas que ha sido madre. Eso sí, una vez al mes nos organizamos con antelación para quedar los nueve sin excusas. Los nueve, sin parejas ni hijos de por medio. Los nueve originales.

Caminaba satisfecho por la jornada laboral tan fructífera que había tenido y animado por ir a pasar un buen rato con los colegas tomando una cerveza. El lugar queda cerca del despacho, por lo que decidí no coger el coche. Después volvería a por él para ir a casa de Sara y Olly a tocarle la guitarra al nuevo miembro familiar; tenía que ir cogiendo oído y cuanto antes, mejor.

«Joder, llego tarde».

Aceleré el paso tras ver la hora en el reloj. No importa que quede por la mañana, por la tarde o por la noche. Siempre llego tarde. Por las mañanas el doble de tarde.

Cuando llegué, pude ver a través del gran ventanal del local que daba a la calle a Brian y Daniel esperándome en nuestra mesa de siempre. Entré y fui directo hacia ellos.

—Llegas tarde —me dijo Brian en cuanto me vio.

—Me han liado en el trabajo.

—Siempre tienes una excusa.

—Si no la tuviera, no llegaría tarde.

—Si salieras con tiempo, no llegarías tarde.

—No es...

—Tíos —Daniel nos interrumpió la pelea de matrimonio—, tengo treinta minutos para tomarme algo rápido, dejaos de gilipolleces y vamos a la barra.

Me fijé entonces en que la mesa estaba vacía; aún no habían pedido.

—¿Hace cuánto que habéis llegado? —pregunté con sospecha. ¿Dos tíos en un *pub* y no habían pedido nada para beber?

—Un minuto —contestaron a la vez.

—Seréis cabrones.

—Que nos conocemos, Wallace —me dijo Daniel, dándome palmaditas en la espalda—. Siéntate, voy yo. Me quedan veintiocho minutos.

—Qué jodida es la paternidad. A este lo perdemos ya —me susurró Brian al oído a la vez que me sentaba a su lado en el banco acolchado con cojines verdes. Me gustan esos bancos. Son cómodos de cojones.

Daniel Summers nunca había estado demasiado integrado en mi grupo de amigos, no era más que el hermano mellizo y molesto de Sara para ellos, aunque para mí siempre ha sido mucho más. Lleva en mi vida demasiados años, en ocasiones tocándome los cojones, pero en otras, en la mayoría, siendo un hermano. Puede que no haya estado en los mejores momentos, pero sin duda ha estado en los peores, mostrándome su apoyo no con palabras sino con hechos, que es como él gestiona la vida; no sabe hacerlo de otra manera. Como la vez que aparecí en la puerta de su casa a las tantas de la noche con tan solo una maleta en la mano. Vivir en el que había sido mi hogar hasta aquel día no era una opción. Era demasiado duro. Los silencios, los recuerdos... Daniel me llevó la maleta al cuarto de invitados sin preguntar. Y no lo hizo porque yo fuera el amigo de su hermana, lo hizo porque yo era su hermano.

También ha sido novio de Pear, después exnovio y novio de nuevo años después. Venía a las quedadas de los jueves cuando le daba la gana y nadie decía nada. En cierto modo, creo que siempre ha sido parte de nosotros, aunque ambas partes nos lo negáramos.

Brian y él eran asiduos desde hacía varios años a la parada en boxes (*pub*, cerveza) después del curro, pero desde que Daniel se había estrenado en la paternidad su hijo ocupó casi todo su tiempo. Es un gran padre, algo de lo que nunca dudé después de verlo interactuar con sus sobrinas, pero, aun con todo, solía acercarse a tomar algo rápido antes de ir a casa. Lo hacía por mí, porque estaba convencido de que yo lo necesitaba. Pretendía llenar el hueco que habían socavado su hermana y cuñado al dejar de venir al *pub* con asiduidad. Hueco que no existía, de todos modos, teniendo en cuenta que prácticamente vivía en casa de Sara y Olly, y que ellos no me dejaban ni a sol ni a sombra, pero Daniel lo hacía por si acaso. Solo por si acaso. Porque el muy cabrón me quiere de cojones. Yo lo sé. Él lo sabe. Pear lo sabe. Y hasta Brian lo sabe.

—¿Y de qué va ese lío que has tenido en el trabajo? —me preguntó Brian.

—¿Qué lío?

—El lío por el que *supuestamente* has llegado tarde.

—Ah, ese lío. Nada —improvisé sobre la marcha, metiendo a la morena en la conversación sin pretenderlo—, unas chifladas que se tiñeron el pelo y se pusieron tacones de trece centímetros para robar en un coche.

—¿Qué dices, tío? —me preguntó, partiéndose de la risa—. Cuéntame eso.

—Contarte, ¿qué? —Daniel llegó con las cervezas y las colocó en la mesa mientras se sentaba enfrente de nosotros. Los tres le dimos el primer trago antes de continuar con la conversación.

—Hoy ha venido al despacho la morena amiga de tu mujer —le dije a Daniel tras apoyar el vaso en la mesa.

Daniel frunció el ceño ante mis palabras.

—¿Debería sonarme la «morena amiga de mi mujer» de alguna manera?

—Sí, tío, la rubia del hospital. —Como no había señales de reconocimiento, le di más datos—. La que me montó aquella bronca.

—Ah, sí —comenzó a reírse al recordarlo—, la española.

—Esa. Y no te rías, capullo.

—No me pidas tanto —respondió entre más risas y tragos de cerveza.

—Me he perdido —nos dijo Brian.

—Pear tiene una amiga de España, que es española —comencé a explicar, pero me vi interrumpido por mi amigo.

—Te habrás quedado a gusto después de tanta deducibilidad.

—En realidad no es amiga de Pear, es hija de una amiga de su madre o algo así —me aclaró Daniel.

—Lo que sea —les dije a los dos con cansancio—. ¿Me dejáis continuar? ¿Sin interrupciones?

—Solo era por puntualizar.

—El caso es que se vistieron de *incógnito* —hice el gesto de entrecomillado con los dedos— para abrir el coche del exnovio de una de ellas con una ganzúa y la cosa salió mal. Muy mal. Acabaron en el hospital porque la compañera de piso, una tal June, se hizo una avería de la hostia en el brazo con los cristales de la ventanilla que acabó rota como daño colateral junto al pinchazo de una de las ruedas. Aunque el pinchazo no fue culpa de ellas.

—¿Querían abrir un coche con una ganzúa? ¿Y cómo coño pensaban conseguirlo? —me preguntó Brian.

—¿Y por qué? —añadió Daniel.

—Al parecer, para coger un CD del coche que el exnovio no quería

devolverles.

—¿Un CD? ¿Un CD de música?

—Ajá.

—Pero ¿eso aún existe?

—Para una muy pequeña parte de la población anclada en el pasado, sí.

—¿Y cómo acabó roto el cristal?

—La morena perdió los nervios y golpeó el cristal con la ganzúa.

—¿Y qué pasó con la rueda?

—Que una de ellas comenzó a patearlo con un tacón de aguja de trece centímetros y creyó pincharla. Obviamente ya estaba pinchada, pero no se dieron cuenta.

—¿Y por qué...?

—¡Hostias! Ya está bien de tanta preguntita. ¿Me dejáis desconectar del trabajo, por favor?

El «por favor» fue con retintín, por supuesto.

—Joder, es que eres malo de pelotas contando historias.

—¿Sabes de lo que me estoy acordando con el tema de la ganzúa? —me preguntó Brian—. Espera. ¿Summers lo sabe?

—Summers sabe ¿qué? ¿Summers soy yo? —nos preguntó Daniel con el ceño aun más fruncido que con el que me había deleitado la morena en el ascensor.

—¿A ti te hemos hablado de aquella vez que...? —«Mierda, ¿cómo se llamaba el pavo ese?». Intenté recordar sin éxito el nombre del chaval—. ¿Cómo se llamaba el capullo que le puso los cuernos a Natalie? ¿Tú te acuerdas? —le pregunté a Brian.

—Mmm... Logan.

—¿Logan?

—Sí, seguro. Logan... no sé qué.

—Joder, no me suena para nada. En fin —volví a dirigirme a Daniel—, ¿a ti te hemos hablado de aquella vez que Logan...? —me interrumpí de nuevo—. Espera. ¿Tú te acuerdas de Logan? ¿Del colegio? —le pregunté a Daniel.

—No, y por lo que veo tú tampoco.

—Es un exnovio de Natalie —le expliqué—. El caso es que las chicas decidieron espíarlo y seguirlo con... un coche —no entré en detalles, dado que el coche era el de Daniel y él no lo sabía—, y Sara tuvo que utilizar una ganzúa para abrirlo porque no tenían las llaves.

—No me habíais hablando de ello, no, pero me apuesto una mano a que

ese «un coche» era mi coche. ¡Voy a matarla!

Se levantó de la silla y sacó el teléfono móvil del bolsillo mientras se alejaba de nosotros.

—Tío, ¿a dónde vas? —le preguntó Brian.

—A la calle a llamar por teléfono a mi hermana y pegarle cuatro gritos.

—¡Han pasado más de veinte años de aquello!

—¡Me la suda! ¡Sabía que era ella quien me estaba robando el coche! ¡Es que lo sabía!

—Menos mal que no le hemos contado la parte en la que su mujer le robó las llaves...

—Shh, cállate, que este tiene el oído más fino que el jodido Spiderman.

—*¡Os he oído, capullos!* —nos gritó desde la distancia.

—Ahí lo tienes.

—Bueno, y, entonces, ¿qué?

—¿Qué de qué?

—¿Te vas a trabajar a la rubia o morena o lo que coño sea? ¿A la española?

—¿Qué dices, tío? Paso.

—¿Por qué? ¿No está buena?

—Sí —reconocí, acordándome de ella. Estaba muy buena, más de morena que de rubia—, pero tiene un carácter que te cagas. No me compensa.

—¿Qué más te da para echar un polvo el carácter que tenga?

—Oye, yo no echo polvos con las tías. Yo hago el amor. Nos transportamos a otro espacio temporal y disfrutamos el uno del otro a todos los niveles.

—Al día siguiente, les das la patada.

—Una cosa no quita la otra. Durante el tiempo que estamos juntos...

—Dirás horas. Durante las horas que estáis juntos...

—... es extrasensorial. Conexión total. Y con la tía esta no creo que lo consiguiéramos. Bah, no lo entiendes, yo estoy en otro nivel en lo que se refiere al amor.

—Al sexo. Y claro que lo entiendo. Te gustan mansas.

—Cállate, idiota.

—Me ha colgado el teléfono —nos dijo Daniel, sentándose a la mesa de nuevo y dejando el móvil encima.

—¿Sara o Pear?

—Sara ni ha contestado, lo ha hecho Aston.

—¿Olly?

—Sí. La cuarta paternidad no le ha sentado nada bien, por cierto. Puto borde.

—¿Qué le has dicho?

—Que me pasara con su mujer, que me había enterado de que me robó el coche cuando estábamos en el colegio y que quería decirle cuatro cosas.

—¿Y qué ha respondido?

—«¿En serio, Summers?», y lo ha dicho con ese tonito que tiene de petulante imperturbable. Después me ha colgado. Y un minuto más tarde me ha colgado Pear. Venga, que me quedan dos minutos. ¿Dónde estábamos?

—¿Dos minutos? ¡Pero si apenas llevamos aquí quince!

—Pear me ha acertado el tiempo. Por bocazas.

—Joder, qué de puta madre estamos de solteros, Wallace.

—No lo sabes tú bien.

—Le preguntaba a Adam sobre la posibilidad de tirarse a la rubia barra morena.

—¿A la loca? Ni de coña. No es de su estilo. Demasiado carácter.

—Además es clienta. Y nunca me acuesto con clientas.

—Cierto —asintió Daniel. Se bebió lo que le quedaba en el vaso de un trago y suspiró—. Me piro.

—¿Has venido en coche? —le pregunté.

—Sí.

—Genial. Voy a casa de Sara y Olly. ¿Me acercas a mi coche?

—Estás a menos de diez minutos andando.

—He tenido un día duro y estoy cansado. ¿Me acercas o no?

—Sí, joder. Qué bordes estáis hoy todos.

—No sé para qué tienes piso propio si no lo usas, Adam.

—En casa de Sara y Olly me dan de comer.

—Sí, seguro que es por eso.

Salimos del local con Brian refunfuñando porque era demasiado pronto y él y yo ni siquiera nos habíamos terminado las cervezas, pero le prometí que quedaríamos al día siguiente, y al siguiente, para compensarlo.

Media hora después, abría la puerta de casa de mis mejores amigos con sigilo, no fuera a ser que despertara a alguien. La estancia se encontraba en penumbra y no se oía ni un ruido.

Subí las escaleras y llegué en primer lugar a la habitación de las niñas. Ahí estaban las tres, cada una en su cama diminuta, dormidas como angelitos.

Era tarde para ellas. Me acerqué y les di un beso a cada una en la cabeza. Después, pasé por la habitación de Sara y Olly y la vi a ella dormida también. Entorné la puerta y continúe con mi camino.

Encontré a Oliver en la última habitación, en la del bebé, con su nueva hija en brazos mientras ambos se balanceaban en la mecedora al lado de la ventana. Las luces estaban apagadas, pero la suave luz amarilla de las farolas se colaba por los cristales.

—Hola, tío —saludé mientras me quitaba la sudadera y dejaba la guitarra apoyada en una de las paredes.

—Hola, tío —me respondió sin dejar de mirar a su hija.

Era nuestro saludo de hombres.

—He visto a Sara dormida en la cama.

—Sí, ha caído rendida después de darle de comer a la niña.

—Ve con ella. Yo me ocupo.

—Has venido armado —me dijo, señalando la guitarra en la pared.

—Por supuesto.

—¿Qué toca hoy?

—Pop.

Cada día le tocaba un tipo de música diferente a Isla, porque lo bonito de este mundo es la diversidad. También porque no quería condicionarla para nada, al igual que hice, y continuaba haciendo, con sus tres hermanas mayores. Yo lo único que buscaba era que todas ellas amaran la música como lo hacemos sus padres y yo; el tipo de música, la verdad, me daba lo mismo, cualquiera me valía.

—¿Quieres cenar? —me preguntó Olly a la vez que se incorporaba con la niña en brazos—. Te acompañamos.

—No tengo hambre. Dame a la niña y vete a la cama, Olly.

Me la pasó, y yo tenía tanto callo cogiendo bebés que hasta vislumbré como sonreía mi nueva niña. Y no, no os adelantéis, no era mi imaginación. La niña notó el cambio de brazos y sonrió.

La metí en la cuna, una vez se me inundaron las fosas nasales del acojonante e increíble olor a bebé, y enseguida torció el morro; claro, en los brazos de su padre estaba de puta madre. Y en los míos ni os cuento.

Saqué la guitarra de la maleta, moví la mecedora para colocarla de tal manera que Isla me viera entre los barrotes de la cuna y comencé a rasgar las cuerdas y a cantar con suavidad:

*This Romeo is bleeding.
But you can't see his blood.
It's nothing but some feelings.
That this old dog kicked up.*

Es *Always*, de Bon Jovi. Seguro que la conocéis.

*It's been raining since you left me.
Now I'm drowning in the flood.
You see I've always been a fighter.
But without you I give up.*

El gesto de lloro de la niña había cesado casi desde el mismo instante en que me había puesto a cantar. En ese momento, me miraba con sus gigantescos ojos claros clavados en mí como si intentara entender lo que le decía.

*Now I can't sing a love song
Like the way it's meant to be
Well, I guess I'm not that good anymore*

Elegí esa canción porque en el fondo no soy más que un puto sentimental. Porque yo también sangraba; llevaba dieciocho años haciéndolo. Y no cesaba, a pesar de que tendrían que haberme inyectado transfusiones de sangre a mansalva para recomponer mi riego sanguíneo. Porque el corazón no deja de latir cuando uno quiere, solo cuando toca. Como tocó cuando... Bah, no hablemos de eso. Ya sabéis que me pongo un poco gilipollas y ahora quiero recordar aquel momento con mi nueva niña sin dramas de por medio. Porque con esa canción quería decirle que la quería. Que sangraba y que la quería. También que siempre estaría a su lado. Que yo no le fallaría. Y con eso no quiero acusar a nadie. O sí. Joder, no lo sé, pero ella solo... tenía que conocerme. Y ya estaba entrecerrando los ojos.

*But baby, that's just me.
Yeah. I will love you, baby.
Always and I'll be there.
Forever and a day, always.*

No llegué a acabar la canción. Se quedó dormida. Porque el tío Adam es de puta madre y tiene un don. Me acosté en la cama de noventa al lado de la cuna y caí rendido.



If I'm not back again this time tomorrow

Ariadna

Mi primera cita con Adam fue... inesperada. Aunque quizá ese no es el término adecuado. Sería más bien algo como imprevisible, accidental y pasado por agua. Tampoco estoy segura de que se le pueda llamar cita, pero como acabé desnuda en su casa, me gusta pensar que sí. Que ese fue el comienzo de todo. O, al menos, un antes y un después.

Había pasado una semana exacta desde mi anterior encuentro con Adam y salía de nuevo de su despacho de abogados. Me había reunido con Stewart, ya era la tercera vez, para hablar y ponernos al día sobre nuestro caso, que, por lo que me contó, parecía ir viento en popa. Al final iba a ser verdad eso de que los abogados algo saben. Algo que el resto no, me refiero.

Salía del portal, revisando los mensajes de mis hermanos que tenía en el móvil —llevaban un rato bombardeándome—, cuando sucedió todo. Como llovía a cántaros, me puse la capucha de mi chubasquero por encima de la cabeza y me quedé parada debajo de una tejavana, esperando a que el semáforo se pusiera en verde.

Paula:

¿Ya has salido de la reunión con el abogado?

Eva:

¿Has visto al chico guapo? ¿Al rockero mojabragas?

Carlota:

¿Has podido sacarle una foto? Necesitamos documento gráfico, Ari.

Paula:

Y, ya de paso, cuéntanos qué te ha dicho el abogado. ¿Os va a sacar del lío?

Carlota:

Sí, eso también. Pero la foto, Ari, no te olvides de la foto.

Eva:

¿Y qué ropa llevaba el guaperas?

Paula:

Si puedes, mándanos foto con traje y sin traje.

Carlota:

Paula, hija, que todavía no hemos decidido si vamos a tirárnoslo o no. No creo que vaya a verlo en pelotas a corto plazo.

Paula:

Me refería a una foto con la ropa de rockero... Sin comentarios.

Carlota:

Ja, ja, ja, ja. En ese caso, sí, Ari, mándanos ambas.

«¿No hemos decidido si vamos a tirárnoslo o no?». ¡Pero si mi intención era no verlo nunca más!

«¿En qué momento decidí hablarles de Adam?», pensaba mientras leía los mensajes. Tan solo les dije que el gilipollas del hospital resultó ser el jefe del despacho de abogados que llevaba mi caso y que me pareció que era guapo. Solo eso. Guapo. Bueno, puede que también les hablara sobre lo impactante que estaba con los vaqueros ajustados y la guitarra colgada a la espalda, pero nada más. Punto.

Ahí terminaban todos mis pensamientos sobre Adam Wallace, pero mis hermanas no opinaban lo mismo. Según ellas, el hecho de que alguien me resultara guapo como para comentarlo en el grupo significaba mucho. Quedaba claro que una no podía hablar con libertad sobre nimiedades; había que medir las palabras. No me había parado a pensar en ello, porque yo nunca tenía nada interesante que contar, más que mis movidas con las mezclas, pero es cierto que, si lo meditaba, los hermanos Cabana íbamos siempre a saco con los asuntos del resto. Y en aquella ocasión me tocó a mí.

Tommy:

Si vais a hablar de tíos en bolas, yo me piro de este grupo. Otra vez. Me tenéis hasta los cojones.

Pobre Tommy. Ya había abandonado el grupo ciento cuarenta y tres veces. Creo que eso da una pista de la cantidad de conversaciones que manteníamos sobre tíos en bolas.

Pero esperad, creo que aún no os he hablado de mis hermanos.

Tengo tres hermanas mayores y un hermano pequeño: Paula de treinta y tres años; Eva, de treinta y uno; Carlota, de veintinueve y Tomás, de veinticinco. Tommy para la familia. No me enorgullezco de ello, no del todo, pero la verdad es que a mi hermano le hicimos bastantes trastadas cuando era pequeño. Y eso diciéndolo de una manera suave. No me imagino lo que tuvo que ser para él vivir con cuatro hermanas mayores, o, bueno, sí me lo imagino porque lo he vivido.

Le hemos hecho tantas faenas que, ahora que soy mayor, no entiendo cómo no ha acabado odiándonos. Lo hacíamos por él, eso también es verdad, para ayudarlo a ser un mejor hombre en la vida, para que creciera como nosotras creíamos que debía hacer. Lo que se traduce en que lo metíamos dentro de la funda de almohada de mis padres —era la más grande—, después, quitábamos los cojines del sofá y lo colocábamos a él ahí, le poníamos los cojines encima y tenía que salir él solito del aprieto. Alegábamos que, si en el futuro se encontraba en una situación similar, de encierro y estrés, tendría que saber cómo salir de ella. Y lo increíble del asunto es que el muy astuto salía, ya lo creo que salía. También lo tirábamos por las cuevas del pueblo con los patines puestos cuando aún no sabía patinar porque tenía que aprender a superar el dolor. Y esto solo por nombrar un par de anécdotas.

Sí, lo sé, éramos un poco cabronas.

Quiero aclarar que yo no era artífice de todo ello, lo era mi hermana Paula, pero yo la seguía, porque quería parecer normal, y por eso he secundado a mis hermanas en un montón de cosas, que, ahora que lo pienso, eran absurdas, pero es que yo todo lo que quería era ser un estereotipo; fui consciente desde muy pequeña de que era justo lo contrario: rara. Ojo, no diferente, no, rara.

No he sido una niña normal. Tampoco una adulta normal, ya que estamos, pero es que ahora me da igual. Mis hermanas me lo decían a menudo, que tenía que hacer cosas de gente normal como ellas y no pasarme el día entero con mis «asuntos» de profesora chiflada, que era como me llamaban. Y me llaman. Pero en otro momento llegaremos a eso, que ahora estamos con mis hermanos.

¿Y qué más puedo decir? Que, en el fondo, quitando un par de características especiales de cada uno, somos los cinco idénticos. Aquí no existe el hermano serio, el loco, el descarado o el responsable, no. Aquí, si uno decide lanzarse al vacío en paracaídas, saltamos los cinco de cabeza. No hay angelitos o demonios. Todos angelitos. O todos demonios, según el momento.

Ariadna:

Ni he visto a Adam, ni voy a sacarle una foto, ni voy a tirármelo. Olvidaos del tema.

Eva:

¿Adam? ¿Ya lo llamas por su nombre de pila? ¿No era el gilipollas? ¿O el Melenas?

Paula:

¡No nos habías dicho que se llamaba Adam! ¡Me encanta el nombre! Le pega.

Carlota:

Adam mola mucho. ¿Cómo se apellida?

Tommy:

¿Cómo que le pega? Pero ¡si no lo habéis visto en la vida! Además, ¿Adam?, a mí me parece un nombre de lo más corriente.

En fin, como decía, estaba a punto de contestar, cuando sucedió. Y me doy cuenta de que es posible que a estas alturas hayáis perdido el hilo, así que repito mi última línea antes de los mensajes: «Salía del portal, revisando los mensajes de mis hermanos que tenía en el móvil, cuando sucedió todo. Llovía a cántaros, me puse la capucha de mi chubasquero por encima de la cabeza y me quedé parada debajo de una tejavana, esperando a que el semáforo se pusiera en verde».

¡¡¡ZAS!!!

Lo siguiente que sentí fue el agua helada calándome de arriba abajo. No tenía idea de lo que había sucedido; no reaccioné hasta varios segundos después.

—¡Aaah! —grité; es posible que con algo de efecto retardado, sí.

Resulta que había un charco descomunal en la carretera y un coche, al pasar, me había salpicado. Me había salpicado pero bien, de cabeza para abajo. Me chorreaba el pelo, me caía agua por la cara y del resto mejor no hablo.

El coche se detuvo, increíble pero cierto, y el conductor salió de él con cara de circunstancias.

—Joder, lo siento —se disculpó.

¡Era Adam! ¡El tío que me había mojado por completo era Adam Wallace!

—¡Tú! —gritamos al unísono. Como de película, sí, lo reconozco.

—¿Pero de qué vas, gilipollas?! ¡Me has empapado! —le grité, fuera de control.

—Joder, perdóname.

—¡Lo has hecho a propósito!

—¡Te juro que no! Ha sido sin querer; estaba distraído con el móvil y...

—¿Con el móvil en el coche? ¡Te voy a denunciar!

—Soy abogado —me dijo con sorna—. A mí no me acojonas con esas cosas.

—Te lo estoy diciendo en serio, imbécil. Y deja de reírte —le dije al ver

que volvía a asomar esa sonrisilla de canalla que empezaba a conocer—. ¡Mira cómo estoy!

¡Piii, piii! ¡Piii, piii!

Los coches que se acercaban a la intersección en la que nos encontrábamos comenzaban a volverse locos, puesto que el vehículo de Adam obstaculizaba el paso.

—Vamos, te llevo a mi casa. Vivo a cinco minutos de aquí —me propuso.

—Ni de coña.

—De verdad, cinco minutos literales.

—¿Y?

—Que tengo ropa seca para dejarte.

Las bocinas de los coches a cada segundo eran más abundantes y ruidosas, pero a Adam no parecían afectarle, como si la cosa no fuera con él.

—No quiero tu ropa seca. Y ni loca me subo a un coche contigo.

—Vivo a la vuelta de aquella esquina del fondo —me dijo, señalando la esquina del final de la calle con el brazo—. Solo serán unos minutos.

—¿Vives a dos minutos del trabajo y vienes en coche?

—Es que en Escocia llueve mucho y no me gusta una mierda mojarme.

Se dio cuenta, al segundo, de que aquella no había sido su mejor frase, dadas las circunstancias, antes incluso de la mirada que le lancé, que estoy segura de que podría haberlo matado.

—Perdón —me dijo, riendo de nuevo—, me ha salido sin pensar. Sube al coche y vamos a ponerte algo seco, no quiero que me denuncies por *lucro cesante* si tienes que dejar de trabajar por mi culpa.

—¿Puedo denunciarte por eso?

—Eh, no, claro que no —me dijo, restándole importancia con un movimiento casual de la mano—. ¿Vamos?

Acepté porque estaba muy mojada y tenía un largo camino hasta mi casa. Además, estaba bastante sucia, el agua del charco no era clara y pura como la de los manantiales. Más bien era asquerosa. Y asquerosa estaba yo. Me había comenzado a llegar a la nariz un olorillo desagradable minutos atrás y creo que fue lo que acabó de convencerme.

Adam me guio hasta su coche sin colocar su mano bajo mi espalda, que es lo normal en estos casos. No sabía si era porque le daba repelús tocarme por lo repugnante de mi aspecto o porque no era, para nada, un caballero. Más tarde descubriría que era la segunda opción, que a Adam Wallace las convenciones sociales le dan igual, él hace lo que le da la gana y como le da

la gana. Lo que pueden opinar los demás de él ni se lo plantea.

Ya estaba acomodado detrás del volante cuando yo rodeé el automóvil, abrí la puerta y me senté en el asiento del copiloto. Lo primero que detectaron mis sentidos fue la música que sonaba por los altavoces. Era horrible. Luego mis ojos captaron la apariencia del coche.

Por fuera no me había fijado demasiado, pero por dentro me sorprendió lo que vi. Para un tío que era el dueño de un despacho de abogados, me esperaba un cochazo de esos con asientos de cuero y luces y botones por todas partes, pero no. De hecho, era un coche bastante viejo y desvencijado. No reconocí ni la marca.

—¿Qué coche es este? —le pregunté mientras nos incorporábamos al tráfico y el ruido de bocinas cesaba.

—Un Chevrolet Camaro Z28 de cuatrocientos caballos. Edición especial de aniversario —me respondió emocionado.

—¿De qué aniversario?

—De uno de hace tiempo.

—Ah.

—Es un cochazo. Un puto sueño de coche.

Entonces me reí yo.

—No creo que lo fuera ni cuando se fabricó hace ¿cuánto? ¿Cuarenta años? Está destartado.

Reconozco que no tengo ni idea de coches, pero es que a aquel me dio la impresión de que le faltaba pintura por todas partes, los asientos daba pena verlos y el motor no sonaba bien del todo.

—Ay.

No era necesario ese comentario por su parte; noté enseguida que le había dolido mi observación por la mueca que puso en el rostro. Y noté aún más dolor cuando descubrí que nos miraba, a su asiento y a mí, con cara de sufrimiento. Seguí su mirada y comprendí que el padecimiento era por su coche, porque yo lo estaba mojando gracias a mi aspecto. Aspecto que tenía por su culpa. Le regalé una subida de ceja. Como se le ocurriera decir algo, la teníamos. Decidió callar.

Y yo decidí apagar la música estridente que sonaba y que cada vez me taladraba más los oídos. No me gustaba la música. Y no tenía ningún trauma de pequeña con ella ni nada por el estilo, por si os lo preguntáis; simplemente, no me gustaba. Para mí solo era ruido. Acerqué la mano al aparato de música y lo apagué.

—¿Qué haces? —me preguntó al momento.
—Quitar el ruido de fondo, lo siento, pero no lo soporto.
—¿¿El ruido?? ¿Qué ruido? Lo que has hecho es apagar la música.
—Pues eso. Ruido, música... viene a ser lo mismo.
—¿Lo mismo? —Adam sacudió la cabeza, alucinado por mi comentario
—. Podemos poner otra cosa si eso no te gustaba.
—No te molestes. No era esa canción en particular. No me gusta la música, en general.
—¿Qué? ¿Me estás tomando el pelo?
—No. Para nada.
—¿No te gusta la música?
—No.
—¿Nada de música?
—No.
—Eso es imposible. ¿No pones música de fondo mientras te duchas?
—No.
—¿No escuchas música mientras caminas por la calle?
—No.
—¿Mientras trabajas?
—¡No!
—¿Para dormir?
—No.
—¿Cocinar?
—No.
—¿Estudiar?
—No.
—¿Leer el periódico?
—No.
—¿Vestirte?
—No.
—¿Deporte?
—No.
—¿Nunca escuchas música?
—No. Para mí solo es ruido, ya te lo he dicho. Y el ruido me molesta. Me desconcentra.
—¡Joder! ¡Eres mi némesis!
Lo miré de nuevo con la ceja arqueada. «No es exageradito el abogado ni

nada». Tampoco era tan raro que no me gustara la música y pensé que, si lo incitaba a nombrar el tipo de música que a él no le gustaba, lo entendería.

—¿Qué tipo de música te gusta a ti?

—A mí me gusta toda la música.

—Ah.

Contra eso no tenía nada que decir.

—La música es un sentimiento, una emoción. ¡Todo lo que necesitas es música!

Lo observé con atención, me pareció que estaba algo chalado, la verdad.

—¿Ya hemos llegado? —le pregunté cuando vi que nos metíamos dentro de un garaje.

—¡Sí! —dijo con alivio, más para sí mismo que para mí.

Se detuvo en una plaza cerca del ascensor y me instó a salir del coche echando leches. Me pareció increíble. ¡Qué valor! Cogimos el ascensor hasta el ático y ambos observamos con atención como caían de manera intermitente las gotas de agua de mi ropa y mi pelo al suelo, pero eso no le importó, no. Su coche estaba a salvo.

Mentiría si no dijera que el apartamento de Adam me impactó. Me quedé parada en medio de la estancia, mirándolo todo con curiosidad, mientras Adam se metía por una de las puertas del pasillo interminable que se abría a la derecha. Era un apartamento de revista, y no porque los muebles fueran minimalistas, la decoración impecable o las vistas de toda la ciudad impresionantes. Lo era porque no parecía que allí viviera alguien, incluso en las revistas hay alguna foto de relleno para simular que es la vivienda de una familia. Allí no había nada, nada que indicara que el lugar estuviera habitado por un ser humano.

El salón, que era donde me encontraba, y que comunicaba con la cocina a través de una barra americana, no era demasiado grande, pero los escasos muebles oscuros y el contraste que hacían con las paredes claras le conferían un aspecto espacioso. La chimenea en una de las paredes y el piano en el otro extremo me encantaron, y el detalle de las guitarras eléctricas colgadas por doquier fue lo único que me hizo creer que era su casa.

—Toma, el baño está por ahí —me dijo tras salir de lo que deduje era uno de los dormitorios con ropa en la mano.

Cogí las prendas que me tendía, me acerqué al lugar que me indicaba y entré. Me deshice de mi ropa y me miré en el espejo. Ahí estaba yo, desnuda, en la casa de un desconocido. ¡En la casa del *Melenas*! Y no sé por qué

extraña razón no me sentí incómoda, me gustó aquel apartamento, a pesar de que era lo más impersonal que había visto en mi vida, pero es que tenía... algo. O tal vez la razón fuera el *ricitos* que me esperaba fuera, que era un gilipollas, sí, pero es que tenía... algo. Algo que me atraía.

Me puse la ropa del susodicho, que olía a limpio, un pantalón negro de chándal, que me quedaba enorme, y una sudadera del mismo color mientras curioseaba por las estanterías. Terminé de convencerme de que sí vivía allí porque había bastantes artículos de baño de hombre y parecían usados. Por un momento me planteé la posibilidad de que la falta de calor en esa casa de debiera a que Adam Wallace pasaba demasiadas horas en el trabajo, pero enseguida lo deseché. Y no me preguntéis por qué. Ni siquiera yo lo sabía, pero estaba segura de que había algo más.

Salí del baño con mi ropa mojada hecha una bola en las manos y me reuní de nuevo con Adam en el salón, que me observaba mientras caminaba a su encuentro. Ya se había quitado el traje y presentaba el mismo aspecto de rockero perdonavidas del otro día. Me sorprendió que se hubiera vestido tan rápido, o estaba dotado del don de la hipervelocidad o yo me había detenido demasiado tiempo en observar sus pertenencias más íntimas de higiene personal.

—¿Sabes tocarlo? —le pregunté, señalando el magnífico piano de cola, al llegar junto a él.

—Realmente no.

—¿Tienes un piano que ocupa casi la mitad de tu salón y no sabes tocarlo?

—Eso parece.

—Entonces, ¿para qué lo tienes? ¿Para impresionar a las chicas?

Se rio. Se rio a carcajada limpia.

—En realidad está ahí por una chica.

—¿Por una? Sí, seguro. ¿A cuántas te has follado encima del piano?

Lo siento, pero soy bastante directa. Y malhablada también. Un poco.

—Eso es imposible de calcular —me dijo con chulería—. ¿Quieres probarlo?

—¿Follar en el piano?

Y, por alucinante que suene, me vi. Me vi haciéndolo con él en el piano. Tenía que salir de allí. No entendía qué pasaba conmigo. Adam era el prototipo de hombre que no encajaría conmigo nunca, apenas nos conocíamos, pero ya teníamos una lista de unas tres páginas con nuestras

diferencias. Y ninguna semejanza. Nada en común.

—Follar en el piano, no, fiera. Me refiero a que si quieres tocar.

—¿El piano?

Negó con la cabeza, sin dejar de reír.

—Sí, el piano.

—No, gracias. Mejor me voy.

—Bien. Voy contigo.

—¿A dónde?

—A la calle.

—Yo me voy a mi casa.

—Y yo a un bar. Acabo de decidir que voy a quedar con los colegas.

«Ah, joder, que no viene conmigo a mi casa». En definitiva, algo pasaba conmigo.

—¿Vas en coche?

—No, eso sería demasiado incluso para mí. El local está a cinco minutos andando y además voy a beber cervezas. En plural.

—Hoy es miércoles.

—Y mañana jueves.

¿Veis lo que digo? No nos entendíamos.

Vi como recogía sus cosas, móvil, cartera y llaves, y las guardaba en el pantalón mientras me acercaba a la salida de la vivienda. Aluciné por que le entrara todo en los bolsillos, dado el nivel extremo de ajustamiento de estos. Nos juntamos en el ascensor y bajamos en silencio. Solo hablamos para despedirnos antes de separarnos nada más pisar la calle; yo iba en una dirección y él, en la contraria.

No sabía si volvería a verlo.

De camino a mi apartamento, decidí escribir un mensaje a mis hermanos. Y, coincidencia, Carlota hizo lo mismo.

Ariadna:

Saliendo de casa de Adam. Tiene un piano para follar. Creo que me gusta. Luego os cuento todo.

Carlota:

Chicas, Tommy, no os he contado una cosa. He conocido a un hombre. Y me lo he tirado a los quince minutos.

Tommy ha abandonado el grupo.

♪ 6 ♪

Carry on, carry on, as if nothing really matters

Adam

Adam:

Quedamos en quince minutos en el pub. Es urgente.

Escribí el mensaje a Brian y Daniel de camino al *pub* y me guardé el móvil de nuevo en el bolsillo del pantalón sin esperar respuesta; necesitaba el brazo para resguardarme de la lluvia. La lluvia era de esas débiles pero imparables, de esas que si te confías y te dejas, terminas empapado de arriba abajo como un gilipollas. O como Ariadna. Ejem, perdón por el chiste fácil.

Llegué al local sin haber revisado el móvil, pero con la convicción de que ellos estarían allí en pocos minutos, hay mensajes que no requieren respuesta, por eso me acerqué a la barra y pedí las primeras tres cervezas al camarero.

El establecimiento estaba casi vacío excepto por un par de mesas y un grupo de personas en la barra, y me pareció razonable teniendo en cuenta que eran casi las diez de la noche de un miércoles. Mis encuentros con la morena hasta el momento siempre ocurrían los miércoles. Y por la noche.

Me senté en el sitio de siempre y esperé. Daniel y Brian llegaron poco después, en ese orden, cuando ya me había ventilado más de media cerveza.

—Ya estamos todos —dijo Daniel en cuanto Brian estuvo sentado—, ¿qué cojones pasa?

—He tomado una decisión.

—¿Qué decisión?

—Atentos. —Esperé a captar la atención de los dos antes de hablar. Para la poca gente que había en el local, se escuchaba una algarabía de voces de pelotas. Cuando los tuve a los dos con los ojos fijos en mí, lo solté—. He decidido que voy a acostarme con la morena.

—¿Con qué morena? —preguntó uno.

—¿Con quién? —preguntó el otro.

«Joder».

—Con la española hija de la amiga de la madre de tu mujer —le expliqué a Daniel—. Con la clienta que intentó robar en un coche con una ganzúa —le dije a Brian.

—Aaah —asintieron a la vez, cuando cayeron en la cuenta de a quién me refería.

—¿Por qué? —me preguntó Daniel.

—¿No decías que tenía demasiado carácter? —añadió Brian.

—Ha pasado algo, tíos.

—¿Qué?

—No le gusta la música. A la morena no le gusta la música —les expliqué, todavía flipando por ello. Me pareció la hostia. Jamás había conocido a nadie que no le gustara la música. De hecho, no sabía ni que existía ese tipo de persona.

—¿Qué?

—¿Y?

—¡No le gusta la música! ¡Nada de música! ¡Cero! ¡Me ha apagado la radio porque dice que para ella solo es ruido! ¡Ruido!

—Sí, sí, lo pillamos. No le gusta la música.

—No lo puedo permitir, tíos. Y no voy a ir tranquilo por la vida hasta que lo remedie.

—¿Y qué piensas hacer?

—No sé cómo, pero tengo que conseguir que cambie de opinión y comience a amar la música. Va a ser uno de mis mayores retos —les dije convencidísimo.

—Joder, qué puto obsesionado.

—¿Y dónde entra ahí lo de tirártela?

—Joder, Brian, pues es un efecto colateral. —Mira que tener que explicar esas cosas—. Le enseño lo que es la música, follamos y después continuamos cada uno con nuestra vida.

—Por lo que nos has contado, intuyo que a esa chica no le caes muy bien, ¿no? —me preguntó mi amigo.

—No mucho. Y todavía menos después de lo que ha pasado hoy...

—¿Qué ha pasado hoy?

—La he empapado de pies a cabeza al pasar por encima de un charco con el coche. Puta casualidad.

—¿Qué dices?

—¿En serio?

—Sí, Edimburgo es demasiado pequeño. Daniel, deja de reírte.

—Es que me la estoy imaginando, joder, con la mala hostia que tiene, me extraña que aún sigas vivito y coleando.

—Capullo.

—Adam, hasta donde yo lo veo, estás jodido —me dijo Brian.

—¿Por qué?

—Vas a tener que ligártela a la antigua usanza.

—¿Y cuál es la antigua usanza? —le preguntó Daniel.

—Es en la que ligábamos de verdad.

—Explícate.

—Bien. Allá voy. Escuchadme —Los tres bebimos un trago largo de la cerveza y acercamos las cabezas al centro de la mesa—. ¿Cómo te ligas a una chica? No quiero enrollarme, pero, a ver, tíos, hoy en día no tenemos que hacer nada para llevarnos a una tía a la cama, es algo que sale solo. Tenemos treinta y seis años, somos adultos, y si me atrae una mujer una noche de copas y yo le atraigo a ella, le digo que si follamos y ella dice sí o no. Es así de fácil y no tenemos que currarnos todo el cortejo que teníamos que hacer cuando teníamos veinte, cuando ellas no estaban tan dispuestas porque no se tomaban el sexo con tanta naturalidad debido a su juventud o porque tenían que estar enamoradas y no sé qué polladas más. Pero esa fase terminó y ya no tenemos que inventarnos historias para que se rían, o escribirles poemas o cantarles canciones. Repito, ya no tenemos que trabajárnoslo como cuando teníamos veinte. Hasta hoy. Porque Adam, querido amigo, si quieres follar con la morena barra rubia, que te odia, vas a tener que currártelo.

—Joder —dijo Daniel, negando con la cabeza.

—¿Qué? —le preguntó Brian.

—No me extraña que sigas soltero. Es la mayor gilipollez que he oído en mucho tiempo.

—Calla, idiota. ¿Me has seguido, Adam?

—Ella no me odia. —Quise dejarlo claro, porque tampoco creí que fuera para tanto.

—Has reconocido que no le caes bien.

—Eso no quiere decir que me odie, solo que no soy su persona favorita del mundo.

—Sí, pero que vas a tener que trabajártela como cuando teníamos veinte años es un hecho. Y por eso hay que recurrir a lo que hacíamos para

establecer relaciones amorosas o sexuales pasajeras cuando teníamos veinte años.

—¿«Establecer relaciones amorosas o sexuales pasajeras»? — preguntamos Daniel y yo al unísono.

—Es la definición de ligar. Joder —chasqueó la lengua—, os veo muy muy verdes.

—Tiene su punto —reconocí, mirando a Daniel.

—¡Qué va a tener su punto ni qué cojones!

—¿Tú cómo te ligaste a Pear? —le preguntó Brian a Daniel.

—Por suerte —respondí yo.

—Claro que no. Fue un proceso lento pero bien calculado. Lo tenía todo controlado.

—Pero ¡¿qué dices, tío?! —le dije muy serio—. Fue puta suerte y ni tú te lo crees hoy en día. Y mira que la cagaste a base de bien una y otra vez. Yo no daba un penique por vosotros. Era más seguro apostar por Olly y Sara aun cuando estaban en su peor momento.

—Eso no es...

—Vale —lo interrumpió Brian—, olvidemos eso. Cuando te acostaste con ella la primera vez, ¿lo hiciste pensando que en algún momento tendríais un futuro juntos?

Daniel miró a cada lado para asegurarse de que no lo escuchaba nadie, nunca se sabe cuándo hay una conocida de tu mujer por los alrededores.

—No, claro que no. Tenía ¿cuántos? ¿Diecisiete años? Solo quería follar y con Pear... sucedió de repente. Fue un impulso y algo me dijo que era lo correcto.

—Joder, que Daniel Summers se ponga romántico es la última cosa que me quedaba por oír.

—Calla —me dijeron los dos a la vez.

—Espera —Brian recordó algo de repente—. Hasta donde yo sé, a Pear la tenías loca desde los nueve años. Bah, no nos vales. Tú no tuviste que trabajarte nada.

—¡Eso lo dirás tú! —se defendió Daniel.

—Tenemos que pensar en tácticas para establecer con éxito relaciones amorosas o sexuales pasajeras, Wallace. Venga, vamos a ello.

—Esto me parece una tontería, en serio.

—Daniel, calla y colabora. Ve a por otra ronda de cervezas. Y que sean grandes.

Cuando Daniel volvió con las tres cervezas en la mano y Brian le quitó la suya y le dio un buen trago, se le abrieron los ojos.

—¡Tíos, lo tengo! Dile mis tres frases.

—¿Qué frases? —le preguntó Daniel.

—No lo escuches —le dije yo. Estaba demasiado familiarizado con sus tres frases. Eran muchos años ya.

—Me ha funcionado bastantes veces.

—¿Cuándo?

—Varios días de fiesta que, casualidad, tú no estabas.

—Qué casualidad, sí.

—¿Y qué frases son esas? —insistió Daniel.

—¿Cómo te llamas? ¿Tienes novio? Y si contesta que no, solo si contesta que no —aclaró Brian—. ¿Te puedo besar?

—¿De verdad te ha funcionado eso? —preguntó Daniel con sospecha.

—Sí.

—¿Con tías de treinta años?

—Hace años que no lo hago, no me hace falta, ya os lo he explicado antes, pero en aquella época me funcionaba.

—¿En qué época?

—Cuando teníamos veinte.

—Joder. No me extraña que no me juntara con vosotros.

Brian lo ignoró y siguió dándome ideas de tácticas para «entablar relaciones amorosas o sexuales pasajeras». Lo hizo durante las siguientes cuatro rondas. O durante las siguientes tres horas, si lo medimos en tiempo. Lo que quiero decir es que sí, íbamos algo tocados. De ahí la sarta de chorradas que salieron a continuación.

—Escríbele un poema.

—No soy bueno con las frases —reconocí—. Siempre era Olly el que componía las letras de nuestras canciones.

—Dile a Olly que le escriba un poema.

—Yo lo del poema no lo acabo de ver —nos dijo Daniel.

—Dile a Olly que te componga una canción entera y se la cantas. Con eso triunfas, seguro.

—Te va a mandar a la mierda.

En esa ocasión, estuve de acuerdo con Daniel.

—Sí, me va a mandar a la mierda.

—Pues era buena idea —insistió Brian—. ¿Os acordáis de cuando lo hizo

Will para Sara?

—Si fueras inteligente, no le recordarías a Aston nada de aquello —me aconsejó Daniel.

Cómo miraba por su cuñado, el muy cabrón, pero volví a estar de acuerdo con él. No creo que a Oliver le hiciera demasiada gracia acordarse de cómo el exnovio de su mujer la reconquistaba.

—Además —añadí yo—, no le compuso nada. Era una canción de Los Beatles. Solo la interpretó. Eso lo hace cualquiera.

—Lo que sea. Por cierto, ¿cómo está Will? —le preguntó Brian a Daniel.

Will y Daniel siguen siendo mejores amigos, a pesar del pésimo desenlace de su relación con Sara.

—¿Y a quién le importa cómo está ese? —dije en serio.

Nunca me había caído bien y me importaba una mierda cómo le iba la vida.

—Solo era una pregunta de cortesía.

—Pues le va todo bien —dijo Daniel.

—¿A quién? —¿En serio seguíamos hablando de William Von Kleist?

—¡A Will!

—No nos interesa, Daniel —insistí.

—Eh, no pluralices, a mí me gusta cotillear —añadió Brian.

—Joder.

—Lleva años con una chica y les va muy bien.

—De puta madre, me alegro por ellos.

—Mentira.

—Sí, mentira. La verdad es que me trae sin cuidado. ¿Podemos seguir con lo mío, por favor?

—Hazle trucos de magia, eso les encanta, ¿no? —continuó Brian.

—¿Magia?

—Sí, hazle el truco de la ceniza.

—¿Qué truco de la ceniza?

—Te mojas un dedo con ceniza, luego vas a donde ella y le dices que vas a hacerle un truco de magia. En ningún momento puede verte el dedo sucio, por supuesto.

—Por supuesto.

Brian chaqueó de nuevo la lengua por el comentario jocoso de Daniel y siguió con su relato.

—Le dices que estire las manos y con disimulo le manchas la palma con

la ceniza del dedo, después le cierras las manos y soplas, con suavidad, el humo sobre ellas. Y cuando lo abre... ¡Tachan! Ve que está manchado y alucina.

—¿Y para qué se supone que es eso?

—Para romper el hielo —respondió Brian con obviedad.

—¿Y si es de esas personas antitabaco total? —pregunté con interés.

—En serio, estoy flipando. Parecéis putos quinceañeros. Y lo de la ceniza es asqueroso.

—Calla.

—Joder.

—Tírale una copa encima y así tienes que invitarla a otra y se ve obligada a hablarte.

—De verdad, no me extraña que sigas soltero.

—Para eso tendríamos que coincidir en un bar, Brian.

—Entonces apáñatelas para meterla en un bar. ¿Tú no eres un tío romántico? Búscate un poco la vida.

—¿Adam Wallace un tío romántico?

—Yo soy superromántico, de los que quedan pocos.

—Sí, claro, poquísimos.

—Daniel, no estás ayudando demasiado.

—Hazla reír, tío, y déjate de gilipolleces.

—¿Hacerla reír? No quiero que se enamore de mí.

—No te lo creas tanto, Wallace.

—Las miradas, Adam. Conquistala con tus miradas.

—¿Qué miradas?

—De verdad que te veo muy verde. Dejemos las miradas. Llévala a un concierto.

—No le gusta la música.

—Coño, es verdad. Joder, qué tía más rara.

—No me puedo creer que esté perdiendo mi preciado tiempo con vosotros en tal estado de estupidez.

—Haz piecitos con ella por debajo de alguna mesa. —Hacía rato que habíamos comenzado a ignorar a Daniel del todo—. Eso sale en todas las pelis que veían las chicas en el colegio.

—Si tuvierais un atisbo de cordura, os daríais cuenta de que la clave de toda esa frase es: «en el colegio».

—Llénale la taquilla de *post-its* con mensajes ocurrentes.

—¿La taquilla, Brian? Ahí se te ha ido del todo.

—Mierda, es cierto. Pues llénale la mochila con recortes de revista que le recuerden vuestros mejores momentos juntos. ¿Te acuerdas de que lo hizo el tío ese del cole? Se lo curró mucho.

—Ya no llevamos mochila.

—Pero las tías llevan bolso, se lo puedes meter ahí.

—No tenemos momentos juntos que recordar.

—Es que estás muy verde, Adam. Yo así no puedo trabajar.

—Primero tengo que crear una primera cita.

—Mándale un mensaje ingenioso al móvil y a ver si tienes suerte y te contesta. A partir de ahí, ya trabajaremos en el siguiente paso.

—No tengo su número de móvil.

—Joder —exclamaron Daniel y Brian a la vez.

Estaba muy verde, sí. Pero pronto le pondría remedio.



¡Pi, pi, pi, pi! ¡Pi, pi, pi, pi!

¡Pi, pi, pi, pi! ¡Pi, pi, pi, pi!

¡Pi, pi, pi, pi! ¡Pi, pi, pi, pi!

«Joder, con el puto despertador». ¡Todas las mañanas igual!

Estiré el brazo y le di un manotazo para apagarlo. Me cagué en Brian, en Daniel, en las cervezas y en las «tácticas para entablar relaciones amorosas o sexuales pasajeras». Para cuando salimos del bar era tarde, jodidamente tarde, tanto que incluso había comenzado a amanecer. Vale, tanto no. Pero era muy tarde.

Me restregué los ojos con las manos, me bajé de la cama y llegué arrastrando los pies y el resto del cuerpo hasta el baño. Me pegué una larga ducha para despejarme y me senté en la cama con la toalla en la cintura. Tenía algo que hacer. Cogí el teléfono móvil y comencé a teclear.

Adam:

Necesito el número de teléfono de tu colega, la de la falda escocesa y las gaitas.

«Falda escocesa». Me hizo mucha gracia que las llamara de esa manera, así que la imité.

Me contestó enseguida .

Pear:

¿Ariadna?

Adam:

Sí, esa.

Pear:

¿Para qué lo quieres? ¿Para follártela?

Adam:

Correcto.

Bien, ya solo me quedaba esperar.

«Joder, llego tarde».

Me vestí a toda hostia y salí pitando hacia el despacho. Me olvidé del móvil y se me pasó la mañana volando a causa del trabajo acumulado que tenía. A la hora del almuerzo, me di cuenta de que habían transcurrido cuatro horas y no recibía respuesta de Pear.

«No va a contestar. Vale, cambio de plan».

En cuanto regresé a la oficina, puse en marcha el plan. Me acerqué a María, la recepcionista, y le hablé con profesionalidad.

—María, necesito el teléfono de una cliente. Ariadna...

—¿Cabana?

No se le escapa una a la mujer.

—Correcto. Cabana. Tengo ya el informe pericial sobre el pinchazo.

—Ahora mismo te lo paso, Adam.

—Bien. Gracias.

Le mandé una canción. Sin mensaje. Sin palabras. Solo el archivo adjunto con la canción. Y me contestó media hora después.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿Cómo has conseguido mi número, Melenas? ¿Lo has mirado en mi ficha?

«Coño, qué rápida de mente es» . Me pilló a la primera, y sonreí por ello.

Adam:

Sí.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Eso es ilegal, estoy segura.

Adam:

Demándame.

Aquella se estaba convirtiendo en mi palabra favorita.



Too late, my time has come

Ariadna

Ariadna:

Tú sigue diciéndome eso, que, al final, te demando de verdad. He visto que enfrente de tu portal hay otro despacho de abogados.

Melenas:

Ja, ja, ja, ja, no son rivales. Soy demasiado bueno.

«Y estás. Y estás demasiado bueno, *Melenas*».

Ariadna:

Ya veo que, además de un pelo demasiado largo, incontinencia verbal y pinta de rockero perdonavidas, también tenemos un poco de ego...

Ahí empecé a tontear con Adam Wallace, lo reconozco. Es algo que salió solo. El humor de Adam y su forma de ser tan espontánea y alegre me arrastró en todos los sentidos. Es como cuando vas paseando por la calle, haciendo malabarismos para cobijarte bajo el paraguas porque la lluvia y el viento arrasan con todo, y de repente ves la foto de una playa soleada de aguas cristalinas y cocos en el escaparate de una agencia de viajes.

Quieres ir a esa playa.

Yo quería ir a Adam, seguirle el rollo. Me resultaba... atrayente. Y comenzaban a divertirme sus respuestas.

Melenas:

Pelo demasiado largo... incontinencia verbal... rockero ¿perdonavidas?... y ego. ¿Vas a incluirlo todo en la demanda?

Ariadna:

Sí, perdonavidas. Y te dejas lo de utilizar el móvil mientras conduces y la apropiación indebida de datos personales.

Melenas:

Mmm... cierto. ¿Te parece que lo arreglemos con una cita y así quedamos en paz?

¡Una cita! ¡Me pedía una cita como contraprestación para resarcirme por

todo! Me pareció increíble. También me entró un ataque de risa. Adam, ahora puedo decirlo en voz alta, me hizo reír casi desde el primer momento.

Ariadna:

A ver si lo estoy entendiendo bien. Me salpicas de arriba abajo por conducir y usar el teléfono a la vez, consigues mi teléfono de manera... ilegal, tengo que aguantar todas las frases épicas que salen por tu boquita, ¿y ahora pretendes tener una cita conmigo para quedar en tablas? Ves la descompensación, ¿verdad?

Melenas:

Todo correcto, sí. Ya te he dicho que era bueno. Te espero el sábado a las siete en mi portal, como tú lo llamas.

Ariadna:

¿Y si no voy?

Melenas:

Yo estaré esperándote. No me falles, morenita.

Así cerramos nuestra primera cita.



Cincuenta y cuatro horas después, me encontraba esperando al señorito en su portal. Primer dato que aprendí sobre Adam: nunca llega a la hora. Llevaba por lo menos doce minutos esperándolo cuando me propuse mandarle un mensaje para informarlo de que o se presentaba en ese instante o me iba. Saqué el móvil del bolso y vi que tenía varias notificaciones en mi teléfono tanto de él como de mis hermanos.

Melenas:

¿Qué número de pie usas?

La pregunta me sorprendió, claro. Me esperaba más una disculpa por su tardanza que aquello. Ahí también aprendí a no dar nada por sentado con respecto a él. Para lo bueno y... para lo malo.

Ariadna:

¿Para qué lo quieres?

Melenas:

Tic, tac, tic, tac. Se me acaba el tiempo. ¿Un cinco?

«¿Que se le acaba el tiempo? Tendrá cara».

Ariadna:
Tic, tac, tic, tac, digo yo.

Melenas:
Me arriesgo con un cinco.

Ariadna:
Te arriesgas a que me vaya a mi casa.

Melenas:
Vale, definitivamente un cinco. Llego en diez minutos.

«¿En diez minutos todavía?».

Ariadna:
¿Te das cuentas de que habíamos quedado hace más de quince minutos?

Melenas:
¿Qué hora tienes?

Ariadna:
Ahora mismo, las siete y diecinueve.

Melenas:
Eso lo explica todo. Lo tienes adelantado. Diecinueve minutos adelantado.

Sabía que era imposible, que no tenía la hora equivocada, pero, a pesar de ello, miré a mi alrededor, buscando un reloj, para corroborarlo.

Ariadna:
El reloj del edificio de enfrente también dice que son las siete y veinte.

Melenas:
Adelantado también.

Ariadna:
Te doy cinco minutos, Melenas.

Melenas:
Qué mala hostia te gastas, morenita.

Ariadna:
Cuatro.

Melenas:
Y cómo me pones.

Y no voy a contaros lo que me hizo sentir con esa frase.

Ariadna:
No pienso contestarte a eso. Tres minutos y medio.

Melenas:
Siete.

Ariadna:
No es negociable.

Melenas:
Ocho.

Ariana:
Seis.

Melenas:
Hecho.

¿Creéis que llegó en seis minutos? No, yo tampoco me lo creía. Por eso me senté en el escalón de su portal y revisé los mensajes de mis hermanos para hacer tiempo.

Carlota:
He vuelto a LA CASA. Estoy en la puerta. Necesito recuperar mi bolso. Corto y cambio.

Resulta que mi hermana tenía que volver a la casa del chico con el que se acostó. La habíamos apodado *LA CASA* puesto que llevábamos toda la semana llamándola así a falta de otro nombre más apropiado; no conocíamos ni el nombre del susodicho. Mi hermana tampoco, por cierto. Y se había dejado allí el bolso. Se despertó en la cama del chico misterioso, cogió el móvil para mandarnos un mensaje, se puso la ropa y los zapatos a toda leche y salió escopetada. Sin el bolso.

Eva:
No me puedo creer que no haya sido capaz de contactar contigo para mandarte el bolso a casa.

Paula:
Qué sinvergüenza. Me gusta.

Eva:
A mí también.

Tommy:
No tenéis remedio.

Paula:
Habló el sinvergüenza número uno.

Tommy:
Yo le habría mandado el bolso a su casa.

Eva:

No nos hagas hablar, Tommy.

Paula:

Verano pasado.

Tommy:

Joder, siempre con la misma historia. Si lo sé, no os lo cuento.

Eva:

No nos lo contaste, te pilló mamá y ella nos lo contó.

Tommy:

Cambio y corto.

Paula:

Cambia, cambia.

Eva:

Y corta, corta.

Estaba a punto de contestarles y meterle más caña a Tomás, medio muerta de la risa, cuando me susurraron al oído.

—¿Esa sonrisa es por mí?

Levanté la mirada y se me paró el corazón al verlo. A Adam. Es que estaba muy guapo. ¿De verdad que nunca os ha pasado que cuanto más miráis a una persona, más os gusta? Yo no me canso de repetirlo. A mí no me había sucedido hasta él. Al verlo con pantalones de chándal oscuros, camiseta azul de manga corta y deportivas negras, se me antojó otro chico diferente, no era ni el abogado ni el rockero. Adam Wallace parecía tener multitud de roles y yo quería verlos todos. Me intrigaba. Era pura curiosidad. En ese momento lo era.

—La verdad es que es por otro —le dije con sinceridad.

—¿Jugando a varias bandas? —me respondió con guasa y entrecerrando los ojos con picardía.

Iba a replicarle, cuando vi las bolsas que colgaban de sus hombros.

—¿Qué llevas ahí?

—Patines.

—¿Patines?

—Sí, vamos, te lo explico de camino.

Me tendió la mano para ayudarme a levantarme y yo la acepté. Comenzamos a caminar tranquilos y creo que aguanté alrededor de unos cinco segundos callada.

—Ya estamos de camino. ¿Por qué los patines?

—Porque voy a llevarte a patinar a un sitio de la hostia que conozco. ¿Sabes patinar?

—Sé patinar —dije más emocionada de lo que pretendía. No solo sé patinar, sino que es una de mis grandes pasiones. De mis dos grandes pasiones. Las únicas que tengo, en realidad.

En el pueblo alicantino en el que he nacido y me he criado, no caminamos o corremos, la mayoría andamos en bici, sobre un monopatín o encima de unos patines. Los míos se quedaron allí porque no me imaginé que podría usarlos en Edimburgo. Entre el trabajo y que no conocía la ciudad... los dejé atrás con pesar.

El hecho de que Adam me llevara a patinar me descolocó por completo. ¿Cómo lo había sabido? ¿Fue suerte?

Por supuesto que fue suerte. O llamadlo destino, si os complace más.

—No me preguntes por qué, pero me lo imaginaba. —En aquel instante, vi el brillo de sus ojos por primera vez. Brillaban por... no lo sé. Pero cómo brillaban.

Continuamos caminando por las calles, desconocidas para mí y que parecían vacías, porque yo solo veía la bolsa azul que se balanceaba en la espalda de Adam junto con el vaivén de nuestros pasos. Tenía dos bolsas de deporte, una azul y otra negra. Y yo sabía que la azul era la mía. Me costaba imaginarme a Adam con los patines puestos, no le pegaba nada y jamás lo habría imaginado. Me moría de ganas de verlo.

Apenas hablamos durante el trayecto, que no fue demasiado largo, solo nos mirábamos, nos rozábamos en alguna ocasión y sonreíamos. Me gusta la sonrisa de Adam. Es tan auténtica...

Sí, parecíamos lo que estáis pensando, dos adolescentes emocionados con las hormonas revolucionadas, solo que no éramos adolescentes. De hecho, hacía años que habíamos dejado atrás esa etapa. Muchos años. Pero ahí estábamos.

Vi nuestro destino mucho antes de llegar. Lo vi de lejos. Eran unas pistas de patinaje. No pude evitar echar a correr para acercarme lo más rápido posible. Según me aproximaba, podía vislumbrarlo todo: dos bañeras profundas, conectadas a una tercera por dos *channels*, curvas radicales, un *funbox*, una duna y un montón de elementos más.

—Brutal —exclamé en alto.

—Lo es.

Adam estaba justo detrás de mí, deduje que había corrido a la vez que yo.

Me senté emocionada en el suelo y le pedí mi bolsa. La abrí y ahí estaban: un par de patines nuevos, blancos, brillantes, con las cuatro ruedas en

paralelo azul turquesa. También había un casco, unas rodilleras y unas coderas, pero la protección está sobrevalorada. No me hacía falta. Los patines son una prolongación de mis piernas.

—No son patines de línea —le dije.

—No, no lo son. Llámame tradicional.

—¿Patinas sobre cuatro ruedas?

—Sí, es lo puto mejor.

—Me encantan.

Adam se sentó a mi lado y sacó los suyos de la bolsa. Estaban bastante machacados por el uso. Nos los pusimos en pocos segundos y respiré profundamente antes de levantarme. Era emoción.

—¿Te ayudo? —me preguntó Adam.

—Aparta, *Melenas* —le dije a la vez que me levantaba del suelo y me dirigía a las pistas.

Al primer roce de las ruedas sobre el suelo, supe que el momento iba a ser memorable, que lo recordaría para el resto de mi vida. Que me acordaría de Adam Wallace para el resto de mi vida.

Habían transcurrido muchos años desde la última vez que patiné sobre cuatro ruedas, pero esas cosas no se olvidan. Fui directa a una de las bañeras, a la más grande, y me lancé.

¿Cómo puedo describir lo que sentí? Creo que hay que vivir alguna experiencia similar para entenderlo bien, pero intentaré relatarlo lo mejor posible.

Lo primero que hice fue cerrar los ojos, solo por unos instantes, solo los segundos necesarios para que el resto de mis sentidos se intensificaran, porque no quería verlo, quería sentirlo. Y lo hice.

El viento, en el rostro y en los brazos; la camiseta que se me pegó a la piel; las cosquillas en el estómago, el subidón de adrenalina, el control de mis piernas sobre todo lo demás, el olor a rueda, el ruido de los deslizamientos. La libertad.

Abrí los ojos cuando noté que pisaba suelo plano y me giré para ver a Adam patinar.

«Joder». Algo explotó en mi interior cuando lo vi dar aquel salto. Irradiaba seguridad y confianza en sí mismo, igual que en su faceta de abogado, pero multiplicado por mil. Era bueno. Muy bueno. Pero eso vosotros ya lo sabéis.

Estuvimos horas allí, yo no tenía fin cuando me ponía unos patines y

Adam, al parecer, tampoco. Jugamos solos y jugamos el uno con el otro. Le di las gracias con los ojos por regalarme ese día. Por haber acertado de aquella manera. Por haberme enseñado que podía recuperar mi pasión por los patines. Que podía tener a ambos. A ellos y a la química.

Adam estaba apoyado, de forma desganada pero adorable, en una de las paredes. Y, a pesar de que sabía que había captado la gratitud en mis ojos, me acerqué para decírselo con palabras.

—Gracias por esto —le dije, con la emoción asomando por cada poro de mi piel, acercándome a su posición y quedando a muy poca distancia de su cuerpo.

—De nada. He acertado. Más de lo que pensaba —me respondió, asombrado por sus propias palabras, mientras se rascaba el pelo en un gesto que me produjo una ternura difícil de describir.

—Ni te imaginas lo que has acertado, *Melenas*.

Intenté sonar casual, intenté bajar la intensidad que, de repente, había alcanzado la conversación, pero no lo conseguí. Estábamos tan cerca... Y no solo físicamente, que también. Podía sentir su aliento en mi rostro y ver las motitas de color miel esparcidas por cada iris de sus ojos. Podía contar las pestañas que los cubrían y oler el champú de su cabello. El contacto de sus piernas con las mías, que se rozaban entre ellas cada vez que pasábamos de apoyar el peso de una pierna en la otra, me provocaba un hormigueo desconocido hasta entonces para mí. ¿Qué significaba esa sensación de cosquilleo en mi cuerpo? ¿De calor?

—¿Por qué? —me preguntó tras unos segundos.

—Porque acabas de demostrarme que puedo patinar en Edimburgo. Y es la segunda cosa que más me gusta hacer en el mundo.

—¿Y cuál es la primera?

—¿Quieres la versión corta o la extendida?

—Nunca me han gustado las versiones extendidas. Con *El señor de los anillos* me dormí. Aunque también es verdad que yo soy más de *Star Wars*.

Me reí al imaginármelo dormido, viendo *El señor de los anillos*. Me reí, a pesar de que no lo entendía, porque en mi opinión es un peliculón, y me reí porque era algo muy de él. Apenas lo conocía, pero... era algo muy de él.

—Bien. Te haré la extendida —le dije sin darle opción a réplica. Quería comprobar hasta qué punto sería capaz de escucharme. Quería comprobar hasta qué punto yo le interesaba, si es que lo hacía. Adam no parecía ser de los tipos que escuchan por educación—. Cuando tenía cinco años me subí

encima de una silla porque en lo alto del armario del cuarto de mi hermana Paula había unas cajas con un montón de juguetes dentro. De una de ellas, sobresalía algo verde fosforito que me llamaba mucho la atención, y tenía que saber lo que era, fuera como fuera.

—Lo veo, sí.

—Les pedí, insistí, supliqué, imploré a mis padres que me bajaran la caja, pero me dijeron que no, en breve estaría la cena preparada y, después, debía irme a la cama. También me dijeron que me esperara al fin de semana. ¡Al fin de semana! No controlaba mucho el tema de los días de la semana, pero aquello no me sonó nada bien. Yo quería ese «algo verde fosforito» en ese momento.

—Totalmente lógico. Mira que atreverse a decirte que no —me dijo con guasa.

—Por eso —continué, obviando su comentario—, cogí la silla del escritorio de Paula y me subí en ella. Pero como ni con esas llegaba, me encaramé al tablón que cruzaba el armario y separaba la ropa de las perchas y me agarré a la barra. Después, tiré de la caja.

—Suen a que sucedió algo.

—Sucedió que la caja cayó al suelo con todo lo que había dentro y quince segundos después tuve a todos mis hermanos rodeándome y preguntándome qué estaba haciendo. Por suerte, mis padres estaban en la cocina y no escucharon nada. De todo lo que había caído, lo único que me interesaba era la caja fosforita. Y mientras mis hermanos enredaban en el resto del tesoro, yo abrí la caja y miré en su interior: era un juego de química. Y aquello... cambió mi vida.

—Joder, y yo que pensaba que Sara era la exagerada número uno del mundo mundial —me dijo, partiéndose de la risa.

—¿Quién?

—No, nada. Una amiga.

—Pues si no es nada, calla y déjame seguir.

—Sí, señora.

El gesto de saludo militar que me hizo, llevando la mano derecha con los dedos juntos hacia la sien, a pesar de la falta de seriedad, también me pareció adorable. ¿Por qué tenía que ser tan adorable? No se supone que los rockeros perdonavidas lo sean tanto.

Tuve que esconder otra sonrisa y, lo peor, tuve que esconder el escalofrío que me produjo el nuevo toque de sus piernas con las mías. Seguíamos en la

misma postura: él apoyado en la pared, y yo acechándolo de cerca.

—Como apenas empezaba a leer y necesitaba saber de qué trataba ese juego, le pasé las instrucciones a mi hermana Eva, que tenía ocho años, para que me las leyera. Y ahí empecé a montarlo todo. Me maravilló el juego. Me maravilló tanto que más tarde, a la hora de cenar, incluso después de la bronca de mis padres por haber tirado la caja (al final se enteraron), yo no podía dejar de pensar en el juego. Con él me pasé los siguientes meses. Con él y con mi padre, que me sonreía con camaradería mientras hacíamos juntos experimentos de química. Ese año por mi cumpleaños me regalaron un libro: «Mis primeros experimentos de química» y ya fue imparable. ¿Sabes cuando de repente hay algo que te encanta, que te vuelve loco y no puedes dejar de girar alrededor de ello? Una película, un actor de cine, una canción o...

—Sí —me interrumpió. Tenía una mirada tan fiera, tan intensa, que tuve que apartar mis ojos.

—Pues eso fue lo que me ocurrió a mí con la química. Se convirtió en mi mundo. Normalmente ese tipo de juegos se convierten en etapas. Etapas que crean recuerdos, que crean cajas llenas de cosas para almacenar en lo alto de un armario. Pero para mí no fue una etapa, para mí perduró en el tiempo. Desde los cinco años supe lo que quería ser de mayor. Cuando mi hermana Paula decía que quería ser modelo, luego médico, luego enfermera y luego astronauta, yo quería ser química. Cuando mi hermana Eva ha querido ser actriz, policía y abogada yo seguía queriendo ser química. Y más de lo mismo con Tomás y Carlota y sus fases de vaquero, vocalista...

—Joder, espera, ¿cuántos hermanos tienes?

—Cuatro.

—Joder.

—Tampoco son tantos.

—Joder que no.

—¿Tú tienes hermanos?

—No —me contestó, apartándome la mirada.

Supe que había pasado algo, y que ninguno de los dos queríamos ahondar en el asunto, no en ese momento. Pero fue la primera vez que me percaté de que algo sucedía con su familia. Nunca nombraba a sus padres ni a nadie. Cambié el rumbo de la conversación al inicio.

—Así que, en resumen, yo siempre he querido ser química.

Lo quería en el momento en que tuve que elegir especialización en el colegio y lo quería cuando llegué a la universidad. No me cuestioné en

ningún momento otra salida, esa era mi verdadera vocación.

Amo mi trabajo de la única manera que sé hacerlo, con intensidad, energía y potencia. Soy así para todo, porque a mis padres y mis hermanos también los quiero con ese grado de fuerza. En lo que se refiere al amor romántico, entendía que también lo viviría de esa manera, pero aún no lo sabía porque no lo había tenido nunca.

De pequeña, prefería quedarme en casa haciendo experimentos con mi padre a salir con mis amigas por ahí. Una vez entré en la universidad, los cuatro años de carrera, más el máster y los tres años de doctorado, me los pasé encerrada en mi habitación, en la biblioteca o en el laboratorio. Estudiaba y hacía prácticas, con lo cual tampoco tenía oportunidad de enamorarme. Y no me daba pena porque a mí estudiar me apasionaba. Aún lo hace.

Andar con chicos sí anduve, claro, pero nada importante. Nada que me llevara a tener novios. Bueno, sí tuve uno, un friki de la música que amaba más la flauta que yo la química. No duró.

Tal y como yo lo veía, los chicos requerían mucho tiempo: tienes que sacarlos a la calle a pasear, llevarlos al cine, a cenar, ir de vacaciones con ellos... Yo no tenía tiempo ni ganas para todo eso, prefería pasar el rato con mis juegos de química.

Ahora comprendo que era porque no había llegado ÉL, porque no había llegado el chico indicado con el que me apetecería salir a pasear, ir al cine, a cenar, incluso estar sentados en el sofá viendo una película mientras hacíamos piecitos; compartir un batido, hablar por teléfono... Eran cosas que yo no había experimentado hasta ÉL, que lo tenía enfrente y que no me imaginaba que era él.

—Entiendo que eres química, entonces —me dijo, sacándome de mis pensamientos—. Hoy en día, me refiero.

—Lo soy.

—Joder, qué putada.

Aunque en ese momento las cosas no parecía que fueran por buen puerto. ¿Qué podía tener Adam Wallace en contra de los químicos?

*Sends shivers down my spine. Body's aching
all the time*

Adam

—¿Qué pasa? —me preguntó con la frente arrugada.

—Nada.

Joder, no me podía creer que fuera química. No sabía si descojonarme de la risa por la puta casualidad o qué coño hacer. No solo era mi némesis por no gustarle la música, sino que también lo era de mi mejor amigo, Oliver, que es físico y se ha pasado la vida poniendo a parir a los químicos. Siempre desde el cariño, por supuesto. Joder, y los chistes sobre químicos son buenos de pelotas. «Adam, ni se te ocurra reírte. No en este momento. Sácate el último chiste de tu cabeza, ¡pero ya!».

—¿Te estás riendo?

—No.

«Mierda. Puto Oliver». Ariadna arrugó aún más la frente, pero, por suerte, lo dejó pasar.

—Has dicho «joder» —me dijo entonces.

«¿Sí?». Lo había olvidado. Es algo que me sucede a menudo. Suelto por la boca lo primero que se me viene a la cabeza y luego no me acuerdo de lo que he dicho. No al menos la mayor parte de las veces. Y el hecho de tener a Ariadna casi encima de mí, rozándome con su cuerpecito y mirándome con esos ojos que brillaban de pura emoción, no ayudaba. Cada segundo me parecía que estaba más buena. Cada segundo desconectaba más de mis últimas frases. Pero «joder» sonaba como algo bastante probable para mi boca.

—Yo digo mucho «joder».

—Pero ha sonado a joder a la química. De hecho, tus palabras exactas han sido: «Joder, qué putada».

«¡El filtro, Adam, el filtro, coño!».

Si quería llevármela a la cama, no podía decir esas cosas. Hasta yo me daba cuenta.

—No me llevo bien con los químicos —reconocí en primer lugar. A ver ahora cómo salía del embrollo.

—¿A cuántos conoces?

—A ninguno.

—¿A ninguno? —me preguntó indignada.

La cosa no iba bien. Debía confesar.

—No, pero mi mejor amigo es astrofísico.

—Joder —exclamó con reconocimiento.

—Pues eso.

Quedó todo dicho. Y salí del enredo.

En ese momento, tuve que tomar dos decisiones. Dos decisiones duras de cojones. La primera, teníamos que movernos. No es que estuviera incómodo, más bien, todo lo contrario, pero llevaba varios minutos controlando mis partes más íntimas, controlando que no se pusieran contentas, y ya no aguantaba más. No podía empalmarme otra vez delante de ella, iba a pensar que era un puto enfermo. Y estábamos tan cerca que no quería asustarla. Dentro de ese envoltorio de chica dura con el que le gustaba vestirse, había algo diferente. Lo intuía. También quería desenvolverla.

La segunda, cambiar de conversación. Todo iba de puta madre antes de que yo metiera la pata con lo de su profesión.

—¿Quieres que nos vayamos ya? Se está haciendo tarde. Puedo acompañarte a tu casa, si me dejas. Solo acompañarte, lo prometo —dije con cara de bueno y colocando la mano en alto en señal de juramento.

Con esa pregunta solucionaba mis dos conflictos. Y quedaba bien, porque le hacía saber que no buscaba sexo con ella. No en ese momento. Que sí lo buscaba, pero le hice creer que no. Las cosas llevan su tiempo y yo no tenía ninguna prisa. Si aún no le gustaba, no entrar a saco me salvaba de la vergüenza del rechazo. Y si le gustaba, me hacía el interesante. Era perfecto. Yo era muy bueno en lo que a tías se refiere.

—No necesito que me acompañes. Conozco el camino —me dijo con acritud. Ariadna me hablaba con acritud en el ochenta por ciento de las ocasiones. Era tan borde. Joder, cómo me gustaba. Me la imaginaba gritándome y dándome órdenes en pleno acto sexual y me ponía todo loco.

Pero volviendo al momento, como seguía mirándome de mala manera —era dura de cojones—, decidí lanzarme a tope con las técnicas de seducción que habíamos comentado los chicos y yo. Hice un escaneo visual de las posibilidades, pero ninguna se ajustaba al momento. Debía improvisar. Me

gusta improvisar. Y suelo salir bastante bien parado.

—Me apetece pasear por la ciudad y seguir hablando contigo. Edimburgo es bonito cuando atardece y tú eres graciosa. Podemos enfilarnos juntos dirección hacia el centro y nos separamos cuando llegue el momento.

Se lo pensó durante unos segundos y supe la respuesta antes de que me la dijera.

—En ese caso, acepto.

¿Veis lo que os digo? Era bueno.

—Me alegro.

—Yo más. Porque no tengo ni idea de cómo llegar a mi casa desde aquí.

La carcajada que solté fue épica. Con decirnos que casi me caigo de los patines... Joder, lo de que era graciosa no fue fruto de la casualidad, no lo dije al azar, era la puta verdad. Ariadna me hacía reír como nadie. Me hacía reír y me ponía, ¿qué más podía pedir?

—Vamos, morenita, pongámonos los zapatos.

Los dos pusimos cara de pesar por mis palabras, pero nos sentamos en el suelo y nos quitamos los patines. Mientras me ataba los cordones de las deportivas, pensaba que acabábamos de pasar tres horas juntos, pero parecía que habían pasado tres minutos. El tiempo voló demasiado rápido. Supuse que se debía a que habíamos estado patinando. Y a mí patinar me encanta. Supuse.

De camino al centro de la ciudad, apenas nos comunicamos. Me di cuenta de que Ariadna y yo no éramos mucho de hablar mientras nos desplazábamos de un lado a otro, ya fuera a pie, en coche o en ascensor. Mi silencio se debía al análisis exhaustivo que hacía de su persona y de todo lo que me había contado. El suyo, no tenía ni puta idea. Pero cada vez que la miraba, mientras caminábamos uno al lado del otro y chocábamos los hombros casualmente cada pocos segundos, la veía sonriendo.

«Bien, Wallace. Esto va muy bien». Me acordé de la conversación que había tenido el día antes, cuando les conté a los chicos cuál era mi plan para mi primera cita con Ariadna. No lo vieron claro. Pringados.

Brian:

¿A dónde vas a llevar a la morena barra rubia para la primera cita?

Adam:

A patinar a las pistas de patinaje.

Brian:

¿A patinar?

Adam:

Sí. ¿Qué pasa? Es un planazo. He pensado que Oliver consiguió así a Sara, y mira que Sara era difícil.

Brian:

Oliver y Sara iban a patinar juntos porque era una forma de entrenamiento y porque son demasiado frikis de los patines. Tal para cual.

Adam:

Bueno, el chico consiguió a la chica, ¿no? Pues ya está.

Daniel:

No me lo recordéis.

Brian:

Eres un pringado, Wallace. Así no te la vas a llevar a la cama. Joder, a patinar, dice. Eso es de quinceañeros.

Adam:

¿No fuiste tú quién me dijiste que debía hacer cosas de quinceañeros?

Daniel:

Ahí tiene razón.

Adam:

¿Y cuándo no?

Brian:

No, dije cosas de veinteañeros, que no es lo mismo. Los quinceañeros no follan.

Adam:

Que te den.

Daniel:

¡Suerte, Wallace! La vas a necesitar.

Adam:

Que te den.

Adam:

Que os den a los dos.

No tenían ni puta idea de nada. Porque ahí estaba yo, después de haber pasado una tarde de la hostia, paseando al lado de una española increíble, guapa y divertida. Nunca los preliminares de antes de acostarme con una tía habían sido tan placenteros.

Me fijé en las dos trenzas que llevaba en el pelo y me di cuenta de que siempre que la había visto llevaba alguna trenza en la cabeza. De una forma o de otra, pero siempre había trenzas. Me gustaban y me entraban ganas de tirar de ellas, pero aún no estábamos en ese punto y dudaba que lo estuviéramos en un futuro.

Cruzamos la carretera corriendo cuando quedaban pocos segundos para que se pusiera de nuevo el semáforo en rojo y, en cuanto pisamos la acera,

Ariadna sacó el teléfono móvil del bolso que llevaba cruzado al pecho y que no dejaba de sonar. Deslizó el dedo por la pantalla hasta que se detuvo y abrió los ojos con sorpresa. Algo había visto. Después, suspiró.

—¿Y ese suspiro? —le pregunté con curiosidad. Me dio la sensación de que era... anhelo por algo.

—Es por una foto que acaba de enviarme una de mis hermanas. Está cenando con su novio y unos amigos y han pedido una... —sacudió la cabeza — arroz, han pedido arroz, o un plato típico de mi país que lleva arroz.

«¿Plato típico español que lleva arroz?».

—¿Paella? —me aventuré.

—¡Sííí! ¿La conoces? —me respondió sorprendida, y encantada, por mi acierto.

Pues claro que la conocía. Se lo había preguntado a Sara unos minutos antes de la cita. Bueno, en realidad, le mandé un audio al móvil mientras pagaba los patines de Ariadna en la tienda de deportes diciendo: «Tengo tres minutos para que me pongas al corriente de cosas españolas. De lo que sea, pero que resulte provechoso para una cita. Despliega tu magia, *Totó*».

Hay que ir preparado a las citas. Eso lo aprendí pronto. «Ahora, por la tontería de la paella, estoy un paso más cerca de follármela. Bien, Wallace».

—La conozco, aunque no la he probado.

—Pues deberías. No vas a comer nada mejor.

«Tengo mis dudas».

Carraspeé para quitarme la imagen que acababa de venir a mi cabeza. Mejor no os la cuento. Ariadna continuaba mirando embelesada la pantalla de su teléfono, por lo que no pudo intuir mis pensamientos. Bien. Mejor.

—¿No tienes la sensación de que a veces las emociones traspasan las fotos? —me preguntó, de repente, mirándome a los ojos.

En ese instante, supe que la familia y el lugar donde nació eran importantes para ella. Lo gritaban sus ojos, su voz y todo su cuerpo.

—Sí, ahora que lo dices, la verdad es que sí —respondí a la vez que me colocaba mejor el asa de la mochila de los patines—. ¿Sabes cuándo me pasa mucho?

—¿Cuándo?

—Con la música —le dije, guiñándole un ojo. No había que perder de vista los objetivos. Uno era acostarme con ella, sí, pero el otro era que aprendiera a amar la música. Y lo haría. Por mis cojones que lo haría.

—¿Siempre tienes respuesta para todo, *Melenas*?

—Sí —le dije despreocupado y perdiendo el hilo de la conversación. Justo pasábamos por una de mis hamburgueserías favoritas y tenía un hambre de la hostia—. ¿Te apetece comer algo? —le pregunté, inconscientemente.

—¿Ahí? —me respondió, señalando el establecimiento.

—Sí. Tengo hambre.

—Yo también. La paella me ha abierto el apetito. Aunque no hay nada ahora mismo que la pueda superar —me dijo con pesar.

—Anda, señorita paellas, entra, este sitio es genial para comer hamburguesas.

Abrí la puerta y me quedé apoyado en ella cuando la dejé pasar. Buscando el roce, sí. Sonreí por ello mientras caminaba detrás y saludaba a uno de los camareros. Nos sentamos en una de las mesas al lado del ventanal que daba a la calle, uno enfrente del otro y ambos pegados al cristal. Dejamos las bolsas en los otros asientos y nos quitamos la ropa. A ver, toda la ropa, no. Ella, la cazadora vaquera y yo, la sudadera. Paso a paso.

—¿Qué me recomiendas? —me preguntó sin mirar la carta que reposaba sobre la mesa.

—Hamburguesa con patatas y batido de chocolate. Espera. ¿No serás de las que no les gusta el chocolate?

—¿A quién no le gusta el chocolate?

—A Pear.

—¿De verdad?

—Increíble, pero sí. Chocolate no, pero Daniel Summers sí.

—Raros hay en todas partes.

—Me gusta cómo piensas, morenita.

Cuando el camarero vino con su libreta a coger nota de nuestros pedidos, la dejé a ella al cargo y me acerqué al cuarto de baño. Al volver, ya teníamos los batidos en la mesa, con doble de nata y dos pajitas. Y uno para cada uno. Con los batidos no se juega. Conversamos sobre lo buenas que eran las pistas de patinaje y rememoramos nuestros mejores momentos. Una vez el camarero nos puso los platos de comida enfrente, ya no hubo cabida para más conversación. Ambos estábamos demasiado hambrientos y a ninguno le interesaba ocultarlo.

Devoramos las hamburguesas como si fuera la última comida de nuestras vidas hasta que Ariadna habló.

—Mierda, la salsa —dijo con fastidio.

Me fijé en como apartaba casi todas las patatas fritas que tenía en su plato

a uno de los extremos a la vez que ponía cara de desagrado.

—¿Qué haces? ¿Qué ocurre? —le pregunté.

—¿Ves la salsa de la hamburguesa desparramada por el plato que ha llegado a las patatas y las ha empapado?

—Mmm... sí —contesté dudoso y con el ceño fruncido. No tenía ni idea de cuál podría ser su siguiente frase. ¿Qué podía seguir a aquella pregunta?

—No mezclo sabores.

Eso seguía.

—¿Perdona? ¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que no me gusta mezclar los sabores, es más, lo odio. Y ahora las patatas tienen sabor a salsa de carne de hamburguesa y no me gusta, porque la patata tiene que saber a patata. Solo a patata.

—Joder, me estás vacilando —le dije, soltando mi hamburguesa y dejándola en el plato donde, por cierto, mis patatas flotaban en la salsa y tenían una pinta cojonuda.

—No.

—Vale, explícame eso de que no mezclas sabores.

—¿Qué más quieres que te explique? No mezclo sabores. Punto.

—¿Comes pizza?

«Por favor, que me diga que sí. No puedo acostarme con una tía que, además de ser química y no escuchar música, no le guste la pizza. Ya sería demasiado».

—Sí, claro que como pizza, pero eso no es mezclar sabores.

—Anda que no. Está el tomate —comencé a enumerar con los dedos de mi mano—, la masa, el queso, el jamón... y todo lo que le echas, que, en mi caso, es de todo.

—No, no, no, todo eso forma la pizza, no son ingredientes independientes. ¿Entiendes?

—Ni una palabra.

—Es sabor a pizza. Solo un sabor.

—Lo mismo puede aplicarse a las patatas con salsa de carne de hamburguesa.

—¿Sabor a patata con salsa de carne de hamburguesa? Me parece que no. No es lo mismo para nada.

—En serio, te estás quedando conmigo. No tiene ningún sentido lo que me estás diciendo. Eres consciente, ¿verdad?

—Oye, *Melenas*, que yo no soy quien manda, díselo a mis papilas

gustativas.

Joder, pero ¿dónde me estaba metiendo? ¿Y por qué cojones me fascinaba que Ariadna no mezclara sabores?

—Eres rara. Diferente, no. Rara.

Ariadna dejó de remover las patatas de un lado al otro del plato y cruzó sus ojos con los míos. Brillaban.

—Me has robado los pensamientos.

—¿Eso significa que puedo comerme tus patatas?

—Tendrás que negociar.

—No hay problema. Soy buen negociador.

—Según tú, eres bueno en todo.

Cómo me había calado la tía.

—Y aún no sabes ni la mitad, pero no hablemos más de mí. —Me apetecía saber de ella—. Cuéntame de qué trabajas. ¿Cómo te ganas la vida?

—Soy química.

—Eso ya lo sé, listilla, pero ¿qué es lo que haces exactamente? Por cierto, supongo que te sabes la tabla periódica de memoria.

—Supones bien. Mi padre, cuando yo tenía siete años, me colgó la tabla periódica en la pared de mi habitación, habitación que compartía con mi hermana Eva y pared que tenía que compartir con la foto del guapísimo del momento. ¿Tú no te sabes las leyes de memoria?

«Ni de coña. Para eso tengo a Sara».

—Sí, por supuesto —mentí con descaro—. ¿Sabes? Creo que tú y yo hablamos idiomas diferentes, pero a la vez hablamos el mismo idioma.

Silencio. Silencio incómodo. Todavía no entiendo de dónde cojones salieron esas palabras, pero lo cierto es que lo hicieron. Y que significaban algo que ninguno de los dos estábamos preparados para entender. ¿Apenas nos conocíamos y le soltaba que hablábamos el mismo idioma? Sonaba tan... íntimo y personal para los dos. Y yo no quería sonar así, ni de coña quería sonar así. Tampoco quería nada que pudiera relacionarnos a ambos como un único ente. En mi vida no había cabida para ningún «para los dos». Me reprendí unas cien veces por ser tan gilipollas y por pensar esas cosas. Se me estaba yendo la olla. Por un momento, pensé en salir corriendo de allí, pero estaba a gusto y todavía no me había acostado con ella. Me concentré en eso último: «no me había acostado con ella». Y ese era el objetivo.

—¡Mezclas! —gritó, supongo que para salvar el momento.

—¿Mezclas?

—Sí, me has preguntado qué es lo que hago en mi trabajo. Y hago mezclas.

—¿Qué clase de mezclas?

Le hice la pregunta con interés, con tanto que incluso tuve que acercarme más a ella, apoyando los brazos en la mesa, como para escucharla mejor. Mi blanco era llegar con mi mano a sus patatas sin que se enterara. A la gente le gusta hablar de su trabajo y suelen abstraerse. Y esas patatas me llamaban. Alcancé una con éxito.

—Trabajo en el departamento de fórmulas de una empresa.

—¿De qué empresa? ¿La conozco? —pregunté, fingiendo un interés de la hostia. Y otra patata que me llevé a la boca.

—Hummm, puede ser. Es una muy grande que hace refrescos.

—¿Refrescos?

Y otra. Y más desinterés. Química, mezclas, refrescos... bla, bla, bla.

—Ajá.

—¿Qué tipo de refrescos?

—Con burbujas.

—¿Con burbujas?

—Ajá.

Otra patata, pero que, en aquella ocasión, se quedó a pocos centímetros de mi boca. No llegué a comérmela porque empecé a interiorizar lo que me estaba contando. ¿Una empresa muy grande de refrescos con burbujas? Joder, ¿no sería...?

—¿Rojo o azul?

Ella sabía a la perfección que me refería al color de la marca.

—Rojo.

«¡Joder!».

—¿¿Trabajas en el departamento de fórmulas de Coca-Cola??

—Sí.

—¡JODER! ¿TE SABES LA FÓRMULA?

—Si te digo eso, tendré que matarte. Y deja de comerte mis patatas.

«Ouch». Se había dado cuenta.

—¡Qué pasada!

Seguía alucinado. ¡Era un trabajo de puta madre! Y ya tenía otro objetivo: sonsacar la fórmula fuera como fuera. El juego cada vez se ponía más interesante.

—¿A que ahora no piensas eso de «químicos, joder, qué putada»?

No pude estar más de acuerdo. Y seguía robándole patatas fritas.

—Espera. Entonces ¿te pasas todo el día mezclando cosas?

—No te haces una idea de cuánto.

—¿Cómo encaja eso con lo de no mezclar sabores?

—Porque es diferente.

—¿Por qué es diferente?

—Porque las mezclas del trabajo no me las como. Bueno... la verdad es que, a veces, sí.

Me atraganté y todo por su confesión.

—¿Qué es lo que comes?

—Las mezclas que hacemos en el trabajo. Dios, si se entera nuestro jefe, nos echa a todos a la calle a patadas.

Ahí dejé de comer patatas del todo.

—Ahora tienes que contármelo.

—Empezó hace algunas semanas. Apenas habían pasado cuatro meses desde que había llegado y un pirado del equipo lanzó un reto a que no había cojones para probar una mezcla en la que trabajábamos. Aún era una primera fase. Ni siquiera podía considerarse un sabor. Y menos aún, comestible. Era una locura.

—¿Aceptaste?

—¡Claro que acepté! ¿Quién dijo miedo? A partir de ese día, los acontecimientos se precipitaron estrepitosamente y ahora las apuestas forman parte de la rutina. Maldito día —se lamentó.

—¿Cuál es el problema? Aparte del despido, me refiero.

—El problema es que en ocasiones la cosa sale mal. Y cuando sale mal me refiero a que sale muy mal.

—¿Cómo de mal?

Me lo estaba pasando de puta madre.

—Como de tener que salir corriendo al cuarto de baño porque la mezcla quiere salir de mi cuerpo ya sea por arriba o por abajo sin avisar con antelación.

«¡Hostia puta!».

—¡No me jodas! —le dije, comenzando a partirme de la risa.

—Sí, claro, riéte tú que puedes. Yo no me reía la semana pasada cuando vomité encima de los papeles de la mesa de mi jefe. Y menos aún hace un mes cuando me cagué en el coche de mi compañera.

Expulsé el batido por la boca. Vamos, que lo vomité. Esa era Ariadna

Cabana. Una chica que hablaba de vomitar y de cagarse encima sin que le temblara la voz. Ariadna Cabana, la química, la borde, la del ceño fruncido y la de los cuatro hermanos. Joder, tanto Cabana y me había quedado con la cerebrita. Pero ¿qué pasaba conmigo? Me había vuelto a mezclar con la más empollona. ¿Era mi sino?

«Joder».

***Goodbye everybody. I've got to go. Gotta
leave you all behind and face the truth***

Ariadna

Después de aquella primera cita en las pistas de patinaje, algo sucedió. Llegué al apartamento que compartía con las chicas y entré directa en mi dormitorio. Solté la bolsa de los patines —Adam me los había regalado—, que se precipitaron al suelo, y me dejé caer de espaldas en la cama. Cerré los ojos. Y soñé. Soñé despierta. Soñé con un chico de ojos marrones, pelo alborotado y sonrisa verdadera, que comenzaba a traerme de cabeza.

Adam Wallace me gustaba. Me gustaba un poquito. Y que me gustara no me gustaba. Y no es un trabalenguas. Es la verdad. Cuando todo tu cuerpo te grita que algo fuerte está a punto de ocurrirte, te entra angustia por el riesgo de daño. Es humano. Y fue lo que me sucedió a mí: tuve miedo.

Pero a la vez quería seguir ahondando más en lo que fuera que nos estaba pasando. Es como cuando estás viendo una peli de miedo y no quieres mirar, pero a la vez no apartas los ojos de la pantalla. Así me sentía. Con la diferencia de que la película que yo visualizaba con el *Melenas* era lo más bonito e intenso que había visto en la vida.

Esa noche, después de la cita de los patines, Adam me mandó otra canción. La segunda. Y, en esa ocasión, sí abrí el archivo. Con la primera no lo hice. La escuché por encima mientras me ponía el pijama y no me dijo nada. La canción, me refiero. Absolutamente nada. Adam me lo preguntó más tarde a través de un mensaje de móvil y le dije la verdad. También le aconsejé que se rindiera, se propusiera lo que se propusiera con el asunto aquel de mandarme canciones.

La siguiente noche, me mandó otra.

Y la siguiente, otra más.

Y la siguiente.

Y la siguiente.

Y la siguiente.

Así fue durante diez días.
Ninguna de ellas me gustó. Y siempre se lo dije.
El undécimo día, la canción iba con mensaje.

Melenas:

Si esta canción no te hace bailar mientras la escuchas en la ducha, me rindo.

Leí, con atención, el título que había escrito Adam antes de mandarme el archivo adjunto: *Be My Baby*, de Vanessa Paradis. 1992. Siempre me detallaba la fecha de lanzamiento. Los noventa era una década nueva. Hasta entonces habíamos recorrido algo de los sesenta y los ochenta sin éxito.

Ariadna:

No escucho música mientras me ducho.

Melenas:

Ahora sí.

Me parecía tan absurdo escuchar música en el cuarto de baño que me dio hasta vergüenza pedirle a June los altavoces que tenía y que siempre andaban pululando por cada estancia del apartamento. Pero lo hice. Empezaba a conocer al perdonavidas y podía llegar a ponerse muy intenso. Escucharía la cancioncita de las narices, le diría que no había bailado en la ducha y fin del asunto.

Y así dicho parece perfecto, ¿verdad? Fácil y rápido. Pero no, porque esto fue lo que sucedió:

Coloqué los altavoces encima del armario del baño y los puse a todo volumen. June me ayudó a conectarlos a mi teléfono móvil y salió del cuarto de baño, mirándome como si yo fuera un extraño sujeto de investigación. Le di a reproducir la canción justo un segundo antes de meterme en la ducha. Encendí el grifo y me relajé bajo los chorros de agua sin apenas escuchar el ruido, a pesar de lo alto que estaba. O eso pensaba yo porque, de repente —y, ojo, porque es posible que sea uno de los acontecimientos más importantes de mi vida—, me di cuenta de que estaba bailando. ¡Estaba bailando! ¡Yo! ¡Por primera vez en la vida! Movía, muy muy ligeramente, una pierna al ritmo de la música mientras me enjabonaba, la moví cuatro veces, y, ¡joder!, ¡eso era bailar!, por muy etéreo y fugaz que fuera.

Puede sonar precipitado, incluso increíble, que de repente hubiera bailado, pero es que, en ocasiones, los acontecimientos ocurren así: sin previo aviso

aparece un clic que lo conecta y lo cambia todo. Os pondré un ejemplo. Puede que te pases media vida pensando que no te gustan las ostras, tienen mal aspecto y huelen demasiado a mar, pero un día las pruebas y..., clic, ya te gustan las ostras. Y un segundo ha marcado la diferencia. Pues algo parecido me sucedió a mí, toda la vida pensando que no me gustaba bailar, que no quería bailar y..., clic, moví una pierna cuatro veces seguidas de repente. Y no fue desagradable.

Cuando salí de la ducha, apagué la música y me quedé sentada en la taza azul del inodoro. Estuve ahí un buen rato, mirando a la nada. Estaba traumatizada. Muy traumatizada. Asimilar ese tipo de clics no es fácil. Yo que siempre había controlado mi cuerpo y mis emociones..., y ahora iban por libre.

«¿Qué clase de poder estás ejerciendo sobre mí, *Melenas*?».



Melenas:

¿Has bailado? Estoy seguro de que sí, ha habido unanimidad entre mis amigas con esa canción, y nunca hacen pleno. Al parecer, tiene un ritmo diferente que incita al baile.

No le contesté. No lo hice en las siguientes ocho horas y no pensaba hacerlo.

Esa noche era noche de cine y me encontraba con las chicas recostada en el sofá del salón. La película no era de las mías, enseguida sabréis por qué, pero le tocaba elegir a June y teníamos que aceptar lo que cayera. Nos obligó a ver su película favorita, que había visualizado unas cien veces, pero que, casualidad, April y yo nunca habíamos visto.

No soy una persona emotiva, no suelo llorar con las películas ni con las series ni con los libros, tengo siempre tan presente que es ficción que no se me meten dentro. Y no sé si aquello fue porque me encontraba más sensible de lo normal por haber bailado en la ducha o porque la última apuesta del trabajo me tenía vomitando día sí y día también, pero lo cierto es que lloré.

Era todo muy fuerte, sí.

La película acababa de terminar y las tres llorábamos como magdalenas. Incluso tuve que pedirle un pañuelo a April para secarme la cara, pero la congoja no se me pasaba. Esa película me tocó... algo. Y justo sonó mi teléfono. Miré de reojo —lo tenía apoyado en el reposabrazos del sofá— y vi que era él. Adam me estaba llamando.

—¿Quién se ha atrevido a interrumpir el momento cumbre de la película?
—nos dijo June indignada con su voz estridente. Sí, con esa que odiaba.

—Son los créditos —le contestó April. Yo me debatía entre contestar o no el teléfono.

—¡No importa! Necesito un tiempo para sacarme las emociones de encima.

—La has visto cien veces.

—Nunca son suficientes.

—Es Adam —dije yo.

Ahí comenzó una conversación a dos entre mis compañeras:

—Oh.

—Ah.

—El abogado.

—El rockero perdonavidas.

—Cógelo.

—No lo cojas, hazte la interesante.

—Esta mañana Ari ha puesto música en la ducha.

—¿Que ha hecho qué?

Y ahí decidí responder. Descolgué y Adam no me dio opción ni a saludar.

—¿*Has bailado?* —me preguntó.

—No —respondí, tratando de esconder los sollozos.

—*No me lo creo.*

—Pues créetelo, porque es la verdad. —No mentía del todo. Reconozco que hace escasos minutos he dicho que bailé, pero, si lo estudiamos en serio, técnicamente, mover una pierna cuatro veces no es bailar.

—¿*Qué te pasa? ¿Estás llorando?* —me dijo con preocupación. ¡Si es que era imposible ocultarlo!

—Sí —reconocí. No era algo de lo que avergonzarse, ¿no?

—¿*Qué ha pasado?*

—Nada.

—*No se llora por nada.*

—Puede que esté viendo una película con las chicas y me haya hecho llorar. ¿Contento?

—¿*Estás llorando por una jodida película?*

Cinco segundos de carcajadas aguanté. Cinco segundos y le colgué el teléfono.

«Capullo».

Cinco segundos tardó él en volver a llamarme. Y esa vez me aseguré de saludarlo como Dios manda.

—Capullo.

—*No pensé que eras de las que lloraba viendo una peli. No se llora por una película.*

—Eso lo dices porque tú tienes la sensibilidad en el puto culo.

—*Precisamente a eso me refiero. Alguien que dice «porque tú tienes la sensibilidad en el puto culo» no me pega que llore por una película.*

—Pues no me avergüenza.

—*Me parece estupendo. ¿Qué película es?*

—No te lo pienso decir. No voy a darte más munición.

—*Vamos, suéltalo. Me voy a acabar enterando de todas formas.*

Estaba segura de que así sería, por lo que claudiqué.

—*La La Land.*

—*¿La La Land, el musical? ¿Me estás vacilando?*

—No. ¿Por qué lo dices?

—*¿No te gusta la música y estás viendo un puto musical?*

—No sabía que era un musical y, para cuando he querido darme cuenta, ya estaba enganchada.

—*¿No sabías que era un musical? ¿En serio? ¿La La Land?*

Era capaz hasta de intuir las lágrimas que le recorrían el rostro a Adam por la risa. Colgué por segunda vez.

Volvió a llamarme.

Más risas y solo risas.

Colgué.

April y June me miraban raro.

Adam llamó de nuevo.

Descolgué solo para escuchar cómo me tarareaba la puñetera banda sonora de la película.

Colgué.

Llamó por enésima vez. Había perdido la cuenta ya.

—*La hostia puta, La La Land.* —Conseguí descifrar que dijo entre tanta carcajada.

—Eres un malhablado. De tu boca solo salen tacos.

—*Y tú no sueltas ninguno, no te jode.*

—Claro que lo hago. Soy la más malhablada de toda mi familia, y es una familia extensa, pero a tu lado palidezco. Y como no dejes de reírte en este

instante, te dejo de hablar por tiempo indefinido.

—*Entonces es mejor que cuelgue. Mañana hablamos, morenita. Por cierto, resérvame la tarde, me apetece verte.*

Y me colgó. Me colgó dando por hecho que le reservaría la tarde.

—Vale. ¿Qué es lo que está pasando con el abogado barra rockero mojabragas? —me preguntó April con el correspondiente asentimiento de cabeza de June.

Eso mismo es lo que me preguntaba yo. No tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo con Adam, pero ¿sabéis qué? Nunca me había sentido tan bien como entonces. Una especie de calor me recorría el cuerpo por dentro y era tan agradable como un baño de agua caliente con sales y burbujas.



Al día siguiente, Adam me había citado en una de las calles principales de Edimburgo, pero no en algún establecimiento o comercio o número. No. En medio de la calle. «Que me encontraría», me dijo.

Era nuestra segunda cita.

Y ahí estaba yo; había llegado paseando porque mi casa no pillaba muy lejos de allí y me había detenido en una parada de autobús. En medio de la calle, claro. Observaba a los viandantes con curiosidad, buscando su rostro entre todos ellos hasta que lo vi entre la multitud.

—Hola —me saludó. Y me dio un beso espontáneo en el rostro, cerca de la comisura de la boca, que me supo a un montón de cosas ricas a la vez.

—Hola. ¿Qué hacemos aquí? —le pregunté, obviando las mariposas de mi estómago.

—Qué impaciente. —Sacó algo del bolsillo—. Toma, pónelos.

—¿Qué es esto? —le pregunté, observando el par de auriculares blancos.

—Joder, estás peor de lo que me imaginaba. Son unos auriculares. Se utilizan para escuchar música. Se ponen en las orejas.

—Eso ya lo sé, *Melenas*. Me refiero a que para qué quiero esto.

—Para escuchar música. No pongas esa cara y pónelos. Solo serán unos minutos. Y déjame tu móvil.

—¿Para qué?

—Tenemos que escuchar los dos lo mismo.

—¿Por qué?

—Ahora verás.

Le hice caso y le tendí mi móvil. Me puse los auriculares mientras él trasteaba en el aparato. Comenzó a mover los dedos por la pantalla hasta que encontró lo que buscaba y sonrió satisfecho.

Observé con intriga como sacaba del bolsillo de sus pantalones vaqueros ajustadísimos otros auriculares de color negro y se los ponía en las orejas. A continuación, hizo el mismo movimiento con su móvil que había hecho con el mío.

—¡Listo! —exclamó al finalizar—. Prepárate. Los auriculares, a las orejas.

—Conozco el procedimiento.

—Por si acaso.

—Eres un poco idiota.

—¡Hostias! ¡Espera! A punto he estado de olvidarme de los zapatos.

—¿Qué zapatos?

Adam se quitó la mochila que llevaba en la espalda, la abrió y sacó unos zapatos blancos y negros que parecían, no, que eran... ¿de claqué?

—¿Qué es eso?

—Zapatos. Venga, quítate los tuyos y ponte estos.

—¿Estás loco? Ay, Dios, ¿qué pretendes?

—Tú solo sígueme el rollo.

—No quiero hacer el ridículo.

—¿Por qué?

¿Qué clase de pregunta era esa?

—Porque... porque...

—¿Ves? No tienes respuesta. Además, en esta ciudad no te conoce nadie y todavía no sabes lo que vamos a hacer.

El asunto no pintaba nada bien, no, pero era tan intrigante que me senté en la parada de autobús, me quité mis zapatos y me puse los de claqué. Cuando terminé y me giré para darle los que me había quitado a Adam, no pude evitar soltar una carcajada al verlo con unos zapatos de claqué idénticos a los míos en sus pies y su ropa de rockero perdonavidas. Estaba de foto, y me entraron ganas de sacarle una, pero no me atreví. Una pena.

Una vez los dos preparados y de pie, me tendió mi móvil y me dijo que no le diera al botón de reproducción hasta que él me lo indicara. Hice lo que me dijo y me quedé tan solo observando la pantalla. Era un vídeo: «La La Land. Epilogue. Piano», decía el título.

—A la de tres, le damos los dos a la vez a reproducir. ¿De acuerdo?

—Bien.

—Genial. Ven, colócate aquí. —Me asió con suavidad del brazo y me movió hasta el centro de la calle. Medio Edimburgo iba y venía—. Uno. Dos. ¡Tres!

Pulsamos a la vez y el vídeo comenzó a reproducirse. En segundos, me llegaron las primeras notas y reconocí la pieza al instante. La había estado escuchando durante media película la noche anterior, ya que era una de las melodías principales. Y la que daba fin al filme en la última escena.

—Do, Fa, Sol, La, Sol, Fa, Re —me susurró Adam al oído.

Supuse que se trataba de las notas que sonaban. La pantalla estaba en negro a causa de los créditos del arreglo del piano, pero enseguida apareció el pianista con su nombre en lo alto de la pantalla. No lo conocía, claro. Aunque ya no lo olvidaría.

—Re, Fa, Sol, La, Sol, Fa, Do.

—¿Puedes callarte?

—Es parte de la actuación.

—¿De qué actuación?

—De la nuestra. Guarda el móvil. Y ponte el bolso de bandolera.

Obedecí sin rechistar. Había comenzado a confiar en él sin pretenderlo, sin darme cuenta de que lo hacía. Guardé el teléfono en el bolso y me lo crucé en el pecho. La música avanzaba. Adam me cogió la mano y comenzamos a caminar al son de esta con un suave balanceo de brazos incorporado. Aunque «caminar» no es la palabra, no caminábamos sin más, había cierto compás entre nuestros pasos y el *tempo* que escuchábamos. O, al menos, lo había entre sus pasos. Yo estoy bastante segura de que parecía un pato confundido.

La melodía era muy suave hasta que, de repente, de la nada, sonaron unas notas a toda caña y se aceleró. Adam me apretó con fuerza la mano y aceleró también nuestras pisadas en el asfalto.

—Son las mismas notas, pero parecen diferentes, ¿verdad? Es porque suenan varias voces y el compás ha cambiado, ahora es más rápido. ¡Vamos!

—¿Varias voces? —le pregunté extrañada—. ¿Hay más de un piano?

—No. Es la magia del piano.

Comenzamos a correr por medio de la calle sin ton ni son —o con demasiado ton y son porque juro que las pisadas seguían el mismo *tempo* que los móviles—, y me imaginé que se estaría escuchando el taconeo de nuestros zapatos por todo Edimburgo; yo no podía escucharlos. Solo la música de *La*

La Land.

Íbamos pidiendo paso por las calles principales de Edimburgo, aunque, en realidad, no estábamos molestando a nadie. No era bailar lo que hacíamos, solo andábamos, o corríamos, al ritmo de la música que escuchábamos los dos a través de los auriculares. Yo estaba algo flipada. Y el hecho de no escuchar nada más que esa música, que también escuchaba Adam... fue una pasada.

Hubo un cambio en la melodía, como si la historia se contara en frases cortas. *Staccato*, me explicó Adam más tarde que era, y todavía me estremezco al pensar que, por segunda vez en toda mi vida, tuve ganas de moverme al ritmo de la música.

Y eso fue lo que hice. Adam comenzó a bailar por el centro de Edimburgo en ese mismo momento y fue tan fuerte la inyección de adrenalina que acababa de recibir, o la que llevaba semanas recibiendo, que fui detrás de él. Alguien, o algo, se había adueñado de mi cuerpo, porque esa no era yo.

Él lo llevaba todo, el ritmo, los pasos de baile, los parones... Yo solo lo imitaba —no hubiera sabido ni qué hacer—, no sé si porque me obligaba —creo que eso quería hacerle ver— o porque me... salió. Me salió del cuerpo. Incluso cuando se subió encima de un banco, saltó al respaldo y de ahí al suelo, yo lo hice detrás de él, entre miradas de aprobación por su parte y sonrisas por parte de los dos tan evidentes como el propio sol que aquel día brillaba como nunca.

La gente nos miraba. Nos miraba mucho. Y nada podría importarme menos. Siempre había sabido que mi sentido de la vergüenza no estaba demasiado desarrollado, pero aquel fue el colofón. ¿Y lo más increíble? La gente nos miraba, sí, pero también sonreía. Sonreían al vernos y nos dejaban pasar mientras comentaban la jugada entre ellos, hablándose al oído. Algunos incluso aplaudían.

Me dio por reír aún más. Me dolía la tripa por ello, por las risas, me dolía el flato por el ejercicio físico y los pies porque los zapatos eran bastante incómodos, pero no dejé de bailar, porque todo ese dolor era demasiado nimio comparado con el resto de mis emociones.

Había perdido la orientación y ya no tenía ni idea de dónde estábamos, y nunca nada me había importado menos.

La melodía se ralentizó en un segundo. Nosotros también lo hicimos. Fue muy poquito tiempo en el que Adam y yo caminamos con los brazos detrás de la espalda y dando ligeros saltos al son de algunas notas, hasta que la

música arrancó de nuevo con una fuerza que me estremeció de pies a cabeza. Lo había escuchado alguna vez, que esas cosas sucedían cuando la música se te metía por las venas, pero nunca lo había vivido.

Cruzamos la carretera; parecía que los semáforos aquel día se habían puesto de acuerdo porque ninguno nos pilló en rojo.

La magia de la música. Supongo.

Adam se apoyó con cuidado en el capó de uno de los coches y dio un salto. Las bocinas comenzaron a sonar. Pero no estaban enfadados. Lo animaban. Saludó a los espectadores y seguimos nuestro camino. Al llegar a la acera, la música cambió de nuevo. Entonces sí se paralizó, y tenía pinta de que iba a ser así durante un tiempo.

Adam me cogió las manos y nos situamos uno enfrente del otro. Una vez más, demasiado cerca. Casi hasta podíamos besarnos. Casi lo hicimos. Casi.

Yo quería hacerlo, necesitaba besarlo en la boca, conocer su sabor, como pocas cosas antes en la vida. Joder, jamás había deseado besar a alguien con tanta pasión.

Nuestros pechos se movían arriba y abajo por las respiraciones alteradas o por el bamboleo de los corazones, no lo sé, pero cómo se movían. No podía dejar de mirarle los labios, y él hacía lo mismo, pero ninguno de los dos intentó llegar más allá. Solo nos mirábamos como yo nunca había mirado a nadie. Y tenía ganas de gritar, de gritar de emoción, de soltar toda aquella adrenalina. Si Adam me hubiera pedido que me bañara desnuda en alguna de las fuentes de la ciudad o cualquier otra locura del estilo, lo hubiera hecho. Me tenía en sus manos.

—¿Lo estás sintiendo? —No le respondí. No creí que fuera necesario—. Claro que lo estás sintiendo. Es imposible que no lo hagas —me dijo mientras las notas aún sonaban en el móvil y en cada rincón de mi cuerpo.

—Que no haya sentido ¿qué? —le dije.

Adam no contestó, solo sonrió. Con su sonrisa, con esa que le llega hasta los ojos. Él lo sabía. Yo lo sabía.

Lo había sentido. Por supuesto que lo había sentido. Ahí empezó todo. Fue mi primer chute de música y fue directo a mis venas. Si hubiera sabido la dependencia que ese chute me crearía a partir de ese momento, si hubiera sabido la velocidad con la que se iba a adueñar de mí...

Si hubiera sabido.

Pero ¿qué era exactamente ese chute? ¿Fue a causa de la música? ¿Fue Adam? ¿Sentía por él, a través de él, o era yo misma? No importaba. Sentía.

Mama, ooh (anyway the wind blows). I don't want to die. Sometimes...

Adam

—Claro que lo estás sintiendo. Es imposible que no lo hagas —le dije, sin apartar mis ojos de los suyos y apretándole las manos con las mías.

Sé reconocer cuando alguien está excitado, entusiasmado, eufórico. Las pupilas de Ariadna y cada milímetro de su rostro lo gritaban para que cualquiera dentro de un radio de cinco metros a la redonda lo notara. Joder, yo mismo estaba en un estado de éxtasis de la hostia. Nunca había bailado en medio de la calle —al menos no estando sobrio y a plena luz del día— y estaba seguro de que lo recordaría para toda la vida, por mucho que me intimidara tan solo pensarlo. Cuando, poco antes de quedar con ella, me había venido la idea loca de representar un baile de *La La Land* en la calle, pensé que podía ser divertido, que la ayudaría a ella a soltarse, y el que me solté fui yo. Estaba pletórico.

Imaginaos un Ferrari de cuatrocientos caballos, imaginaos el momento en que el combustible es inyectado y el coche sale disparado. Así me sentía yo. Así nos sentíamos los dos.

Supe que el interés por la música comenzaba a fraguarse en su interior. Y me alegré por ella, porque, aunque yo no iba a ver como se enamoraba de la música con el paso de los años, me sentí bien solo de pensar que le había dado eso.

También sé cuando alguien quiere besarme y Ariadna quería besarme en ese momento. Lo deseaba con todas sus fuerzas, pero no se lo di.

¿Por qué?, os preguntareis. ¿Por qué no la besé? Porque no era el momento. Estábamos los dos en tal estado de excitación que hubiera resultado demasiado romántico. Demasiado perfecto e inolvidable. Y yo no quería ponerme romántico con Ariadna, no podía permitírmelo, demasiado me gustaba ya esa chica. Así que nos negué ese beso.

—Que no haya sentido ¿qué? —me preguntó con la voz tomada por la

emoción.

No contesté, no era necesario, solo sonreí. Sonreí de verdad, que es de la única manera que sé hacerlo. Creo que es de las pocas cosas que no me arrebató la vida aquel maldito cinco de marzo de hace tantos años: reír con el corazón. Reír solo cuando es real; hacerlo de verdad.

El pequeño descanso que nos había concedido la melodía que escuchábamos llegaba a su final. Era la segunda vez que la oía en mi vida, la primera había sido años atrás cuando Sara me obligó a verla, pero yo sé de música, e intuía subidón de un momento a otro, así que nos preparé para ello.

Cogí la mano de Ariadna y comenzamos a caminar de nuevo, solo durante unos segundos porque la música enseguida me pidió más. Balanceé nuestros cuerpos y la insté para dar los pequeños saltos que daba yo. Hasta que nos soltamos, extendí los brazos, esperé a que ella me imitara y empecé a dar vueltas sobre mi cuerpo.

Recorrimos varios metros así, los dos juntos, casi al unísono. Las vueltas me permitían verla cuando nos situaban a uno enfrente del otro y nuestros ojos se cruzaban en cada ocasión que tenían.

Me sentí tan libre, joder, tan libre. La camiseta de manga corta que llevaba puesta chocaba y se alejaba de mi cuerpo por la fuerza de la brisa. El corazón latía fuerte. El cuerpo vibraba. Se me puso la piel de gallina, joder que si se me puso. No quería pensar en ello, no quería sentir aquello, pero me rendí durante unos minutos. «Solo hasta que acabe la canción», me dije.

Como el tema de las vueltas resultó ser demasiado intenso, me puse a rodear cada farola que encontrábamos en el camino con uno de los brazos extendidos. Parecía gilipollas, sí. Y Ariadna reía como loca. También daba vueltas a las farolas detrás de mí. Nunca me habían gustado tanto las putas farolas.

La parte final de la melodía la hicimos entre pasos de baile y carcajadas. Las baldosas de la calle dibujaban un intrincado de figuras de colores que seguimos de puntillas y con los brazos extendidos; los movíamos al son de la melodía y cualquiera que nos viera pensaría que estábamos jugando a imitar a los aviones como dos putos críos de cinco años, como hacía yo cuando jugaba con mis tres niñas, con las hijas de Olly y Sara. Le hice ver a Ariadna que solo podíamos pisar las de color rojo y lo pilló a la primera. Puta compenetración.

Después, llego el éxtasis, el orgasmo de la canción, todas lo tienen. Cogí a la morena de las manos y comenzamos a dar vueltas, como Leonardo

DiCaprio y Kate Winslet en *Titanic*, seguro que os acordáis de esa película.

Y volvimos al inicio. Y me refiero al inicio de toda esa locura del *La La Land*. Volvimos a la misma calle donde comenzó todo y volvimos al Do, Fa, Sol, La, Sol, Fa, Re, que ya no le susurré al oído.

La pieza moría de manera lánguida y nuestra excitación también. Ninguno de los dos quería que se acabara, pero ahí no mandábamos nosotros. Ahora me pregunto si hemos mandado alguna vez, si hemos controlado la situación en algún momento o si, por el contrario, hemos sido peones del destino o de algún Dios de allí arriba que se divierte moviendo los hilos de nuestras almas.

Cuando escuchamos las últimas notas, saqué mi móvil del bolsillo y silencié la música. Me quité los auriculares y comencé a despedirme de Ariadna. No sé si esperaba algo más de aquella cita, pero yo no podía dárselo.

—Y aquí estamos de nuevo —le dije, fingiendo una naturalidad y despreocupación que no sentía ni de coña.

—Estamos en la misma calle donde hemos quedado —me respondió un tanto flipada.

—Ajá.

—Increíble.

—Tú puedes llamarme Adam.

Con ese comentario la hice reír sin pretenderlo y a la vez bajé la intensidad de la situación.

—Eres un creído.

—Lo soy.

—¿Lo admites, así, sin más?

—Sí. Mi grado de complicación de la vida es cero.

En ese momento, Ariadna no supo hasta qué punto llevaba ese mantra en mi día a día. Hasta qué punto no me complicaba la vida. Hasta qué punto no me involucraba sentimentalmente con nadie desde hacía años. Y ella no iba a ser la excepción.

No podía permitirlo porque era demasiado peligroso. Amar es peligroso, mucho más de lo que la gente cree. Es peor que lanzarse al vacío en paracaídas, peor que escalar una montaña de ocho mil metros de altitud, peor que conducir un coche a más de cuatrocientos kilómetros por hora por una carretera llena de curvas. Amar es la jodida cosa más peligrosa del mundo, pero la gente es tan inconsciente que va por ahí enamorándose y desenamorándose, forjando amistades y relaciones como si no pasara nada, como si no pudieran destrozarlos. Solo los que lo hemos perdido todo nos

damos cuenta de la inmensa cagada que es amar. O sentir.

—Ha sido...

—¿Alucinante? —expresé por ella.

—Diferente.

—¿Diferente? Bueno, me vale. Hasta otra, morenita.

Me acerqué y le di un beso casto en la mejilla, a pesar de que todo mi cuerpo se quejara a gritos. Cómo quemaba el cabrón cuando estaba cerca de ella. Quería más. Pero decidía yo, no él.

—Hasta otra, *Melenas*.

Sonreí de nuevo, sincero, y me alejé de ella sin darme la vuelta, sin dejar de mirarla.

—¡Ari! —grité cuando estábamos a una distancia prudencial. Cuando mi cuerpo dejó de quemar tanto. Tanto.

—¿Qué?!

—¡Acabas de bailar por las calles de Edimburgo!

—¿En serio? —me dijo con socarronería y cara de pícara.

—¡Que tengas dulces y musicales sueños!

Me di media vuelta y no volví la vista atrás. Caminé durante un par de horas sin rumbo, pensando, analizando lo sucedido, lo que sentía cuando estaba con ella, que no era mucho, pero que era algo. Y algo es más que nada, y nada era mi objetivo. Siempre.

Comencé a sospechar que mi plan para Ariadna —todo el rollo de la música y acostarme con ella una única vez— no iba a salir bien. O, mejor dicho, que no iba a salir bien para mí. Nunca he tenido un gran sentido de la intuición, pero es que no darse cuenta de aquello era como llevar un elefante en los asientos traseros de mi coche y no verlo. Difícil, ¿verdad?

Estuve a punto de mandarlo todo a la mierda, de borrar su número de teléfono de mi móvil y su rostro de mi mente. Observaba la gente que paseaba a mi alrededor y vi que había de todo: caminantes solitarios, en grupos, en familia, en pareja. Las parejas eran, en su gran mayoría, informales, pero cada cierto tiempo aparecían las que vomitaban corazones. No lo quería para mí, nunca lo había querido y nada me haría cambiar de opinión.

También observé que me miraban raro. Joder, tan embelesado iba que ni cuenta me había dado de que aún llevaba los putos zapatos de claqué puestos. Mis Converse estaban en la mochila que llevaba a la espalda junto con los zapatos de Ariadna.

«Debería devolvérselos». Lo tomé como una señal de que teníamos que volver a vernos. «Venga», me dije, «un par de quedadas más y a la cama». Y, después, hasta nunca.



Al día siguiente, trasladé la quedada con los chicos de los jueves a casa de Sara y Oliver. Sara ya estaba recuperada del todo y le apetecía un poco de marcha. Marcha de la suya de los últimos años: tomar unas cervezas en la terraza de su casa con música suave de fondo. Y no me estoy quejando. Eran mis tardes favoritas. Y aquel día lo necesitaba. Había estado toda la mañana y parte de la tarde pensando en no pensar en Ariadna y, cada vez que me repetía «ni se te ocurra pensar en la española», estaba pensando en ella. ¿Lo pilláis? Era una puta agonía. Necesitaba acostarme con ella con efecto inmediato. Necesitaba quitarme el picor de las pelotas.

Llegué a casa de mis mejores amigos algo antes para ayudarles a acostar a las niñas y cantarle a Isla una nueva canción. Estuve tentado de tocarle *La La Land*, pero me di una bofetada mental, un golpe en la frente contra la pared, y elegí algo más seguro para mi estado mental: metal *rock*.

Cuando me incorporé a la quedada en la terraza, Sara, Oliver, Daniel, Pear y Brian ya estaban acomodados en las sillas que rodeaban la mesa del jardín con sus cervezas en la mano. La de Sara sin alcohol. Y el pequeñajo de Daniel y Pear dormía como el angelito que es —solo mientras duerme— en el cochecito.

No me había sentado cuando Sara me hizo la preguntita de los cojones.

—Adam, ¿ayer bailaste por medio Edimburgo con unos zapatos de claqué?

¡La hostia puta! ¡Siempre se enteraba de todo!

—¿Cómo coño sabes tú eso?

—Que has hecho ¿qué? —me preguntó Pear.

«Joder». Tocaba interrogatorio. Con esta familia es imposible tener intimidad.

—Adam quiere follarse a una tía —dijeron Daniel y Brian al unísono, para nada sorprendidos por la noticia, e imaginándose que Ariadna estaba metida en el lío.

—¿¿No será Ariadna??

Y ahí salió su nombre por primera vez delante de casi toda mi familia

junta de la voz de Pear. No era lo que quería, pero, una vez más, yo no decidía. Supongo que hay cosas que no se pueden evitar por mucha fuerza que le echas.

A Pear se la veía claramente disgustada. El sermón no tardaría en llegar.

—Joder... putos bocazas —exclamé con fastidio, dirigiendo una mala mirada a Daniel y Brian.

—¡Yo no he dicho nada! —se defendió el primero, soltando la cerveza y levantando los brazos en señal de «a mí que me registren».

—¡Ni yo! —le siguió el segundo—. Solo hemos dicho que Adam quiere follarse a una tía.

—Exacto —continuó Daniel—. Y esa frase podemos utilizarla durante los trescientos sesenta y cinco días del año. Sesenta y seis, si es bisiesto.

Cierto.

—¿Qué queréis que os diga? —nos dijo Pear a los tres—. Me lo he oído, sobre todo teniendo en cuenta que hace unas semanas me pediste su número de teléfono —me explicó a mí—. Teléfono que no te di y ¿ya andas bailando con ella por la calle? ¿Cómo demonios puedes ser tan rápido?

—Primero, la llevaste a patinar —comenzó Brian a enumerar—, después, a bailar por la calle, me pregunto cuál será la siguiente gilipollez que se te ocurrirá. Estás perdiendo facultades, Wallace.

—¿Quién es Ariadna? —preguntaron entonces Sara y Oliver al unísono. Aquel día estaban todos sincronizados.

«Joder».

—¿Puedo sentarme al menos? —les pregunté con ironía. Todavía seguía de pie en medio del jardín—. Gracias —les dije después de que todos asintieran con la cabeza. Qué magnánimos. Hay que joderse.

Me senté, por fin, y solté un suspiro placentero mientras apoyaba la espalda en el respaldo, cogí una de las cervezas que había encima de la mesa y le di un par de tragos. Todos me observaban sin disimulo y ninguno hablaba.

—¿Qué? —les dije.

—Estamos esperando.

—¡Joder! Ni una puta cerveza a gusto me puedo tomar.

—Deja de jurar de una vez y habla.

Tomé otro sorbo antes de explicarme.

—Es una chica que conocí en el hospital el día que nació Isla.

—Es una cliente tuya —me corrigió Pear.

«Joder».

—¡Adam! ¿Una clienta del despacho? —me dijo Sara entre sorprendida y enfadada. La norma de no liarme con clientas era una de las importantes. Y no la había roto nunca. De hecho, en aquel momento, seguía sin romperla.

—¡Cómo te gusta liarlo todo! —le dije a Pear—. Primero la conocí en el hospital y luego Pear me la mandó al despacho por un pequeño percance que ha tenido. Pero ni siquiera es uno de mis casos. Hemos hablado un par de veces y nos hemos visto dos más... de casualidad.

—¿De casualidad?

—Sí, de casualidad. Casualmente encontré su teléfono en la ficha del caso y casualmente me dijo que sí a una primera cita.

—¡Por Dios, Adam, que es una cría! Casi le doblas la edad —me recriminó Pear.

—¡Pero qué exagerada eres!

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Oliver.

—Creo que... casi treinta —respondí—, no nos llevamos tanto.

—Tiene veintiocho —nos dijo Pear.

—Pues eso he dicho.

—¿Por qué no nos habías hablado de ella antes?

Ay, Sara, Sarita. No iba a contestarle a eso. No tuve claro si porque no quería hacerlo, o porque no sabía por qué no lo había hecho.

—Porque no es nada importante. —Me pareció una buena salida. Y la verdad.

—¿Y por qué nos hablas de todas las demás? —me preguntó entonces Oliver. Ese par son un puto peligro juntos, y no porque sean especialmente listos, sino porque me conocen demasiado.

—Joder, si lo sé, no vengo.

Crucé una mirada con Daniel para que me ayudara a salir del embrollo. No me apetecía una mierda hablar del asunto y todavía menos después de la tarde de emociones que había tenido el día anterior. Con Sara y Oliver ya trataría más tarde. Tenía que hablarles de Ariadna. Contárselo todo de una puta vez sin filtros y aceptar, así, que era real. Luego, juntos, buscaríamos una solución rápida.

—Por cierto, ¿cómo va el caso del robo del CD? —me preguntó Daniel.

—Ganado —respondí después de darle otro trago a la cerveza. Ya me sentía más cómodo. Me gustaba hablar de temas relacionados con el despacho. Eran tan... impersonales.

—¿Ariadna es una de las chicas del caso del robo del CD?

¡Joder, Sara! Es que no se le escapa ni una a la tía. Ni una, ¿eh? Se encontraba de baja por maternidad y, aun así, tenía conocimiento de cada caso que llevábamos en el despacho.

—Sí.

—Ariadna Cabana —dijo más para sí misma.

—Esa misma.

—Si os creéis que no nos hemos dado cuenta de que habéis cambiado de tema, os equivocáis —nos dijo Pear a Daniel y a mí.

—Yo, si no seguimos hablando de tías, desconecto —apuntó Brian. Qué puto *crack*.

—Y yo me voy a la cama —sentencié, levantándome de la silla y dirigiéndome al interior de la casa.

Qué par de días más largos, joder.

♪ 11 ♪

I sometimes wish I'd never been born at all.

Ariadna

Ariadna:

Y se fue.

Eva:

¿Cómo que se fue?

Ariadna:

Pues que se fue. La canción acabó, se quitó los auriculares, me dijo adiós, me dio un beso en la mejilla y se fue. Fin de la cita.

Carlota:

El rockero es bueno. Se está haciendo desear.

Tommy:

¿Bueno? A mí me parece que está pirado. ¿Bailar por toda la ciudad? Eso es de pirados.

Carlota:

A mí me parece que es romántico.

Tommy:

Y así te va.

Carlota:

Idiota.

Ariadna:

Me llamó Ari.

Tommy:

Todo el mundo te llama Ari.

Ariadna:

¿Y por qué me sonó diferente?

Tommy:

Joder.

Eva:

Ari, no te enamores del rockero.

Carlota:

No adelantemos acontecimientos.

Tommy:

Y eso lo dice la que se acostó con un tío que conoció una noche en un bar, salió de su casa la mañana siguiente por patas, se olvidó del bolso, regresó a recogerlo, volvió a acostarse con él, tres veces, y se dejó el bolso de nuevo. Y así llevamos dos semanas. Nadie se cree

ya la excusa del bolso, Carlota, ¿te lo has olvidado once veces! Reconoce que te has pillado por ese tío, del que, por cierto, no sabes ni el nombre. Solo sabes que es moreno de ojos verdes, tiene el pelo supersuave, un cuerpo de infarto, una voz increíble y mide uno ochenta. Y, por si no os habéis dado cuenta, he puesto tonito de tía enamorada mientras repetía las absurdas descripciones del tío ese que llevo semanas aguantando.

Eva:

Joder, creo que es la frase más larga que he visto en mi vida en un mensaje.

Ariadna:

No me estoy enamorando.

Paula:

Te has dejado lo de que folla de muerte.

Carlota:

Se llama Diego, listillo.

Paula:

¿¿¿Diego??? ¿Desde cuándo? No nos lo habías dicho.

Carlota:

Desde ayer. Nos gusta decirnos cosas guarras al oído y lo de gritar nuestros nombres es básico.

Tommy ha abandonado del grupo

Eva:

Qué sensible es el hombre. Mejor que no vuelva en una temporada porque Ari va a empezar a follar como una loca con el rockero y queremos todos los detalles.

Paula:

Eso por descontado.

Eva:

¿Estás oyendo, Ari?

Ariadna:

No.

Paula:

Ahora, hablando en serio, chicas, cuidado con lo que hacéis.

Carlota:

Tenemos cuidado.

Paula:

No me refiero a usar condones.

Eva:

Que también.

Paula:

Sí, pero me refiero a que me está dando la sensación de que las dos vais a ochocientos kilómetros por hora con Adam y Diego.

Ariadna:

¡Pero si nosotros ni nos hemos besado! Puede que no vuelva a verlo. Han pasado diez días desde aquello y no he vuelto a saber nada de él.

Eva:

¿¿Diez días??? ¡¿Y nos lo cuentas hoy?!

Ariadna:

Os lo he contado cuando me habéis preguntado.

Paula:

Ari, así no funcionan las cosas. A partir de ahora, todo lo que te suceda con el perdonavidas, nos lo dices al momento. Con pelos y señales. Grábatelo a fuego.

Carlota:

Pobre, es novata en esto. Cuando solo hacía mezclas no le exigíamos actualizaciones diarias.

Eva:

Tú observa cada cuánto tiempo Carlota nos informa de sus escarceos y toma nota.

Carlota:

Sí. Por cierto, nosotros nos hemos besado demasiado, por todas partes. Pero lo tengo controlado, chicas. Solo es sexo.

Ariadna:

¿Tan malo sería enamorarse de Adam?

Eva:

Joder.

Carlota:

Joder.

Paula:

Joder.

Ariadna:

Olvidadlo, solo pensaba en alto.

Paula:

Se te está metiendo dentro, Ari.

Ariadna:

Es que Adam es... bah, da igual.

Eva:

Es ¿qué?

Carlota:

¿Ari?

Ariadna:

Adam... ¿Cómo describiríais un día de verano en medio del invierno?

Paula:

Inesperado.

Carlota:

Cálido.

Eva:

Mágico.

Paula:

Revitalizante.

Carlota:

Sorprendente.

Eva:

Increíble.

Paula:

Que da luz.

Carlota:

Divertido.

Eva:

Que da vida.

Ariadna:

Pues eso.

Paula:

Joder, Ari. Creo que estás a punto de sentir por primera vez en tus propias carnes lo que es el amor.

Ariadna:

No es amor.

Eva:

No de momento.

Carlota:

Pero lo será, si no te andas con cuidado.

Ariadna:

Es él.

Paula:

Coño, qué rápido cambias de opinión. ¿Ya lo tienes claro?

Eva:

Ay, mi madre, que tenemos cuñado.

Carlota:

Creo que me he perdido.

Ariadna:

¡Me refiero a que me está hablando por el móvil! Vaya tres...

Paula:

Aaah...

Eva:

Aaah...

Carlota:

Ja, ja, ja, ja, ¿y qué dice?

Melenas:

Hola, morenita.

Ariadna:

Hola, perdonavidas. ¿Cómo te trata la vida?

Melenas:

Regular. He tenido unos días de auténtica locura en el trabajo y necesito desconectar. ¿Te apetece?

Ariadna:

Depende. ¿Qué me propones?

Melenas:

Un viaje. Un día. Tú y yo solos.

Ariadna:

¿A dónde?

Melenas:

A donde tú quieras. Solo elige destino. Ahora mismo. Lo demás corre de mi cuenta.

Ariadna:

¿Ahora?

Melenas:

Sí. De hecho, tienes cinco segundos para decidirte.

Ariadna:

¿Cinco?

Melenas:

Cuatro.

Ariadna:

¡Joder!

Melenas:

Tres.

Ariadna:

¡No se me ocurre nada!

Melenas:

Dos.

Ariadna:

¡Adam!

Melenas:

Uno.

Ariadna:

A casa.

Melenas:

Hecho.

Ariadna:

A mi casa de España, me refería.

Melenas:

Lo he pillado. Cierra la puerta de tu habitación y tumbate en la cama, con el móvil en la mano.

Ariadna:

Hecho. No entiendo nada, pero hecho.

Melenas:
Cierra los ojos.

Ariadna:
Si los cierro, no puedo leerte.

Melenas:
Ja, ja, ja, ja. Estás en todo, morenita. Ciérralos hasta que escuches la llegada de un nuevo mensaje. Y mientras los tienes cerrados, imagínate que estás sentada junto a mí en el asiento de un avión rumbo a España.

Ariadna:
Menos mal que no me he puesto a hacer la maleta. ¡Pensé que lo decías en serio!

Melenas:
Y es en serio. No tires por la borda ya desde el principio toda la cita.

Ariadna:
¿Es una cita?

Melenas:
Sip. Nos vamos de viaje. De viaje astral. Cierra los ojos y visualízanos.

Melenas:
¿Estás dentro?

Ariadna:
Estoy.

Paula:
¡¡¡Ari!!!

Eva:
Eoeoeoeoeoeo...

Carlota:
Eoeoeoeoeoeo...

Ariadna:
Nos vamos de viaje.

Paula:
¿¿Qué?? ¿A dónde?

Eva:
¿Cuándo?

Carlota:
¿Perdona?

Melenas:
Tenemos por delante unas horas de avión, así que empieza a darme conversación.

Ariadna:

¿Te has traído ropa de verano? Mira que vamos al Mediterráneo. Ay, no te imagino con pantalones cortos.

Melenas:

Pues imagíname sin pantalones.

Ariadna:

No pienso tener sexo en el avión, Melenas.

Melenas:

Joder, acabo de atragantarme con el refresco.

Paula:

¡¡¡Ari!!!

Eva:

Eoeoeoeoeoeo...

Carlota:

Chicas, ya la hemos perdido. Yo aprovecho y me voy a recuperar mi bolso.

Paula:

Son las diez de la mañana.

Carlota:

Quiero ir de compras y necesito mis tarjetas de crédito.

Eva:

¿Llevas todas estas semanas sin tarjetas de crédito? ¿Cómo estás sobreviviendo?

Carlota:

Con las de Tommy. Aún no se ha dado cuenta. Ya se lo devolveré.

Paula:

Carlo, después de follar, al menos llévate contigo una de las tarjetas.

Carlota:

No prometo nada, pero lo valoraré.

Ariadna:

Te quedaste con mis zapatos.

Melenas:

Lo sé. Pásate por el despacho cuando quieras a recogerlos. María los tiene bien custodiados.

Ariadna:

¿Cuándo te diste el primer beso con lengua?

Melenas:

¡La hostia! Vaya cambio radical de tema. Me he vuelto a atragantar.

Ariadna:

Me has dicho que te entretenga.

Melenas:

Sí, sí, si yo, encantado. Solo que me ha entrado la Coca-Cola por otra vía. Dame unas palmaditas, anda.

Ariadna:

Muy bien, pero no me hables de trabajo.

Melenas:

Ja, ja, ja, es verdad. No me hago a la idea. ¿Vas a decirme ya lo de la fórmula?

Ariadna:

No.

Melenas:

De una manera u otra, te lo acabaré sonsacando.

Ariadna:

No eres tan bueno, Melenas.

Melenas:

No me subestimes. Que aquí te tengo, subida en un avión. Septiembre de 2006. 13 años.

Ariadna:

¿¿¿???

Melenas:

Mi primer beso con lengua. Hasta la garganta.

Ariadna:

¡Ah, vale! Ja, ja, ja. Menuda precisión. Sería memorable. ¿Lo de la garganta es bueno o malo?

Melenas:

Qué va. Es que tengo buena memoria. Lo de la garganta ya lo descubrirás por ti misma. ¿Y el tuyo?

Ariadna:

Con 14 años. En un soportal en el centro del pueblo. No me preguntes más, porque no me acuerdo. ¿Me lo vas a enseñar tú?

Melenas:

Joder, definitivamente, ya no tomo más refresco.

Ariadna:

Mejor, nos acercamos a zona de turbulencias. ¿Primera borrachera?

Melenas:

Finales de 2008. 15 años. Fue en el colegio donde estudié. Escondimos las botellas en las taquillas del polideportivo y fingimos que bebíamos refrescos. El alcohol nos lo compraron unos tíos de último curso a cambio de que mi amigo Olly les hiciera un trabajo de física. Ese día, también me fumé mi primer cigarrillo, mi amiga Natalie le montó una bronca que flipas a su exnovio y Sara acabó a remojo bajo una de las duchas, con ropa y todo. Fue un gran día. ¿La tuya? ¿Me coges la mano? No me gustan las turbulencias.

Ariadna:

¿En el colegio? ¿15 años? Vaya un currículum para un abogado... La mía fue una nochevieja con 18 años. Dame la mano, Melenas.

Melenas:

Bien, toma. Me toca. ¿Cuándo perdiste la virginidad?

Ariadna:

Creo que este es un buen momento para decirte que soy virgen.

Melenas:

Ja, ja, ja. No cuela. No me lo creo.

Ariadna:

¿Por qué no?

Melenas:

No tienes pinta de ser virgen para nada.

Melenas:

Que no digo que tengas pinta de guarrilla. Para nada.

Melenas:

Joder, a ver cómo explico esto sin que me pegues dos hostias.

Melenas:

Pareces alguien normal.

Melenas:

Que no digo que alguien con veintiocho años que sea virgen no sea normal.

Melenas:

Bueno, quizás no lo sea del todo...

Melenas:

Pero tú pareces normal normal, de las que practican sexo con normalidad.

Melenas:

Lo que me parece de puta madre.

Melenas:

Porque practicar sexo es sano. Y pareces sana.

Melenas:

Que tampoco digo que lo hagas todos los días con alguien diferente. O con el mismo.

Melenas:

Y que, si lo hicieras, a mí me parecería bien.

Melenas:

Que ya sé que a mí no debe parecerme ni bien ni mal, que es tu vida.

Melenas:

Joder.

Melenas:

¿Piensas frenarme en algún momento?

Ariadna:

No. Es demasiado divertido.

Melenas:

¿Te estás riendo de mí?

Ariadna:

Solo un poco. ¿Quieres que te ayude?

Melenas:

Por favor.

Ariadna:

Háblame de tu primera vez.

Ariadna:

Joder, ha sonado a psicoanalista con diván y todo.

Melenas:

Ja, ja, ja, yo me tumbo donde quieras y como quieras. Fue en el 2008. Ahora que lo pienso, vaya añito... La chica se llamaba Sophia y era de mi clase.

Ariadna:

¿Seguimos en los 15? No corriste ni nada. Ya puedes quitarte el cinturón de seguridad. Hemos llegado.

Melenas:

¡NO uses ese verbo al azar, la hostia!

Ariadna:

¿Seguir?

Melenas:

El siguiente a ese.

Ariadna:

¿Poder?

Melenas:

El anterior a ese.

Ariadna:

Tira para delante, anda, tira para delante.

Melenas:

Tú lo que quieres es verme el culo.

Ariadna:

Prometo no mirar.

Melenas:

Mujer, tampoco seas tan drástica. ¿Cogemos ese taxi?

Ariadna:

Pero déjame pedirlo a mí. Me gusta pedir taxis. Me siento muy neoyorquina.

Melenas:

Bien. Todo tuyo. Que sepas que los neoyorquinos están sobrevalorados. Yo, de todas todas, me quedo con los edimburgueses.

Ariadna:

Me parece a mí que el que está sobrevalorado eres tú, Melenas.

Melenas:

Ja, ja, ja, ya lo veremos. Por cierto, ahora que hemos llegado, deberías saber una cosa.

Ariadna:

¿Eres alérgico al sol? Espera, ¿has salido alguna vez de Edimburgo? ¿Sabes lo que es el sol?

Melenas:

Algo he leído sobre él, pero no lo conozco en persona. Es amarillo, ¿no?

Ariadna:

Yo te lo presento. ¿Amarillo? Mmm... Sí, a veces. Pero también es rojo, rosa, naranja.
Vas a alucinar.

Melenas:

Estás creando expectativas. Ahora como es de noche, no puedo verlo. Voy a pensar en ello hasta mañana.

Ariadna:

Bien. ¿Cuál es, entonces, ese secreto inconfesable?

Melenas:

Es de todo menos un secreto: tengo un humor horrible por las mañanas.

Ariadna:

Yo también.

Melenas:

Pues estamos jodidos.

Ariadna:

Ya hemos llegado. He alquilado una casa en lo alto de una montaña que te va a encantar. ¿No tendrás miedo a las alturas?

Melenas:

Un poco sí. Tendrás que abrazarme fuerte esta noche.

Ariadna:

Difícil. ¿No te lo he dicho? La casa tiene dos habitaciones. Una para cada uno.

Melenas:

Pues acabo de abrir la puerta de la segunda habitación y no tiene cama. Vas a tener que hacerme un hueco en la tuya. No ocupo demasiado y me muevo poco. Cuando duermo, me refiero.

Ariadna:

Pero es que yo duermo desnuda. ¿Qué hacemos ahora?

Melenas:

Yo, de momento, irme al baño a relajarme.

Ariadna:

Bien. Te espero en la cama.

Melenas:

Voy desnudo, si no quieres mirar, cierra los ojos.

Ariadna.

He apagado la luz.

Melenas:

Venga, hazme hueco.

Ariadna:

Buenas noches, Melenas.

Melenas:

Buenas noches, Ari.

Melenas:

Buenos días.

Ariadna:

¿Buenos? Me he pasado toda la noche esquivando tus patadas. Apenas he podido dormir.

Melenas:

Es que hace un calor de pelotas.

Ariadna:

Anda, levántate y mira por la ventana. Verás el sol.

Melenas:

Voy.

Ariadna:

¿Lo ves?

Melenas:

Sí.

Ariadna:

¿Te gusta?

Melenas:

Es alucinante.

Ariadna:

Te lo dije. Ahora, si no te importa, puedes vestirte. Te estoy viendo el culo.

Melenas:

Uy, espera que me doy la vuelta.

Ariadna:

¡Aaah! ¡¡Mis ojos!!

Melenas:

Te acostumbrarás, nena.

Ariadna:

¿Nena?

Melenas:

Mierda, se me ha pegado. Demasiado tiempo con Sara y Olly.

Ariadna:

¿Vamos a la playa? Tengo mucho mono.

Melenas:

Vamos a la playa.

Ariadna:

Bien. Voy a vestirme.

Melenas:

¿Por qué?

Ariadna:

Deja de mirarme así y ponte el bañador.

Melenas:

Joder, me gusta tu bañador. Te queda de puta madre.

Ariadna:

Es del color del sol.

Melenas:

Es de puta madre.

Ariadna:

A mí me gustan tus gafas de sol. Te quedan bien. Estás guapo.

Melenas:

Yo siempre estoy guapo.

Ariadna:

¿Por ese razonamiento no te has peinado?

Melenas:

Ja, ja, ja, ja. ¿Quieres peinarme tú?

Ariadna:

¿Has traído peine?

Melenas:

No. ¿Tú?

Ariadna:

Tampoco.

Melenas:

Tendrás que hacerlo con las manos.

Ariadna:

Es suave.

Melenas:

Lo es.

Ariadna:

¿Quieres que te eche crema? Estás algo pálido y te vas a quemar. No quiero pasearme por mi pueblo con un británico de color de rosa. Tengo una reputación.

Melenas:

En ese caso, dejaré que me manosees. Pero primero quiero un baño.

Ariadna:

Sígueme, Melenas.

Melenas:

Hueles a mar.

Ariadna:

Eso es porque estás demasiado cerca.

Melenas:

No, siempre hueles a mar. Y a sol. Y a la brisa que nos azota ahora los rostros. Hueles a Mediterráneo.

Ariadna:

Eso es lo más bonito que me ha dicho nadie nunca.

Ariadna:

¿Adam?

Ariadna:

¿Sigues ahí?

Melenas:

Sigo aquí.

Ariadna:

¿Te importa que haga topless?

Melenas:

No quiero que te quemes. Déjame que te eche crema primero.

Ariadna:

Pero entonces me tocarás las tetas. Y no sé si estamos en ese punto.

Melenas:

Tú lo que quieres es matarme.

Ariadna:

Yo lo que quiero es...

Melenas:

¿Qué?

Ariadna:

No te lo voy a decir todo, Melenas. ¿Tú qué quieres?

Melenas:

¿Ahora mismo?

Ariadna:

Sí.

Melenas:

Besarte. Meterte la lengua en la boca y no sacarla en horas.

Ariadna:

Hazlo.

♪ 12 ♪

I see a little silhouetto of a man

Adam

Adam:

Me estoy acercando a tu boca.

La de la falda escocesa de mala hostia:

No lo suficiente. Aún no te siento.

Adam:

¿Y ahora? Me he acercado más. Tengo tu olor metido en las fosas nasales. El del mar.
¿Y tus ojos? Nunca los había tenido tan cerca. ¿No notas como se nos rozan las pestañas?
¿No notas mi respiración en tus labios? Yo sí siento la tuya.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Ahora sí. Te veo las motitas del iris. Te huelo. Te siento. Cierra los ojos. Yo ya los he cerrado. Y bésame.

Adam está escribiendo...

La de la falda escocesa de mala hostia está escribiendo...

Adam está escribiendo...

La de la falda escocesa de mala hostia está escribiendo...

Adam:

Joder.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿Cómo es posible que lo haya sentido, Adam?

Adam:

Porque estoy allí.

La de la falda escocesa de mala hostia:

No, no estás.

Adam:

Entonces, no lo sé.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿Tú lo has sentido?

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿Adam? ¿Lo has sentido?

Adam:

Lo he sentido igual que llevo sintiendo desde hace tiempo el sol calentándome la cara.
Y Edimburgo, hoy, está nublado.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Cuéntame algo que me distraiga. Lo primero que se te ocurra.

Adam:

Mi PlayStation 2 dejó de funcionar de un día para otro. Han pasado más de veinte años y aún no lo entiendo.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿¿Qué?? Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja. Eres como un soplo de aire fresco, Adam Wallace. Y me importa muy poco que sea la frase más manida del mundo.

Adam:

¿Quieres que te hable yo de frases manidas?

La de la falda escocesa de mala hostia:

Dale.

Adam:

Tengo hambre.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Ja, ja, ja. Es que nadar da hambre.

Adam:

Y besarse.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Sí, eso también. ¿Te apetece comer una paella? Conozco un sitio genial.

Adam:

Me apetece.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Pues dale. Es por allí.

Adam:

Siempre voy yo delante. Pensé que a estas alturas ya te sabrías mi culo de memoria.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Aún no.

Adam:

Te dejo tocar.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Esto se nos está yendo de las manos, Melenas.

Adam:

¿Me das otro beso? Me ha sabido a poco.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿Qué parte de «esto se nos está yendo de las manos» es la que no entiendes?

Adam:

Ahora que lo pienso, yo no te he mirado aún el culo.

La de la falda escocesa de mala hostia:

A otra niña con ese cuento, caperucito. Te he visto mirarme el culo ya unas ocho veces.

Adam:

Eso es porque me miras mucho.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Anda, siéntate, que voy pidiendo las bebidas.

Adam:

Pídeme una cerveza fría. Voy al baño.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿Te has dado cuenta de que solo hablamos de sexo o de comida?

Adam:

¿No es lo mismo?

La de la falda escocesa de mala hostia:

Iba a decirte que no asustes a esta pobre virgen, pero no quiero que entres en bucle de nuevo.

Adam:

Te gusta ponerme nervioso.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Es que es muy fácil.

Adam:

Yo soy fácil.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿La verdad? Lo dudo.

Adam:

La paella está de muerte. ¿Sabes hacerla?

La de la falda escocesa de mala hostia:

No. Yo solo sé de química.

Adam:

Yo me sé unos cuantos chistes de químicos. Me los cuenta Olly.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Y no me vas a contar ninguno, si quieres mantener tus pelotas intactas.

Adam:

Me gustan mis pelotas.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Pues ya sabes. Y dile a tu amigo que también hay chistes de físicos y que yo me los sé todos.

Adam:

Ya sabe que hay chistes de físicos, pero hay más de químicos.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Tus pelotas, Adam.

Adam:

Ay.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Deja de meterte la mano por debajo del pantalón.

Adam:

¡Las estoy protegiendo!

La de la falda escocesa de mala hostia:

A ver, cuéntame uno de esos chistes. Vamos a ver lo listo que es ese tal Olly amigo tuyo.

Adam:

En realidad, no es tan listo.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Cuéntame uno, Adam. Sé un hombre y cuéntame uno.

Adam:

No. Tengo miedo.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿No hay huevos?

Adam:

Ja, ja, ja, ja. No. Y no insistas.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Está bien. ¿Quieres postre?

Adam:

No quiero seguir hablando de sexo.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿Y de qué quieres hablar?

Adam:

De ti.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿Qué quieres saber?

Adam:

Un secreto.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿Nivel?

Adam:

En una escala del 1 al 10, donde el 10 es el más alto..., dame un cinco.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Soy muy, pero muy muy friki de los superhéroes. Y sueño cada noche con casarme con Spiderman.

Adam:

¿Superhéroes? ¡Joder! Por fin algo en común. Lástima que te guste el más flojo. En una pelea cuerpo a cuerpo con Superman no tiene nada que hacer. Lo de los sueños nocturnos con Spiderman ya lo arreglaremos.

La de la falda escocesa de mala hostia:

En una pelea cuerpo a cuerpo con Superman, Spiderman solo tiene que plantarle en la cara un poco de criptonita. De mis sueños no hay nada que arreglar, estoy muy satisfecha y no pienso renunciar a ellos. Jamás de los jamases.

Adam:

¿Seguimos hablando de superhéroes?

La de la falda escocesa de mala hostia:

Sí.

Adam:

En ese caso te diré que antes de que a Spidy le dé tiempo a sacar la criptonita, Superman ya se lo ha cargado.

La de la falda escocesa de mala hostia:
¡Superman! ¡Superman! ¡Qué típico!

Adam:
Ahora, háblame de esos sueños.

La de la falda escocesa de mala hostia:
Ni loca. Son demasiado íntimos...

Adam:
¿Con el hombre araña?

La de la falda escocesa de mala hostia:
Sí.

Adam:
¿No lo habrás metido esta noche en la cama con nosotros?

La de la falda escocesa de mala hostia:
Pues sí. Y ha llegado antes que tú. Estabas en el baño pajeándote.

Adam:
Ja, ja, ja, ja. Es verdad. Venga, ahora dame un nivel siete.

La de la falda escocesa de mala hostia:
¿Un siete? Eso es mucho pedir. Tú no me has dado nada.

Adam:
Dame un siete y te doy un ocho.

La de la falda escocesa de mala hostia:
Ya veo que sabes jugar a esto.

Adam:
¿Jugar? Soy el rey, nena. Déjame ese juego tuyo de química y verás las maravillas que hago.

La de la falda escocesa de mala hostia:
Has vuelto a llamarme nena.

Adam:
Joder, puto Oliver. Es pegadizo, ¿verdad?

La de la falda escocesa de mala hostia:
Un poco sí.

Adam:
Ahora dame el siete.

La de la falda escocesa de mala hostia:
Tú primero. Venga, dame un seis.

Adam:
No me gusta dormir solo por las noches. Llevo compartiendo cama desde los nueve años y me he vuelto adicto.

La de la falda escocesa de mala hostia:
¿Por eso te metiste ayer en mi cama, Melenas? ¿No era para tener sexo?

Adam:
Ja, ja, ja. Ni se me pasó por la cabeza pensar en sexo, no.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿Quieres que te dé las buenas noches cada noche para que no te sientas solo?

Adam:
Sí.

La de la falda escocesa de mala hostia:
Cuenta con ello.

Adam:
Ahora dame el siete.

La de la falda escocesa de mala hostia:
Tengo miedo a los animales.

Adam:
¿A qué animales?

La de la falda escocesa de mala hostia:
A todos. No hago excepciones. Ninguna.

Adam:
¿A todos todos?

La de la falda escocesa de mala hostia:
Sí.

Adam:
¿Desde una hormiga hasta un dinosaurio?

La de la falda escocesa de mala hostia:
Me refiero a animales que ahora mismo habitan en la Tierra.

Adam:
¿Así que si te encuentras con un dinosaurio a la vuelta de la esquina permanecerías impasible? Yo me acojonaría, te aviso. No soy tan valiente como tú.

La de la falda escocesa de mala hostia:
No me voy a encontrar con ningún dinosaurio a la vuelta de la esquina, por lo que no me lo he planteado.

Adam:
No eres tan miedosa si no planteas todas las posibilidades. Si yo tuviera miedo a los animales, situaría a los dinosaurios en el puesto número 1. Sin duda. ¿Qué me dices de los gatitos?

La de la falda escocesa de mala hostia:
Preciosos, pero les tengo auténtico terror.

Adam:
¿Por qué?

La de la falda escocesa de mala hostia:
No lo sé. Supongo que los miedos no se pueden explicar. Solo... se sienten.

Adam:
Te aconsejo terapia.

La de la falda escocesa de mala hostia:
¿Terapia?

Adam:
Sí, así, a bote pronto, se me ocurre que te encierres en una habitación con veinte

gatitos.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Eres un amor.

Adam:

A mandar.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Ahora, cuéntame ese ocho tuyo.

Adam:

¿Sin solucionar tu problema con los animales?

La de la falda escocesa de mala hostia:

Estoy valorando lo de la habitación.

Adam:

Valora, valora.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Estoy esperando al ocho.

Adam:

Mmm...

La de la falda escocesa de mala hostia:

Si tanto tienes que pensarlo, es que no es real.

Adam:

Esa es una acusación muy fea.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Demándame.

Adam:

Ja, ja, ja, ja. Aprendes rápido, morenita.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Conozco un abogado muy efectivo. Y de muy buen ver.

Adam:

Ah, ¿sí?

La de la falda escocesa de mala hostia:

Sí. Se llama Stewart.

Adam:

Ja, ja, ja. No cuela. Estabas pensando en mí.

La de la falda escocesa de mala hostia:

No pienso en ti todo el rato, Melenas.

Adam:

Pero piensas en mí.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Solo a veces. Solo cuando me cruzo por la calle a alguien con el pelo largo. Solo cuando emiten series de abogados en la tele. Solo cuando escucho música en alguna tienda o en el trabajo. Solo cuando veo los zapatos de claqué en la esquina de mi habitación.

Adam:

Son unos zapatos bonitos. Me costó la hostia encontrarlos. ¿Los miras muy a menudo?

La de la falda escocesa de mala hostia:

No. A veces, por la noche.

Adam:

No me voy a reír si confiesas que te los has puesto un par de noches para bailar. Es más, me sentiría orgulloso.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Ja, ja, ja. Me parece que aún no estoy en ese punto.

Adam:

Estarás.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Ya veremos. De momento, ven, vamos.

Adam:

¿A dónde?

La de la falda escocesa de mala hostia:

A ver el atardecer. Está a punto de comenzar. Espera. Primero vamos a pedir una sangría.

Adam:

¿Qué es eso?

La de la falda escocesa de mala hostia:

Una bebida. Te va a encantar.

Adam:

Me fío de ti.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Bien. Y ahora cuéntame ese ocho. No creas que se me ha olvidado.

Adam:

Odio los hospitales. Los cementerios. Y el mes de marzo.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Podemos eliminar el mes de marzo del calendario. Podemos hacer que siga siendo febrero. O que abril llegue antes.

Adam:

En marzo es mi cumpleaños.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿Te estás echando para atrás, Melenas?

Adam:

No. Eliminemos el mes de marzo del calendario. Por cierto, esta sangría está de puta madre. ¿Qué lleva?

La de la falda escocesa de mala hostia:

Creo que vino, refresco de limón, whiskey o brandy, naranja, limón, manzana, azúcar y canela.

Adam:

¡Joder! Cómo sabéis los españoles. ¿Me la harás algún día?

La de la falda escocesa de mala hostia:

No, si no quieres intoxicarte. La cocina no es lo mío en ninguna de sus vertientes.

Adam:

Espera, ¿cómo es posible que te guste la sangría con tanta mezcla de sabores?

La de la falda escocesa de mala hostia:

Porque es sabor a sangría.

Adam:

No acabo de verlo. Oye, ¿cómo van tus vómitos? ¿Alguna apuesta nueva en el trabajo?

La de la falda escocesa de mala hostia:

Todo tranquilo. Llevo una semana sin apostar. Necesito recuperar un poco de fondo. Estaban acabando conmigo.

Adam:

Ja, ja, ja, ja. Una retirada a tiempo es una victoria.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Eso he oído.

Adam:

¿Vamos a por el nueve?

La de la falda escocesa de mala hostia.

Vamos a por el nueve. ¿Me toca a mí?

Adam:

Sip.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Nunca me he enamorado.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Ni siquiera un poquito.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Ahora me pregunto cómo será.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿Tú te has enamorado alguna vez, Adam?

La de la falda escocesa de mala hostia:

Y no me refiero a enamorarse de una canción o de una camiseta. Me refiero a aquello por lo que la gente llora, sonrío, grita y mata.

Adam:

Sé a lo que te refieres.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿Y? ¿Lo has sentido alguna vez?

Adam:

Nunca.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿No te preguntas cómo es?

Adam:

No.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿Conoces a alguien que lo sienta?

Adam:

Sí. Oliver y Sara. Desde los nueve años.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Guau. ¿Son tus mejores amigos?

Adam:

Son mucho más que eso. Son mi familia.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿También desde los nueve años?

Adam:

La verdad es que sí.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Oliver parece un poco tocapelotas.

Adam:

Ja, ja, ja, ja. Lo es. Ni te imaginas cuánto.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿Y Sara?

Adam:

Todavía lo es más. Son tal para cual.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Al final te has quemado.

Adam:

El sol del Mediterráneo.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿Puedo tocar?

Adam:

Sí. Tócame.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿Te duele?

Adam:

Un poco.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿Solo un poco?

Adam:

No quiero parecer un blandengue. Soy todo un tiarrón escocés.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Ay, espera, que me requieren.

Adam:

¿Quién?

Adam:

¿Qué pasa?

La de la falda escocesa de mala hostia:

Mis compañeras de piso han entrado en mi habitación.

Adam:

¿Por qué?

La de la falda escocesa de mala hostia:

Espera.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Joder, es la hora de cenar. ¡Llevamos ocho horas al teléfono!

Adam:

¿Qué esperabas? Teníamos que viajar a España. Roma no se construyó en un día.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Eso dicen. Nunca he sabido en cuántos se construyó.

Adam:

En más de uno.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Tengo que dejarte. Mis compañeras han hecho la cena.

Adam:

¿Cómo se llaman tus compañeras de piso?

La de la falda escocesa de mala hostia:

April y June.

Adam:

¡No me jodas! ¿Me estás vacilando?

La de la falda escocesa de mala hostia:

No, para nada. ¿Por qué lo dices?

Adam:

Porque las dos tienen nombre de un mes del año.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Ja, ja, ja, no lo había pensado nunca.

Adam:

Y tú te llamas Ariadna.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Sí.

Adam:

No te pega, deberías llamarte...

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿Cómo que no me pega?

Adam:

Diciembre.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿Diciembre?

Adam:

Sí, creo que te voy a llamar Diciembre.

La de la falda escocesa de mala hostia:

¡No! ¿Por qué vas a llamarme Diciembre?

Adam:

Porque me gusta poner motes...

La de la falda escocesa de mala hostia:

¿Y?

Adam:
Y tú serás Diciembre.

La de la falda escocesa de mala hostia:

Ya lo hablaremos. Gracias por este viaje, Melenas. Ahora tengo que dejarte.

Adam:
No hay nada que hablar, Diciembre. Ya está hecho.

Diciembre:

¿Qué has hecho?

Adam:
Te he cambiado el nombre. Buenas noches.

Diciembre:

Mis buenas noches te llegarán más tarde. Cuando estés en la cama. Lo he prometido.

Adam:
En ese caso, hasta luego.

Diciembre:

Hasta luego, Melenas.

♪ 13 ♪

Scaramouch, scaramouch will you do the fandango

Ariadna

Habían pasado diecisiete días desde aquella «cita» a través del teléfono.

Diecisiete días en los que no supe nada de Adam.

Podría decir que, en un primer momento, me preocupé por él, que pensé que quizás le había sucedido algo, no era normal que desapareciera después de lo que habíamos vivido juntos a través del teléfono, y de todo lo que habíamos vivido antes del teléfono, porque si algo puedo asegurar, es que para aquella época ya habíamos vivido «algo», que el *Melenas* y yo ya teníamos una historia. Pero lo cierto es que no me preocupé.

En primer lugar, ya me tenía algo acostumbrada a ese tipo de vacíos, a esos espacios en blanco entre cita y cita. No se puede decir que mantuviéramos una relación diaria o ni siquiera que nos mensajeáramos con asiduidad.

Pero es que, además, yo cumplí mi promesa. Todas las noches sin excepción, todas las noches a pesar de que solo recibía vacíos por su parte, yo le enviaba un «buenas noches», solo eso, solo «buenas noches». Reconozco que una pequeña parte de mí deseaba que ese saludo diera paso a una conversación, no a un nuevo viaje como el que habíamos compartido, ni muchísimo menos, solo a cruzar unas palabras, a hablar del día a día, a seguir conociéndonos, a compartir algo con esa persona que había entrado en mi vida, de repente, como un vendaval.

Pero no tuve respuesta ni la primera noche ni la segunda ni la tercera ni la cuarta. Yo sabía que él los estaba recibiendo y que los leía todos, es lo que tienen las nuevas tecnologías, pero no me contestaba. No lo hacía porque no le daba la gana. Así que no, no debía preocuparme.

La séptima noche sí hizo algo: me mandó una canción como respuesta. Solo eso, solo el archivo adjunto. *Mystery Of Love*. No tardé ni medio segundo en abrir el archivo y escucharla. Lo hice de pie y solo con una toalla

cubriéndome la piel desnuda porque acababa de salir de la ducha. Mi móvil reposaba en la mesa al lado de la cama y me percaté de que brillaba por la llegada de un nuevo mensaje. Cuando vi que era de Adam, el corazón me dio una especie de latigazo y fui corriendo a abrirlo, así que no llegué ni a sentarme en la cama. Me quedé ahí y me dejé envolver por la melodía.

*Oh, to see without my eyes.
The first time that you kissed me.
Boundless by the time I cried.
I built your walls around me.
White noise, what an awful sound.
Fumbling by Rogue River.
Feel my feet above the ground.
Hand of God, deliver me.*

...

Y sucedió que todo el vacío que sentía se llenó con esa canción, a pesar de no tener ni idea de por qué me la había mandado, a pesar de no entender la letra, o de no querer entenderla. Es curioso que, para alguien como yo, que valoraba tanto el silencio, en ese momento me agobiara, me aplastara. De repente, ya no nos llevábamos tan bien él y yo. De repente, sentía que faltaba algo, que faltaba el ruido, ese ruido que siempre me había molestado y que... no era ruido. Eran letras que explicaban cosas. Y eran melodías que activaban mi cuerpo. Sentí que esa canción llenaba ese «algo». ¿Por qué? Y ¿cómo?

Son preguntas que ni yo misma podía responder en ese momento. Estuve tentada de contestarle a ese mensaje, pero no lo hice.

La noche siguiente, le mandé mis buenas noches de rigor y así permanecimos durante los diez días restantes, con la diferencia de que ya no es que no tuviera respuesta por su parte, sino que ya ni siquiera leía mis mensajes.

¿Vosotros entendéis algo? Seguro que sí, pero yo era incapaz.

No estaba acostumbrada a las cosas del amor, porque aquello eran cosas del amor. Adam y yo no éramos amigos, nuestra relación no era de amistad, era de otra cosa, de algo más. No tenía idea de qué era ese «más», no podía ponerle nombre, pero algo me decía que tenía que ver con el amor. Y yo no sabía cómo tratar con el amor, no sabía si aquello era normal, o si Adam no lo era.

Pensé en hablarlo con mis hermanas; Paula y Eva tenían pareja estable desde hacía años, pero una parte de mí me decía que no, que aquello tenía que averiguarlo yo sola, que me había perdido todo ese mundo en mi adolescencia, que me había pasado toda la vida estudiando, preparándome para la universidad, luego trabajando mientras estudiaba la carrera y después sacándome el máster y el doctorado, y que me había perdido las relaciones sociales, así que debía aprender a tratar con ello yo sola. Ya me tocaba.

Me acuerdo que comencé a razonar. Si yo con mis compañeros del trabajo y con mis amigos de España, con los que tengo una relación algo escasa —y sí, es por mi manera de relacionarme con las personas—, mantengo contacto habitual por el móvil, ¿por qué con Adam no? Es verdad que con los del curro eran, sobre todo, cuestiones relacionadas con saber quién había vomitado más o en qué lugar más vergonzoso nos habían entrado los retortijones. Pero eso es contacto.

Y con ellos no había pasado una tarde maravillosa patinando, ni nos habíamos ido a cenar a la mejor hamburguesería del mundo; tampoco habíamos bailado por las calles de Edimburgo y por descontado que no me había subido en un avión imaginario con ellos. No había mantenido la conversación telefónica más alucinante de mi vida ni me había besado con ninguno de ellos, no en la boca. Y con Adam sí. Que, aunque fuera un beso a través de la pantalla de un móvil, lo sentimos como el mejor beso de nuestra vida, o al menos de la mía.

Tampoco había confesado a nadie que nunca me había enamorado.

Acabó la canción y me quedé ahí, sin moverme y sin saber qué pensar. *Mystery Of Love*. ¿Misterio? Misterio era Adam Wallace. Aunque había algo en concreto, que empezaba a preocuparme, a tocarme algún nervio de dentro, porque sospechaba que era algo malo. Para aquel entonces, ya había llegado a la conclusión de que Adam no tenía padres ni más familia que Oliver y Sara. No sabía qué había pasado con ellos, pero tenía la certeza de que fue... brutal. Adam lo exudaba por cada poro de su piel y yo lo intuía en cada fibra de mi cuerpo.



Al día siguiente, me encontraba en el trabajo, probando unas mezclas nuevas, absorta, cuando una palabra se metió en mi sistema neuronal y me hizo reaccionar: música.

—¿He oído música? —pregunté, levantando la vista del tubo de ensayo y buscando una confirmación entre mis cuatro compañeros, que trabajaban distraídos en sus mesas.

—Tranquila, Ari, no vamos a poner música —me dijo una de ellas con cariño. He de reconocer que cada uno de ellos aceptó mis rarezas desde el primer momento, al igual que yo acepté las suyas.

—¿Y de qué hablabais?

Comenzaron a explicarme que estaban muy emocionados por el concierto al que iban a acudir esa misma noche, que no era un concierto en su definición más estricta, era más bien una noche de micrófono abierto de un grupo que, por lo que comentaban, era supermegafamoso. El evento tenía lugar en North Berwick, un pueblecito pintoresco y encantador a cuarenta kilómetros al este de Edimburgo, y uno de mis compañeros había conseguido entradas para todo el grupo ya que era muy amigo del dueño del local. Local con un aforo algo limitado, por lo que esas entradas valían oro.

—Me apunto —les dije sin pensar.

—¿Perdona?

—¿A dónde?

—¿Hablas con nosotros?

—Al concierto —respondí, mirándolos a todos ellos.

Yo nunca había ido a un concierto, sería mi primera vez, y aunque el «me apunto» lo dije sin pensar, a cada segundo que pasaba, más me convencía de que era una buena idea. Me apetecía probar. Qué locura, ¿verdad?

—¿Al... al concierto?

—Sí, al concierto —confirmé a mis cuatro compañeros, que me miraban como si me hubieran salido tres cabezas. Pensamiento que, por cierto, me trajo a la mente al *Melenas*. «Fuera, vete».

—¿Esto es una cámara oculta?

—Esperad, que lo miro —dijo uno de ellos.

—¿Qué vas a mirar? —le preguntó otro.

—Shhh, estoy en ello. Aquí está, según el diccionario «concierto» es: *Buen orden y disposición de las cosas; ajuste o convenio entre dos o más personas o entidades sobre algo; función de música en que se ejecutan composiciones sueltas; composición musical para diversos instrumentos en que uno o varios llevan la parte principal, como por ejemplo, concierto para violín y orquesta o concierto de flauta; acción de concertar las cacerías, determinando los lugares de la caza y los puestos de la montería; hombre*

sometido a concertaje. Bien, dicho esto, nosotros nos referimos a la tercera opción, Ari, no nos vamos a poner ni a ordenar cosas contigo, ni a cazar, ni a someter a ningún hombre a concertaje. Al menos, no hoy.

—Sois todos bobos —les dije, sacándoles la lengua—, ya sé que os referís a un concierto de música. Pero quiero ir.

—Va a ver mucho... ruido, como tú lo llamas.

Entendí su reacción, dado que nunca les dejaba poner música mientras trabajábamos, no en alto. Me molestaba. Sí, sí, hasta yo me daba cuenta de la paradoja de la situación, pero me apetecía ir a ese concierto. Adam me había abierto las puertas hacia la música y me había entrado el gusanillo.

—¿Tan raro os parece que quiera ir a un concierto de música?

—Sí —contestaron todos al unísono.

—No podemos permitir bajo ningún concepto que vayas allí y les obligues a bajar el volumen.

—O que clausures el local.

—Chicos, ahora mismo soy como una niña de dos años que acaba de descubrir el chocolate y quiere más. Necesito ir a ese concierto —me sinceré.

—¿Estás bien, Ari?

—Sí... solo... creo que estoy descubriendo a una nueva Ariadna que no sabía que estaba ahí dentro.

—En ese caso, estaremos encantados de darte una chocolatina.

—Vas a empezar por la mejor del mercado. Everlasting Wound es la cima de la música. Va a ser como beberte una gran taza de chocolate.

«Everlasting Wound». No me sonaba de nada, pero es que a mí no me sonaba casi ningún grupo de música, por muy famoso que fuera. Pero quería beberme esa gran taza de chocolate.

Acordé con ellos que pasarían a buscarme en coche por mi casa y salí del trabajo sonriendo. Estaba emocionada. Emocionada por asistir a un concierto de música. ¡El mundo estaba loco!

—¡Ari! —me gritó mi compañera, antes de que me subiera en el autobús que me llevaba a casa cada día.

—¿Qué?

—No olvides vestirte de rockera.



Paradojas de la vida. Antes de ir al concierto, tuve que pasarme por el

despacho de Adam, después de que Stewart me llamara y me dijera que necesitaba hablar conmigo. Al parecer, era importante, por lo que tuve que hablar con mis compañeros de trabajo y decirles que nos veríamos allí. Apunté la dirección del local en el móvil y me decidí por coger un taxi. Pero primero, el despacho.

No quería verlo, a Adam me refiero, no después de los diecisiete días de silencio. No estaba preparada para enfrentarme a esa situación y no sabía cómo lidiar con ella si me lo encontraba de casualidad. Todo aquello de las relaciones con chicos era tan nuevo para mí que me sentía bastante insegura. Esconderte detrás de un teléfono móvil o de una pantalla de ordenador es sencillo, la otra persona no ve las muecas que se dibujan en tu rostro, no ve tus reacciones. Pero en persona..., oh, no, me aterraba que Adam se diera cuenta de que comenzaba a colarme por él, de que lo echaba en falta, de que cada día me preguntaba por qué demonios no me escribía.

Por eso le dije a Stewart para quedar a ultimísima hora en el despacho, cuando el horario laboral ya hubiera llegado a su fin; quería asegurarme de que el *Melenas* no anduviera por allí, dando por culo.

La reunión con el abogado fue bien y resultó ser mucho más rápida de lo que pensé en un primer momento. Me había citado para informarme de que el caso estaba ganado, no había nada por escrito todavía, pero estaba ganado. No íbamos a ir a juicio. Me explicó los pormenores de todo y reconozco que desconecté un poco, pero me quedé con el mensaje principal, que era lo importante, y es que no tendríamos que responder ante el *mamonazo* por daños y perjuicios.

Le di las gracias y me metí en el baño para retocarme antes de salir a la calle y buscar un taxi que me llevara al local donde se celebraba el concierto. No estoy segura de que el verbo «celebrar» se utilice para los conciertos, pero ya me entendéis.

Sonreí satisfecha al ver mi imagen reflejada en el espejo: el pelo agarrado en una coleta alta muy ochentera, los labios rojos, los ojos supermaquillados, —April se había encargado de ello y del resto del atuendo—, camiseta negra ajustada, minifalda vaquera y Converse negras.

Iba de rockera total. Y me gustaba. Me sentía algo disfrazada, pero me gustaba.

Fui a abrir la puerta para salir del cuarto del baño, cuando escuché el sonido inequívoco de un mensaje de móvil que entraba. Saqué el teléfono del minibolso de plumas que llevaba cruzado en el pecho y vi que era de mi

hermana.

Carlota:

Me he encontrado con Diego en la calle. Con mamá y papá delante.

Eva:

¿En la calle? ¿Dónde?

Carlota:

Bueno, en realidad, en la calle no ha sido. He acompañado a papá y mamá a la inmobiliaria nueva que han abierto en el centro para preguntar por un anuncio de un garaje que quieren y ¿adivinas de quién es la inmobiliaria? Os daré una pista: empieza por «del tío» y acaba por «que me estoy follando».

Paula:

¿¿Y qué ha pasado??

Eva:

Estaba claro que al final ibas a encontrártelo, el pueblo no es tan grande.

Carlota:

Me ha entrado un ataque de tos, de los que te pones roja y no puedes respirar. Diego ha tenido que hacerme no sé qué maniobra.

Paula:

En su línea, ¿no?

Eva:

Ja, ja, ja, ja, ja.

Tommy:

Yo no le veo la gracia, casi se muere ahí dentro.

Paula:

¿Y este cuándo ha vuelto?

No tenía tiempo para enzarzarme en la conversación con mis hermanos, por muchas ganas que tuviera de saber cómo había terminado el asunto; era bastante tarde y el concierto estaba a punto de comenzar, por lo que, a la vez que salía del baño, cerré la aplicación y volví a guardar el móvil en el bolso.

El golpe que me di contra la segunda puerta del servicio fue memorable, juro que vi los pajaritos de los dibujos animados volando alrededor de mi cabeza y no me caí de culo de milagro. No recordaba que hubiera doble puerta para entrar en el cuarto de baño.

Y es que no la había.

Había chocado con una persona.

Había chocado con Adam.

«Yupi». ¿No quería una taza de chocolate? Pues ahí tenía taza y media.

—Ay, joder —exclamé por el golpe. Me dolió de verdad.

—Mierda. ¡Perdona! No te he visto. Iba distraído y pensé que ya no quedaba nadie en el despacho.

Madre mía, qué guapo estaba. Me gustaba más el Adam cañero, el rockero, pero, aquel día, lo vi especialmente guapo con el traje, aunque estuviera más descamisado que nunca.

—Tranquilo, yo tampoco iba mirando.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

Me masajeeé la cabeza con ímpetu y me propuse salir de allí pitando. Y no solo porque llegaba tarde. Quería alejarme de él. De él, que, en ese momento, me acariciaba la cabeza, por encima de mis manos, para ayudar a paliar el dolor. ¡Maldita mi suerte!

—Creo que sobreviviré.

—Sí, yo creo que también —me dijo, sonriendo. Sonriendo con su sonrisa, claro.

—¿Tú también crees que yo sobreviviré o que sobrevivirás tú?

—Ambos.

—Bien.

—¿Qué haces aquí?

—Stewart me ha citado para decirme que hemos ganado el caso.

—Ah, sí. Es una gran noticia.

«Y tú no me habías dicho nada, *Melenas*. Me llevas a tu casa para prestarme ropa seca, a patinar, a bailar por la calle, a España..., pero no eres capaz de decirme eso».

Adam dejó de acariciarme la cabeza y comenzó a mirarme de arriba abajo sin disimulo. Se detuvo en tres ocasiones; en mis labios, en mi camiseta —supuse que estaba leyendo lo que ponía— y en mis piernas desnudas. Aquella era una minifalda muy corta. Y la mirada de Adam fue de... hambre. No tenía ni tiempo ni ganas para lidiar con ello. Fuera lo que fuera.

—Y ahora me tengo que ir pitando porque llego tarde —comencé mi despedida—. ¡Hasta la próxima, Wallace!

«Bien, ¿no? Yo creo que lo estoy haciendo bien». Para mí, era importante no mostrarme ante él como la chica confundida e insegura que me producía todo aquello de las cosas del amor.

—¿Qué haces así vestida? —me preguntó a la vez que yo abría la puerta del despacho para salir de allí.

—He quedado para ir a un concierto —empecé a explicarle. Adam cerró el despacho y vino conmigo a coger el ascensor— y, antes de que te embales,

no, no me refiero ni a que voy a ponerme a ordenar cosas contigo, ni a cazar, ni a someter a ningún hombre a concertaje. Voy a un concierto de música.

—¿De música? —Adam meneó la cabeza para salir de su propia estupefacción—. ¿A un concierto de música? ¿Vas a un concierto de música? ¿De música?

—Has entrado en bucle de nuevo, *Melenas*.

Llegó el ascensor y los dos nos metimos dentro. Pulsé la planta baja y sonreí mientras miraba a Adam. No quería rehuirle la mirada, no quería que pensara cosas raras. Y por encima de todo eso, quería mirarlo. Estaba tan guapo. Eso ya lo había dicho, ¿verdad? En fin.

—Vas a tener que explicármelo bien —me dijo.

—Me encantaría, pero no tengo tiempo. Voy superjusta. El concierto empieza en —miré la hora en el reloj— veinte minutos y tengo que coger un taxi para que me lleve a North Berwick. Es un pueblo muy mono que se encuentra a unos cuarenta kilómetros al este de Edimburgo —recité de memoria.

—Sé dónde está North Berwick.

Ding.

Habíamos llegado a la planta baja. Bien.

—Sí, claro, bueno, pues me voy. ¡Adiós!

Salí escopetada del portal sin darle opción a más interacción entre nosotros y me planté en el final de la acera dispuesta a parar un taxi a lo neoyorquino. Igual que en nuestro viaje a España. «Ariadna, desconecta».

¿Os podéis creer que en los diez minutos siguientes no pasó por la carretera ni un solo taxi? Pues creéoslo, porque así fue. Era mi primer concierto de música y no iba a llegar a tiempo. Increíble. Tampoco era tan tarde, vale que hubiera anochecido desde hacía rato y que fuera un día de labor, pero de ahí a que no apareciera ninguno... Lo mío era mala suerte, estaba claro.

—¡Joder! —exclamé en alto, presa de la frustración.

—Basta que tengas prisa, para que no aparezca ninguno, ¿eh?

«¡Ay, Dios!». Me giré sobresaltada hacia el sonido de su voz.

—¡Joder! ¡Me has dado un susto de muerte! Pensé que te habías ido.

—¿Sin decirte adiós?

—Ya nos habíamos despedido.

—No, tú te habías despedido, de una manera bastante cutre, por cierto.

¿Cutre yo? No, si todavía le soltaba un grito de los míos. Qué morro tenía

el *Melenas*.

—¿Cutre? ¿Qué esperabas? ¿Un besito en la mejilla?

—Humm, no hubiera estado mal.

—No tengo tiempo para atender tus necesidades, *Melenas*, necesito coger un taxi con efecto inmediato.

—Pues esto no tiene buena pinta —me dijo, señalando la carretera vacía.

«O un coche. Necesito un coche». Se me ocurrió una idea muy muy loca, ¿vale? Pero es que estaba desesperada.

—Espera. Tú tienes coche. Aquí.

—Sí —me dijo sonriendo.

—¿Me lo prestas?

—Espera, ¿qué?

—Que si me lo dejas. Prometo devolvértelo mañana intacto. O, bueno, igual de descacharrado de lo que está.

—Insultar a mi coche no es una buena técnica para que te lo deje.

—Eso quiere decir que, si me porto bien y digo lo maravilloso que es tu supercoche, ¿me lo vas a dejar?

Puse mi mejor cara de buena...

—No, la verdad es que no. Ni de coña te dejo mi coche.

... pero no coló. Y encima me soltaba aquello.

—Oh, gracias por hacerme perder el tiempo para nada.

—Pero puedo llevarte.

—¿A dónde?

—Al concierto.

¡Ja!

—¿En serio? ¡Eso sería maravilloso! —le dije, fingiendo adoración por la causa. Lo llevaba claro si creía que íbamos a hacer lo que él quisiera y como lo quisiera. Yo no entendía de las cosas del amor, no, pero tonta no era.

—¿Sí?

—No, la verdad es que no. Ni de coña quiero que me lleves.

Qué bien me sentó devolvérsela, joder.

—No seas cría. ¿Por qué no quieres que te lleve?

—¿Por qué quieres llevarme?

Dime, Adam. ¿Por qué quieres llevarme al concierto después de diecisiete días sin dar señales de vida? ¿Qué narices es esto que tenemos?

Esas y algunas preguntas más son las que me hacía en ese momento.

Thunderbolt and lightning very very frightening me

Adam

—¿Por qué quieres llevarme? —me preguntó.

Y era una buena pregunta. Una pregunta cojonuda, de hecho. El problema era que yo no tenía ni puta idea de cómo responder.

Mi asunto con Ariadna no iba nada bien. La verdad es que no había ido bien desde el principio, pero comencé a darme cuenta de la enormidad del problema después de nuestro *viaje* a España, cuando me pasé horas tumbado en mi cama, mirando al techo, aún con el móvil en la mano, y preguntándome una y otra vez: «¿Qué coño acaba de pasar?».

Porque ¿qué coño acababa de pasar? Lo que comenzó siendo un juego inocente, divertido, inducido por mi nivel estratosférico de aburrimiento de aquel día, en el que hacía un tiempo de mierda y no me apetecía hacer nada, se convirtió en... en algo que me hizo sentir. Sentir. Y yo no sentía.

Tenía que darle la patada a esa chica pero ya. A tomar por culo el tema de la música y a tomar por culo el follármela. Se me estaba yendo de las manos. Cuando ese mismo día, más tarde, me envió el primer «buenas noches», me sentía demasiado abrumado como para responderle. Así que no lo hice.

Ni tampoco le contesté los siguientes días. Seguía abrumado. Qué hostias abrumado, estaba acojonado. Ariadna comenzaba a darme más miedo que mis peores fantasmas, esos que vivían conmigo desde tanto tiempo atrás y que hacían conmigo lo que les daba la puta gana. No iba a añadir uno más. De hecho, ni siquiera lo había añadido y ya había tomado el control sobre mí. Porque de lo contrario, ¿cómo os explicáis que le mandara el séptimo día la maldita canción? ¿Eh? ¿Cómo os lo explicáis? Fácil. No lo hacéis porque no tiene una maldita explicación. Mis manos actuaron solas y lo hicieron sin que mi cerebro les diera la aprobación.

Fue una posesión en toda regla.

A partir de ese momento, cogía el teléfono solo para lo imprescindible, es

decir, para nada. Ariadna desapareció de mi vida y no quedó ni un bonito recuerdo de ella, porque eso también era peligroso de cojones. Y todos mis propósitos habían ido de puta madre si no fuera porque me la tuve que encontrar en el despacho. Para un día que me quedaba más tarde de lo habitual... Lo dicho, alguien ahí arriba se lo estaba pasando de puta madre moviendo los hilos de mi vida.

Y estaba tan acojonantemente preciosa vestida de aquella guisa, con esa pinta de querer parecer una entendida del *rock* pero de no tener ni puta idea que creo que hasta iba dejando un rastro de babas allá por donde íbamos.

—¿Qué pasa, *Melenas*? ¿Ni siquiera tú tienes una respuesta? —volvió a preguntarme, después de que lleváramos unos segundos en silencio. Tenía que responder *ipso facto*.

—Claro que la tengo.

«Venga, Adam, piensa en algo, joder».

—¿Y cuál es?

Me debatía entre decirle la verdad número uno —«porque estás tan guapa que no puedo resistirme»—, la verdad número dos —«porque ahora que te he visto, me he dado cuenta de que quiero pasar más tiempo contigo, pero solo hasta que follemos»—, o la verdad número tres —«no tengo ni puta idea»—.

No me decliné por ninguna de las tres.

—¿Estás de broma? Música es mi segundo nombre y ahora quiero ir a ese concierto.

—¿Quieres que te lleve al concierto?

—Ajá.

—Vale. Dame las llaves de tu coche. Yo te llevo, *Melenas*.

«Espera, ¿qué?».

—¿Perdona?

Vi el triunfo en su mirada y lo entendí enseguida: me estaba retando.

—Has dicho que quieres que te lleve al concierto, ¿no? Bien. Pues para llevarte, necesito un coche.

No tenía ni idea de cómo habíamos llegado a esa situación, pero quedaba claro que me tenía en sus manos. Si decía que no, estaba seguro de que no permitiría que yo la llevara. Y si le decía que sí..., pues eso, tendría que dejarle conducir mi coche. Mi precioso coche en manos de una tía que hasta donde sabíamos, podría ser una inexperta, o peor, una loca al volante.

Cuando tomé la decisión, sabía que Guinness (es el nombre de mi coche, ¿vale?) no me lo iba a perdonar tan fácilmente. Tendría que alimentarlo

durante meses a base del mejor combustible del mercado y darle más mimos de los habituales.

—¿Sabes conducir?

Tuve que preguntárselo.

—Sé conducir —me dijo rodando los ojos—. En España tenemos las mismas carreteras que aquí, Adam, y todos los coches funcionan igual.

Reconozco que esa frase me acojonó mucho. «¿Todos los coches funcionan igual?». Joder. ¡¿Dónde coño me había metido?!

Con manos temblorosas, saqué las llaves de Guinness y, antes de que me diera tiempo a plantearme lo que estaba a punto de hacer, Ariadna me las quitó.

—Genial. Muéstreme el camino.

Dudé. Claro que dudé, joder. Pero mi mirada se posó en esos labios rojos tan perfectos, en esos ojos enormes tan... embaucadores, los muy hijos de puta, que la llevé hasta Guinness como un gilipollas.

—Ahí estás —exclamó en cuanto entramos en el garaje que tenía cerca del despacho y vio mi coche.

Fue directa hasta él y todavía se me pone la piel de gallina al recordar lo que sucedió, porque ¡abrió la puerta del copiloto y se metió dentro! ¡En el copiloto! Y no solo eso, sino que hizo el gesto de meter la llave en el contacto hasta que se dio cuenta de que ahí no estaba el volante. Lo vi todo a través del cristal y algo muy malo me recorrió el cuerpo.

—Mierda. Siempre me pasa —me dijo al salir y dar la vuelta para abrir la puerta correcta. Yo no podía pronunciarle, había perdido la capacidad del habla—. Quitá esa cara de flipado, *Melenas*, solo ha sido un error de cálculo.

Joder. Podía hasta escuchar los quejidos lastimeros de Guinness, así que tuve que hacerle cientos de promesas mentales. Si es que salíamos vivos de aquello.

—¿No subes?

Cuando volví en mí, debido al grito de su pregunta, me di cuenta de que Ariadna ya había arrancado el coche y se había acercado a mí para que entrara. Y eso hice. Entré. Creo que era la primera vez que no me sentaba frente al volante en mi propio coche. No dejaba que nadie lo condujera, excepto cuando Sara me lo mangaba por toda la cara, que como el propio verbo «mangar» indica, lo hacía en contra de mi voluntad.

Os aviso desde ya. No fue un camino agradable. North Berwick se encuentra a menos de media hora en coche, pero a mí se me hizo un viaje

eterno. Y a Guinness ni os cuento. Entablé algo de conversación con Ariadna, por eso de distraerme.

—¿De quién es el concierto?

—¿De quién? —repitió.

—Sí. ¿De qué grupo musical?

—Ah, mmm... son conocidillos en el mundillo. Y van a hacer un... acústico, creo. ¿Cómo se llamaban? —se preguntó para sí misma—. Ah, sí, Everlasting Wound.

Casi me atraganté con mi propia saliva. Everlasting Wound era uno de los grupos más consagrados a nivel mundial. No había nadie en el jodido planeta que no supiera quiénes eran. Es como decir que te suena que la pizza es una comida conocidilla o que la Coca-Cola es una bebida conocidilla.

—¿Everlasting Wound conocidillos? Joder.

Sí, había mucho trabajo que hacer con esa chica.

—Eso dicen.

—La madre que la parió.

—¿Qué?

—No, nada.

—Tranquilízate, *Melenas*, y disfruta del viaje.

En ese momento, no podía decir si Ariadna conducía bien o mal, porque estaba tan concentrado en llegar que ni me fijé. Muy fuerte, sí.

Llegamos y aparcamos a la primera en un sitio secreto que me conocía. Bajamos del coche y casi tuve un orgasmo cuando Ariadna me devolvió las llaves de Guinness. Las guardé en el bolsillo del pantalón y juro que el corazón comenzó a latirme con normalidad.

—Perdón, perdón, perdón —le susurré a mi coche, mientras nos alejábamos de él.

El local donde se celebraba el acústico estaba hasta la bandera. Había una cola de la hostia y pensé que tendría que tirar de mis contactos para entrar, pero Ariadna se dirigió muy segura a uno de los mastodontes que custodiaban la entrada y dio un nombre. Al instante, nos dejaron pasar.

El espectáculo ya había comenzado y Gary, el cantante del grupo, llenaba el bar con el sonido de su voz. Ariadna iba haciéndonos hueco por entre la gente y miraba a todos los lados, buscando a alguien.

—Ahí están —me dijo, cuando nos acercamos a la barra.

—¿Quiénes?

—Mis compañeros de trabajo.

De puta madre, iba a pasar la noche con un montón de químicos en un acústico de *rock*. Cuando se lo contara a Oliver iba a descojonarse de la risa.

Ariadna hizo las presentaciones y debo reconocer que me sentí un tanto violento cuando vi que todos me miraban como si fuera un puto marciano. Me acerqué a la barra y pedí una cerveza con la intención de disfrutar de un buen concierto.

El camarero me la sirvió enseguida y me quedé en la barra, con los codos apoyados en ella, escuchando cómo Gary hacía su magia. Me encantan los acústicos. Son la hostia.

—¿Me das un poco de eso? —me preguntó Ariadna, imitando mi postura en la barra y señalando mi cerveza.

Bien. No es ningún secreto que el hecho de que te soliciten que compartas tu cerveza jode mogollón. Porque, a ver, ¡que se pidan una! Las cervezas no se comparten. Pero, inexplicablemente, no me importó permitir que tomara un par de tragos. Y no me importó para nada mirar embelesado cómo dejaba la marca en el cristal de sus labios rojos. Que mi boca en el siguiente trago cayera encima de esos labios fue fruto de la casualidad. Pero no me hagáis repetirlo ante un jurado.

—No sabes lo que es un acústico, ¿verdad? —le pregunté a Ariadna, sin dejar de mirar el escenario.

—Solo contestaré a esa pregunta si me das otro trago.

Se lo ofrecí y vi con satisfacción que su boca caía en el mismo lugar: en sus labios y en los míos. Le di una explicación sin que me la pidiera.

—Los instrumentos son acústicos, no electrónicos. Es un sonido limpio de efectos, sin tanta combinación de muchos instrumentos juntos. Es justo lo que estás escuchando. Un vocalista y una guitarra acústica.

—Es muy... guay.

Me giré para mirarla y guiñarle un ojo.

—Lo es.

Después de esa primera cerveza, vino otra más, también compartida y, al terminarla, el concierto llegó a su fin.

—Vamos —le dije a Ariadna mientras le cogía la mano.

—¿A dónde?

—A saludar.

—¿A saludar a quién?

—¡A quién va a ser! A Gary.

—¿Gary no es el cantante?

—Sí.

—¿Lo... lo conoces?

—Claro. Soy su abogado.

Me abrí paso entre la multitud con la mano de Ariadna bien sujeta y llegamos hasta el escenario. Nos introduje con descaro en el corro de gente que rodeaba al grupo y nadie me puso impedimento. Me conocían. Cuando nuestras miradas, la mía y la de Gary, se cruzaron, se incorporó y se acercó a nosotros sonriendo.

—¿Qué pasa, leyenda? —le dije con aprecio—. Buen concierto, cabronazo. —Nos dimos unas cuantas palmaditas en la espalda que pronto se convirtieron en un abrazo. Un abrazo de hombres, claro.

—Si vuelves a abrazarme así, te voy a pedir una cita y algo más, colega. Y tu chica se va a quedar a dos velas.

—No... no... no es mi... mi chica. —¿Estaba tartamudeando? ¡La hostia puta! O puto Gary, que venía a ser lo mismo, cómo sabía dónde darme. No le había pasado desapercibido que era la primera vez que me acercaba a saludarlo con una chica. Tocaban presentaciones y no tenía ni puta idea de cómo presentar a Ariadna. Dije lo que me salió del alma, o vete a saber de dónde cojones, lo que queda claro es que lo dije sin pensar—. Ella es... *Diciembre*. —A continuación, me dirigí a ella—. Él es Gary Connolly, vocalista de Everlasting Wound y tocapelotas en sus ratos libres. También es un buen amigo. A ratos. ¿Eh, ricitos?

—*Diciembre*. Interesante. —La miró fijamente, demasiado, pero él era así de directo—. Mejor no pregunto el motivo de ese precioso apelativo, porque no hay manera de hacerlo sin quedar como un cabronazo. —Alzó una ceja desafiante hacia mí y esbozó una media sonrisa de capullo—. ¿Habéis disfrutado del concierto?

¡La madre que lo parió! Conocía lo suficiente a Gary como para darme cuenta de que se pensaba que Ariadna era la chica que me tocaba en el mes diciembre. Vale, sí, y él conocía demasiado bien mis antecedentes, como yo los suyos.

Cuando miré a Ariadna, vi que me observaba con otra ceja alzada y de aspecto aún más desafiante que la del ricitos, que ya es decir. Fui a decir algo, pero me cortó.

—Ni te molestes en salir del aprieto, *Melenas*. Ambos sabemos que en este tipo de situaciones sueles entrar en bucle. —A continuación, se dirigió a mi amigo con una sonrisa sincera en la boca—. Ariadna, me llamo Ariadna y

el concierto ha sido una pasada. Créeme, es el más alucinante que he visto en mi vida.

—Es el primero que ha visto en su vida —le aclaré al rockero—, y has dejado el listón demasiado alto. A ver ahora a dónde la llevo. Y —me acerqué para susurrarle al oído— estamos en agosto, capullo.

—Yo siempre dejo el listón alto, sin excepción. Ya me conoces. Ahora deberías llevarla a algún sitio tranquilo, donde no haya un montón de rockeros dispuestos a llevársela al próximo destino. Si es que hay que decírtelo todo, *Melenas* —me dijo el rockero mientras me revolvía el pelo muerto de risa—. Si quieres, el tío Gary te puede dar un par de ideas.

—Mejor tres o cuatro —se me adelantó Ariadna.

—Creo que me las apañaré —les dije a los dos con cara de suficiencia—. Gracias de todas formas, ricitos, siempre es un placer hablar contigo.

A pesar de las pullas que nos lanzábamos el uno al otro, siempre que nos veíamos, Gary y yo nos llevábamos de puta madre. Es un buen tío. Muy buen tío.

—Me alegro de haberte visto, tío —comenzó a despedirse—. Y de que esta vez haya sido sin esposas de por medio. Cuida de *Diciembre*, parece una chica demasiado lista. —Guiñó un ojo y se fue dándose la vuelta.

—¿Nos vamos? —le pregunté a Ariadna, ofreciéndole mi mano. No quise pensar en las últimas palabras de Gary. No quise pensar en que *Diciembre* era una chica demasiado lista. No quise pensar en lo que era *Diciembre*.

—Madre mía —me dijo entonces ella, roja como un tomate, sin cogerme la mano y andando por delante de mí.

—Madre mía ¿qué?

—Estoy impresionada.

—¿Impresionada por qué?

—¿Por qué va a ser? ¡Por él!

—No se supone que a ti los cantantes te impresionen.

A ver, joder, que no le gustaba la música. ¿Por qué cojones estaba impresionada?

—¿Cantante? No es porque sea cantante, es porque está tremendo.

—¿Tremendo?

—Sí, buenísimo, guapísimo, es más rockero perdonavidas que tú.

Hay que joderse, no entendía una mierda eso de que yo fuera un rockero perdonavidas, pero que me dijera que Gary lo era más que yo me jodió la hostia.

—Gary no es un tío guapo. Estás obnubilada por su voz y su presencia.

—Es posible. ¿Tiene pareja? —me preguntó al llegar a la puerta de salida.
Manda huevos.

—Sí, está felizmente casado, no sin antes haber puesto la fe en el amor patas arriba. Algún día te lo contaré.

—Vaya.

¿Vaya? Me cago en la puta.

Estábamos a punto de salir del bar, cuando Ariadna se acordó de que no nos habíamos despedido de sus colegas.

—Espera, voy a despedirme de los chicos.

—Te espero aquí.

—¿Les digo adiós de tu parte?

—No.

¿Para qué? Apenas había cruzado una palabra con ellos. O ninguna. Porque no llegué ni a decir hola, solo levanté la barbilla. Ariadna se alejó de mí descojonándose de la risa. Solo ella sabía el motivo.

Nos metimos en el coche y en aquella ocasión conduje yo. Ariadna no entró a discutir conmigo por el asunto, creo que vio en mi mirada que ya no iba a colar más. Una vez llegamos a Edimburgo, me guio hasta su casa y la dejé enfrente de su portal.

—Ahora sé dónde vives, *Diciembre*.

—Porque yo he querido, *Melenas*.

Se dio media vuelta y se metió por la puerta sin decir más.

En cuanto llegué a mi casa, a las dos de la mañana, llamé a Daniel. Necesitaba descargarme.

—Más vale que sea importante, Wallace —me respondió con una voz que era mezcla entre adormilada y ultratumba.

—He besado a Ariadna.

—¿Qué? ¿Para eso me llamas?

—¡He besado a Ariadna y necesito hablarlo con alguien!

—Joder. ¿Cuándo?

—El otro día.

—¿Qué día?

—Un día de hace un par de semanas, más o menos.

—¡Pero si no la ves desde hace ni sé cuántas semanas más!

—Tres. Y no entiendes nada.

—La verdad es que no.

—Nos besamos en España.

—En España —afirmó, más que preguntó.

—Sí.

—Os besasteis en España.

—Sí. ¿Estás sordo?

—No, lo que estoy es teniendo una puta pesadilla donde tú te has vuelto loco del todo.

—No estoy loco.

—Adam, fóllatela ya de una puta vez y olvídate de ella. O, si lo prefieres, olvídate de ella directamente.

—Una cita más. La última. Por la música.

—¿Y te vas a acostar con ella?

—Sí.

—Bien. Mañana hablamos.

Me colgó sin despedirse, algo habitual en él, y yo, una vez más, me quedé mirando el techo de mi habitación.

♪ 15 ♪

Gallileo, Gallileo, Gallileo, Gallileo, Gallileo Figaro. Magnifico

Ariadna

Al día siguiente del concierto, cuando me desperté cuatro horas después de llegar a mi casa para ir al trabajo —es lo que tiene trasnochar entre semana—, lo primero que vi fue que Adam me había mandado un mensaje.

Melenas:

Este domingo. 6 de agosto. Tú, la música y yo. ¿Aceptas?

Me ofrecía una nueva cita. La quinta. ¿Qué es lo que pasaba con ese chico? ¿A qué se debían esos cambios de personalidad? ¿Por qué ese día sí y los diecisiete anteriores no? Tenía claro que la cita improvisada de la noche anterior fue..., eso, improvisada. Ni en lo más remoto entraba en los planes de Adam encontrarse conmigo y acompañarme al concierto, estaba segura de ello. Comencé a pensar —a hacerme ilusiones y a hincharme el corazón— que quizás a Adam yo le gustaba y que por eso no había podido resistirse a llevarme a North Berwick.

Sí, era eso. Tenía que gustarle, de lo contrario, ¿qué sentido tenían todas esas citas ya fueran espontáneas o planeadas? ¿Cuál era el objetivo de todas ellas más que pasar tiempo juntos? Y alguien que quiere pasar tiempo conmigo es porque le gusto ¿no? De no ser así, ¿qué buscaba Adam de mí? Las personas se acercan a otras personas por un interés profesional o personal. Profesional no era nuestro caso, por lo que solo nos quedaba el personal, y no creí que Adam estuviera buscando ampliar sus amistades.

Claro que también cabía la posibilidad de que Adam fuera un tío ocupado de verdad y que no pudiera estar pendiente de mí cada día, de ahí los intervalos entre cita y cita. Aunque para mandar un mensaje rápido no son necesarios más que unos pocos segundos. Yo lo hacía todas las noches. ¿Por qué son tan complicadas las cosas del amor?

Recordé la velada que habíamos pasado hacía pocas horas. Lo asustado, y a la vez adorable, que iba en su coche, la postura que tomó en la barra del bar y que casi provoca que me tire encima de él, el ambiente que creamos los dos solos con las cervezas mientras la voz y la música de Gary Connolly nos envolvía, el agarre de su mano en la mía mientras hablábamos con el rockero. El cosquilleo, la emoción, la excitación.

El móvil vibro en mis manos.

Melenas:

Me tomaré el silencio como silencio positivo. Paso a recogerte por tu casa a las seis.

Podía repetirme mil veces que los mensajes de Adam no me emocionaban, que quedar con él no era para tanto, que no me gustaba en realidad, que podía renunciar a una cita con él tal y como él renunciaba —y solo Adam sabía el motivo— a hablar conmigo más a menudo, pero el cosquilleo que sentía detrás de la nuca, la manera en que mi estómago se revolvía y las mil y una emociones que recorrían mi cuerpo entero me decían que no, que yo no podía fingir.

Me levanté de la cama y me acerqué al cuarto de baño para darme una ducha rápida antes de ir al trabajo. De camino, vi algo negro tirado en el banco que reposaba a los pies de mi cama: era la ropa de Adam. La que me dejó el día que me empapó de pies a cabeza con el coche. Sonreí al recordarlo y la cogí. Me la llevé a la nariz y aspiré su aroma. ¿Cómo pude pensar aquel día que olía a limpio? No era cierto, olía a él.

No le contesté hasta media mañana en el trabajo, no porque quisiera hacerlo esperar, sino porque no sabía qué hacer. Quería decir que sí, pero algo me frenaba. Quizás fuera prudencia, desconfianza, miedo... no lo sé, pero ese «algo» desapareció en cuanto me vi con él pasando el rato juntos. Me intrigaba mucho eso de «tú, la música y yo». Aunque en otro orden. Primero él y luego la música. La música que cada vez se me metía más adentro. ¿Qué tendría planeado?

Ariadna:

Me has intrigado. Acepto, Melenas.



Adam vino a recogerme veinte minutos más tarde de lo acordado. En su

línea, vamos. No quise reírme cuando se disculpó al llegar y me puso la excusa más pobre que había escuchado en la vida —que su coche me tenía miedo y no quiso arrancar hasta la quinta intentona—, pero lo cierto es que lo hice. Aunque intenté disimularlo.

Nos montamos en el coche y apenas recorrimos un trayecto de quinientos metros cuando Adam aparcó. No tenía remedio. Quedaba claro que caminar no era lo suyo. Anduvimos unos pocos pasos y llegamos a un local que tenía muy mala pinta. La palabra con la que lo definiríamos todos los Cabana sería «antro». «Antro de mala muerte», en el caso de mi hermana Paula. Estaba muy cerca de mi casa y nunca me había fijado en él. Pasaba desapercibido.

Adam abrió las dos puertas negras de metal que lo custodiaban y bajamos las escaleras tenebrosas que había a continuación. Me imaginé que la entrada al infierno tendría un aspecto parecido. Torcí el morro, pero, al girar la cabeza para mirar a Adam y ver la cara de emoción que tenía, se me pasó. Algo muy grande tenía que haber ahí abajo.

Y así fue.

Era un espacio tan enorme y luminoso que, en contraste con la entrada, parecía el cielo. Había una barra a la izquierda y un montón de mesas redondas rodeadas de sillas por el centro, pero lo que más llamaba la atención era el gigantesco escenario que reinaba al fondo y que lo llenaba todo. Tenía el suelo de madera y un piano de cola en el centro que me quitó el aliento. Nunca había visto uno. No uno tan grande y, así, en vivo y en directo. Intimidaba.

Alrededor del piano había una batería, varias guitarras eléctricas, amplificadores, sillas y micrófonos. Y en las mesas y sillas, un montón de gente tomando algo y manteniendo conversaciones. Estaba hasta la bandera.

—¿Preparada? —me preguntó Adam.

—¿Preparada para qué? —le respondí muy confusa. Quizás con algo de miedo también.

—Para subir al escenario. Es nuestro turno, hemos llegado algo justos, quería que nos tomáramos una cerveza antes para ponernos a tono, pero no va a poder ser. Culpa de Guinness —me dijo, sonriendo para sí, mientras me cogía la mano y tiraba de mí hacia el escenario.

—¿Cómo que es nuestro turno? —le pregunté acojonada. ¿Qué quería decir? ¿Nuestro turno para qué?

—En este local todo el mundo puede subir al escenario y cantar, tocar un instrumento o hacer lo que le dé la gana. Eso sí, hay que coger hora porque

todos queremos salir.

¿En serio? Me pareció increíble que la gente por voluntad propia quisiera salir ahí a hacer algo. Había muchísima gente y todos miraban hacia el escenario. Tuve claro que yo no pertenecía a ese grupo de «todos queremos salir». Además, ¿qué podía hacer yo? No sabía ni tocar la pandereta.

—Yo no pienso salir a hacer nada —le dije mientras ofrecía resistencia a seguir caminando hacia el escenario.

—Tranquila, tú solo vas a escuchar. No tienes que hacer nada. Escuchar es fácil, ¿no?

—Y tú, ¿qué vas a hacer? —le pregunté, dudosa.

—Ahora lo verás. Confía en mí.

Esas tres últimas palabras fueron las que me convencieron. Confiaba en que Adam no haría nada que me provocara algo negativo. No con intención y alevosía, como le gusta decir a él. Así que dejé de resistirme y acepté subir al escenario, no sin que me temblaran las piernas; al fin y al cabo, era mi primera vez.

Subimos juntos de la mano y fuimos directos a uno de los micrófonos. Adam se acercó para hablar sin soltarme la mano mientras mi corazón se aceleraba a pasos de elefante. Me sentía como Baby Houseman junto a Johnny en la película de *Dirty Dancing*. En serio.

—Hola a todos, soy Adam y necesito guitarra, bajo y batería para *Bohemian Rhapsody*. ¿Alguien?

Reproduje la frase de Adam en mi cabeza varias veces, pero no. Excepto por el «hola» y el «alguien» me parecía que era otro idioma. Lo curioso fue que el público sí debió de entenderlo porque enseguida hubo gente que se levantó y se acercó a nosotros. Adam se separó del micrófono y habló con todos ellos, formando un círculo. Yo estaba fuera del círculo, pero seguía en medio del escenario y mis piernas eran gelatina pura.

Al cabo de pocos minutos, todos menos tres volvieron a sus asientos fuera del escenario. Uno de ellos se sentó en la batería y los otros se colgaron un par de guitarras al cuerpo. O eso creí yo, pero no, porque uno de los instrumentos no era una guitarra, era un bajo. Lo supe más tarde.

—Vamos —me dijo entonces Adam, acercándose al piano y haciendo un gesto con el brazo para que fuera con él.

Se sentó en una banqueta negra de cuero y yo me quedé de pie a su lado sin saber qué hacer. También me seguía temblando todo el cuerpo. A ver, estaba en un escenario y decenas de personas nos miraban. Y lo peor, no

sabía cuál era mi papel.

—Venga, siéntate.

—¿Dónde?

—Aquí, junto a mí, nos toca voz y piano —me explicó a la vez que señalaba un banco negro que había junto al suyo y que yo no había visto. Y era bien grande. Hasta ahí llegaban mis nervios.

—¿Vas a cantar y a tocar el piano? —le pregunté, mientras me sentaba, sin acabar de creérmelo—. En tu casa me dijiste que no sabías tocar el piano.

—Y no sé. Ni cantar. El piano y la voz son para Sara y Oliver, pero algo haremos.

Me acordé en ese momento de cierta conversación que había mantenido con un compañero de trabajo muy aficionado al pádel. Seguíamos en un escenario siendo observados por millones de personas —vale, no tantas—, pero yo necesitaba hablar de algo cotidiano para calmarme y darle naturalidad a la situación.

—Ahora que lo nombras, ese Oliver del que hablas siempre ¿es Oliver Aston?

—Sí —me dijo con sorpresa—, ¿cómo lo sabes?

—Un compañero de trabajo es superaficionado al pádel y hace equipo con un amigo suyo que trabaja como profesor de química en la Universidad de Edimburgo. Suelen jugar contra el resto de los departamentos de la universidad y un tal profesor de astrofísica que se llama Oliver Aston ha salido en la conversación. Físico y Oliver, pensé que podría ser tu Oliver.

—Pues sí, es mi Oliver. Y, ahora, comencemos con la canción.

—¿De qué canción se trata?

—La he dicho en el micrófono.

—No recuerdo que hayas nombrado ninguna canción. —Debió de hacerlo en esas palabras que a mí me sonaron a chino.

—*Bohemian Rhapsody*.

¿Esa era la canción? ¿Y debería conocerla? Adam lo dijo como si fuera tan obvio, que casi me entraron ganas de asentir con la cabeza, pero me quedé con la misma cara de pasmada que antes de saber el título de la canción.

—¿No te suena para nada *Bohemian Rhapsody*?

—Nada de nada —reconocí.

—Joder. No hay mejor canción en el mundo, nada que se le pueda comparar —me decía emocionado.

—¿De qué año es?

—De 1975. Gran década la de los setenta.

Madre mía, era casi prehistórica.

—¿Y qué tiene de especial esta canción?

—¿Que qué tiene de especial? Joder, te lo voy a explicar. Esta canción rompió todos los moldes de la época, dura seis minutos e incluye un fragmento de ópera. Es el álbum más caro de la historia. Jamás se había escuchado nada igual y jamás se volverá a escuchar. Es una mezcla acojonante de percusión, bajo, piano y guitarras. Y todo se grabó en una habitación sin preparar. Bajo, guitarra, batería. Bajo, piano, batería. Y la letra, joder, la letra... Tienes que escucharla.

—¿De quién es?

—De Queen. ¿Sabes quiénes son? —me preguntó con duda.

—Sé quiénes son. No soy tan ignorante.

No tanto.

—Ejem, ejem —carraspeó sin disimulo. Me entraron ganas de darle un golpe en el brazo, por meterse conmigo, pero es que... millones de personas nos miraban—. Sigamos. Como te iba diciendo, esta canción la escuché por primera vez en 1997, tenía cinco años y emitieron un documental en la televisión donde se recordaba el tributo que Elton John y Axel Rose hicieron a Freddie Mercury cinco meses después de su muerte. Me quedé... impresionado. Es la canción favorita de Sara y también era la favorita de...

—¿De quién?

Toda la emoción que sentía Adam se detuvo de repente. Cerró los ojos y sacudió la cabeza. Volvió a ser el mismo. Fuera lo que fuera lo que había pasado por su cabeza se fue igual de rápido de lo que había llegado.

—De alguien. Era la favorita de alguien. ¿Comenzamos?

«De alguien». ¿De alguno de sus padres? No sé por qué razón me vino ese razonamiento a la cabeza. Quizás fuera por el hermetismo con el que Adam siempre trataba el tema. Y yo no podía sacármelo de la cabeza.

—¿Esos chicos se saben la canción? —le pregunté, refiriéndome a los tres espontáneos que habían subido al escenario y que esperaban impacientes tras sus instrumentos.

—Cualquier músico que se precie sabe tocar *Bohemian Rhapsody*. A todo el mundo le gusta, y el que diga que no miente. Bien. Vamos a ello. Hagamos un par de pruebas antes, ¿vale, tíos? —les dijo a los espontáneos.

—¡Vale! —aceptaron todos.

—Perfecto. ¡Percusión!

—¡Esperad! —los interrumpí. Era la segunda vez que escuchaba esa palabra y era la segunda vez que no entendía lo que significaba—. ¿Qué es eso?

—¿El qué?

—Lo que acabas de decir. ¿Qué significa?

—No he dicho nada todavía.

—Has dicho percusión.

—¿Percu...? Joder, qué verde estás —me dijo riéndose y meneando la cabeza—. Percusión es... golpear. Cualquier instrumento en el que tengas que golpear para que suene es un instrumento de percusión, más o menos. En nuestro caso, la batería. —Adam golpeó el piano imitando a la batería—. Solo estamos probando tonos y ritmos.

—Vale. —Si iba a meterme de lleno en el mundo de la música, quería entenderlo todo, así que no me sentí mal al hacer esa pregunta. Y sé que Adam se alegró de que lo hiciera, de que mostrara interés en lo que estábamos haciendo. Me lo dijeron sus ojos y su sonrisa.

Adam y los chicos estuvieron unos minutos haciendo sus pruebas hasta que lo consideraron suficiente y todos asintieron entusiasmados. Parecían niños con zapatos nuevos. ¿Tanto poder tiene la música?

—¿Preparada?

—Preparada.

Supuse que sí, que tanto poder tenía cuando a mí no me gustaba, pero estaba más emocionada que ellos, si cabe.

—«Is this the real life?». —Cuando las cuatro voces comenzaron a cantar a capela, se me electrizó todo el cuerpo—. «Is this just fantasy? Caught in a landslide. No escape from reality».

Adam cruzó una mirada conmigo y puso las manos sobre las teclas del piano. Su sonido se hizo el protagonista de la estancia junto con las tres voces de los espontáneos.

—«Open your eyes. Look up to the skies and see».

—«I'm just a poor boy, I need no sympathy». —Esa frase solo la cantó él. Adam. Era la primera vez que lo escuchaba cantar y me encantó, se me puso la piel de gallina y el corazón golpeó con fuerza mi pecho. Era su voz de cuando me hablaba normal, pero, a la vez, no era su voz. Era raro. Raro pero guay. Raro para bien.

—«Because I'm easy come, easy go. A little high, little low. Anyway the

wind blows, doesn't really matter to me...».

Cuando cantaban todos juntos, podía distinguir sin dudar la voz de Adam. Es cierto que estaba sentada junto a él en el piano, pero la hubiera reconocido aunque estuviéramos más lejos. Era una voz que ya no olvidaría.

—«... to me. Mama, just killed a man. Put a gun against his head. Pulled my trigger, now he's dead». —A partir de ahí, Adam se hizo con la canción, solo su voz y el piano. Lo miraba embobada pensando que me había engañado por completo, eso que estaba haciendo no era no saber cantar ni tocar el piano. Me pareció admirable. ¿Cómo una persona era capaz de crear lo que estaba creando Adam solo con la boca y los dedos de sus manos? ¿Y por qué nunca me había dado cuenta? ¿Por qué algo así no me había llamado la atención?

—«Mama, life had just begun. But now I've gone and thrown it all away». —Golpe de batería en el «away». Oh, esa es la percusión. Tampoco se me olvidaría.

—«Mama, ooo». —Batería y resto de instrumentos integrados—. «Didn't mean to make you cry. If I'm not back again this time tomorrow. Carry on, carry on, as if nothing really matters».

El resto de los instrumentos cesaron y se volvía a escuchar solo el piano de Adam. Yo miraba como sus dedos se movían por el teclado y como cruzaba los brazos para llegar a ciertas teclas de la derecha con la mano izquierda, y me pareció una de las cosas más extraordinarias que había visto hacer a un ser humano.

—«Too late —resto de instrumentos de nuevo—, my time has come. Sends shivers down my spine. Body's aching all the time. Goodbye everybody. I've got to go. Gotta leave you all behind and face the truth».

Adam hizo una especie de carraspeo en el «face» que provocó que algo se me removiera por dentro. Los nervios se me habían apaciguado, al menos los nervios de que la gente nos observara. Lo que me dominaba el cuerpo en ese momento era otra cosa. Otra cosa a la que no sabía darle nombre. Nunca la había sentido.

—«Mama, ooo. I don't want to die. I sometimes wish I'd never been born at all».

El chico de la guitarra se marcó un... un algo, porque no sabía cómo se llamaba, pero, vamos, que solo se le escuchó a él durante unos segundos y fue bastante impresionante. Aunque me quedaba con Adam, su voz y su piano.

La música cambio de repente y el piano se hizo el protagonista una vez más. Adam golpeaba y levantaba al instante las teclas en la parte derecha del instrumento. ¿*Stacatto*?

—«I see a little silhouetto of a man. Scaramouch, scaramouch will you do the fandango». —El resto del grupo fue quién cantó esa parte de la canción. Lo hacían de una manera... diferente y recuerdo que pensé que nunca había oído nada igual—. «Thunderbolt and lightning very very frightening me. Gallileo, Gallileo, Gallileo, Gallileo, Gallileo Figaro. Magnifico».

—Esta es la parte de ópera —me susurró Adam sin dejar de tocar el piano y justo antes de cantar él solo otra vez—. «But I'm just a poor boy and nobody loves me».

—«He's just a poor boy from a poor family. Spare him his life from this monstrosity». —El resto de los chicos de nuevo con los instrumentos a tope, es como si estuvieran contestando a Adam.

—«Easy come easy go will you let me go». —Adam.

—«Bismillah! No, we will not let you go. Let him go». —Todos juntos—. «Bismillah! We will not let you go. Let him go. Bismillah! We will not let you go. Let me go. Will not let you go. Let me go». —Se alternaba la voz de Adam con la de ellos. Me pareció increíble que cada uno supiera con exactitud cuál era su frase. Era una pasada—. «Never let you go. Let me go. Never let me go ooo. No, no, no, no, no, no, no».

—«Oh mama mia, mama mia —Adam—, mama mia let me go». —Todos.

—«Beelzebub has a devil put aside for me, For me. For me». —Ellos.

—Ahora viene el orgasmo —me dijo Adam—. Escucha.

La música cambió una vez más. La guitarra se adueñó de todo y solo se la escuchaba a ella, aunque yo tenía mis oídos puestos en el piano. Un piano que Adam tocaba a una velocidad magistral, moviéndose de arriba abajo.

—«So you think you can stone me and spit in my eye. So you think you can love me and leave me to die. Oh baby... —Oh, baby, pensé yo cuando Adam me dirigió aquella mirada—, can't do this to me baby. Just gotta get out. Just gotta get right outta here».

Solo de guitarra hasta piano de nuevo y guitarra otra vez. Alucinante.

—¿Te has corrido? —me preguntó, mirándome a los ojos. No le contesté. Pero le mantuve la mirada hasta que terminó la canción. Le mantuve la mirada mientras seguía cantando, tocando el piano y mirándome.

—«Ooh yeah, ooh yeah».

—«Nothing really matters. Anyone can see. Nothing really matters.

Nothing really matters to me».

La canción finalizó con el piano de Adam y las voces del resto.

—«Anyway the wind blows».

No quería que se acabara. Deseaba seguir escuchando a Adam cantar y tocar durante millones y millones de minutos más. Me quedé sin habla, asimilándolo todo. Pensando que en cualquier momento me despertaría y todo habría sido un sueño. Que aquello no era real. Era demasiado alucinante para ser real.

—Te he dejado sin palabras, ¿eh, *Diciembre*? A pesar de que jamás nadie podrá cantarla como Freddie. Y nadie apostaba por ella, dura demasiado.

Los aplausos del público y los gritos de júbilo provocaron que durante varios segundos no pudiéramos hablar. Era imposible escuchar nada con semejante jaleo.

—¿Qué significa la letra? —susurré cuando cesaron. No podía hablar de otra manera. Los nervios y las emociones me lo impedían. Hablaba por inercia, me daba hasta vergüenza el momento que estaba viviendo. Porque tenía a Adam ahí al lado y solo quería, solo quería...

—Oh, he ahí la pregunta. Veamos: *Mamá, acabo de matar a un hombre. Le he puesto una pistola en la cabeza, he apretado el gatillo y ahora está muerto*. Tim Rice, autor de letras para musicales, explicó en una ocasión que Freddie Mercury pudo haber «matado al antiguo Freddie, a su antigua imagen. Su vieja imagen, heterosexual, había muerto. Había destruido al hombre que intentaba ser y ahora era él mismo, intentando vivir con el nuevo Freddie». Pero son solo especulaciones.

... solo quería besarlo.

—Es... —intenté decir algo.

—Magnífica, ¿verdad? —me interrumpió.

—Tú eres magnífico.

Besarlo con tantas ganas como si no hubiera un mañana. Y eso hice. Me lancé a su boca y lo besé. Pero antes, pensé dos cosas.

Con *Bohemian Rhapsody*, acababa de enamorarme de la música.

Con *Bohemian Rhapsody*, acababa de enamorarme de Adam Wallace.

♪ 16 ♪

But I'm just a poor boy and nobody loves me

Adam

No me dio tiempo a reaccionar. Un segundo antes, Ariadna me miraba maravillada, feliz, me escuchaba con atención, me preguntaba cosas relacionadas con el temazo de Queen —lo que me tenía como loco—, y un segundo después, su boca chocaba con la mía y su lengua se metía de lleno dentro de mí. Pasó los brazos alrededor de mi cuello y pude escuchar hasta cómo aspiraba mi aroma.

La estupefacción me duró poco y enseguida pasé a la acción.

Moví mi lengua alrededor de la suya y la abracé por la cintura. No sé cuánto tiempo permanecemos en esa postura, saboreándonos, explorándonos y conociéndonos a través de la lengua y las manos, pero cuando los aplausos y silbidos acallaron nuestras respiraciones y gemidos, volví a la realidad del momento. A que nos encontrábamos sentados en dos banquillos de piano, encima de un escenario que estaba siendo observado por muchas personas. Y que todas ellas nos aclamaban con más intensidad que después de escuchar nuestra acojonante interpretación de *Bohemian Rhapsody*.

Dejamos de besarnos a la vez y nuestras miradas se cruzaron. Estaba a punto de decir una de mis grandes frases, ahora no me acuerdo de cuál, cuando Ariadna me interrumpió con la suya:

—Sácame de aquí.

—Esa es una idea cojonuda —le dije mientras nos levantábamos e inclinaba la cabeza para saludar al público.

Salir del local no fue tan sencillo como parecía en un primer momento, cada persona que habitaba el local nos paraba para comentar la jugada, la de la canción, creo, pero estuvimos rápidos y fuimos esquivándolos a izquierda y derecha.

Subimos las escaleras cogidos de la mano y ambos dimos un grito de sorpresa cuando abrimos los portones para salir del local y descubrimos que estaba lloviendo como si fuera el fin del mundo. Bueno, Ariadna soltó un gritito y yo me cagué en todo.

—¿Qué hacemos? —me preguntó.

—Mojarnos hasta el coche.

—¿Quieres que vayamos a mi casa? Está cerca.

«Joder, sí».

—Joder, sí.

Me pareció una idea tan cojonuda y me puse tan eufórico que insté a Ariadna a echar a correr sin darme cuenta de coger el coche. Para cuando caí en ello, minutos más tarde, mientras nos calábamos bajo la intensa lluvia a pesar de ir resguardándonos por las tejavanas de los edificios, ya era tarde. Estábamos a medio camino entre el punto A (mi coche) y el punto B (su casa).

Íbamos a la carrera, ella delante de mí, cuando Ariadna se giró, sin dejar de correr, para comprobar que estaba todo bien, supongo, y, entonces, vi que estaba tan empapada que se le transparentaba el sujetador a través de la camisa blanca de manga corta que llevaba puesta. Lo reconozco, me puse muy cerdo, tanto que tuve que frenarla para apoyarla en la pared, comérmela a besos y tocarla por todas partes mientras la lluvia nos taladraba la piel sin descanso. Creo que lo hubiéramos hecho allí mismo si no fuera por el coche que pasó por nuestro lado e hizo sonar la bocina. Putos salidos.

Llegamos al edificio jadeando. Ella creo que por tener el estómago medio fuera del cuerpo por la carrera y yo, de puro gusto. Correr no me cansaba, era lo mío. En todos los sentidos de la palabra.

Ariadna sacó las llaves del portal y abrió la puerta a la primera, no sé si yo hubiera sido capaz de hacerlo tan rápido debido al estado de excitación en el que me encontraba. En cualquier momento me iban a reventar lo putos pantalones. Llevarlos tan ajustados siempre me jodía la vida en momentos así. Y perdonad por el detalle con el que voy a contar lo que pasó a continuación, pero es algo tan natural en el ser humano que no me parece correcto guardármelo.

Nos dirigimos directos al ascensor y di gracias al cielo cuando se abrió de inmediato. Estaba en la planta baja. Nos metimos dentro, Ariadna pulsó un botón, no me preguntéis cuál —los únicos botones que veía yo eran los de su camisa— y... nos desatamos.

No sé quién se acercó antes de los dos al otro, pero ¿a quién le importa? Mis manos fueron directas a su camisa, necesitaba deshacerme de esos botones y acceder a lo que había debajo. Un gemido se escapó de mi boca cuando una de sus manos se metió entre los mechones mojados de mi pelo y la otra me agarró la entrepierna.

—¡Joder! —exclamé, de hecho. Me estaba muriendo del gusto.

Metí entre los puños el escote de esa puta camisa que no dejaba nada a la imaginación y tiré con fuerza. Algunos botones se soltaron y otros salieron volando. Le bajé las copas del sujetador sin miramientos y me lancé a morder sus pechos con un ansia que me dejó flipado incluso a mí. Cogí los pezones con los dientes y casi me corro cuando Ariadna gimió alto en mi oído y me apretó la polla de pura excitación. Cuando me desabrochó el cinturón y el botón del pantalón junto con la cremallera, di gracias por la liberación que necesitaba desde hacía rato. Y cuando Ariadna metió la mano por dentro de la ropa interior y llegó hasta mi polla, fui yo quien gimió y casi se muere de gusto en su oído.

La puerta del ascensor se abrió, pero la ignoramos. Volvió a cerrarse y continuamos ignorándola. El ascensor ni subía ni bajaba, permaneció ahí quieto.

Cuando hube chupado y mordido los dos pechos de Ariadna, el cuerpo me pedía a gritos meterme dentro de ella. Le subí la falda vaquera que llevaba y se la dejé a la altura de la cintura. Ahí estaba de puta madre. Bajé la mirada hacia mi entrepierna, hacia la punta de mi pene que sobresalía por encima del calzoncillo y que estaba empapado. Me bajé la ropa interior hasta que lo dejé salir del todo y lo acerqué hasta sus bragas. Comencé a frotarme contra ella a la vez que le cogía una de sus piernas y me rodeaba la cintura con ella.

El primer orgasmo de Ariadna llegó con mi pene rozando y apretando su punto G y con nuestros gritos dominando todo lo demás. No follamos en el ascensor de puto milagro.

Ni siquiera recuerdo cómo salimos de ahí, pero, de pronto, me vi dentro de un apartamento que no conocía.

—Vamos a mi cuarto. Mis compañeras no están en casa —creo que me dijo. Toda mi sangre estaba concentrada en un punto en concreto, no me pidáis más.

Entramos en una habitación al fondo del pasillo y la cerramos de un portazo un segundo después de comenzar a besarnos de nuevo. Ni mi polla ni yo podíamos seguir con aquel suplicio, así que senté a Ariadna en la primera superficie que encontré a primera vista, un escritorio lleno de papeles y tubos de ensayo llenos de líquidos de colores diferentes.

—Algo azul acaba de manchar todos los papeles —le dije cuando vi el pequeño desastre.

—No importa.

Le desabroché la falda y la bajé por sus piernas mientras ella se deshacía de mis pantalones y mi ropa interior a la vez. Acabé de quitármelos de una patada justo cuando Ariadna levantó el culo para ayudarme a quitarle las bragas. Una vez la desprendí de ellas, le cogí las piernas y se las abrí hasta donde daba de sí, que era mucho, para dejar justo el rostro enfrente de lo que hay entre ellas. Debí de echarle una mirada bastante guarra porque Ariadna comenzó a gemir de nuevo por la anticipación.

Estuve a punto de chupárselo todo, pero no me lo permitió. Me incorporó, me cogió la polla y me miró a los ojos pidiéndome que se la metiera ya. Tuve que obedecer. Me agaché para coger un preservativo de mi cartera y me lo puse a toda hostia. Ariadna movió el culo por el escritorio hasta posarlo justo en el borde, dejándome toda su abertura para que yo la penetrara.

Y eso hice. Lo hice sin dejar de mirarla a los ojos y abriéndole las piernas hasta donde daban. Nuevos gemidos brotaron de nuestros labios a la vez que comencé a moverme en su interior sin descanso. Con cada «ahh» que salía de su boca, más me espoleaba y más adentro llegaba. La penetré durante incontables veces tan fuerte que su cuerpo, a causa del impulso, comenzó a moverse hacia el centro del escritorio.

Fue entonces cuando la cogí en brazos, me rodeé la cintura con sus piernas y la levanté a pulso hasta llegar a la cama, sin dejar que mi pene saliera de su interior en ningún momento. Caímos en el colchón sin control y perdimos el contacto. Con un quejido lastimero por su parte, me quitó la camiseta que llevaba aún puesta y que estaba empapada entre la lluvia y el sudor. Se incorporó y se quitó la camisa. Fue a soltarse el sujetador, que seguía tal y como lo había dejado, por debajo de sus tetas, pero no le di tiempo; la penetré de nuevo.

Ariadna se recostó en la cama del todo y comenzó a moverse al ritmo de mis estocadas.

—Joder, no puedo más —le dije poco después—, me corro.

—Hazlo, a mí me quedan dos segund... Aaah.

Joder, en el ascensor me pilló con la boca en uno de sus pezones, pero ahora pude ver la cara que ponía mientras se corría, y lo hice con ella.

—¡¡Joder!! —grité mientras me descargaba y me movía como un puto loco. Incluso continué moviéndome durante unos segundos una vez ya hubimos terminado. Me seguía dando un gusto de la hostia.

—Guau —me dijo una vez me dejé caer con cuidado encima de su cuerpo.

Me había quitado la palabra de la boca.

—Sí, ¿no?

—Sí.

Quise quedarme un poco más en esa postura, con mi pene aún dentro de ella y mi cuerpo desnudo y sudoroso encima del suyo, pero no lo hice y me incorporé.

—Voy al baño, no te muevas.

—No podría —me respondió todavía entre jadeos—. Es la puerta de enfrente.

Entré donde me indicó y me miré en el espejo. Tenía el pelo mojado y caído por la frente, las mejillas rojas y el pecho lleno de pequeñas gotas de sudor. Me lavé la cara y me quité el preservativo. Lo tiré en una papelera que vi en una esquina y mojé una toalla en el grifo.

Volví al dormitorio y Ariadna ya se encontraba debajo de las sábanas. Me acerqué, me tumbé con ella y metí la mano por debajo para limpiarla con la toalla.

—¿Te quedas a dormir? —me preguntó con los ojos casi cerrados por el cansancio.

—Me quedo —le dije mientras me tumbaba a su lado en la cama.

Pero no me quedé. No me quedé más que los dos minutos que tardó en dormirse. Me levanté y me vestí.

—Adiós —me despedí antes de salir de la habitación cuando eché la vista atrás.

Un adiós que quería expresar que lo que había sucedido entre nosotros, fuera lo que fuera, había concluido. Era una despedida.



No puedo decir las vueltas y vueltas que di en la cama aquella noche; es imposible calcularlo. Pero fueron muchas. Las últimas horas que había pasado con Ariadna, en el bar, en la calle mientras nos mojábamos, en su escritorio... se reproducían en mi cabeza una y otra vez y, cuando llegaba el momento en que la dejé en su cama, una especie de pinchazo se materializaba en mi pecho. Un pinchazo malo, desagradable, incómodo. ¿Como cuando sueñas que caes por un precipicio y de repente te despiertas con tu cuerpo dando una sacudida? Pues algo así.

Por si fuera poco, las imágenes previas a cuando la abandoné se sucedían

cada vez más rápido, y el momento de verla a ella sola en su cama se alargaba más y más, por lo que ese pinchazo en el pecho comenzó a ser bastante seguido e intermitente.

Quise pensar en otra cosa, incluso me levanté para ver alguna mierda en la tele, pero, joder, solo emitían películas o series en las que el tío protagonista abandonaba a la chica protagonista de alguna manera u otra. ¿Qué coño era eso? ¿El puto karma?

Así estuve durante horas hasta que vi que la luz comenzaba a filtrarse por las ventanas de mi habitación. Levanté la cabeza de la almohada y arrugué la frente.

«Espera, ¿qué hora es?».

Como apunte para la posteridad, os diré que ese fue el primer día de mi vida que no llegué tarde al trabajo.

—Guau, vaya ojeras. —Con ese saludo de mierda me dio los buenos días mi mejor amiga. Que, por cierto, ¿qué cojones hacía en el despacho si aún estaba de baja por maternidad?

—¿Y tú qué haces aquí? —le pregunté a Sara con mala cara.

—Tranquilo, fiero, solo he venido a recoger unos papeles que necesitaba.

—Te los podía haber llevado yo a casa esta noche.

—Podías.

—¿Dónde está Isla? —le dije a la vez que buscaba con los ojos el cochecito de mi sobrina por todo el despacho.

—Deja de buscarla, Adam, está en la calle dando un paseo con la madre de Olly.

—¿Y el resto?

—También.

—Podías haberlas subido.

—Podía.

—¿Puedes dejar de contestarme con esa palabra?

—Puedo —me dijo sonriendo.

—Joder, qué tocapelotas puedes llegar a ser.

Sara me miró entrecerrando los ojos. No me moló una mierda. Era el gesto que usaba siempre para escarbar dentro de mi cabeza.

—Ven, vamos.

—¿A dónde?

—A mi despacho.

—A nuestro despacho, querrás decir.

—Eso.

Sara y yo compartimos despacho desde el primer día que ella comenzó a trabajar conmigo, pero le gustaba llamarlo «mi despacho».

—¿Para qué? —le pregunté dudoso.

—Para que me cuentes con quién has pasado la noche y por qué estás tan afectado.

¿Lo veis? Ya había escarbado en mi cabeza y había encontrado el premio gordo.

—Sara, no me jodas.

—Sí te jodo, sí. Vamos.

Entramos en el despacho y cerramos la puerta. Sara puso mala cara por el caos y el desorden que reinaba en la estancia desde que ella no estaba, pero lo dejó pasar. Nos apoyamos en el alfeizar de la ventana y se lo conté todo. Incluso lo que ni yo me había atrevido a pensar para mí, pero a lo que le di voz aquel día.

Le conté que Ariadna era diferente a las demás.

Que era más guapa, más inteligente, más graciosa, más ingeniosa y más borde que cualquiera.

Que tenía la mirada más sincera que había visto en la vida y que olía como ninguna.

Que comenzaba a conocer sus dejes, tics y manías y que me resultaban adorables. Sí, la palabra «adorable» salió de mi boca por primera vez en la vida.

Que sabía patinar.

Que decía que no mezclaba sabores, pero que, en realidad, los mezclaba casi todos.

Que era química.

Que mi plan era enseñarle a amar la música, acostarme con ella y a otra cosa, y que eso había hecho.

Que quería volver a hacerlo. Que quería volver a acostarme con ella, aunque fuera una vez más. O mil más.

Que nuestro encuentro de la noche anterior lo había sentido como muy fuerte, demasiado fuerte, y como muy intenso.

Que me había gustado besarla en la boca casi más que acostarme con ella.

Que la había dejado dormida en la cama, desnuda, con el pelo revuelto y las sábanas cubriendo la mitad de su cuerpo.

Que no había conseguido dormir ni un puto minuto.

Que estaba jodido.

¿Y qué me respondió ella?

—Adam.

Solo eso. Solo mi puto nombre. Una sola palabra, pero que venía a significar mucho.

—No —le respondí.

—Adam.

—No te hagas ideas raras en la cabeza, *Totó*.

—Adam.

«Y dale, joder».

—No va a ser amor. No lo voy a permitir.

—Está bien.

Eso es. Estaba todo bien. Estaba todo de puta madre.

He's just a poor boy from a poor family

Ariadna

Adam se había marchado. Lo había hecho cinco días atrás, sin avisar, sin despedirse de mí. O quizás sí se despidió, pero como yo estaba dormida, no pude responderle. Al principio, pensé que lo había hecho porque tenía que ir a trabajar temprano, antes que yo, y que me habría dejado una nota en la almohada o un mensaje en el móvil. Y no me refiero a ñoñerías, sino a un simple «hasta luego, *Diciembre*». Pero busqué y no había nada.

Los días pasaron y no supe nada de él. Cuando más segura estaba de que «esa cosa» que estaba surgiendo entre nosotros era real, iba él y lo destrozaba. Vale que era su *modus operandi*, cita y silencio, pero nos habíamos acostado y eso tenía que significar algo. Tenía que marcar un antes y un después. ¿No?

Nunca había sido una chica romántica, yo era la primera que veía el sexo como lo que es, sexo, pero con Adam se me tornaron todas mis creencias, se me fueron abajo mis pensamientos más críticos y comencé a preguntarme por qué no sabía nada de él. Comencé a preguntarme si para él nuestra noche «especial» no había significado lo mismo que para mí. Si para él no nos estábamos enamorando. O si no lo estábamos ya.

Fueron mis hermanos los que me abrieron los ojos. O, más bien, fue Tommy quien lo hizo. No pude dejar de contarles lo que había sucedido esa noche con Adam, y no porque me hubieran repetido hasta la saciedad que actualizara cada día, sino porque necesitaba hablarlo, gritarlo, exteriorizarlo.

Paula:

¿Alguna noticia del rockero?

Eva:

Joder, Paula, qué poco tacto.

Paula:

¿Qué? ¿Por qué?

Carlota:

Porque ya nos contará ella cuando Adam dé el siguiente paso. No hay que interrogarla

todos los días. Que pareces nueva.

Paula:

A ti te interrogamos todos los días sobre Diego, el de la inmobiliaria.

Eva:

No es lo mismo.

Carlota:

Exacto. No es lo mismo.

Paula:

Es parecido. O eso esperamos.

Eva:

De momento no lo es, así que deja el temita y lo que tenga que ser será.

Claro, porque ella recibe *feedbacks* continuos por parte de Diego, el de la inmobiliaria. Pero yo no.

Tommy:

Dejémonos de gilipolleces y de hablar en clave. El tío solo quería acostarse con Ariadna, por decirlo de una manera fina, y como ya lo ha conseguido no necesita seguir llamándola. Fin de la historia. Que Ari se haya enamorado es cosa suya, no de los dos. Y si lo tuviera enfrente le daría dos hostias, a pesar de no haberle prometido nada jamás, de haberla tratado bien y de que el sexo es solo eso. Pero le daría dos hostias.

Eva:

Joder, Tomás.

Tommy:

Es así. Por lo que, por favor, dejad de alimentarla con chorradas y pensamientos falsos de que él va a volver. Porque no lo va a hacer. Lo siento, Ari. Pero soy un tío y sé cómo pensamos la mayoría de las veces.

Paula:

Como el culo, pensáis como el culo.

Eva:

Y con la polla.

Carlota:

Yo creo que no piensan, actúan.

Tommy:

Y Ariadna ha pensado con el coño desde que tengo uso de razón. Que sea la primera vez en su vida que no lo hace no es culpa del puto rockero.

No contesté, ellos solos lo habían dicho todo, pero le mandé un mensaje privado a Carlota. Era la más musical de los cinco y no nos olvidemos de que yo también me había enamorado de la música. Y cuando te sucede algo así, lo único que deseas es empacharte de ello. Y nunca es suficiente.

Ariadna:
Pásame tus playlists favoritas.

Carlota:
¿Estamos hablando de música?

Ariadna:
Sí.

Carlota:
¿Cómo sabes tú lo que es una playlist?

Ariadna:
Tú pásamelas.

Carlota:
Pues sí que te ha dado fuerte. Está bien, ahí te va mi contraseña y el usuario. Entra en mi cuenta y sírvete.

Me facilitó los datos en un nuevo mensaje y los memoricé. Entré en la aplicación y seguí los pasos hasta que entré. Comencé a ver los títulos de las canciones y a escuchar alguna al azar. Me di cuenta de algo. Todo lo que me pasaba con Adam lo decían las canciones, o casi todo, aunque estaba segura de que ese *casi* desaparecería conforme fuera escuchando más.

Me tumbé en la cama al ver el título de una en concreto: *Y tú te vas*, de Chayanne. Le quedaba como anillo al dedo a lo que había hecho Adam. La puse a todo volumen. Quizá me diera respuestas. Ahí me percaté de lo que había cambiado mi vida en los últimos dos meses. Yo buscando respuestas en las canciones. «¿Qué me has hecho, Adam?».

Tan solo tuvieron que pasar dos segundos de la canción para que me diera cuenta de la enormidad del asunto. Me gustaba hasta la musiquilla del principio. No era ruido. Era una melodía bastante agradable. Acojonante.

*Y ahora tú te vas.
Así como si nada (y tú te vas).
Acortándome la vida, agachando la mirada.
Y tú te vas.
Y yo, que me pierdo entre la nada (y tú te vas).*

El estribillo hasta provocó que me palpitara el corazón. Quería incluso aprenderme la letra para cantársela a Adam en un mensaje de audio. Reconozco que toda la situación era algo dramática, pero, entendedme, había pasado con ese chico la noche más increíble de mi vida, había tenido el mejor

sexo que nadie tendrá jamás y había sentido más emociones en cuatro horas que en mis veintiocho años de vida juntos. «Y ahora tú te vas». ¿Esto es lo que siente la gente cuando escucha música?

*Si es que te he fallado, dime cómo y cuándo ha sido.
Si es que te has cansado y ahora me echas al olvido.
No habrá nadie que te amaré.
Así como yo te puedo amar.*

Era una interpretación de mis más íntimos pensamientos, al menos las dos primeras frases. Las otras dos eran algo exageradas para nuestra situación. De momento. Cerré los ojos y absorbí cada palabra.

*Por más que busco, no encuentro razón.
Por más que intento, no puedo olvidar.
Eres como una llama que arde en el fondo de mi corazón.*

La puerta de mi habitación se abrió con estrépito y al abrir los ojos vi a mis dos compañeras de piso que me miraban de una forma muy extraña. Apagué la música con fastidio y lancé un tremendo suspiro. Me habían cortado el rollo, estaba mimetizada con la voz de Chayanne.

—¿Qué haces? —me preguntó June.

—Escuchar música.

Esas palabras, así dichas en voz alta, sonaron incluso más extrañas que en mi cabeza.

—Vaya —me respondió, escrutándome con la mirada.

—¿Qué era eso? No se entendía una palabra, pero sonaba a dramón. ¿Era en español? —apuntó April.

—Sí.

Cruzaron una mirada rápida entre ellas y entraron en acción. April abrió mi armario mientras June se acercaba a la cama y me tendía el brazo.

—Vamos —me dijo.

—¿A dónde?

—Levántate, por favor.

Le hice caso y la cogí del brazo. Era el brazo malo, el del día de la extracción *limpia* del CD, que por suerte ya estaba curado excepto por una pequeña cicatriz que sería difícil de eliminar del todo.

—Nos vamos de fiesta —me informó en cuanto me hube incorporado.

—¿Qué? ¿De fiesta? Ni hablar, yo no voy. No me apetece.

—Nos da igual lo que te apetezca.

—¡Necesitas airearte! —me gritó April desde mi armario. Ya tenía varias camisetas en las manos, una minifalda negra y unos cuantos vestidos.

—Y olvidarte del rockero —añadió June. Parecían una puñetera pareja de natación sincronizada.

—¿Y tiene que ser yendo de fiesta? —les pregunté.

—Sí —contestaron al unísono.

—Y, además —apuntó April—, allí hay un montón de eso que estabas escuchando.

—¿Chayanne?

Mi compañera arrugó la frente ante mi pregunta. Quedaba claro que no tenía ni idea de quién era Chayanne. Yo tampoco lo sabía media hora antes, pero ya conocía una de sus canciones. Supuse que tendría más.

—No. Música.



Al final me puse un vestido blanco de volantes, que no era ninguna de las opciones de mis compañeras, pero que era la mía, con una chaqueta vaquera por encima y unas bailarinas. April y June me llevaron a un local del centro que estaba de moda y donde la gente iba a bailar. Estaba bastante lleno cuando llegamos y no me pareció nada del otro mundo, no es que tuviera una decoración especial o algo que llamara la atención; era un bar normal, con una barra de madera normal al fondo, una pista de baile normal en el centro y reservados con mesas normales en los laterales. Lo que más me gustó fue la bola gigante de colores del techo.

El secreto de aquel sitio, según me dijeron mis amigas, era la música. Ponían de todo, pero sobre todo grandes temas de décadas anteriores, y eso a la gente le encantaba. Decían que la mejor música era la de los sesenta, setenta, ochenta y noventa.

Nos acercamos a la barra y pedimos tres chupitos para empezar. Seguimos con otros tres y después nos sacamos tres copas. Nos las bebimos con tranquilidad, sentadas en los taburetes que había en la barra y hablando de todo un poco.

Me lo estaba pasando bien.

Me lo estaba pasando bien hasta que sonó la siguiente canción.

Rama Lam. Ding Dong.
Rama Lam. Ding Ding Dong.

Yo no entendía nada de música, pero aquello me sonó a muy muy antiguo.

—¿Esta canción de cuándo es? —pregunté.

—De hace mucho tiempo —me dijo June—. Ninguna habíamos nacido, me temo.

April solo levantó los hombros.

Rama Lama Lama Lama Lama Ding Dong.
Rama Lama Lama Lama Lama Ding.
Rama Lama Lama Lama Lama Ding Dong.
Rama Lama Lama Lama Lama Ding.

Me lo estaba pasando bien hasta que lo vi a él en el centro de la pista, dándolo todo con esa canción. Y con una chica. Y, cuando digo «él», me refiero a Adam.

—Joder —exclamé, bebiéndome lo que me quedaba de copa de un trago.

—¿Qué pasa?

—Adam.

—¿El rockero?

Asentí.

—¿Qué pasa con él?

—Que está ahí.

—¿Qué? ¿Dónde? No puede ser.

—¿Quién es?

—El del medio de la pista.

—¿El que baila con la morenaza de esa manera tan... tan...?

—¿Tan pegada? Sí, es él.

—Joder.

—No vamos a largarnos de aquí —me dijo June muy seria.

—¿Quién ha dicho nada de largarse? —pregunté.

—Ah, vale, bien. Me he anticipado sin motivo.

—¿Otro chupito? —nos sugirió April.

—Sí, ahora.

Le pedimos otros tres al camarero y me quedé embobada mirándolos a ellos mientras me lo bebía. Se cruzaron tantos pensamientos y emociones por mi cabeza...

Lo primero fue el pinchazo en el pecho, el pinchazo de desilusión, tristeza y anhelo. De darte cuenta de que no eres nadie para esa persona que se ha convertido en alguien importante para ti, que quieres tener en tu vida y que deseas que te quiera en la suya. Pero no. Porque él ya tiene una vida y a quien querer. Lo vi tan claro... Esa chica con la que bailaba era alguien importante, no era una tía a la que acababa de conocer y a la que pretendía llevarse a la cama.

Para aquel entonces, conocía poco a Adam Wallace, pero lo suficiente para saber que estaba en su hábitat, que se sentía cómodo y feliz como en ningún otro lugar. Esa chica no solo era su novia. Esa chica era su hogar.

No entendía por qué se había acostado conmigo, teniéndola a ella, pero tampoco me importaba. El tipo de relación que tuvieran esos dos era cosa de ellos. Mientras el pinchazo de la decepción se hacía más y más grande, vinieron las ganas de llorar. Era una tonta, lo sé. Pero lo veía ahí tan... tan... él, con los rizos revueltos, con su sonrisa, con esa manera de bailar, que solo me apetecía tirarme a sus brazos y besarlo hasta que se acabara el mundo. Lo deseaba y no podía tenerlo. Y eso me hizo querer llorar, era una forma de desahogo como otra cualquiera.

Sacudí la cabeza, me limpié los lagrimales de los ojos y respiré profundamente. Mis amigas me apretaban el hombro, infundiéndome apoyo, y se lo agradecí. Aunque sospechaba que Adam solo quería acostarse conmigo, la confirmación de aquello dolió. Dolió porque para mí era mucho más, pero no iba a hundirme. Oh, no, claro que no. Los seguiría observando hasta que se besaran y medio follaran en la pista para recordarlo siempre que pensara en Adam en los próximos días. Así me lo quitaría rápido de la cabeza.

Esperé el beso entre tanto sobeteo y bailoteo, pero no llegaba.

I have got a girl named Rama Lama Lama Lama Ding Dong.

She's fine to me, Rama Lama Lama Lama Ding Dong.

Do you won't believe.

That she's mine, all mine.

Lo que si llegó fue un tercer integrante. Se pegó a la espalda de Adam y comenzaron a bailar los tres con Adam en medio. Creo que jamás había visto tanto refrote entre tres personas. Y aún menos tantísima compenetración en un baile. ¿Adam era parte integrante de un trío sexual? De las ganas de llorar pasé a la estupefacción y la incomprensión. ¡Si hasta llegué a imaginármelos en la cama!

Ni April ni June emitían palabra alguna, se encontraban en el mismo estado de no entendimiento que yo.

—Si fuera mi novia, yo no dejaría que bailara así con ella —dijo una.

—Dirás si fuera tu novio, porque ahí el más frotado está resultando ser el rockero —añadió la otra.

—¿Quién es el rubiales?

—No lo sé —respondí.

—Está buenísimo. Y qué forma de bailar. Entran ganas de unirse y desnudarse.

—Yo me estoy poniendo a tono solo de verlos.

—¡April!

—¿Qué? ¿No os pone ver a esos dos frotándose?

—Un poco sí, para ser sinceros —reconoció June.

—Espera... ¿qué...?

Eso mismo pensé yo. Porque el beso sí llegó finalmente, pero no entre Adam y la chica, tampoco entre Adam y el rubiales, sino entre el rubiales y la chica. Se inclinó sobre Adam para llegar a ella y comenzaron a enrollarse de una forma un tanto escandalosa con el rockero aún en medio. Hasta que este último se cansó y escapó de entre los brazos de los otros poniendo cara de hastío, de hastío cariñoso, y diciéndoles algo.

Entonces lo entendí todo.

Joder, aquellos dos eran Sara y Oliver, los mejores amigos de Adam. Los que estaban enamorados desde los nueve años.

—Yo no entiendo nada —dijo June.

—Yo sí —expresé en voz alta—, ella es su mujer.

—¿La mujer de Adam?

—No, la chica es la mujer del rubiales y ambos son superamigos de Adam.

—No hace falta jurarlo.

¿Sabéis cuando caéis en picado cuesta abajo, cuando estáis seguros de que vais a estrellaros contra el suelo, pero de repente voláis? Con toda

probabilidad no, porque nadie vuela, pero seguro que os lo imagináis. Así es como me sentí yo al comprender que aquellos eran sus amigos. No sé si llamarlo euforia, felicidad absoluta o entusiasmo máximo. Lo mismo me da. Fue un subidón de adrenalina de los buenos.

Con una sonrisa en la boca, aunque no entendía bien el motivo, teniendo en cuenta que Adam seguía sin querer saber nada de mí, pedí otro chupito y me lo bebí de un trago. Cuando me di la vuelta, ahí estaba él, detrás de mí.

—¿A... Ariadna? —me preguntó, más que sorprendido.

—Hola, *Melenas*. ¿Me estás siguiendo?

—Eh, n... no.

¿Qué queréis que os diga? Me sentí bien por verlo balbucear, por provocárselo yo, aunque solo fuera porque no esperaba encontrarse con su último ligue del que no quería saber más.

—¿Qué tal te va? —le pregunté. Aquí entre nosotros, os diré que deseaba con todo mi corazón mantener una conversación con él tan divertida y envolvente que no quisiera separarse de mí en lo que quedaba de noche, pero mi cabeza me decía que no, que aquello era un encuentro casual y que ni loca podía volver a irme a la cama con él.

—Bien. He venido a bailar con mis amigos —me dijo señalando a la derecha a un grupo de gente bastante grande. Había como nueve personas.

—Ejem, ejem —carraspeó April.

Qué poco disimulada es la tía.

—Chicas, os presento a Adam. Adam, ellas son April y June.

—Mmm, así que vosotras sois las cómplices. ¿Qué tal el brazo, June?

—Bien —le respondió sorprendida a la par de encantada—. Está casi recuperado.

Se lo mostró y ahí empezó una conversación entre los tres en la que Adam sacó sus mejores cartas a relucir y se las llevó de calle. Un par de minutos hablando con ellas y ya las tenía en el bote. Si es que cuando se pone en plan encantador..., no existe rival.

—¿Ya has pedido?

Un chico moreno y con unos ojos superazules se metió por medio del pequeño círculo que habíamos creado y observó la barra en busca de bebida.

—Estoy en ello —le contestó Adam.

—¿Y estas preciosidades? —preguntó el nuevo, al percatarse de nuestra presencia.

—Ellas son April, June y Ariadna. Él es Brian.

—Oh, Ariadna —exclamó con reconocimiento—. ¿Ariadna, la española de pelo rubio?

—No, Ariadna la que te va a dar una patada en el culo —le contesté.

—Vaya. Tú eres la borde del grupo, ¿no?

—¿Y tú el gracioso?

—No, ese es Marco —dijo señalando al mismo grupo de gente que su amigo, el *Melenas*, minutos antes—. No, qué va, era broma, soy yo.

—¡Adam, nos vamos! —Nos giramos todos ante el grito. Era Sara quien había hablado. Porque estaba segura de que esa chica era la Sara de Adam.

—Ahora vuelvo, voy a despedirme —se disculpó—. Pórtate bien —le advirtió a su amigo antes de darse la vuelta e irse.

—Siempre. ¡Diles adiós de mi parte! Bueno, chicas —nos dijo entonces a nosotras—, ¿cómo va la noche?

—Va bien —respondió April—. Vamos a pedir otra ronda. ¿Os pedimos algo?

—Dos cervezas, por favor.

—Muy bien.

April y June se giraron hacia la barra en busca del camarero, que estaba solo y andaba a tope.

—Así que tú eres Ariadna —me dijo, acodándose en la barra.

—Así que tú eres Brian.

—¿Adam te ha hablado de mí?

—No.

—Pues a mí sí me ha hablado de ti. ¿Qué tal el otro día en la sala Canox?

—¿En dónde?

—Es un local donde la gente va a interpretar canciones encima de un escenario. Me comentó que iba a llevarte.

Se estaba refiriendo al local donde Adam tocó *Bohemian Rhapsody*. Al local donde me enamoré de la música y de... él. De él, sí. Lo reconozco ahora con seguridad porque puedo echar la vista atrás y ver con otros ojos lo que sucedió. Pero si tengo que atenerme a lo que sentía en ese momento, la palabra «enamoradilla» lo definiría bastante bien.

—Ah, pues muy bien. Adam cantó y tocó el piano. Fue... muy guay.

No quería darle demasiada información a ese chico, me daba la impresión de que analizaba cada palabra que salía por mi boca y cada expresión de mi cara.

—¿Adam tocando el piano?! No te creo.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de extraño?

—Pues para empezar que no toca una mierda el piano, y no será porque Sara no lleva toda la vida intentándolo. Lo suyo es la guitarra. Es una puta máquina a la guitarra. Y nunca pierde oportunidad para demostrarlo.

¿He dicho antes que me daba la impresión de que Brian me analizaba demasiado? Pues deberíais verlo en ese momento. Su mirada iba de Adam — que justo le daba un beso en la mejilla a Sara— a mí y de mí a Adam, y su entrecejo no podía estar más fruncido.

—Pues la tocó entera.

Defender a Adam fue algo que me salió solo, fue un impulso. Y, además, era verdad. Había tocado el piano de una manera impresionante, no entendía por qué Brian decía que no sabía tocar.

—¡Joder! ¡Claro que la tocó entera! Faltaría más. —El chico se estaba descojonando de la risa en mi cara—. Me parto contigo. ¿Y qué canción tocó?

—*Bohemian Rhapsody*.

Es un título que jamás olvidaría.

—Vaya, apostando fuerte.

—Ya estamos aquí —nos interrumpieron April y June, impidiendo que pudiera contestar a Brian.

Me pasaron mi bebida y le dieron la suya a Brian, que bebió un trago y se apoyó en la barra con chulería.

—Ay, Ariadna. Ariadna y Adam. Adam y Ariadna. Difícil combinación. Por cierto, tú eres química, ¿no?

—Sí.

—¿Qué le dijo un químico a su exnovia?

—¿Perdona?

—A veces te estaño y yodo.

Comenzó a descojonarse de nuevo en mi cara, a causa de lo que pretendía ser un chiste de químicos, y justo llegó Adam, que no perdió detalle de mi mala cara.

—Ya he vuelto. ¿Qué le has dicho, capullo?

—Nada —continuaba riendo sin parar—, solo algo que me ha contado Olly.

—¿Le has contado un chiste de químicos?

Pues sí que se conocían entre el grupito de amigos.

—Sí, pero no ha habido reacción.

En aquella ocasión, incluso Adam, April y June tuvieron que morderse la lengua para no reírse delante de mí. Puede que yo también tuviera que hacerlo. Un poco.

—Perdón, perdón, me ha salido solo.

Adam cogió la cerveza que reposaba en la barra, y que era para él, así se lo había indicado Brian con la mirada, y bebió un trago junto a su amigo.

—¿Entonces esos chicos de los que te has despedido eran Oliver y Sara Aston? —pregunté con inocencia. Estaba segura de que sí, pero quería asegurarme. Había oído hablar bastante de ellos y a partir de ese momento podría ponerles cara. Más o menos.

Tanto el trago que había dado Adam como el de Brian salieron por donde habían entrado. Me sobresalté y me asusté en un primer momento, pensando que se habían atragantado o que aquello no era cerveza y los estaban envenenando, hasta que vi que, por tercera vez en los últimos minutos, se descojonaban de la risa en mi cara.

—¿Qué pasa? —les pregunté sin entender nada.

—Mira —Brian se acercó a mí y me pasó el brazo por el hombro—, ¿ves a ese chico moreno de allí, el de los ojos grandes y azules que se le intuyen desde aquí?

—Sí —respondí dudosa. El caso es que el chico me sonaba de algo.

—Es Daniel Summers —«Ah, el marido tocapelotas de Pear»—, ¿puedes ir y repetir la pregunta que acabas de hacernos con las mismas palabras, por favor? Me descojono vivo.

—Yo no le veo la gracia.

—Es el mellizo de Sara —me explicó Brian—, y si llamas a su hermana Sara Aston, yo quiero verlo. Quizá incluso lo grabe con el móvil —añadió, tocándose la barbilla con el dedo índice.

—¿Sara no está casada con Oliver Aston?

Había dado por hecho que esos dos estaban casados. Y estaba segura de que en Escocia la esposa adoptaba el apellido del marido. Una costumbre antigua y machista, pero que aún existía en algunos países.

—Sí, pero... nunca la llamamos así. Supongo que para nosotros siempre será Sara Summers.

—Bien, pero eso yo no tengo que saberlo.

—Cierto.

—Así que dejad de reiros.

—Brian, deja de reírte.

—¿Entonces no vamos a donde Daniel?

—Tú sí. Pero Ariadna y yo vamos a quedarnos aquí, disfrutando de nuestra mutua compañía.

Quise dejar las cosas claras desde el primer momento, de ahí mi siguiente frase. Quise dejárselas claras a Adam, pero sobre todo quise dejármelas claras a mí.

—No pienso acostarme hoy contigo ni por todo el arroz de Japón.

Lo llevaba claro si creía que después de no saber nada de él tras acostarnos, y gracias a un encuentro casual, iba a volver a llevarme a la cama. Ni hablar. Las cosas no funcionarían así entre nosotros.

—Hecho. ¿Un baile?

Una hora después... tan solo se escuchaban nuestros jadeos en la cama.

Spare him his life from this monstrosity

Adam

—¡Adam! ¡Adam! ¡Aaah!

Que Ariadna pronunciara, o más bien gritara, mi nombre mientras se deshacía en un orgasmo era música para mis oídos. Y soy bastante exigente en lo que a música se refiere. No todo vale.

Me descargué con la vista perdida en la forma en que me cabalgaba y le di una última estocada antes de reposar del todo la espalda en el colchón de su cama. Habíamos echado dos polvos seguidos —al final el del ascensor cayó, obviamente— y estaba exhausto.

Un minuto entero con ella encima de mí y con el único sonido de nuestras respiraciones y los gemidos de satisfacción fue lo que tardé en darme cuenta de hasta qué punto la había cagado.

«Joder».

Había acabado en la cama de Ariadna por segunda vez y eso que llevaba cinco días prometiéndome que no iba a suceder de nuevo. «Nunca jamás en la vida», eran las palabras redundantes que me repetía cada vez que mis manos se movían por la pantalla del móvil o del ordenador para mandarle un mensaje a Ariadna. O para contestar a su «buenas noches», que no fallaba ni un puto día. El objetivo estaba cumplido. Ariadna se había acabado. Incluso me imaginaba los tics verdes en mi cabeza.

Que Ariadna sienta algo por la música. Hecho.

Acostarme con ella. Hecho.

Y entonces, ¿qué cojones hacía en esa cama?

Y solo fueron necesarios un par de bailes bien pegados en la pista para que me lanzara a comerle la boca, estrechándola contra mi cuerpo con una de mis manos en su cintura y otra en la espalda como un puto hambriento en busca de su alimento más básico. Y qué de puta madre me supieron esos besos, que tenían un ligero sabor a fresa —intuyo que el concepto «chupito» tuvo algo que ver—, pero que la mayor parte del gustazo era por ella, por las sensaciones que cualquier parte de su anatomía, en ese caso la lengua,

producía en mi cuerpo.

¿Por qué sabía tan bien?

De besarnos en los labios como posesos a salir disparados del local sin despedirnos de nadie, pasando por la fase de tocamientos extremos en nuestras partes más íntimas como si fuéramos dos adolescentes cachondos un sábado por la noche, pasó menos de una hora. Hasta ahí llegaban nuestras ganas ese día.

Ahora sé que esas ganas llevaban cinco días cociéndose en nuestro interior, de ahí la explosión, o quizá fueran dos meses.

Mientras descansaba la cabeza en la almohada y Ariadna se acomodaba y adoptaba mejor postura encima de mi cuerpo, ambos sudorosos y agotados, empecé a convencerme de que había hecho lo correcto acostándome con ella. No podía quedarme con ese picor dentro del cuerpo y repetir con la misma chica tampoco era un drama, ¿no? El asunto era que —y lo pensé dirigiendo la mirada a mi entrepierna, había que controlar ese escozor sí o sí— no podíamos estar todo el puto día pensando en repetir y menos aún en dormir en esa cama, por muy apetecible y cómoda que resultara. Mi historia con Ariadna se acababa ahí. Para siempre. De hecho, lo primero que haría en cuanto saliera por la puerta de su casa sería borrar su número de teléfono. Pero antes, disfrutaría de mis últimos momentos con ella.

Recuerdo que también pensé en las últimas palabras que me había dicho en la discoteca antes de que yo, poseído, asaltara su boca. Y sonreí.

—¿En qué piensas? —me preguntó, entonces, bajando de mi cuerpo y posicionándose a mi lado—. Acabas de sonreír.

Aproveché la libertad de movimiento que recuperé al quitarse Ariadna de encima de mí, y que no acabó de agrardarme del todo —estaba de puta madre con su cuerpo caliente cubriendo el mío—, para deshacerme del preservativo.

—¿La verdad? —le pregunté mientras me ponía de lado y sujetaba la cabeza en la muñeca.

—Sí —me dijo, adoptando la misma postura.

—Me pregunto si ahora mismo tienes una deuda conmigo por la que me debes todo el... ¿arroz de Japón?

—¡Eres un gilipollas! —Al grito lo acompañó tal empujón que consiguió hasta que mi cabeza cayera de nuevo en la almohada. También debo decir que la forma en que yo me descojonaba de la risa no ayudó demasiado a mi equilibrio.

—Es una deuda muy grande, *Diciembre* —le dije, todavía riendo—. Y

teniendo en cuenta que lo hemos hecho dos veces... eso es mucho arroz.

—Bah, me sobra el arroz. Y lo del ascensor ha estado muy bien —me respondió, poniendo cara de estar recordándolo.

—¿Lo del ascensor? ¿Y qué pasa con lo que hemos hecho en la cama?

—Mmm... no ha estado mal, pero me gusta más lo que hacemos en los ascensores.

—¿Te refieres a apenas dirigirnos la palabra o a la parte del sexo?

—A ambos. Me parece una buena combinación.

—Me da la sensación de que lo que te gusta es que me esté callado.

—Ahí me has pillado, *Melenas*. Calladito estás muy guapo. Aunque reconoce que antes en el ascensor no has estado en silencio que digamos.

Sonreí al recordarlo.

—No, la verdad es que no —expresé con satisfacción en la voz—. Así que... ¿calladito estoy muy guapo? ¿Cuánto de guapo?

Oh, vamos, ¿a quién no le gusta que le regalen los oídos? No iba a desaprovechar una oportunidad así. Y menos con ella. Era tan jodidamente borde que escuchar halagos suyos era un puto subidón.

Ariadna levantó la cabeza y me miró con esos ojazos que me traían loco. Me di cuenta en ese instante de la postura que teníamos. Yo me encontraba tumbado boca arriba y Ariadna descansaba la cabeza y los brazos encima de mi pecho. Una de mis manos la tenía detrás de la cabeza y la otra acariciaba su cuerpo. Y no me detuve.

—¡No me digas que el rockero perdonavidas no sabe que es guapo!

—Lo sabe. Pero le gusta que se lo digan de vez en cuando.

—La primera vez que te vi no pensé que fueras guapo.

—Mmm... creo que nos estamos desviando del tema.

—La primera vez pensé que eras un gilipollas.

—Lo sé.

Vaya si lo sabía. Su pequeño discurso no dejó demasiadas dudas.

—Y la segunda vez, también.

—También lo sé.

Es demasiado expresiva y su cara en el despacho lo decía todo. Yo le caía mal, muy mal. Y, joder, cómo me espoleaba aquello.

—Luego me di cuenta de que eras un poco guapo.

—¿Un poco guapo? Has dicho «muy guapo».

¿Qué? Lo había dicho.

—¿He dicho «muy guapo»? ¿En serio?

—Sí. Has dicho: «Calladito estás muy guapo».

—Oh, cierto. Me acuerdo de lo de «calladito». Nunca había oído a nadie soltar tanta perorata prepotente por la boca.

—No conoces a mucha gente entonces.

Se rio a carcajadas en mi oído y me estremecí por completo. Su risa me resultaba tan fresca y cautivadora. Y adictiva. Verdadera. Preciosa.

—Quizás fue el pelo... —me dijo introduciendo los dedos por entre las hebras de mi pelo y acariciándolo con dulzura— lo que me hizo verte guapo. Nunca había visto a un abogado con semejantes melenas. Me gusta.

—¿El pelo?

—Sí. Definitivamente fue el pelo. A mi hermano le encantaría tener una melena igual.

—¿Tiene poco pelo?

—Menos del que le gustaría.

—¿Cómo se llama?

—¿Mi hermano?

—Sí.

—Tomás.

—¿Tomás?

—Sí. ¿Qué pasa?

Joder, nada. Solo que es un nombre feo de cojones.

—¿Sabes cuántas palabras terminan en «as»? —le dije—. ¿Qué les das? ¿Tú dirás? ¿No tienes más? ¿Me la chupas y te vas? Joder, espero no encontrármelo jamás.

Empecé a partirme el culo de la risa. Dios, qué puto crío puedo llegar a ser. Incluso me acordé de mi época del colegio.

—¿Me la chupas y te...? ¡Adam! —me gritó, dándome un codazo en las costillas.

—¡Ouch! —dije, acariciándome la zona y simulando dolor—. ¿Tú qué coño comes? ¡Tienes la fuerza de un dragón!

—Y tú qué tienes ¿ocho años? Deja de meterte con mi hermano y... ¿un dragón?

—Sí, ocho, más o menos. Había una niña insoportable en mi colegio —me detuve para reírme un poco... más—, creo que nunca fui capaz de decir su nombre sin ninguna coletilla. Y los dragones son fuertes, ¿no?

—¿Cómo se llamaba?

—Tessa.

—No me parece un nombre como para ponerle una coletilla tras otra. Y nunca me he encontrado con ningún dragón, no sé si son fuertes o no.

—Joder, qué poca imaginación tienes. A nuestro favor diré que era un mal bicho, por eso lo hacíamos. Por cierto, Ariadna es difícil de vacilar, ¿eh? No se me ocurre nada. —Y lo pensé. Ya lo creo que lo pensé durante un rato, me gustaba quedarme con ella, pero no me venía nada a la cabeza—. Respecto a los dragones, ¿no hacéis quedadas anuales o algo por el estilo?

—Mantén esa cabecita tuya lejos de mi nombre, *Melenas*, y deja de decir chorradas.

—Oye, ¿me estás diciendo que los dragones nunca quedáis para tomar algo y comentar los poblados que habéis arrasado? ¡Me matas del disgusto! Todas mis creencias a la mierda.

—Te estoy diciendo que dejes de llamarme dragón si no quieres que haya consecuencias.

Oh, joder, cómo me sonó aquello de las «consecuencias». Aparté las sábanas, dejando mi cuerpo desnudo al descubierto, y levanté los brazos, ofreciéndome. Mostrarme a Ariadna en pelotas no me suponía ningún problema, nunca he sido pudoroso, ni con hombres ni con mujeres ni con dragones.

—Haz lo que quieras conmigo y con tu fuego.

—Eres tan idiota —me dijo sin poder esconder las carcajadas—. ¿Sabes lo que quiero?

—¿Qué?

—Oírte tocar la guitarra. Aunque sea en una grabación que me mandes al móvil.

—¿Qué?

Eso no me lo esperaba.

—Me han dicho por ahí que puede que seas algo bueno.

—¿Quién? ¿Brian, el bocazas?

—Humm... no me acuerdo.

—Estoy seguro de que sí, eso suena a Brian.

—También he oído decir que no tocas el piano una mierda.

—Todo mentiras.

—¿Sois muy amigos Brian y tú?

—Depende. ¿Qué más te ha dicho?

Ya tendría unas palabras con él más tarde.

—No me acuerdo. Háblame de vosotros.

—Oh, pues somos una pareja bien consagrada, él hace la cama y el baño y yo paso la aspiradora.

—¡Pero qué idiota eres! Te lo estoy preguntando en serio.

—Somos amigos desde niños.

—¿Como con Oliver y Sara?

—Sí, nos criamos todos juntos.

—Es bonito.

—¿El qué?

—Que mantengas a tus amigos de la infancia.

—¿Tú no lo haces?

—Sí, pero nunca he tenido nada demasiado estrecho, sin contar a mis hermanos.

—A tus cuatro hermanos —le recordé.

Ariadna llevaba un rato acariciando mi cuerpo desnudo y en ese momento sus dedos se dirigían con decisión a mi entrepierna. Cuando llegaron a su objetivo y lo sujetaron con fuerza, dejé de respirar durante unos segundos para luego soltar todo el aire que estaba reteniendo. Cómo me gustaba que Ariadna me tocara. Y lo que más me cautivó, aunque me negara a reconocerlo, era que hubiera sabido leerme a la perfección cuando le ofrecí mi cuerpo a modo de cachondeo. Realmente necesitaba, deseaba, que me tocara una vez más. Y eso hizo.

—Exacto. Me he pasado la vida estudiando y no tenía tiempo ni ganas para nada más. Tengo amigos, pero no son pilares de mi vida ni por asomo.

—¿Quién ha dicho que Brian sea un pilar en mi vida? —Me costó bastante decir esa frase sin dejar de moverme y de controlar la respiración.

—Todo tu ser, *Melenas*.

—No creas que me conoces.

—Pero empiezo a hacerlo.

Se acercó a mi boca y me besó con suavidad. Una suavidad que fue desapareciendo a medida que las ganas que nos teníamos arrasaban con todo, una vez más.

«Bueno, un último polvo. Solo el último», me dije.

—¿Ahora es cuando yo me quedo dormida y tú te largas sin despedirte? —me preguntó, un rato después, cuando nuestros cuerpos se habían saciado y estábamos a punto de quedarnos dormidos debajo de las sábanas.

—No, todavía no.

Tres palabras que lo dijeron todo y que no obtuvieron réplica. Y soy

incapaz de decirnos si estaba dormida o despierta.



Esa segunda vez, me costó dejarla mucho más que la primera. De hecho, me quedé observándola apoyado en el umbral de su puerta y a medio vestir durante bastante tiempo. Mucho más del protocolario. Pero es que tenía que despedirme.

Cuando por fin me fui, mandé un mensaje a Daniel y Brian para quedar a desayunar el día siguiente. Estoy seguro de que se extrañaron —¿yo levantándome temprano un domingo para desayunar?—, pero acudieron. Esos dos, sin pretenderlo, se habían convertido en mis confidentes en todo el asunto de Ariadna.

—Yo no os vi marcharos —me dijo Brian—. No me disteis tiempo ni a vigilaros. ¿Cuánto tardasteis en desaparecer? ¿Dos minutos?

—Algo más —le aclaró Daniel.

—¿Tú los viste?

—Justo salía del baño cuando los vi pirarse enrollándose como un par de adolescentes obnubilados el uno por el otro.

—No estábamos obnubilados.

—Ni siquiera me visteis y pasé por vuestro lado.

—Pasarías en plan sigiloso.

No recordaba haber visto a Daniel. Aunque también es cierto que no recordaba haber visto a nadie. Fue como si del local a casa de Ariadna el mundo se hubiese evaporado.

—Qué va, si incluso os saludé y todo. Pero fue como hablar con una pared.

No iba a seguir hablando del asunto. No lo vimos, ¿de acuerdo? Bajé la mirada hacia mi tostada de mantequilla y mermelada de arándanos y di por zanjado el tema.

—¿Y qué tal con Ariadna? ¿Cómo es? —me preguntó Brian.

—Ariadna es... —contesté lo primero que me vino a la cabeza. Sin filtros — es la hostia.

—Ya.

Brian cogió su café y bebió un sorbo sin apartar los ojos de los míos.

—¿Qué me miras?

—No, nada.

—Por cierto, ¿qué le dijiste de que no toco una mierda el piano?

—Pues eso mismo.

—¿Y de la guitarra?

—¿Por qué no tocaste la guitarra en la sala Canox con lo que te gusta dejarlas a todas con la boca abierta?

Cómo me jode que me respondan a una pregunta con otra pregunta.

—Eso. ¿Por qué no tocaste la guitarra?

Y el otro que lo acompañaba.

—Porque quería que sintiera la música desde cerca y el piano me pareció más conveniente.

—Mmm... —dijo uno.

—Humm... —dijo el otro.

—Mmm, humm ¿qué?

—Nada —soltaron al unísono.

—No voy a volver a verla —sentencié, cambiando de tema a propósito.

—¿Qué?

—¿Por qué?

—Porque ya he cumplido mi objetivo.

—¿No te apetece seguir viéndola de vez en cuando?

—No. ¿Para qué? Ya hemos hecho todo lo que teníamos que hacer.

—Pues a mí me pareció que os quedaba mucho por hacer —me dijo el *listillo* de Daniel.

—Podríais tener una relación de sexo sin compromiso —sugirió Brian.

—No.

—¿Por qué no? —insistió.

—Porque no y punto.

Cogí el móvil y busqué su nombre en la agenda. Tenía que acabar con el asunto de una vez por todas.

—¿Qué haces? —me dijo Daniel.

—Borrar su teléfono de mis contactos.

Estuve varios segundos, o minutos, con el dedo encima de su nombre, pero no me atreví a hacerlo.

—¿Ya lo has hecho? —me preguntó Brian cuando dejé el móvil encima de la mesa.

—No, he decidido no borrarlo.

—¿Y eso?

—Por si me manda un mensaje, para saber que es ella y ninguna de mis

otras fans y no contestar.

—Tócate los huevos. Sus otras fans, dice. Hay que joderse —bufó Daniel.

—Adam, estás fatal —añadió el otro.

—Bah, dejadme en paz.

—¿Y si te la encuentras en la calle?

—Eso no va a pasar.

—Edimburgo no es grande que digamos.

—Ya nos encontramos en la discoteca, puta casualidad, por cierto.

¿Cuántas probabilidades hay de que vuelva a suceder?

—¿Quieres que hablemos de probabilidades? ¿O del destino, *Melenas*?

Ese «melenas» me recordó a ella. A cuando me llamaba de esa manera. Al levantamiento de cejas que me dedicaba a la vez. A lo borde que era, a las caras que ponía y a lo mucho que me gustaba cada una de ellas. Y estaba seguro de que Brian lo había dicho con ese fin.

—No me llames así, capullo.

—¿Es cosa mía o está susceptible? —preguntó, dirigiendo la mirada a Daniel.

—Lo está.

—Iros a la mierda.

Y a ese par podía mandarlos a la mierda todo lo que quisiera, pero eso no cambiaría el hecho de que ya fuera a causa de las probabilidades, del puto destino o de que Edimburgo es pequeño de pelotas que no me libraría de encontrarme con Ariadna.

Oh, no. No lo haría.

Easy come, easy go, will you let me go

Ariadna

¿Destino? No sé si cuando buscas algo —o a alguien— y lo encuentras se le puede llamar destino. O quizás sí, si no ha sido premeditado del todo. No lo sé.

La mañana siguiente de volver a tener a Adam en mi habitación, y en mi cama, no me sorprendió no verlo a mi lado cuando me desperté. Eso no evitó que acariciara con la palma de la mano su lado de la cama y suspirara, cerrara los ojos y me vinieran a la cabeza las imágenes de nuestra segunda noche juntos.

Había sido aún más especial que la primera. Hay ocasiones en que las cosas salen solas, naturales, y mis encuentros con Adam eran lo más auténtico que había tenido en mi vida, a pesar de no buscarnos y de que, en primera instancia, pareciera todo fruto de la casualidad. Pero no. Dos personas no se besan y se sienten como lo hacíamos nosotros por casualidad. Ni mantienen conversaciones tan espontáneas y genuinas que podrían pasarse años, décadas, una eternidad, solo hablando el uno con el otro mientras se miran a los ojos y sonrían.

Pero Adam tenía miedo. Desconocía la razón, pero tenía miedo. Miedo de mí, de las relaciones humanas o del sentir. Yo qué sé. O quizás era otra cosa. Yo podía ser muy inexperta en lo que a relaciones amorosas se refería, pero la conexión física y mental que Adam y yo teníamos cuando estábamos juntos podía verla cualquiera. ¿Cómo no íbamos a verlo nosotros?

Supe que Adam no sería fácil. Lo supe desde el primer momento. Antes de acostarnos, antes de besarnos por primera vez y mucho antes. También supe que lo nuestro no acababa ahí.

Me levanté de la cama, desnuda, y abrí la puerta de mi armario en busca de algo que ponerme. La imagen de la sudadera negra que Adam me dejó aquel día en su casa —joder, cómo sonrío cada vez que lo recuerdo— ensombreció el resto de las prendas y solo la veía a ella. La cogí y me la puse. Había tenido varias oportunidades para devolvérsela, pero no lo hice. Me la

quedé. El motivo... podéis preguntárselo a Freud.

Abrí la puerta de mi dormitorio y fui directa a la cocina, donde mis dos compañeras desayunaban sentadas en la encimera. Era su lugar favorito.

—Buenos días.

—Buenos días, escapista —me dijo April, tendiéndome una taza de café.

—Queremos saberlo todo de anoche.

—¿Todo?

—Sí, todo. Queremos saber si vinisteis a casa a follar o a contaros chistes.

—¿Qué?

Eso no me lo esperaba.

—No hacíais más que reiros —me aclaró April—. Os escuchamos cuando llegamos a casa. ¿De qué hablabais?

La sonrisa que se dibujó en mi rostro fue genuina. Y enorme.

—Adam, que es idiota —concluí, sintiéndome flotar. Y nunca la palabra «idiota» sonó con más cariño y admiración que en esa ocasión.

Recordé la cantidad de tonterías que a diario salían por su boca. ¡Qué gilipollas era y cuánto me gustaba! A cada chorrada que decía, más me apetecía besarlo y apretujarlo. Quedármelo para mí. Pero no era mío. Ni de lejos.

Se lo conté todo y seguí con mi vida. Una vida en la que sabía que Adam no iba a interceder. Empezaba a conocerlo.



Después del fin de semana, el lunes llegó como siempre. Fue el primer día que comencé a ir a las pistas de patinaje después del trabajo. Me llevaba los patines y, al salir, iba directa a las uves. El motivo principal de esa decisión era que quería patinar, recuperar mi pasión; el efecto colateral de aquello era que podía encontrarme con Adam. Si tanto le gustaba patinar, es posible que acudiera al lugar de manera habitual.

Que conste que no lo buscaba. O quizás sí, pero no intencionadamente. O quizás sí. Bah, no lo sé.

El lunes regresé a mi casa cuando ya había anochecido. Adam no acudió. Yo me pasé tres horas patinando, feliz, liberada, y de vuelta al hogar me repetía que no estaba triste, que no esperaba nada.

El martes y el miércoles fueron iguales. Pero yo no dejaría de acudir. Por mí. Por patinar.

El jueves me dirigí a las pistas con la vista pegada en el teléfono.

Eva:

¡He conocido a Diego!

Paula:

¿Qué? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué?

Eva:

He quedado con mis amigas y cuando pasábamos por su inmobiliaria justo Carlota y él salían por la puerta con una pinta de recién follados que alucináis.

Paula:

Ja, ja, ja, ja. Vaya par. No paran.

Carlota:

Acabábamos de echar el polvo más increíble de nuestras vidas. En serio, nunca un orgasmo me había hecho gritar tanto.

Eva:

No sé lo que sucedió ahí dentro, pero puedo constatar que las caras con las que salían eran de algo muy grande.

Paula:

Menuda racha llevamos. Entre el polvazo de Ari con el rockero en el ascensor y este...

Carlota:

Yo creo que lo de Ari me influyó. Llegué cachonda perdida a la inmobiliaria y sin avisar. ¿Queréis que os lo cuente con lujo de detalles?

Paula:

Por favor. Y luego Ari que vuelva a contarnos lo del ascensor. Estoy cogiendo ideas.

Tommy ha abandonado el grupo.

Escuché gritos de niñas y me sobresalté. Aunque no fue por los gritos en sí, fue por la imagen del tío con melena rizada que jugaba al *hockey* y discutía con ellas. Una imagen que me aceleró el corazón y me removiό el estόmago hasta el punto de sentir que se había montado una fiesta ahí dentro. Madre mía, la euforia aparece de la nada. Es algo digno de estudio. Me acerqué lo suficiente, sin analizar mis movimientos y permitiendo que mis pies actuaran dejando de lado a mi cerebro, como para oír la conversación con total claridad. Me apoyé, temblando, en uno de los muros y los observé.

—¡Hostia! —soltó una de las niñas, parecía la mayor debido a la altura que tenía, cuando se cayó con los patines y el *stick* salió volando por los aires.

—¡Alba! —le regañó Adam—. ¡No digas palabrotas, hostia! ¿Quieres que tu madre me corte las pelotas?

No pude evitar que se me escapara una carcajada. Me tapé la boca con la

mano y seguí observando la escena.

—Mierda —exclamó Adam cuando se dio cuenta de que había dicho lo mismo que la niña, Alba.

—Es que Caylin ha hecho trampas —continuaba explicando la mayor, señalando a otra de las niñas, la mediana, supuse, mientras se levantaba y se palmeaba el culo—, me ha puesto la zancadilla.

—¡Caylin!

—¿Qué? —preguntó con inocencia fingida. No engañaba a nadie.

—¿Qué hemos dicho de las trampas? ¡Si no vas a hacerlas bien, no las hagas! Ven aquí —la niña se acercó—, esto es lo que tenías que haber hecho.

A continuación, se materializó ante mis ojos la increíble estampa de cómo Adam enseñaba a las tres niñas, porque había una tercera que no aparentaba tener más de tres años y que a duras penas se mantenía sobre los patines, a hacer una zancadilla sin que se notara que era de manera intencionada. ¡Madre mía! No sabía si reírme, rodar los ojos, negar con la cabeza o llamar a la madre de las criaturas.

—¿Lo habéis entendido?

—¡Sí! —gritaron las tres.

—Bien. Se acabaron los entrenamientos. Comenzamos con el partido. Erin —llamó a la más pequeña—, tú conmigo. ¿Preparada para hacerles comer el fango?

—¡¡Sí!!

No puedo explicar la ternura que me produjeron la sucesión de escenas que visualizaron mis ojos en los veinte minutos siguientes. Adam tuvo la mayor parte del tiempo a la pequeña en brazos y aluciné con el control que tenían las otras dos sobre los patines. Esas niñas habían nacido con ruedas en los pies. Y eran bastante buenas. Lo demostraban cada vez que el adulto las apretaba en el juego y no tenía ningún tipo de consideración con ellas por el hecho de que fueran unas crías. En uno de los extremos de la pista de patinaje, en la parte plana, habían montado una especie de pista de *hockey*, formando incluso dos *porterías*? con prendas de ropa. El resto de patinadores respetaban la zona y patinaban por otras partes.

Cómo me gustaba Adam. No podía apartar la mirada de su figura. De cómo se deslizaba sobre las cuatro ruedas en paralelo y de lo feliz que se lo veía. El pelo se le revolvía por el viento y las carcajadas se le escuchaban por cada rincón de las pistas. Me entraron unas ganas tremendas de acercarme y abrazarlo. Abrazarlo, besarlo y no soltarlo jamás. Tener la libertad de poder

tocarlo cuando quisiera y pasar mis dedos por su cabello día y noche. De subirle la camiseta y acariciarle el suave abdomen que había probado con mi boca.

«Si tan solo te dejaras».

Cuando el partido finalizó y Adam y la pequeña, a la que llamaban Erin, se proclamaron vencedores, ambos comenzaron a dar vueltas por la pista haciendo eses y extendiendo los brazos a la vez que tarareaban una canción. Canción que había puesto Adam en su móvil, que sujetaba en la mano y que se oía a todo volumen. Me imaginé que era el final de esta, porque después de una única frase —*I need a hero. I'm holding out for a hero 'til the end of the night*— solo se oía un «Uuuh» pegadizo y la música de acompañamiento. La pequeña reía a carcajadas y las otras dos enseguida se unieron. Formaron una fila perfecta entre los cuatro y los movimientos eran tan acompasados que no dudé de que aquello era algo que hacían a menudo. También acompañaban a la voz que salía por el teléfono.

—«Uuuh, Uuuh, Uuuh, Uuuh».

Inevitablemente, sus pasos los llevaron hasta mí. A los cuatro, con Adam encabezando la marcha. Con Adam, que por poco no se cae de los patines al verme. Y con las tres niñas que casi caen con él al chocar con su espalda cuando se detuvo de súbito.

—Auuu —exclamaron las tres al unísono.

Mi corazón, que se había calmado un poco, se aceleró de nuevo y comencé a escucharlo como si se me estuviera saliendo del pecho. No me había dado tiempo a recapacitar sobre si deseaba que Adam me viera o no. Y era tarde. Porque ahí estábamos.

—¿Ariadna?

—Hola, Adam —lo saludé, intentando controlar mi voz.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

Era una pregunta a la vez fácil y difícil de contestar, si la analizaba con lupa, pero me limité a decir la verdad. La primera de ellas.

—He venido a patinar, pero me he encontrado con que cuatro personas jugando al *hockey* estaban ocupando una gran parte de la pista. Buen partido, por cierto —les dije a las niñas.

Ninguno de los cuatro pudo replicarme, en ese momento comenzó a sonar el teléfono que Adam aún sujetaba en su mano derecha.

Adam lo miró y se lo pasó a la mayor de ellas.

—Alba, es vuestro tío. Hablad vosotras con él.

La niña, entusiasmada, cogió el teléfono, hasta se le iluminaron los ojos, y contestó al instante, acompañada de sus dos hermanas.

—¡Tío Dan!

—¡Dan Dan, he ganado al *hockey*!

Las tres se arremolinaron alrededor del aparato y se solapaban las voces las unas con las otras. Ignoraba quién era el tío Dan, pero no tenía que estar enterándose de nada. O tal vez sí, si aquello era su rutina habitual. Ahí me di cuenta de que no tenía ni idea de quiénes eran esas niñas ni de la relación que las unía con Adam. No lo había pensado hasta ese momento.

—¿Quiénes son? —le pregunté para romper el hielo. Por increíble que pareciera, el momento era algo incómodo. Ese hombre me había provocado ya unos siete orgasmos y había puesto su boca en las partes más... recónditas de mi cuerpo, habíamos bailado juntos por la calle y me había cantado y tocado el piano, pero un encuentro casual nos inquietaba. O, más bien, a él lo inquietaba.

—Son mis hijas.

Reconozco que esa respuesta no me la esperaba para nada. Y eso que, si lo pensaba, a todas luces era la imagen que daban. El bamboleo de mi corazón se detuvo un par de segundos, los justos para analizar la situación y hacer mis cálculos. No me hizo falta repasar las facciones de Adam, las tenía grabadas en mi memoria, pero sí me fijé con más interés en las niñas.

Las tres eran rubias, guapísimas y con unos ojos enormes. Dos de ellas, la mayor y la pequeña, los tenían de un azul increíble y la mediana, verdes. Y eran igualitas a Adam.

—Son iguales que tú.

—¿En serio? —me preguntó con asombro y sospecha.

Sí. Físicamente no se parecían en nada, de hecho, esas tres no eran sus hijas ni de coña, pero había algo en la actitud, en la forma de patinar, de hablar, de expresarse, en los gestos que hacían con las manos... que me recordaban a Adam. Eran tres pequeños clones suyos. Supuse que serían sus sobrinas o primas.

—Sí, en serio. Físicamente no se parecen a ti ni en el blanco del ojo —le dije, dirigiendo la mirada al corro que habían creado alrededor del teléfono —, pero la actitud es toda tuya.

A Adam no solo lo sorprendió mi respuesta, que lo hizo, sino que también le gustó. Lo supe en cuanto me mostró su sonrisa socarrona. Esa de la que ya me había enamorado y que me moría por dibujar con mis dedos.

—El tío dice que lo llames cuando «dejes de hacer lo que quiera que estés haciendo para no contestarle al teléfono». Palabras tuyas, no mías. —La mayor le tendió el teléfono a Adam y, a continuación, se sentó en el suelo junto a sus hermanas para desprenderse de los patines. Adam hizo lo mismo y, cuando estuvieron los cuatro listos, se me quedaron mirando con la misma expresión y una postura casi exacta. Increíble.

—Hay que joderse —exclamó Adam.

—Ejem —carraspeó Caylin. Supuse que por la palabrota.

—Caylin, dame un poco de tregua, ¿quieres?

Pues sí. Era por la palabrota.

—Hola, yo soy Alba —me dijo la primera, ofreciéndome la mano—. Y ellas son Caylin y Erin.

—Hola, yo me llamo Ariadna.

—Nos vamos a comer un helado —me informó la pequeña.

—Ah, qué rico. Pues que os aproveche, os lo habéis ganado después del partidazo que habéis jugado.

Las tres me sonrieron a la vez que Adam se colgaba su bolsa de patines y la de Erin, una en cada hombro, y subía a la niña a sus hombros.

—¿Vienes? —me preguntó.

Sonreí y acepté encantada. Ni siquiera tuve que pensarlo. ¿Quién podía ponerse a patinar después de aquello?

Paseamos por las calles de Edimburgo, repletas de turistas y de música callejera, y nos detuvimos en una heladería a comprar los helados; estábamos a mediados de agosto y el día era raramente caluroso. Seguimos caminando, con los helados en la mano, hasta que llegamos al portal donde se encontraba el despacho de Adam. Lo pasamos de largo y enseguida supe que nos dirigíamos a su casa, que estaba un par de manzanas más adelante.

Cualquiera que nos viera pensaría que éramos una familia. Una familia normal. Una familia feliz. Yo miraba a Adam cada poco, y las ganas de formar parte de su vida, de conocer todo lo que había detrás de esa fachada de rockero perdonavidas, se intensificaban a cada paso. Nunca me había pasado antes. Nunca había querido pertenecer a algo que no fuera el clan Cabana.

Entramos en el portal de Adam y subimos a su casa. Estaba igual que como la recordaba, pero la presencia de las niñas le daba un toque, un «algo» que no supe descifrar. Se metieron las tres en la bañera gigante del cuarto de baño y Adam las ayudó a bañarse mientras yo inspeccionaba cada libro, cada

disco, cada detalle de aquella casa, que no era tan impersonal como me había parecido en un primer momento y que tenía una habitación al fondo que claramente era de las niñas. Me quedé apoyada en el umbral observando la cantidad de libros y de juguetes que había.

—Puedes coger el que quieras.

El susurro de Adam en mi oído fue tan inesperado que casi provocó que se me saliera el corazón del pecho.

—¡Pero qué susto me has dado! ¿Tenías que aparecer de esa manera?

—Sí.

—Era una pregunta retórica. ¿No sabes lo que es una pregunta retórica?

Vi que sonreía con nostalgia, recordando algo. Intentó disimularlo y ocultarlo, pero es que es tan expresivo...

—La verdad es que no.

Ring, ring. Ring, ring.

El sonido del timbre nos sobresaltó a ambos justo antes de que la puerta se abriera. No sabía quién era, pero tenía llaves del piso. Por un momento, me imaginé que sería su madre, su padre o algún hermano que venía a recoger a sus hijas. Por un momento, pensé que estaba equivocada respecto a la familia de Adam. Por un momento, pensé que existían. Pero no. No lo hacían.

—¡Hola! —gritó una voz masculina.

Las niñas salieron a todo correr del baño a medio vestir y gritando como locas.

—¡Papá!

—¡Papá!

—¡Papá, he ganado al *hockey*!

Adam me miró con las cejas levantadas y se giró para dirigirse a la puerta. Fui detrás de él y al final del largo pasillo, en el salón, nos topamos con un hombre alto, de pelo rubio oscuro, ojos verdes, guapo, más o menos de la misma edad que Adam y que, sin ninguna duda, era el padre de las criaturas. Recordé la noche de la discoteca y no tuve dudas: aquel era Oliver Aston, las niñas eran hijas de él y de Sara, y el tío Dan era Daniel Summers. Todo encajó.

—Hola —repitió de nuevo al verme.

—Olly, Ariadna. Ariadna, Olly —nos presentó el anfitrión sin demasiada ceremonia.

—Tú eres la química —me dijo sin atisbo de duda tras bajar a Erin de sus brazos y darme un apretón de mano.

—Y tú el físico.

—Astrofísico, en realidad —me respondió, para mi sorpresa, sin chulería. Tan solo constataba un hecho.

Mi primera impresión de Oliver Aston fue que se trataba de un hombre frío, distante y metódico. Pero solo frente al exterior. Porque lo poco que lo vi interactuar con sus hijas y con Adam me dijeron todo lo contrario. Sobre todo, con Adam. Os juro que ahí, enfrente de mí y con las niñas revoloteando a su alrededor, se estaban comunicando con los ojos. Comunicándose de verdad, de cuando cruzas no una, sino varias frases. En apariencia nadie lo hubiera dicho, no había signos de ello, no había muecas en el rostro de ninguno de los dos ni movimiento en los ojos. Pero estaban hablando. Estaba segura.

Me quedé de pie, en medio de la estancia, sin saber muy bien qué hacer y siendo testigo de una escena familiar y emotiva hasta que los Aston se marcharon. Entonces, el silencio reinó en el salón. Y los nervios volvieron. ¿Qué iba a pasar ahora? Me di la vuelta y me topé con algo. Al girarme, descubrí que era el piano de cola. Por impulso, y puede que también por los nervios, porque a quién se le ocurre, coloqué las manos en la tapa cerrada y me senté de un salto. Levanté la cabeza y me encontré con Adam apoyado en el dintel a unos cinco metros de mi posición.

—¿No debería estar la tapa subida? —le pregunté, refiriéndome al piano.

—Yo siempre voy a contracorriente —respondió, guiñándome un ojo.

—Así que tus hijas, ¿eh? —le dije con socarronería.

—Como si lo fueran. ¿Cuándo te has dado cuenta de que no lo eran?

—¿Que no eran biológicas? Desde el primer minuto. ¿Que las quieres como si lo fueran? Desde el primer minuto. ¿Que te consideran un segundo padre? Desde el primer minuto.

Adam solo sonrió y se acercó a mí. Se quedó a unos pocos centímetros y cruzó los brazos.

—¿Te das cuenta de que estás sentada encima de cincuenta mil libras?

¿Cincuenta mil libras? ¡Ay, mi madre!

Fui a bajarme, pero él me lo impidió, sujetándome por la cintura y estrechándome contra su cuerpo.

—¿Quieres saber una cosa? —me preguntó con su aliento muy cerca del mío.

—¿Qué?

—Me rindo.

—¿Te rindes?

—Sí. Me rindo al puto destino, a que Edimburgo sea demasiado pequeño o a las jodidas probabilidades.

No lo entendí del todo, pero, a la misma vez, creo que sí lo entendí. Era un punto de inflexión en nuestra historia. Un «se acabó el no saber de ti en días o semanas», el desaparecer. Un «nos gustamos y vamos a ver a dónde nos lleva». Un «vamos a probarnos».

—Ven aquí —me susurró, colocando sus piernas entre las mías abiertas y besándome en la boca. Su lengua entró tan rápido y el contacto fue tan electrificante que menos mal que estaba sentada. Sentada encima de un piano de cincuenta mil libras.

Adam se deshizo de mi camiseta mientras yo le desabrochaba el botón de los pantalones vaqueros. Tuve que detenerme en mi hazaña cuando me pasó la prenda por los brazos y dejamos de besarnos. Estaba claro lo que estaba a punto de suceder y un recuerdo me vino a la cabeza.

—¿A cuántas te has tirado encima del piano?

—A ninguna —reconoció sonriéndome y besándome de nuevo. Me pareció sincero. Y lo creí.

—Eres un idiota —le dije, por hacerme creer la otra vez que se las tiraba a todas ahí.

—Sí, lo soy.

—¿Este trasto aguantará nuestro peso? —le pregunté. Tenía mis dudas al respecto.

—Sí —me respondió mientras me bajaba la ropa interior.

—¿Cómo lo sabes? —Mi respiración ya estaba agitada y el cuerpo me temblaba de anticipación, pero pude formular la pregunta.

—Porque en el colegio solía sentarme en uno parecido a leer para matar las horas mientras Sara estudiaba sentada en el taburete.

—Estoy segura de que en el colegio pesabas mucho menos. — Separábamos los labios y escondíamos las lenguas en la boca lo justo para hablar.

—Sí, eso es verdad. Era un puto enclenque. Pero aguantará.

Comenzamos a hacer el amor en el piano, pero terminamos en el sofá, y, por primera vez en nuestra extraña relación, Adam se quedó dormido antes que yo.

Mientras le acariciaba el pelo, lo observaba dormir y analizaba todo lo que sabía de él, me di cuenta de que estaba viviendo mi primer amor.

Por primera vez, tuve ese gusanillo en el estómago por ver a alguien, por hablar con él, por esperar llamadas telefónicas, mensajes, que, por cierto, empezaron a la mañana siguiente. Esas cosas de adolescentes. Por primera vez, el deseo era algo más que tocar o besar, era buscar su bienestar, su felicidad, que en todo momento estuviera bien.

Adam fue mi primer amor. Un primer amor adolescente porque yo era una adolescente en esas materias. No había tenido tiempo para chicos ni para enamorarme. Claro que había tenido rollos, novios sin importancia, pero era algo esporádico, algo solo físico.

Adam fue un amor difícil; y no me preguntéis por qué, pero supe desde el primer momento que lo sería. Supe que iba a ser un amor problemático, de los que te hacen llorar, sufrir, plantearte mil cosas, tirar la toalla y volver a cogerla unas doscientas veces a la semana, las que hagan falta, pero que lo haces porque sabes que merece la pena. También tiene la parte buena del amor adolescente: la espontaneidad, la pasión y ver las cosas con muchísima potencia, como si tuviéramos las hormonas de los quince revoloteando por nuestros cuerpos.

Si alguien me hubiera dicho que aquel tío desgredado al que conocí en el hospital y al que le eché una bronca de las épicas iba a ser ese amor, no me lo hubiera creído, es más, me hubiera reído en su cara.

Nunca he fantaseado con cómo sería el encuentro con el hombre de mi vida. Mi hermana Paula sí lo hacía, a diario, y me lo contaba cuando éramos pequeñas; me decía que sería un encuentro fortuito, que al cruzar una esquina chocaría con él, se mirarían a los ojos y surgiría el amor, saldría un aura de color de rosa alrededor de ellos como en *Los caballeros del zodiaco* y sería AMOR.

Mis otras hermanas tenían sus propias historias y desde su primer novio se veían casadas con él. Yo no fantaseaba con el chico de mi vida, con las fantasías de mis hermanas me bastaba y, según fui creciendo, me forjé la idea de que el amor era algo químico, un proceso.

Más tarde entendería que el amor era magia.

Bismillah! No, we will not let you go. Let him go. Bismillah! We will not let you go. Let him go. Bismillah! We will not let you go. Let me go

Adam

Me desperté sudando, y yo pocas veces me despierto sudando. No porque no posea glándulas sudoríparas, sino porque duermo en una cama extragrande, en pelotas y destapado. Sin abrir los ojos, me di cuenta de que había algún factor de los mencionados que no se cumplía o, mejor dicho, que casi ninguno se cumplía.

Porque estaba en pelotas, sí, pero aquello no era mi cama —ni la de mi casa ni la de casa de Sara— y definitivamente estaba tapado con algo. Algo que respiraba de manera regular y emitía muchísimo calor.

Abrí un ojo y solo me hizo falta ver el pelo castaño que ocupaba gran parte de mi visión para descubrir que mi manta era una persona. Era Ariadna.

«Joder. ¿Qué está pasando?».

Lo último que recordaba era haber practicado sexo del bueno en el piano y el sofá, y después de eso... nada.

«Joder. ¿Me quedé dormido? La hostia».

Era una situación bastante nueva para mí: despertar con mujeres en mi cama, o en mi sofá. Con la única chica con la que dormía y podía haberme levantado algún día en una situación similar era Sara, y enseguida lo resolvía con un empujón sin miramientos o una patada, si no me la daba antes ella a mí. Hasta yo me percaté de que no podía apartarme de Ariadna de una manera tan brusca, además, a pesar del sudor, no se estaba mal del todo.

Tuve suerte y no me tocó improvisar plan para separarla de mi cuerpo; ella sola se despertó unos segundos después. Abrió los ojos, despacio, y, cuando me vio, me miró con el ceño fruncido.

—Buenos días, *Diciembre* —le dije.

El sol entraba a raudales por el gran ventanal del salón, por lo que supuse que era de día. Aunque no sabía la hora. Y ya puestos, ni el día. ¿Tenía que ir a trabajar?

—¿Qué hora es? ¿Y qué día? —me preguntó.

Bueno, al menos no era el único que se sentía desorientado. Aparté mi brazo izquierdo del cuerpo de Ariadna y miré la hora en el reloj.

—Son más de las siete. Y en cuanto al día de la semana... ayer pasé la tarde con las niñas, así que era martes o jueves.

Los dos caímos a la vez en lo mismo, una vez hice esa declaración. Tanto si el día anterior era uno u otro...

—¡Tengo que ir a trabajar! —exclamamos al unísono.

«Mierda. Otra vez tarde».

Al final fue Ariadna la que me apartó de una patada.

—¿Puedo darme una ducha rápida? No puedo ir a trabajar con la misma ropa que ayer y oliendo a sexo.

A mí, la verdad, me importaba una mierda ir a trabajar de esa guisa, pero decidí darme una ducha también.

Usamos cada uno un cuarto de baño y, al terminar, le presté a Ariadna un bóxer y una camiseta blanca, la única que tenía de ese color, y limpia.

Salimos de mi casa acelerados y sin desayunar; ya lo haríamos en el trabajo. Usamos las escaleras en lugar del ascensor y antes de darnos cuenta estábamos en la calle. Me pregunté en qué momento habíamos pasado de estar calentitos en mi sofá a estar vestidos y separados. Había pasado todo como muy rápido.

—¿Quedamos esta noche para hacer algo? —No había tiempo para despedidas, así que fui breve y directo.

—¿Algo como qué?

—No lo tengo claro, déjame mirar primero si hoy es miércoles o viernes.

El sonido de sus carcajadas tenía algo. Algún tipo de droga que te envolvía y te enganchara a ello. O alguna mezcla extraña y adictiva que fabricaban los químicos.

—Es viernes.

—Oh, en ese caso, ¿te apetece salir a bailar?

—Me apetece.

—Bien. Te llamo luego.

Nos despedimos con la mano, no supimos hacerlo de otra manera, y nos fuimos cada uno en una dirección diferente, como de costumbre.

—¡Ey! —Me giré al oír el grito entre toda la marabunta de la ciudad a esas horas de la mañana. Era su voz—. Cada día me gustas más con traje, *Melenas*.

Sonreí. Sonreí y llegué al despacho tarde, pero sin que se me fuera la sonrisa de la cara. Había pasado toda la noche con una chica y, al contrario de lo que había pensado durante la mayor parte de mi vida, no fue una situación incómoda al despertar y no se había producido ningún holocausto. Qué cosas, ¿no?



Brian:

Pero ¿no nos dijiste que nada de Ariadna?

Adam:

He cambiado de opinión.

Brian:

Adam, estás muy...

Adam:

Muy ¿qué?

Brian:

No sé. No encuentro la palabra.

Daniel:

¿Muy en la edad del pavo, ahora sí, ahora no, ahora creo que quiero una cosa, luego otra y después no sé lo que quiero?

Brian:

Coño. Has dado en el clavo. Sí, eso mismo.

Adam:

No entiendo por qué pierdo el tiempo con vosotros.

Daniel:

Vamos, Adam.

Adam:

¿Qué queréis que os diga? Estoy hasta los cojones de que analicéis cada paso que doy y todavía más en lo que respecta a Ariadna. ¡Me gusta el sexo con ella, es la puta hostia, y no sé por qué no puedo practicarlo de manera habitual! De hecho, vamos a hacerlo durante días, semanas o meses hasta que nos cansemos de follar juntos. Así hemos quedado.

Brian:

Joder, desde luego te habrás quedado a gusto. ¿Habéis firmado un contrato?

Daniel:

¿Tanto te costaba decirnos eso? Las relaciones de follamigos están a la orden del día. No hagas un drama, Wallace.

Adam:

No lo llares relación. Y no hemos firmado nada, capullos. Es algo que se sobreentiende.



Ariadna y yo nos entendíamos a la perfección. Llevábamos dos semanas haciéndolo. Entendiéndonos, me refiero. Bueno, y también teniendo sexo a tope. Algunas veces en mi casa, otras, en la suya. En el coche, en el ascensor del despacho una tarde que pasó a recogerme o en el propio despacho. No en mi mesa, no, Sara me mataría. Pero sí en la mesa de la sala de juntas donde nos reunimos aquella primera vez. Quién nos lo iba a decir, ¿eh?

Entendí que mi «cosa» de follamigos con Ariadna no sería un asunto de semanas. No. Más bien de meses, porque llevábamos quince días apareándonos como animales y ni de lejos nos habíamos cansando. Es más, la «cosa» iba *in crescendo*.

Ariadna era adictiva. Me flipaba su sabor, su olor, besarla, acariciarla, hacerla mía y hablar durante horas después del sexo. Me gustaba su voz y el acento español que impregnaba cada una de sus frases. También me gustaba cuando juraba en su idioma y todavía más cuando cantaba. Porque Ariadna escuchaba música y cantaba cada día más. Lo hacía para ella misma, pero yo la escuchaba.

Todas las noches después de despedirnos —la única que pasamos juntos fue en la que me rendí y solo porque caí redondo después de lo del piano y el sofá— ella me mandaba sus «buenas noches» y yo como respuesta le enviaba una canción nueva. Habíamos probado casi todas las décadas importantes y las favoritas de Ariadna eran los ochenta y noventa. Puta casualidad, igual que las mías. Me concentré en ellas y fue la hostia cuando tuvo su primer orgasmo musical.

Diciembre:

Acabo de sentirlo, Adam. Y ha sido una pasada.

Joder, cómo me ponía que me llamara por mi nombre. No lo hacía muy a menudo, casi siempre yo era *Melenas*, pero cuando lo hacía algo se me removía por dentro. Supuse que sería por la novedad, por el poco uso que le daba a mi nombre. En cuanto al mensaje, lo pillé a la primera.

Adam:

Ah, tu primer orgasmo musical. Y yo me lo he perdido.

Diciembre:

Mañana te hago una escenificación perfecta. ¿Paso a recogerte por el despacho?

Adam:
A las 8.

Brian:

¿Cine? ¿Habéis ido al cine?

Adam:
Sí.

Brian:

¿Y tuvisteis sexo en la sala de cine?

Adam:
No, claro que no. Tú estás flipado.

Brian:

Mmm, vale.

Adam:
Los dos queríamos ver la nueva de Marvel. ¿Por qué ir por separado?

Brian:

Claro, claro.

Adam:
¿Estás en modo irónico o algo? Porque a veces me cuesta captarte si no te veo el careto.

Brian:

Estoy bien. ¿Tú?

Adam:
De puta madre.

Brian:

Bien.

Adam:
Bien.

Brian:

Ja, ja, ja, ja, ja.

Adam:
¿De qué coño te ríes?

Brian:

De nada.

Brian:

Bueno, de ti.

Adam:

Brian:

Puto adolescente.



—Déjame hacerte la trenza —le dije un día, sentados en mi cama, después de dos horas de sexo y con su trenza destrozada como consecuencia—. Soy un experto. Se las hago a mis sobrinas.

Ariadna se sentó a lo indio encima del colchón y yo me situé detrás de ella; al ser yo más alto, la postura era perfecta para peinarla. Me gustaba tocarle el pelo. Pero negaré que eso ha salido de mi boca. Comencé con el proceso, dividí el cabello en tres mechones y los crucé. Me quedó de puta madre. Como siempre.

—¿Cómo es posible que tus sobrinas salgan así a la calle? —me dijo cuando se levantó para admirar la obra de arte en el espejo.

—¿A qué te refieres? —le pregunté con la frente arrugada.

—Estoy más despeinada que después de hacer el amor.

—¿Qué dices? Estás perfecta. La trenza está perfecta.

—¿Trenza? A esta cosa amorfa no se le puede llamar trenza.

Me puse el dedo en la boca y recordé los comentarios insulsos que me hacía Sara cuando peinaba a las niñas.

—Sara opina lo mismo, pero es porque no tiene ni idea. Y porque el amor por su marido la ciega. Está acostumbrada a ver a sus hijas con las trenzas que les hace su padre, que por muy inteligente y astrofísico que sea es incapaz de hacer una puta trenza correcta.

—Tú tampoco.

Cuando más tarde la acompañé dando un paseo hasta su apartamento, nos encontramos con una de sus compañeras de piso en la calle. Me sabía sus nombres, pero era incapaz de enlazarlos con la persona correcta. Por eso las llamaba de «tú», así no me equivocaba nunca.

—¿Os ha pillado un vendaval? —nos preguntó.

¿Vendaval? Vale que estábamos a finales de septiembre y que el frío había comenzado, pero de ahí a que hubiera un vendaval... no son exageradas ni nada las tías, joder.

—No —contestamos a la vez. Era algo que hacíamos a menudo. Que habíamos comenzado a hacer a menudo. Me hacía gracia coincidir tantas

veces. Supuse que se debía a que teníamos una personalidad parecida y pensábamos igual.

—¿Y por qué vas con esos pelos por la calle? —le dijo entonces a Ariadna.

«Me cago en la April de los huevos, o June o quien demonios sea». La miré mal, muy muy mal. La trenza estaba perfecta. De lo contrario, ¿por qué se había paseado Ariadna con ella tan feliz por medio Edimburgo?



Daniel:

Hace un rato os he visto por la calle.

Adam:

¿A quién?

Daniel:

A ti y a Ariadna.

Adam:

¿En serio? ¿Dónde?

Daniel:

En una hamburguesería. Os he visto a través del cristal.

Adam:

¿Por qué no has entrado a saludar?

Daniel:

No sé. Estabais compartiendo una patata frita exageradamente grande y no quería interrumpir.

Adam:

Solo estábamos comprobando una teoría.

Daniel:

Ya. No quiero saberla.

Brian:

¿Dónde habéis ido después?

Adam:

A casa.

Brian:

¿Juntos? ¿A follar?

Adam:

No, cada uno a la suya. No dormimos juntos nunca. No es parte del trato y eres un puto obsesionado con lo de follar.

Brian:

Cierto. No pienso en otra cosa. Ya me conoces.

Adam:

Estás necesitado, Bri.

Brian:

Sí, será eso.



Para finales de septiembre, habíamos visitado la mayor parte de la ciudad y teníamos nuestros lugares predilectos. Uno de ellos era Portobello, la playa de Edimburgo. A Ariadna le encantaba la playa y, aunque ya no era época de bañarse —el otoño había entrado con fuerza—, a los dos nos divertía jugar en la arena y hacer el gilipollas. Sobre todo, esto último. Yo no he cambiado demasiado, sigo siendo igual de ganso que siempre y me flipó descubrir que Ariadna era igual o peor que yo en ese sentido. Ella también lo flipó, por cierto. Con el paso de los días y a cada gamberrada que hacíamos, se daba cuenta de que su sentido de la vergüenza era más bien escaso.

Quedé con ella allí mismo, había estado toda la tarde fuera de la ciudad reunido con un cliente, y en cuanto la vi en el paseo marítimo con la vista clavada en el mar no pude evitar acercarme con sigilo y sorprenderla.

—Está usted detenida, señorita —le dije al oído, imitando otra voz, a la vez que le tapaba los ojos con las manos para que no me descubriera—. No se puede estar tan buena.

—Adam, deja de hacer el imbécil y aparta las manos de mi cara. ¡Estaba observando a un chico haciendo surf y me has cortado la imagen justo cuando cogía la ola!

¿Qué? ¿Lo que miraba con tanta atención era a un puto surfista?

Miré hacia el mar y ahí estaba el susodicho, pero sin hacer nada que mereciera la pena admirar. Yo seguía sin quitar mis manos de los ojos de Ariadna.

—¿Cómo sabías que era yo si me he cambiado de voz? —le pregunté al quitárselas.

Ella me miró arqueando una ceja de esa manera suya tan pronunciada.

—*¿Está usted detenida, señorita. No se puede estar tan buena?* —dijo, imitando mi voz falsa—. Sin comentarios, *Melenas*. ¿Vamos a la arena?

—Vamos —le respondí, cogiéndola la mano y descojonándome de la risa.

Fue entonces cuando pude verla de arriba abajo y descubrí que llevaba una camiseta con las teclas de un piano en toda la mitad derecha. ¡Joder, qué puta chulada!

—¿Y esa camiseta?

—La compré el otro día. La vi en una tienda y no me pude resistir. ¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? ¡Casi me corro al verte!

—¡Adam! —me reprendió, mirando a cada lado—. Incluso tú tienes que darte cuenta de que hay un límite en cuanto a las palabras que pueden gritarse en medio de la calle.

—¿Me dejas hacértelo en la playa cuando se haga de noche sin quitarte la camiseta? —le pregunté al oído. Me estaba empalmando solo por la anticipación.

—Pues claro —me dijo, guiñándome un ojo—. Y ya verás cuando me veas las bragas.

Joder, cómo me flipaba Ariadna.

Nos metimos en la arena y no sé cómo, pero empezamos a bailar y a dar saltos. Ariadna quería enseñarme que aún era capaz de hacer todas las acrobacias que hacía de pequeña cuando iba a clases extraescolares de gimnasia rítmica y yo... vale, yo no tengo ninguna excusa.

Esa noche, después de montárnoslo en la arena y de crear un antes y un después en lo que a sexo se refiere, le mandé por mensaje la banda sonora de la película *Dirty Dancing*. No sé por qué, pero me recordó a lo que habíamos estado haciendo en la playa. A las acrobacias y los saltos.

Ariadna me llamo al día siguiente, según se despertó, para contarme que se había dormido con ella, escuchándola en bucle.



Octubre me pilló desprevenido. El último mes y medio se me había ido de las manos. Tenía una sensación extraña en el cuerpo. Por una parte, me daba cuenta de todas las cosas que había vivido en las últimas semanas, de que me encontraba de puta madre, pero, por otra, tenía la impresión de que el tiempo se me escapaba de las manos. Avanzaba demasiado rápido y no me daba la oportunidad a pararme y pensar. Pensar en Ariadna, en mí y en lo que estábamos viviendo juntos. Porque, a pesar del estado permanente de furor en el que me encontraba, había algo, algo pequeño pero insistente, que me susurraba cosas feas al oído. Que me chirriaba. Pero no quería pensar, no de momento, no quería detener el tiempo y pararme a analizar nada de lo que estaba viviendo con ella.

Así que lo dejé pasar. Por lo menos un poco más. Unos meses más. Al menos hasta saciarme de Ariadna. Pero la pregunta era: ¿sucedería en algún momento? ¿Me cansaría de Ariadna? ¿O se cansaría antes ella de mí? ¿Y qué haría yo si eso ocurría?

Incógnitas. Incógnitas... Demasiadas ¿verdad?

«Pensaré en ello mañana». Eso es lo que me decía una y otra vez. Una y otra vez.

♪ 21 ♪

Will not let you go, let me go (never)

Ariadna

Paula:

Sois novios.

Carlota:

¿Quiénes?

Paula:

Ari y el perdonavidas.

Paula:

Bueno, y Diego y tú también.

Eva:

El otro día papá y mamá me preguntaron por él.

Carlota:

¿Por el perdonavidas?

Eva:

No. Por Diego.

Carlota:

¿Qué? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Y por qué no me lo has contado?

Eva:

Relaja un poco, Carlo. Solo me preguntaron que quién era el moreno tan guapo que andaba todo el día contigo.

Carlota:

¿Y qué les dijiste?

Eva:

Que era tu rollo del verano.

Carlota:

Estamos a mediados de octubre.

Eva:

Lo sé. De nada.

Carlota:

No somos novios.

Ariadna:

No somos novios.

Paula:

Tommy, ¿tú qué opinas?

Tommy:

Yo me callo.

Tommy:

De momento.



Había comenzado a llover, se escuchaba con claridad en los golpes que daban los gotones contra las ventanas del salón de Adam. Me entretuve viendo cómo caían hasta que giré de nuevo la cabeza y la enfoqué en la tele. O en Adam. Alternaba entre una y otro. Llevábamos toda la semana quedando en su casa por la noche para pegarnos un maratón de los buenos de películas de superhéroes y a veces se nos iba un poco de las manos. Uno de los días, por poco voy de empalmada al trabajo. Tuve el tiempo justo para que Adam me acercara en coche a mi casa, ducharme y desayunar. Creo que, de hecho, medio dormitamos en su sofá, pero jamás lo diría en alto. Adam era muy sensible con el tema. Sensible a hablarlo, que no a hacerlo. Hacer podíamos hacer mil cosas, pero hablar de ellas... oh, no, eso no.

Y diga lo que diga, Spiderman es el mejor de todos. Quedó demostrado cuando una semana atrás organizamos una lucha en la que ambos lanzábamos nuestro ataque y el que perdiera tenía que quitarse una prenda de ropa. Lo dejé en pelotas en cuatro movimientos. Luego lo devoré con mi boca. Enterito. Pero no me saqué. En ocasiones pensaba que lo que necesitaba era darme un atracón de los buenos con Adam, pero nunca llegaba, nunca era suficiente.

Lo observé mientras comía palomitas sin apartar la mirada de la televisión. Qué friki era y cómo me gustaba. No me cansaba de mirarlo, y ya podía estar en la tele quien quisiera, que él era la mejor vista de todas.

Él. Adam. Mi Adam. Aunque aquello tampoco pudiera pronunciarlo en alto. Ni en bajo. Solo me permitía pensarlo un par de veces cuando me ponía especialmente tonta o melancólica.

Mi placentera observación se vio interrumpida por unas ganas inminentes de ir al servicio.

—¡Mierda! Tengo que ir al cuarto de baño.

«Joder, siempre en el momento más inoportuno». Me levanté y fui corriendo al más cercano, al que está en el dormitorio de Adam. Cuando un rato después me descargué y volví al salón, Adam negaba con la cabeza a la vez que se partía de la risa.

—Deja de reírte —le dije.

—Tienes que dejar de hacer esas apuestas en el trabajo. Van a acabar contigo.

—No voy a ser la primera en rendirme. Tiene que caer alguien antes. Yo creo que Marla está a punto.

—Sí, a una fosa común va a caer. Estáis todos pirados. Si fuera tu novio, te lo prohibiría.

Silencio. El silencio se apoderó de toda la estancia, de nuestras bocas e incluso del ruido del exterior.

El mío se debía a que, estúpidamente, pensé que el hecho de que Adam se planteara prohibirme hacer algo tan nocivo para mi salud era porque se preocupaba por mí, y llamadme tonta, pero el corazón dio un bote en mi pecho.

El suyo era porque sin duda aquello se le había escapado. Adam no era muy de mostrar emociones, fuera del sexo, o de mostrar pensamientos, y aquello había sido una declaración de intenciones no intencionada. Al segundo de decirlo, vino el cruce de miradas. Miradas incómodas por su parte. Y confundidas.

Adam, por fuera, parecía un tipo independiente, distante, inalcanzable, pero empezaba a entender que no era más que un muro de contención a lo que había dentro, así que lo ayudé a salir del aprieto.

—No sabía que usabas gafas —le dije volviéndome a sentar en el sofá, como si no hubiera pasado nada, y señalando unas gafas que reposaban en una mesa cercana.

—Y no uso. Son de Olly, me las pondría un día para reírme de él y me quedaría con ellas sin darme cuenta.

Asunto arreglado. Frase olvidada. Y seguimos.



Paula:

Sois novios.

Eva:

Lo son. Y deja esas apuestas, Ari. El perdonavidas tiene razón.

Ariadna:

El perdonavidas tiene nombre. Y es Adam.

Ariadna:

Y no es mi novio.

Paula:

Puff, si es que sois supernovios. ¿Cuándo ha dejado de ser el rockero perdonavidas?

Carlota:

Hace unas semanas.

Eva:

Esto está yendo muy rápido.

Paula:

Los primeros amores lo son.

Eva:

¿Qué son?

Paula:

Rápidos.



—Voy a llamarlo —le dije a June a gritos mientras me separaba del jaleo de la vivienda.

Nos encontrábamos en una fiesta de Halloween que había organizado nuestro vecino del cuarto (y rollito de April), y acababa de escuchar una canción que me había vuelto loca. Algunas canciones no te dicen nada a la primera, pero comienzas a reproducirlas a menudo y te acaban enganchando; sin embargo, hay otras que te gustan desde que las escuchas por primera vez. Empezaba a comprender de qué iba todo el asunto de escuchar y sentir la música y Adam tenía que saberlo. Y decirme cuál era la canción, ya de paso.

—¿A quién? —me preguntó mi compañera de piso, acompañándome hacia la salida.

—A Adam.

—Ari, son más de las doce de la noche y mañana es día de labor.

—No importa. Suele estar despierto a estas horas. Adam es bastante búho y el *riff* de guitarra de la última canción ha sido una pasada. Tengo que decírselo.

—Joder, ¿quién es Ari y qué has hecho con ella? ¿Desde cuándo sabes esas cosas? Ni siquiera yo sé lo que significa eso de *riff*.

La ignoré, abrí la puerta principal del piso y salí al descansillo del edificio para poder llamar a Adam y que se escuchara algo. Me contestó al segundo tono.

—¿Ari? ¿Estás bien?

—Hola, *Melenas*. Estoy perfecta. ¿Te pillo despierto?

—*Siempre*. ¿Qué tal la fiesta?

—Muy bien. No sabes lo que me ha pasado.

Enseguida pasé a la acción y a contarle lo de la canción, no soy yo muy de marear y no ir al grano.

—¿Qué?

—Acabo de escuchar un *riff* de guitarra que me ha flipado, pero no sé qué canción es.

Su risa cálida, en mi oído, me estremeció entera. Cerré los ojos y la retuve en mi sistema. Me encantaba cuando Adam sonreía, me encantaba siempre, pero reconozco que algo más si yo se lo había provocado.

—*Tararéame la melodía, pero hazlo como te he enseñado a hacerlo.*

Y eso hice, se lo tararé tal y como él me había enseñado a hacerlo en los últimos meses.

—«Ta ra ra, ra ra, ta ra ra, ra ra. Ta ra ra, ra ra, ta ra ra, ra, ra...».

—*Nirvana* —me interrumpió. Era una máquina. Y cómo me excitaba aquello. Cuanto más rápido adivinaba la canción más me ponía—. *Álbum Nevermind, 1991. El título de la canción es Smells Like Teen Spirit.*

—Eres una enciclopedia andante en lo que a música se refiere. Es admirable.

Me senté en las escaleras del rellano y me apoyé de costado en la pared. No era ese el lugar en el que quería estar, lo supe en ese momento. Quería estar con él, en su casa, o en la mía o donde fuera. Pero con él.

—*Bah, no es para tanto, pero es que a tu lado... Debes de creer que soy un puto Dios.*

—Tampoco te pases, *Melenas*.

—*Oh, vamos, súbeme un poco el ego.*

—He soñado contigo —le confesé. La ingesta de alcohol me ayudó. Lo reconozco.

—¿Cuándo?

¿Y si le decía que cada día? No, mejor no.

—Ayer.

—¿Y qué hacíamos?

—¿Por qué das por hecho que estábamos juntos?

—¿No lo estábamos?

—No —justo en el sueño del día anterior, no—. Solo estabas tú, cantando encima de un escenario y tocando la guitarra. Llevabas el pelo perfecto y los ojos pintados de negro. Estabas muy sexi y me puse un poco tonta.

Otra vez esa risa, su risa. Decidí levantarme de las escaleras y bajar hasta

mi piso. La noche se había acabado para mí. Llevaba más de tres horas bailando y solo me apetecía hablar por teléfono.

—*¿Solo un poco tonta? Háblame de eso.*

—Primero prométeme que vas a dejar que te pinte un día los ojos.

—*Hecho.*

—¿Hecho? ¿Así de fácil?

—*Sí, soy un tío fácil y, además, no sería la primera vez, Sara me los ha pintado en alguna que otra ocasión antes de subirme a un escenario.*

—¿Te puedo hacer una pregunta personal?

Llevaba semanas queriendo preguntarle sobre algo que me rondaba demasiado la cabeza. Y no eran celos, ni muchísimos menos, era curiosidad.

—*Dale.*

—¿Te has acostado alguna vez con Sara?

—*¿Sara y yo? ¿En plan parejita ella y yo solos? No. Nunca.*

—¿Y con Oliver?

Y, solo de imaginármelos a los dos juntos, con todo lo guapos que son, ya me estaba excitando.

—*¿Oliver y yo? ¿En plan parejita él y yo solos? No. Nunca.*

«Espera».

—¿¿Te has acostado con Sara y Oliver a la vez?? Me refiero a... ¿habéis hecho un trío sexual?

—*Ja, ja, ja, ja, ja. Apuesto a que te estás poniendo cachonda.*

—Llevo un rato así. De hecho, ya lo estaba antes de llamarte.

—*Ah, ¿sí? ¿Desde cuándo?*

—Desde que nos he imaginado bailando juntos, pegados, con esa canción de Nirvana de fondo.

—*Joder, y yo tan lejos de ti.*

—Eso podemos remediarlo.

—*¿Cómo? ¿Sexo telefónico?*

—No —aunque no me desencantaba la idea del todo—, puedes venir a mi casa o ir yo a la tuya.

—*Mierda, no puedo. Estoy en casa de Sara y Olly y he prometido a las niñas que dormiría con ellas.*

¿Sara y Olly? Recordé entonces que...

—Oye, *Melenas*, al final no me has dicho que no al trío con Sara y Oliver.

—*Ja, ja, ja, ja, lo sé. Hasta mañana, Diciembre.*



—La fórmula. Dime la fórmula.

Por suerte, esas cinco palabras no habían entrado en mi cerebro hasta un segundo después de correrme. Estábamos haciendo el amor en mi cama, dos días después de mi llamada la noche de Halloween y escuchando Nirvana de fondo.

—No me puedo creer que me hayas preguntado por la fórmula de la Coca-Cola mientras me corría —le dije, al caer sobre él.

—Joder, y yo no me puedo creer que no hayas caído. Eres dura, *Diciembre*, pero te lo acabaré sonsacando.



Paula:

Sois novios.

Eva:

Ajá.

Carlota:

Ajá.

Tommy:

Ari, lo sois. Hasta yo lo veo, joder.

Ariadna:

No somos novios. Además, ¿qué es ser novios?

Paula:

Ser novios es hacer las cosas que Adam y tú hacéis.

Eva:

Según el diccionario: «Persona que mantiene una relación amorosa con otra».

Paula:

Pues eso.

Aquella era una buena pregunta. ¿Qué significa ser novios? Yo no era tonta y sabía que había palabras que estaban prohibidas con Adam. *Novio* era una de ellas. *Relación*, *compromiso* o *dormir* también entraban en el saco. Así que yo no tenía ni idea de lo que éramos, pero tampoco me importaba. Lo que me importaba a aquella altura de la película era Adam. Adam y su vida. Adam y su entorno. Adam y su familia.

Cuando me dijo que era el dueño del despacho de abogados, entendí que era el hijo de los verdaderos dueños. Que era un niño de papá y mamá que

estaba ahí de gran jefazo porque sus padres le habían dado todo hecho. Pero no había padres. No había fotos, no había menciones a ellos, no había nada. Empecé a comerme mucho la cabeza pensando en la razón por la que no existían. De ninguna manera podía preguntárselo a Adam porque, aunque no me lo había dicho explícitamente, sabía que aquel era el tema más tabú de todos. Esas cosas se saben. Se sabe cuando un tema está vetado. Cuando es terreno peligroso. Así que nunca me pronuncié frente a él.

Al principio me lo tomaba como una incógnita, pero, con el paso del tiempo y con la sensación permanente en el cuerpo de que algo malo había pasado, se convirtió en una necesidad. Necesitaba saber lo que había sucedido, necesitaba saber dónde estaba su familia.

También necesitaba entenderlo, sobre todo eso. Necesitaba entender a Adam y me faltaban demasiados datos sobre su vida. Me encontraba perdida en un laberinto sin salida y todo ello me llevó a tomar una decisión, no sé si mala, nefasta o algo mucho peor: si él no podía darme las respuestas, las buscaría en otra parte.

Habían pasado tres meses. Tres meses desde aquella vez en el piano de su casa y tres meses desde que aquella «situación» nuestra empezara. Era hora de las respuestas.

Me presenté un veinte de noviembre, lunes, en el despacho de Adam. El jueves de esa misma semana era mi cumpleaños y me había cogido toda la semana de vacaciones con la intención de ir a mi casa, a España, a pasar unos días. No había podido coger vacaciones de verano porque acababa de aterrizar en la empresa, pero ya me pertenecían algunos días y decidí aprovecharlos.

Tuve que tragarme el nudo que tenía en la garganta cuando dije aquellas palabras a la señora que custodiaba la entrada.

—Hola. ¿Podría hablar con Sara... —dudé con su apellido— Summers, por favor?

Sabía que la mejor amiga de Adam había vuelto al trabajo tras su baja por maternidad porque me lo había mencionado él mismo en un par de ocasiones. Sara y Oliver estaban siempre en su boca y no tenía duda de que, si alguien tenía las respuestas que yo necesitaba, ese alguien era alguno de ellos dos. A Oliver lo descarté enseguida por motivos obvios, después de mi primer encuentro con él estaba segura de que no me daría nada. Con Sara decidí jugármela, era mi única opción.

—¿Tiene cita? —me preguntó la recepcionista.

—No, pero es importante. ¿Se encuentra en el despacho?

—Sí, permítame un momentito. ¿Cuál es su nombre?

Había ido a recoger a Adam al despacho infinidad de veces en los últimos meses, pero nunca quedaba nadie allí, él solía ser el último en irse, así que esa señora no tenía ni idea de quién era yo ni de la «relación» que mantenía con su jefe. Tan solo me había visto en un par de ocasiones cuando quedaba con Stewart, pero había pasado el tiempo y ya no se acordaba de mí. Y es posible que suene prepotente, pero estaba bastante convencida de que Sara sí conocía mi nombre.

—Ariadna Cabana.

—Bien. Puede sentarse ahí mientras aviso a Sara —me dijo, escrutándome con una mirada de reconocimiento y señalando la sala de espera que me conocía de memoria.

Me metí en la sala y ni me senté. Tenía los nervios a flor de piel y me sudaban las manos, a pesar del frío que se había apropiado de la ciudad semanas atrás.

—Ya puede pasar. Es la última puerta a la izquierda.

El bailoteo que tenía en el estómago se intensificó tanto que incluso tuve que pararme en medio de la estancia y tocarlo para comprobar que aún seguía ahí. Recorrí el pasillo sin prisa y me detuve de nuevo frente a la puerta. Casi me caigo redonda cuando vi los nombres que figuraban en una placa dorada sobre la madera.

«Sara Summers. Adam Wallace».

Nunca había llegado a entrar en su despacho, me quedaba en la entrada y lo veía venir del fondo del pasillo o lo esperaba en la calle, según el día. Lo que me impresionó no fue que compartiera habitáculo con Sara, sino el hecho de que podía encontrarse allí en ese momento. El mareo momentáneo me duró los mismos segundos que tardé en acordarme de que, si había acudido ese día allí, era porque sabía que Adam no estaba. El fin de semana anterior me había dicho que tenía una reunión con un cliente fuera de la ciudad y que le iba a llevar toda la mañana. Habíamos quedado para comer.

No me dio tiempo ni a pensar más ni a llamar a la puerta, ella sola se abrió con estrépito de repente.

—Hola —me dijo la chica al otro lado—. Ariadna, ¿verdad?

«Madre mía». No había visto unos ojos más grandes y más azules en mi vida. Eran incluso más impresionantes que los de sus hijas.

—Sí —respondí.

—Adelante.

Sara me hizo un gesto con la mano para que pasara, y eso hice. El despacho tenía dos mesas de madera enormes y supe a la primera cuál era la de Adam: la desordenada. No pude evitar sonreír.

—Vengo a hablar de Adam —solté sin pensar.

—Me lo he imaginado —me dijo con una sonrisa.

Noté como me inspeccionaba de arriba abajo y no solo en lo físico —esa chica quería entrar en mi cabeza—, pero no me hizo sentir incómoda. Más bien todo lo contrario, se la veía sincera y bastante transparente. Me dio buena impresión. Iba vestida de ejecutiva, elegante pero informal a la vez, y aunque no tenía nada que ver con Adam, los vi juntos y pensé que pegaban. A su manera, pero que pegaban.

—¿Qué quieres saber? —me preguntó al ver que me quedaba callada.

—Todo.

—Eso es... complicado. Es posible que incluso haya una parte de Adam que ni yo misma conozco.

—Lo dudo.

Sara sonrió. Y yo también.

—Pregúntame lo que quieras, y veremos si puedo ayudarte. —Me ofreció sentarme en la silla que había frente a su mesa, pero la rechacé. No podía estarme quieta, así que nos quedamos las dos de pie, ella con el trasero apoyado en la mesa y yo, enfrente.

—Quiero conocerlo, conocerlo de verdad. Pero tengo la sensación de que no me va a dejar hacerlo nunca.

—No, no lo va a permitir.

—¿Por qué?

—Esa es una pregunta demasiado difícil de contestar sin poder hablar de ciertos temas de los que jamás hablaré contigo.

Bien. Cambio de estrategia.

—¿Ha sido siempre así?

—No. Con nueve años no lo era.

—¿Y cómo es Adam?

—Adam es el más coherente de los tres. Siempre lo ha sido. Y curiosamente ahora no está haciendo cosas demasiado coherentes.

—¿Es por mí?

—No lo sé.

—¿Tiene familia?

—Sí, por supuesto que la tiene. Adam es una parte de mí, una parte buena, una de las mejores. Y yo tengo familia.

—¿Qué hay de la familia de sangre?

—De eso no puedo hablarte. No me corresponde a mí hacerlo.

Estaba a punto de quejarme por lo poco comunicativa que estaba siendo, cuando comenzó a sonar un teléfono móvil que reposaba en la mesa. Y tan avanzado iba mi aprendizaje en lo que a música se refería, que incluso la reconocí: *Friends Will Be Friends*.

«Pero ¿qué tienen estos con Queen?», pensé.

—Es Adam —me dijo sin apartar los ojos de mí.

—Adelante.

—Dime —contestó de inmediato.

—...

—Contaba con ello.

—...

Podía escuchar la voz de Adam a través del aparato, por lo que me aparté para dejarles espacio y me asomé a la ventana mientras hablaban. Fue una conversación rápida.

Cuando Sara colgó, tenía tan claro que no iba a sacar nada de allí que decidí marcharme. Además, se había hecho tarde y tenía que ir caminando hasta el restaurante en el que había quedado con Adam.

—Me voy —anuncié sujetando el asa de mi bolso y dirigiéndome a la salida.

—Ha sido un placer, Ariadna —me dijo cuando posé la mano en el pomo de la puerta.

—¿Sabes? —me giré—. Tengo la sensación de que no me has dicho nada.

Se acercó a mi posición, se acercó demasiado, pero no me intimidó. Solté el pomo y nos quedamos frente a frente. Somos casi de la misma altura.

—Adam se cayó una vez. Se cayó a un pozo oscuro y... frío. Tuve que tirarme con él para sacarlo de allí, pero no fue suficiente y vuelve a caer de vez en cuando. Nunca tan profundo como aquella vez, pero vuelve a caer. No sé si caerá estando contigo, pero si notas, si sientes que lo hace —me cogió la mano y la apretó—, cógele la mano así, Ariadna, apriétala con fuerza y no permitas que caiga. Pero solo si estás dispuesta a hacerlo con el corazón, solo si lo quieres de verdad. ¿Sabes lo que es querer de verdad?

—Sí.

—Bien.

—Gr... Gracias —titubeé antes de salir.

Dejé el edificio atrás con los pensamientos arremolinándose en mi cabeza, con más dudas, pero con una cosa clara. Si lo que necesitaba Adam era mi mano, la tendría.

Iba a mandarle un mensaje para decirle que llegaba tarde cuando me sonó el teléfono. Era él.

—*¡Estoy llegando! No me mates aún.*

—¿Te apetecen unas vacaciones en la playa? —le pregunté sin filtro.

—*¿Vacaciones? ¿Quieres montar una tienda de campaña en Portobello?*

—No, me voy a España el miércoles. Voy a celebrar allí mi cumpleaños. ¿Te apuntas, *Melenas*?

—*¿El miércoles es tu cumpleaños? ¡No me habías dicho nada! ¿Cuál es el plan?*

—En realidad, es el jueves. Y el plan es comer, beber, playa, comer, beber, sol, y más comer y beber.

—*No suena mal. Mmm... Vale, me apunto.*

—¿Así de fácil? ¿No tienes que pedir permiso en el trabajo o algo?

—*¿Permiso? Me descojono. No. Soy el jefe. Además, se queda Sara guardando el fuerte.*

—Entonces, ¿nos vamos juntos a España?

—*Eso parece.*

***Never let you go, let me go. Never let me go,
ooh. No, no, no, no, no, no, no***

Adam

—¿Vamos a poder follar en tu habitación?

Acabábamos de bajar del avión, del segundo de ese día, y la idea de dormir cuatro noches en la casa de los padres de Ariadna empezaba a pesarme. Al principio, cuando ella me lo planteó, me pareció una idea mala de cojones, después, me fue convenciendo al explicarme que en su pueblo quedarse a dormir en casa de amigos es lo más normal del mundo y, ahora, volvía a tener reticencias.

Además, no me había dejado follar en el avión.

—*Oliver y Sara se lo montaban continuamente en los aviones y yo nunca lo he probado* —le dije. Y fue lo más cerca que estuve de conseguirlo.

—*Ni lo vas a probar.*

—Si no haces ruido —me respondió mientras nos acercábamos a recoger nuestras maletas de las cintas transportadoras.

—¿Eso es un sí?

Cogió su maleta, me guiñó un ojo y se fue derecha a la salida. En cuanto pasamos por las puertas mecánicas, una chica morena se tiró a los brazos de Ariadna. Imaginé que sería Paula. Ariadna me había dicho que su hermana mayor venía a recogernos al aeropuerto para llevarnos a casa, que se encontraba a unos cuarenta minutos de distancia.

—¡Ari! ¡Ya estáis aquí! ¡Por fin!

Se lo dijo en inglés, con toda probabilidad, para que yo pudiera entenderlo, y me pareció un detalle de puta madre. Se dieron mil besos y abrazos y, la verdad, me hizo gracia. Ni que viniera de la guerra, joder. Sonreí y, en ese momento, se separaron.

—Así que tú eres el perdonavidas —me dijo Paula. Nunca entendí por

qué me llamaban así—. Vaya sonrisa, ¿no?

—Pues no has visto nada aún. —Para chulo, yo—. Y me llamo Adam.

—Ya sabía yo que el nombre te pegaba. ¿Sabes? Ari no ha querido mandarnos fotos tuyas. Ni con traje ni sin traje.

Me quedé confundido. Confundido y con varias interrogaciones encima de mi cabeza. Joder con los Cabana. Ella solo me guiñó el ojo como respuesta.

—Bienvenido a Alicante, Adam.

Enfilamos camino hacia la salida y casi me da un síncope cuando pisamos el cemento de la calle.

—Joder, qué puto calor —exclamé.

De verdad, fue la hostia. ¡Que estábamos a veintidós de noviembre, joder! Aquello no era normal.

—Tenemos una ola de calor —nos explicó Paula—. La mayor de los últimos cuarenta años. La temperatura media es de más de treinta grados. Es como si estuviéramos en verano, solo que sin veraneantes. No te derretirás, ¿no, rockero? —me dijo con guasa e imitando a su hermana pequeña en un levantamiento de cejas casi perfecto.

Ariadna me había avisado de la ola de calor —más que nada para que metiera ropa de verano en la maleta—, pero, joder, no me lo esperaba así. De hecho, me mostré bastante escéptico cuando me lo dijo. «¿Ola de calor a finales de noviembre?», me acuerdo que le respondí a Ariadna. «Qué exageraditas sois las tías, la hostia».

Me miré el atuendo: pantalones vaqueros, camiseta gris de manga larga y botas militares. Sí, iba a cocerme.

—No prometo nada. Pero si ocurre, podéis donar mis restos a algún museo. El que queráis. Me es indiferente.

Ariadna y su hermana compartieron miradas y un «me gusta» por parte de la mayor, que escuché a la perfección, mientras guardábamos el equipaje en el maletero de un Peugeot negro descapotable. Nos subimos al coche, Ariadna, en los asientos de atrás y yo, delante, y arrancamos con una quemazón de rueda de las buenas. «Joder con la española».

En el trayecto, Paula nos puso rock antiguo en español.

Yo no quiero que me des tu amor.

Ni una seria relación.

No quiero robarte el corazón.

*Yo no quiero que llores por mí.
Cuando no esté junto a ti.
Y ahora préstame atención.
Tan solo quiero tu calor.*

No es yo sea un puto adivino, pero me bastó la sonrisa de Paula y el segundo cruce de miradas que tuvieron las hermanas —la de Ariadna, recriminatoria— a través del espejo retrovisor para saber que esa canción no era al azar y que estaban hablando de mí.

«Hay que joderse».

Aun así, la melodía era pegadiza. Tamborileé con los dedos en el marco de la ventana y disfruté de las vistas. Llegamos bastante rápido, la tía le pisaba bien al acelerador, y, al llegar, toda la familia de Ariadna nos esperaba en el jardín para recibirnos. No me sentí incómodo en ningún momento, debía de ser cierto eso de que era normal llevar a amigos a dormir a casa porque me trataron como tal; de hecho, estuve a punto de decirle a Paula que tomara nota, por eso de ser amable y no meterse con el invitado lanzándole pullas e indirectas demasiado directas de manera constante.

Hubo un momento algo... divertido cuando me presentaron al hermano de Ariadna.

—Y él es Tomás.

¡Tomás! ¡Tomás, el de ¿no quieres más?! ¡Tomás, el de me la chupas y te vas! Tuve que morderme la lengua para no reírme, pero, en cuanto vi que Ariadna no se aguantó y comenzó a partirse el culo, exploté.

—¿Qué ocurre? —nos preguntó el aludido, observándonos de hito en hito.

—Nada —respondimos los dos al unísono mientras entrábamos al frescor de la vivienda. Joder, jamás en la vida podría mirar de manera normal a ese chico.

La casa de los padres de Ariadna era una vivienda unifamiliar, bastante grande y en medio de una montaña con un montón de casas similares alrededor. Solo Tomás y Carlota, los más pequeños de la familia sin contar a Ariadna, vivían allí.

Llevamos las maletas a la habitación de Ari y bajamos de nuevo a comer, una vez nos pusimos ropa fresca. Y seré un salido, pero desnudarme a toda hostia junto a Ariadna con la puerta del cuarto entreabierto me puso tontorrón.

—Guau —me dijo mientras caminaba detrás de mí hacia la mesa del

jardín trasero que estaba a rebosar de comida y bebida.

—¿Qué? —le pregunté, girándome.

—Me gustas en bañador. Me gustas mucho.

—Pues claro —le respondí, poniendo cara de suficiencia y sonriendo con socarronería. También tuve que recolocarme los huevos. Pero con disimulo. Creo.

Nos sentamos todos a la mesa a comer, que, por cierto, joder, cómo comen los españoles, y a partir de ahí comenzaron unas de las mejores minivacaciones que había tenido en la vida.



—Joder, qué puto calor hace en este pueblo —repetí por enésima vez mientras cenábamos una paella de puta madre en un local del centro del pueblo la misma noche de llegada—. ¿Es que acaso no refresca nunca?

—No —me respondió una de las hermanas—. ¿Qué pasa? ¿El chico de Edimburgo no conoce el calor? ¿Habías visto alguna vez el sol?

—Ja-ja —le dije con burla ante su gracia. Llevábamos todo el día así. Ellos me daban y yo les daba, pero en plan bien. Muy bien. La conexión con los Cabana fue inmediata. Y no mostraron indignación o rechazo por mi especial forma de expresarme, más bien todo lo contrario; me miraban con buenos ojos, aunque suene increíble. Y me refiero a las palabrotas, sí—. Para tu información he veraneado casi toda mi vida en Malibú. Incluso estuve viviendo una temporada allí. Pero este calor no hay quien lo aguante. Me siento como un pollo de esos que hemos visto antes, ¿los que tenían un palo metido por el culo y daban vueltas? ¿Recordáis?

—Sí —asintieron todos.

—Son pollos asados, *Melenas* —me aclaró Carlota.

—Pues eso.

—¿En serio? —me preguntó Ariadna.

—Totalmente. Hasta empiezo a sentir el palo.

—No —me dijo riendo—, me refiero a lo de Malibú.

—Ah, claro. ¿Por qué lo dices?

—Porque no tenías pinta de ser de los que veranean en Malibú —contestó Tomás por ella.

—¿Qué quiere decir con eso? —le pregunté a Ariadna delante de todos. Era parte del juego.

—Que eres un pijo.

—Casi todos los rockeros mojabragas lo son —afirmó Eva. Que, ya que estamos, cómo me costó diferenciar a las tres hermanas. Me parecían todas iguales, mismo pelo moreno, mismos ojos marrones, misma altura, mismo humor ácido. La hostia.

—Me han llamado cosas peores.

—Tal vez si te recogieras las melenas, tendrías menos calor —me dijo Paula.

Joder. Qué tocapelotas eran todos. La ignoré y me fijé en el nuevo plato que habían traído. Una carne roja, que tenía una pinta cojonuda, con patatas fritas de acompañamiento. Cogí el plato limpio para el pan y aparté a toda prisa las patatas del plato de Ari para que no se le mojaran con la salsa de la carne y pudiera comérselas. No pude salvarlas a todas, así que el resto acabó en mi plato. No iban a quedarse allí sin que nadie se las comiera.

—Gracias —me dijo.

—De nada —le respondí. Y le di un beso en la nariz. Me gusta la nariz de Ariadna.

Empezaba a probar la carne cuando Ariadna se quitó una goma negra que llevaba en la muñeca y me ató el pelo. «Joder, qué gusto». A continuación, trajeron una nueva jarra gigante a rebosar de cerveza fresca y Ariadna me llenó mi vaso. Cómo me conocía ya. Me metí el trozo de carne con patatas en la boca y la saboreé durante unos segundos. Ella me observaba con atención, me sonrió y probó la suya. Exclamamos un «mmm, de diez» al unísono. Llevábamos un par de meses puntuando las carnes que probábamos en los restaurantes de Edimburgo.

Fui a cortar otro trozo de carne, pero me sentí observado. Levanté la vista y el clan Cabana al completo nos observaba en silencio. Los hermanos con cara de flipados y los padres con un jodido brillo en los ojos. No lo entendí. Solo estábamos comiendo, joder.

Una vez dieron las doce de la noche y sin que el calor hubiera menguado ni un puto grado, celebramos el vigésimo noveno cumpleaños de Ariadna. Cantamos, le trajeron una tarta con veintinueve velas y las sopló. Llegamos a casa a las tantas de la madrugada bastante mamados, pero eso no evitó que la lanzara con delicadeza a la cama en cuanto cerramos la puerta de la habitación después de despedirnos de la familia y me tumbara encima de ella. Que le pusiera los brazos detrás de la cabeza y le agarrara las manos con las mías.

—Ahora, vamos a celebrar tu cumpleaños como es debido.

—¿No tenías calor?

—Un calor que te cagas, pero que no va a evitar que te coma entera y después te folle.

—Ahh —gritó cuando bajé una de mis manos y la metí por dentro de sus pantalones cortos.

—Shh —la silencié con mi boca.



A la mañana siguiente, me levanté temprano para correr por la playa. Era algo que había hecho durante la mayor parte de mi infancia y adolescencia y que me gustaba hacer de vez en cuando. Necesitaba eliminar toxinas. Y necesitaba, aún más, salir rápido de esa cama. Era la primera vez que me despertaba en la cama de una tía que no fuera Sara. No duré ni dos segundos observándonos a ambos. No pude. No me paré a disfrutar del momento. De esa primera experiencia. Me incorporé como un resorte y salí escopetado casi en pelotas al pasillo. No me vio nadie. Respiré y volví a entrar. Me vestí y me largué.

Mientras corría, como no quería —ni podía— pensar en nada, saqué el teléfono móvil del bolsillo del pantalón corto y la llamé a ella. Era temprano, pero sabía que Sara estaría despierta y, casi con toda probabilidad, corriendo como yo. Hay cosas que no cambian. Partes de la ecuación que siempre permanecen ahí. Que no se alteran. Y eso es lo que me mantiene cuerdo. Cuerto y vivo.

—¿Qué tal por las playas españolas? —me respondió con la respiración agitada a causa del ejercicio físico. «Bingo».

—Con un calor insoportable.

—*Me ha dicho Pear que hay una ola de calor.*

—Sí, eso dicen, pero yo creo que no es más que una excusa. En este pueblo hace el mismo calor todo el puto año. ¿Qué tal las niñas?

—*Bien. No te preocupes. Sobrevivirán.*

—No sé yo. No os puedo dejar solos. ¿Has visto los condones que os he dejado en vuestro dormitorio?

—*Los he visto, sí.*

Se los había dejado de verdad.

—¿Sabéis utilizarlos?

—*Creo que sí. Se ponen en la cabeza, ¿no?*

—En la cabeza de Olly de la entrepierna, sí. Coge un poco de tronco también.

—*¡Adam!*

—Eres muy fácil, Summers.

—*¿Cómo vas con la familia de Ariadna?*

—Bien. Son buena gente. Aunque me tocan las pelotas constantemente.

—*No creo que sea algo unilateral.*

—De momento solo te diré que creo que voy ganando yo. ¿Te conté que el hermano se llama Tomás?

—*Sí. Contente, Adam James Wallace.*

—Lo hago. Lo hago. Y no me llames así, Sara Fiona Summers.

—*Oye, tengo que dejarte, pero, Adam...*

Con el mismo ritmo de trote, me dirigí a una de las salidas de la playa y continué corriendo por el paseo. Vi a dos niños, un chico en patinete y una chica en bicicleta y al que parecía ser el padre de ambos corriendo entre ellos y con un perro liderando la marcha.

—Lo tengo todo controlado. Ellos son... como una tribu, ¿sabes? Me recuerda a nosotros. O a vosotros. A los Summers me refiero.

—*Lo has dicho bien a la primera, Adam. Te recuerda a nosotros. A nuestro clan.*

Por un segundo, un puto segundo, me imaginé a ambos clanes comiendo juntos y compartiendo momentos, pero dejé que el pensamiento se fuera tan rápido como había llegado. «Cuidado, Wallace». La sensación fea que llevaba meses azotándome y que ignoraba cada día, se adueñó de mí durante el segundo siguiente. Un segundo que ocupé en odiar a los Cabana, a todos ellos sin excepción, a pesar de que no me habían hecho nada. O sí me lo habían hecho, pero no era culpa suya. No era culpa suya ser una familia enorme y unida. No, no era culpa suya. Pero yo los odié igual. Solo durante ese segundo. Solo porque esa sensación fea se adueñó de mí. Solo porque yo fui más débil que ella.

—Solo voy a pasármelo bien, ¿vale? —le dije a Sara, convenciéndome de ello yo también.

—*Está bien. Te llamo luego.*

—Bien. Te quiero. Adiós.



Pasamos toda la mañana en la playa, bañándonos y haciendo el gilipollas. Vamos, sin grandes cambios. Antes de la hora de comer, Tomás me propuso hacer *windsurf* y acepté encantado, pero me llevé a Ariadna conmigo, a pesar de su reticencia. Nos montamos en el coche y nos acercamos a uno de los tres puertos con los que cuenta el pueblo para coger las tablas. Una vez allí, estuvimos más de media hora hablando con los instructores y escuchando su charla de bienvenida y de cuidado con esto y con lo otro. Media hora innecesaria, por cierto, porque Tomás practicaba *windsurf* de manera habitual y yo sé hacer de todo.

Cuando llegó el momento de acercarse a la orilla y coger las tablas, cogí a Ariadna de la mano.

—Vamos.

—¿A dónde? —me dijo con miedo.

—A la tabla.

—Yo no pienso montarme sola en una de esas.

—Pues claro que no, lo harás en la mía.

—¿Qué? ¿Los dos juntos? Imposible. Vamos a volcar.

Uno de los instructores, el que nos acompañaba a la arena, hizo una mueca con el rostro, que venía a significar que estaba de acuerdo con Ariadna, pero le dejé las cosas claras.

—Lo tengo controlado.

—¿Seguro? —me preguntó Tomás.

—¿Acaso lo dudas? Los dos pesamos poco.

—Vamos a volcar —repitió Ariadna.

—Ni de coña. Confía en mí, *Diciembre*.

Nos metimos mar adentro y nos subimos a las tablas. Ariadna se agarró a la vela de la nuestra y yo lo hice detrás de ella, sujetándome a la barra con fuerza y aprisionándola a ella para que se sintiera segura y protegiéndola a la vez.

—¿Preparada?

—No.

Me reí en su oído y comenzó la diversión. Y fue una puta pasada. Nos costó arrancar, pero enseguida lo tuve todo controlado. Ambos gritábamos —aunque los gritos se perdieran entre el viento y los salpicones de agua salada—, yo, de júbilo y ella, de terror. Pero solo al principio. Luego el terror se disipó. Un poco.

—¿Tú no eres mediterránea? —le pregunté después de uno de sus gritos más potentes.

—¿Qué parte de «me he pasado toda la vida estudiando» es la que no entiendes?

Con el paso de los meses había aprendido que cuando Ariadna me decía que se había pasado la vida estudiando lo decía de manera literal. Era un pequeño ratón de biblioteca. Todo lo contrario a sus hermanos, a los que se les veía que tenían muchas historias que contar. De momento, Tomás resultó ser un puto as —perdón, es que me sale solo— en el *windsurf*.

—Repetiremos la experiencia —le dije a Ariadna al terminar. Y a pesar de la cara de negación rotunda que me puso, sonrió y supe que le había gustado.



Brian:

¿Cómo te va por la costa española, Melenas?

Adam:

Con mucho calor.

Daniel:

Hay ola de calor. Me lo ha dicho Pear.

Adam:

¿No me digas?

Daniel:

Pues sí. La mayor ola de calor de los últimos cuarenta años.

Adam:

Joder, las indirectas no son lo tuyo.

Daniel:

Y tú eres gilipollas.

Brian:

Oye, si te estás quedando en casa de Ariadna, no estaréis follando demasiado.

Adam:

Nos apañamos.

Brian:

Ya...

Adam:

Ya, ¿qué?

Brian:

Nada. Desde luego que las indirectas tampoco son lo tuyo. Disfruta de las vacaciones, tío.



Por la tarde, subimos al Peñón del pueblo. Es una roca gigantesca, imponente, junto al mar, y que tiene trescientos treinta y dos metros de altura. Chupado. Hay dos fases de subida. La primera, la sencilla, que hicimos caminando por el sendero señalizado —los Cabana al completo y un servidor—, deteniéndonos de vez en cuando para admirar las vistas que son la puta hostia; y la segunda, la difícil, que comienza con un túnel excavado en la montaña lleno de rocas resbaladizas en un suelo irregular y que sigue con una dosis de escalada de las buenas, que la hicimos con mucho cuidado y agarrándonos a las cuerdas disponibles para ello.

No llevábamos ni cinco minutos arriba, flipando, yo por lo menos, con la panorámica, cuando la madre de Ariadna se acercó a hablar con una señora. Y sí, os diré que flipé con que personas de esa edad..., mmm... avanzada, fueran capaces de subir hasta ahí arriba, pero es que se habían criado subiendo a ese Peñón. Segundos después, nos vimos rodeados de un montón de gente.

Eran más Cabana. La hostia.

Ariadna estuvo hablando con todos ellos, con besos y abrazos, por supuesto, y yo me quedé de puta madre charlando con Tomás en un extremo. No soy yo muy de familia y de encuentros, y bastante tenía con la parte Cabana que me tocaba. Que los había odiado un poco más en las últimas horas. Me caían de puta madre, pero, a la vez, no sé qué coño me pasaba con ellos. No sé por qué me sentía tan celoso de lo que tenían. Nunca antes me había pasado con nadie, y familias unidas hay por todo el jodido mundo. Quizás el problema fue que yo no había llegado a intimar con ninguna de ellas y sí con los Cabana. O quizás era que, simplemente, estaba podrido por dentro.

Arrojé esos pensamientos, que cada vez venían con más insistencia, al vacío y fui más consciente que nunca en ese momento de que Ariadna era bien conocedora de ese aspecto de mi vida, por mucho que me esforzara en ocultarlo. No hizo gesto alguno de presentarme a su familia y no por descortesía o falta de respeto, no lo hizo porque comenzaba a conocerme demasiado.

Pero la familia sí quería conocerme y no los culpo. Dos de los nuevos, que, por cierto, eran casi todos rubios, se acercaron a nosotros con cara de querer saber más una vez Ariadna regresó a mi lado.

—Hola, de nuevo, prima —dijo uno de ellos.

—Hola, chicos —respondió Ariadna.

—Hola... ¿mmm...? —preguntó el más alto. Tenía pinta de poli. Tanta que incluso me apostaba la mano derecha con la certeza de que no iba a perderla.

—Marcos, River, él es Adam. Adam Wallace —nos presentó Ariadna en mi idioma—. Es... un amigo —dijo con bastante naturalidad.

Lo de la naturalidad me jodió, aunque no sabía por qué ni quería cuestionármelo. Reconozco que era como una puta hormona andante a pesar de haber pasado la treintena. Ariadna me provocaba todo eso y más. No me gustaba.

—Hola —respondí, extendiendo el brazo con firmeza. Maromos como aquellos desayunaba a diario.

Cruzamos un par de frases más y, entonces, se hizo inevitable que me presentaran al resto de la tribu. De puta madre, ¿verdad?

Además de los padres, eran cinco hermanos igual que mis Cabana pero al revés: cuatro chicos y una chica. Todos rubios menos ella y el padre. Y no quiero ser repetitivo, pero... la hostia.

Cuando me encontré de frente a uno de ellos y a su hijo, caí en la cuenta de que eran los mismos que había visto esa mañana con el patinete, la bici y el perro. Así de pequeño es el pueblo, sí. Aunque faltaba la niña. Supuse que era demasiado pequeña para subir hasta arriba.

Ariadna y yo hicimos la pantomima de relacionarnos, yo con bastante reticencia, y en cuanto vimos la oportunidad de escaquearnos, lo hicimos. Nos medio escondimos detrás de una roca y nos sentamos a admirar las vistas antes de bajar. Ariadna se sentó detrás de mí y me pasó los brazos por el cuello.

—¿Qué te cuentas, *Melenas*? —me preguntó.

—Estoy pensando que resulta que sí que hay la hostia de españoles rubios.

—Qué bobito eres.



El día siguiente, viernes, pasamos la mañana en casa de uno de los primos. A causa del encuentro en el Peñón, organizaron una megaquedada en su casa. Yo no quería ir, pero no lo expresé en alto. Lo hice por ella, por Ariadna.

Porque era su familia y ella no tenía la culpa de que yo estuviera podrido.

La piscina que tenían en casa era de puta madre, así que me propuse disfrutar. Allí estuve jugando con los críos, colocando un flotador gigante en el centro y haciendo apuestas de a ver quién conseguía entrar de cabeza por el agujero. Después, con el culo. Gané yo. Aunque el chaval era bueno de cojones, y eso que no era más que un puto crío.

—Me chiflas en bikini —le susurré a Ariadna cuando me tumbé en una tumbona de lona junto a ella.

—Ahh —gritó cuando le cayeron las gotas que desprendía mi cabello en su piel—. Está helada.

—¿Helada? Pues mira esto.

Me subí encima de ella y froté con brío nuestros cuerpos. Cuando la hube mojado por completo y dejó de gritar con ahínco, me aparté y volví a mi hamaca.

—¿Qué pasa, rockero? —me saludó Paula, dándome una palmada en el muslo a la vez que se sentaba a los pies de mi hamaca—. Vaya callo tienes con los niños.

—Me gustan los críos.

—Ya veo ya.

—Siempre que no sean míos y luego se vayan a sus casas.

Excepto por mis tres niñas, claro.

—¿No acabas de decir que te gustan?

—Me gustan porque no son míos.

Pensé que había quedado claro.

—¿Si fueran tuyos no te gustarían?

—Jamás serían míos, créeme.

—¿No quieres tener hijos propios? No digo ahora, pero, no sé, ¿en el futuro?

Ya solo la mención de hijos me provocaba la mayor sensación de rechazo que pueda existir. Imaginarme a mí teniéndolos era algo que no había hecho jamás. Ni lo haría.

—Ni de coña. Prefiero que me corten la piel entera con hojas de papel antes que ser padre.

—Vaya. Qué rotundo.

—Que me descoquen los huesos y vuelvan a dejarlos en su sitio. Que me quiten las muelas con alicates y luego me...

—Vale, vale. Lo he captado.

Podía haber continuado con un millón de situaciones más.

—Bien.

No quise mirar a Ariadna en ese momento, que seguía sentada junto a mí, tomando el sol con las gafas puestas y haciéndose la despistada.

Tampoco quise mirarla mientras, al rato, los Cabana planificaban la cena y las copas de después. Justo vi que Sara me llamaba por teléfono —hablábamos a diario— y me alejé del meollo de gente, buscando algo de intimidad para hablar con ella.

—He subido a una roca gigante que hay en el pueblo —le dije según contesté.

—*Se llama Peñón.*

—Ya lo sé, listilla.

—*¿Todo bien?*

—*¿Lo dudas? Soy un deportista nato.*

—*No me refiero a eso.*

—También lo sé.

—*¿Y?*

Eché una mirada al clan.

—Todo bien. ¿Las niñas?

—*Siguen sobreviviendo.*

—Bien.

—*Adam...*

—No pasa nada.

—*Te lo noto en la voz.*

—Ahora no puedo hablar.

—*Bien. A la vuelta.*

—Bien.

Oh mama mia, mama mia, mama mia let me go

Ariadna

El viernes por la noche fuimos a cenar a la plaza del pueblo. El Ayuntamiento había organizado una especie de guateque y colocado montones de mesas con sillas en la calle, guirnaldas en el aire y luces de colores. De comer no había más que bocadillos, tortillas de patata y picoteos varios, pero suficiente. A Adam le encantaron. Aunque ¿qué no le gusta a Adam? Aparte de abrirse emocionalmente, hablarme de sus padres y tener hijos, me refiero.

No es que yo hubiera pensado en algún momento en hijos, ni se me había pasado por la cabeza, de hecho, pero ese rechazo total y categórico por su parte me dio que pensar.

Pensar en que el rompecabezas que era Adam cada día se complicaba más, a pesar de lo bien que nos iba a nosotros. Llevábamos varios días en el pueblo y estaba resultado mucho mejor de lo esperado. La relación de Adam con mi familia era excelente y algo me bailoteaba en el estómago cada vez que los veía interactuar. Pero había momentos en que Adam se abstraía, le cambiaba la cara y se cerraba del todo; duraba solo unos segundos, pero yo me daba cuenta. Y lo que más me dolía era que no podía acercarme a preguntarle por ello. Sabía que solo obtendría rechazo por su parte. Y sería brutal. Además, no quería estropear lo que estábamos viviendo. Por eso callé.

Pero la bola de la incertidumbre, las dudas y las preguntas se iban haciendo cada vez más y más grandes en mi interior. Sobre todo cuando los vacíos de Adam se estrecharon en el tiempo. No quería pensar en ello, no en aquellos momentos tan especiales, así que, cada vez que la bola amenazaba con salir por mi boca, me la tragaba.

Después de la cena, se había montado una pista de baile en el centro de la plaza y la música sonaba por cada rincón.

—¡Ari! —me llamó Adam desde el centro. Todos mis hermanos y él bailaban dándolo todo. Yo me había quedado sentada (sola, mis padres ya se

habían retirado) junto a la mesa a observarlo. Me gustaba tanto mirarlo...—. ¿Lo escuchas? —me preguntó señalando los altavoces. Había comenzado una canción nueva.

—¿El qué? —grité de vuelta.

En lugar de responderme, me hizo un gesto con el dedo índice que quería decir «ven aquí». Sonreí, me levanté de la silla y me acerqué a él. Estaba juguetón y el Adam juguetón es una auténtica pasada. También estaba guapo. Guapísimo con esos pantalones vaqueros cortos y la camiseta azul. Movía las caderas y la pelvis al ritmo de la canción de manera magistral, tanto que incluso reconozco que me puso cachonda, cachonda en el sentido de que lo que más me apetecía era llevármelo a una esquina y follármelo una y otra vez. Y lo digo así, sin medias tintas. El deseo que despertaba en todo mi ser era algo nuevo. Lo había sentido antes, pero ni remotamente cerca de la intensidad con la que me lo hacía sentir Adam.

Me gustaba todo él. Desde la punta más larga de su pelo hasta la última punta del pie.

*Chorando se foi quem um dia só me fez chorar.
Chorando se foi quem um dia só me fez chorar.*

La canción que había comenzado a sonar era muy envolvente. No sabía cuál era, no la había escuchado antes, hasta que llegué a Adam, me cogió las manos y me susurró al oído:

—Lambada. Baila conmigo.

—No sé bailar esto.

—Imagínate que estamos follando. Así es como se baila.

«Joder».

No me costó hacerlo. No me costó nada. Adam me puso la mano en el culo y acercó nuestras pelvis. Imité su sensual movimiento y... me dejé llevar.

*Chorando estará, ao lembrar de um amor.
Que um dia não soube cuidar.
Chorando estará, ao lembrar de um amor.
Que um dia não soube cuidar.*

Bailamos sin dejar de mirarnos a los ojos o sin dejar de comernos con los

ojos, mejor dicho. Intenté sobrellevar la excitación que sentía, me centré en seguir los pasos de Adam y me reí como loca, con él, por lo bien que me lo estaba pasando. Pero el ardor pudo más hacia la mitad de la canción y me dominó por completo, me notaba los pezones duros, las bragas mojadas y un fuego arrollador quería salirseme del pecho. Había momentos del baile en que Adam me separaba de su cuerpo y me hacía dar vueltas sobre mí misma. Y cuando volvíamos a acercarnos, a tocarnos, podía notar la propia excitación de Adam. Iba directa a mi pelvis y tanto contacto, tanto frote y refrote, casi acaba conmigo.

«Joder, no puedo correrme en medio de un baile y con medio pueblo alrededor».

Los ojos de Adam se volvieron más negros que nunca y no volvió a separarme más de su piel. Cuando acabó la canción, nos quedamos quietos sin saber qué hacer. Me rozó el pecho sin querer y tuve que contener un gemido.

—Joder, vámonos de aquí —me dijo.

—Por favor —supliqué.

Salimos de la pista, escopetados, sin despedirnos de nadie; la necesidad que teníamos el uno del otro no nos lo permitió. Ni siquiera pensé en que mis hermanos lo habían visto todo, en que lo más seguro es que supieran que íbamos a liberarnos. No importaba nada de eso. Solo nosotros.

No llegamos a casa. Fue imposible. Nos metimos en la playa y nos tumbamos en la arena. Y a pesar del calentón que teníamos encima, esa vez hicimos el amor de otra manera. Más cercana, más sensual, más íntima.

Puede parecer que el hecho de que yo me hubiera pasado la vida estudiando, de que fuera un ratón de biblioteca, me convirtiera en una mojigata en lo que al sexo se refiere, pero nada más lejos de la realidad. Me gusta el sexo y, para aquel entonces, lo había practicado con asiduidad. Pero Adam sacaba mi parte más emocional, sacaba lo mejor y lo más intenso de mí. En todos los sentidos.



El día siguiente era nuestro último día en el pueblo. El domingo, hacia el mediodía, volvíamos a Edimburgo. Aquella mañana cuando me desperté y vi que Adam aún dormía, la disfruté como ninguna. Era la primera vez. Supuse que se había quedado dormido porque el resto de mañanas nunca estaba a mi

lado. Y llámame desconfiada, pero estaba segura de que lo hacía a propósito.

Apoyé la cabeza en la almohada, mirándolo, y así me quedé. Le acaricié el pelo con la mano y acompasé mis respiraciones a las suyas. Suspiré. Y pensé que daría lo que fuera por tenerlo así cada mañana. Cada amanecer y cada crepúsculo. Cada día.

Cuando despertó, le vi en la mirada que, efectivamente, se había quedado dormido. Abandoné la habitación sin apenas pronunciar alguna palabra; sabía que necesitaba su tiempo a solas.

Ese sábado, fue una última jornada en que no entramos en casa más que para dormir pasada la medianoche. Hicimos de todo.

Por la mañana, temprano, antes de que el fuego del sol no nos lo permitiera, echamos un partido de pádel. Vinieron los novios de mis hermanas Paula y Eva a pasar el día con nosotros y conectaron enseguida con Adam. Adam y Tomás hicieron pareja y nos machacaron a todos sin demasiado esfuerzo.

Comimos en familia en el jardín de mis padres y no habíamos acabado los postres cuando nos levantamos para ir al puerto a dar un paseo en barco. Mi hermano Tomás tiene el PER y solemos alquilar veleros de vez en cuando. Fuimos en varios coches y a mí me tocó llevar el mío con Adam de copiloto. Bajé las ventanillas porque hacía muchísimo calor —el aire acondicionado de mi viejo coche funcionaba cuando quería— y disfruté del viento en mi rostro y mi pelo hasta que... entró una abeja por la ventana.

Creo que no os lo he dicho, pero tengo auténtico terror a las abejas. Nunca me ha picado ninguna y el hecho de no saber hasta qué punto duele una de sus picaduras incrementa mi aversión. El miedo a lo desconocido, supongo.

El caso es que estábamos en medio de una de las carreteras más transitadas del pueblo cuando sucedió y mi instinto fue detener el coche de golpe, abrir la puerta y salir a la vez que chillaba como una demente con saltitos incluidos. Detuve el tráfico de la calle, de manera mucho más efectiva que cuando lo hacía la policía local por necesidad, y cada conductor de cada maldito coche salió a ver qué sucedía. Adam también se bajó del asiento del copiloto y vino hacia mí con cara de preocupación.

—¿Qué cojones pasa?

—¡Hay una abeja!

—¿Qué?

—¡Hay una abeja en mi coche! ¡Ha entrado por la ventana!

—¿Una abeja?

—¡Sí!

—¿Una abeja?

—¡Sí!

—¿Hay una abeja en el coche?

—¡Sííí!

—¿Me estás vacilando?

—¡No! ¡Sácala de ahí, por favor!

Adam me miró alucinado durante unos segundos y luego fue al coche. El resto de los conductores se acercaron y todos se preguntaban qué habría ocurrido. Adam abrió el maletero y pude ver como la abeja abandonaba mi coche. Empecé a respirar de nuevo.

—Había entrado una abeja en el coche —expresé con disculpa a la gente que me rodeaba.

Todos asintieron y volvieron a sus vehículos. Adam no permitió ni que me acercara a la puerta del conductor.

—Conduzco yo —me dijo de manera tajante sin que hubiera lugar a réplica.

Arrancamos de nuevo y apartamos el coche del medio de la calzada.

—Joder —exclamó Adam, partiéndose de la risa—. Estás como una puta cabra. Si lo hago yo, me caen hostias a mansalva.



La tarde en el velero fue fantástica. Nos tiramos de cabeza desde la popa, nos bañamos, nos hicimos aguadillas y tomamos el sol. No era la primera vez que Adam se subía a un barco y se notaba.

—¿Es que acaso dominas todos los ámbitos, *Melenas*? —le pregunté mientras merendábamos—. Veleros, partidos de pádel, piscina, pistas de baile, *windsurf*, guitarra, piano. Sabes hacer de todo.

No quería que sonara a admiración, pero creo que fue a lo que sonó.

—Me crie en un internado, *Diciembre*. Mucho tiempo libre y muchas más cosas por aprender.

Aquel era un dato nuevo. «Internado». No quise darle demasiadas vueltas y mientras mis hermanos lo asediaban a preguntas sobre música y guitarras, yo me quedé observándolo una vez más. Lo miré y me concentré en las cosas buenas, en las bonitas. Pensé en cómo me gustaba que me llamara *Diciembre*.

Que no era en sí por la palabra «diciembre», era por cómo lo pronunciaba él, por cómo el sonido salía de sus labios. También me fascinaba que me llamara Ari, me fascinaba la manera en la que arrastraba la letra «r». Y no es que estuviera enamorada de él, es que esa persona era el hombre de mi vida. Lo supe.

¿De dónde vino el amor? ¿Por qué me enamoré de esa manera tan visceral de Adam Wallace? Primero fue por la atracción que sentía hacia él, me gustaba físicamente todo él, ya lo he dicho. Luego vino la admiración, admiración al verlo patinar y bailar por el medio de la calle sin que le supusiera ningún problema, al entender como poco a poco fue introduciendo la música en mi vida, por mantenerme al teléfono durante horas sin que me diera cuenta. Admiración máxima cuando lo vi, y lo sentí, al piano con *Bohemian Rhapsody*. De todo eso al amor... no quedaba más que un paso. Un paso que había dado hacía tiempo.

—¿No me lo puedo creer! ¿Lo has invitado a venir?

El chillido de mi hermana Eva me sacó de mis ensoñaciones. ¿Qué sucedía? Fui consciente de que me había perdido parte de la conversación de los últimos minutos, así que se lo pregunté a Adam al oído. Todos mis hermanos se habían movido hacía uno de los extremos del velero.

—¿Qué pasa?

—Un tal Diego está a punto de subir al barco.

—¿Diego? ¿En serio?

—Sí. ¿Quién coño es?

—Es una historia de mi hermana Carlota muy muy larga.

—Cuéntamela mientras sube.

Se lo conté a grandes rasgos y minutos después Diego apareció. Era moreno de piel, con el pelo moreno también y unos ojos verdes bastante impresionantes. Hicimos las presentaciones y pude notar a mi hermana Carlota temblar y balbucear por la situación. Ese tío le gustaba, y mucho. Nos reímos de ella, los vacilamos algo más y lo introducimos en las conversaciones. Los cinco chicos se apartaron en un momento dado y aprovechamos las chicas para cotillear de todo. Bueno, de Diego y de Adam, básicamente. De lo mucho que les gustaba Adam y de la buena impresión que había causado Diego. También de que Carlota estaba coladita por él. De mi amor por Adam no hablamos. No era el momento ni el lugar, y todas lo sabíamos.

De vuelta al puerto, Adam y yo nos tumbamos en la proa todo lo largos

que somos, él, debajo y yo, casi entera encima de él. No hablamos. Solo nos tocamos. Nos acariciamos sin pretensiones de ningún tipo. Fue el momento más largo en que Adam estuvo fuera de órbita. Se abstraigo durante el viaje entero y ni siquiera nos dirigimos la palabra cuando vimos juntos el atardecer más bonito de la historia de los atardeceres. Cuando la línea entre el cielo y el mar era lo único que veíamos, su cabeza estaba a pleno rendimiento, lo notaba, y tuve un mal presentimiento. No sé el motivo, en apariencia todo estaba bien, pero algo me decía que las cosas iban a torcerse. Más pronto que tarde.



La vuelta a Edimburgo fue cansada y tediosa. En primer lugar, tuvimos que coger un vuelo a Madrid, luego esperar allí más de cuatro horas y finalmente coger otro avión a Edimburgo. Era el mismo viaje que habíamos hecho a la ida, pero me supo diferente. Amargo.

Adam estaba raro. Se había despedido de manera afable de mi familia, incluso hubo una especie de abrazo con Tomás, pero conmigo estaba raro. Callado. Y Adam no calla ni debajo del agua. No me gustaban sus silencios.

Cuando salimos del aeropuerto y cogimos un taxi, le di la dirección de la casa de Adam al taxista; no quería irme a la mía. Adam no dijo nada, como venía siendo en las últimas diez horas, y llegamos a su edificio. Abrió la puerta del portal como una autómatas y cogimos el ascensor. La recepción de su apartamento fue fría. Fría como el tiempo en Edimburgo y fría como la actitud de él.

Me quedé en el umbral de la puerta, observando cómo dejaba la maleta en medio de la estancia y se sentaba en el sofá sin mirarme. Cómo echaba la cabeza hacia atrás, cerraba los ojos y suspiraba.

—No entiendo por qué has venido hasta aquí —me dijo sin cambiar de postura—. Ahora vas a tener que ir sola hasta tu casa.

—¿De verdad no lo entiendes?

—No vamos a dormir juntos, Ariadna. Son las reglas.

—Hemos dormido juntos los últimos cuatro días.

—Hemos compartido cama, que no es lo mismo.

—¿En serio, Adam? ¿Ahora me vienes con esas? ¿Qué cojones pasa?

—Mira —me dijo, abriendo los ojos y mirándome por primera vez—, estoy agotado, mañana tengo que trabajar y no me apetece discutir. Vete a tu

casa.

—¿Discutir? ¿Por qué íbamos a discutir si no sucede nada? ¿O es que ocurre algo, Adam?

—No. No ocurre nada.

—Entonces, ¿por qué me has dicho lo de discutir?

—Ariadna, déjalo. No sigas insistiendo o...

—¿O qué? —le interrumpí cabreada. No podía creerme que estuviera jodiendo las cosas de aquella manera después de las vacaciones que habíamos pasado. No lo entendía. ¿Qué cable se le había cruzado? ¿Estábamos a punto de tener nuestra primera discusión seria?

—O lo vas a joder todo.

—¿Qué es todo? Vamos, Adam. ¿Qué es todo?

—Ariadna...

—¿Me puedes explicar al menos qué coño ha pasado para que ayer me estuvieras haciendo aguadillas en el agua tan feliz y ahora me trates así? ¿Por qué... por qué nos estás haciendo esto?

—No te estoy tratando de ninguna jodida manera.

Su tono de voz subió varios decibelios. Permanecía sentado en el sofá, apacible, inalterable, en apariencia, mientras yo me había ido acercando a su posición a cada frase, pero esa voz y sus ojos decían todo lo contrario. Sus ojos, que habían mutado poco a poco en nuestras últimas frases. Habían mutado a algo negro. Jamás había visto esa mirada suya. Jamás me hubiera imaginado que la tuviera dentro de su ser, de ese rostro tan limpio. Y aún menos que la usara para mirarme a mí. Yo, que no le había hecho nada. Yo, que estaba a punto de explotar por la presión y la desazón que me producía la absurda situación que estábamos viviendo.

—¡Sí! ¡Sí lo estás haciendo y no creo que me lo merezca! Yo no te he hecho nada. ¡Nada!

Aquel fue el pistoletazo de salida, porque, al parecer, yo sí le había hecho algo. Se levantó del sofá sin apartar sus ojos fríos, vacíos, de los míos, y quedamos frente a frente.

—Crees que no veo las preguntas en tu cara a diario, ¿eh? ¡¿Crees que no las veo?! —gritó, levantándose—. ¿Dónde están los padres de Adam? ¿Lo abandonaron? ¿Murieron? ¿O nunca ha tenido padres? ¿Es una persona sin familia? ¿Qué será? ¿Estás intrigada, Ariadna?

A cada pregunta que me formuló, más se fue acercando a mi posición. Hasta que apenas quedó distancia. Aunque sí la necesaria para que no nos

rozáramos. La necesaria para que Adam se mantuviera lejos de mí. En su espacio de confort, de comodidad. Lo sentía. Y estaba a punto de abrirse la caja de Pandora. Ni se me hubiera pasado por la cabeza que Adam me sacara a colación a sus padres en aquella discusión. Y la verdad, en ese momento, no quise que lo hiciera. No quería hablar de ellos. No así. Ojalá hubiera podido retroceder en el tiempo y no provocarlo, pero ya no pude evitarlo.

—¡Sí, claro que me hago esas preguntas! Pero no lo pintes como algo morboso, Adam, porque no lo es.

—¿No? ¿Y qué es, entonces?

«¿Qué es?», repetí en mi cabeza. ¿Qué era? Decidí sincerarme y dárselo todo. Hacerle entender lo que pasaba en realidad. El motivo por el que me hacía esas preguntas y la razón por la que me torturaban las posibles respuestas.

—Estoy enamorada de ti —confesé, eliminando la distancia que nos separaba y que él, de manera tan eficaz, había mantenido—. Te quiero, Adam. Te quiero como jamás he querido a nadie, pero me siento... perdida. Me siento muy perdida contigo.

Levanté mi brazo en su dirección y acerqué la mano a su mejilla. No llegué a tocarlo. No me lo permitió. Y fue horrible. Descorazonador. Me dolió como nada antes lo había hecho. Que me negara ese contacto, que no me permitiera llegar hasta él... Me di cuenta de lo lejos que estábamos, de lo lejos que habíamos estado desde el primer momento y de la necesidad acuciante que yo sentía de tenerlo cerca. También de la sospecha de que nunca lo tendría.

Adam retrocedió dos pasos y nos separó de nuevo, confirmando mis presentimientos. Y si le afectó mi confesión de alguna manera, no dio muestras de ello.

—Si quieres un jodido guía, busca en otra parte.

Cómo me dolió aquello. Cómo me dolió y qué mal nos hicieron a los dos esas nueve palabras. No soy una persona perfecta y, por encima de todo, tengo sangre en las venas. Que respondiera así a mi declaración de amor, la primera que había hecho en la vida, activó lo peor de mí.

—¿Cuál es tu mierda, Adam?

—Yo no tengo ninguna mierda —me respondió dándose la vuelta y rehuendo mi mirada.

—Oh, ya lo creo que tienes mierdas.

—Te equivocas. —Giró de nuevo su cuerpo—. Ni rastro de mierdas. O

quizás yo mismo sea una puta mierda, pero es lo que hay. Soy lo que ves. No hay más.

—Sí que hay más. Mucho más.

—¿Más? ¿Hay más? Quizá tengas razón después de todo. —Dejó de hablar, dio varios pasos en dirección al gran ventanal del salón y nos distanció todavía más—. ¿Qué te parece si te hablo de mi mierda de vida? ¿Eso es lo que quieres? —Nuestras miradas volvieron a cruzarse cuando se dio la vuelta, una vez más—. ¿Verme sangrar? Pues adelante con ello.

—No, Adam...

Me asusté. Lo que vi en sus ojos no me gustó. Era... dolor. Un dolor indescriptible. No quería hacerle eso, pero ya había cruzado la línea. Había cruzado la línea y no quería saber lo que había más allá. Tarde. Era demasiado tarde para retroceder.

—Ah, no. Ahora me escuchas, Ariadna. Ahora te cuento que tenía una madre y un padre. Porque si pensabas que había nacido de una puta piedra, te equivocabas. Tenía padre, madre y tres hermanas pequeñas, de cinco, ocho y once años. Apenas habían comenzado a vivir. Eso lo ves, ¿verdad? Sí, seguro que sí. Tonta no eres.

—Adam...

—Ahora te cuento que tuvieron un accidente de coche y que murieron todos. Te cuento que fue de la noche a la mañana, que ni siquiera pude despedirme de ellos, que ni intenté llegar al hospital porque ya estaban todos muertos, y que yo debería haber ido en ese coche, pero que no lo hice porque mi mejor amiga estaba pasando por un mal momento y me pidió que no la dejara sola ese fin de semana. Te cuento lo que fue mi vida después de eso, lo que bebí, lo que me emborraché, las drogas que tomé y lo que me destrocé a mí mismo. Lo negro que lo veía todo y las ganas que tenía de suicidarme, de tirarme por un puto puente para reunirme con ellos y decir adiós a todo lo demás. Te cuento lo que tuvieron que luchar mis dos mejores amigos para sacarme del puto agujero en el que estuve metido durante años. ¿Ese es el Adam que querías? ¿Te ha gustado conocerlo? ¿Y quieres saber lo mejor? Jamás te querré, Ariadna. Jamás lo haré porque no puedo permitirme amar a nadie más. Tengo a seis personas en mi vida que lo son todo, y que todos los putos días temo que les suceda algo a alguno de ellos, a Oliver, a Sara, o a cualquiera de mis cuatro niñas. No puedo permitirme tener a nadie más, lo siento, pero seis personas ya son demasiadas. No puedo sumar una más. No puedo sumarte, Ariadna.

Se me rompió el corazón en mil pedazos. Y sangré. Sangré por dentro. Como él. Cerré los ojos mientras las lágrimas lo enturbiaban todo. Lágrimas provocadas por tantas razones que no sé ni por dónde empezar a explicarlo. Lloré por esas tres niñas, por los padres y por lo injusto de todo, sí, pero sobre todo lloré por él, porque me mataba pensar en lo que tuvo que haber pasado. En lo que era su vida. En que aún lo llevaba dentro casi tan fresco como el primer día. En que me hubiera gustado estar ahí, todos esos años, y cogerle la mano para que no cayera.

—Vete —me dijo entonces.

—¿Qué? —pronuncié, sin apenas reaccionar.

—Quiero que te vayas de mi casa. Ya lo sabes todo, ahora, márchate.

—Adam... —Una vez más, levanté mi brazo para llegar hasta él, pero no tuvo ni que separarse, estábamos demasiado lejos.

—Y no vuelvas. Ya te llamaré yo si me apetece follar algún día.

Reconozco que perdí los papeles, me enervó como nunca que se comportara así, que simplificara lo que acababa de suceder y lo que llevaba ocurriendo durante meses entre nosotros. Así que lo hice de la peor manera posible. Sí, de la peor. Pensad en cuál podría ser la peor reacción que pude tener. Pensadlo. Estoy segura de que ni os acercaríais.

—No, esta vez no vas a dejarme, Adam. Esta vez lo haré yo. Ven, vamos a tu cuarto —le dije entre mil lágrimas—, métete en la cama y esperaré a que te duermas, lo haremos a tu manera. O, no, espera, no, vamos a hacerlo a la mía. Por una vez, vamos a hacerlo a la mía, lo prefiero. Es casi como a ti te gusta hacerlo, la única diferencia es que yo no voy a esperar a que te quedés dormido, no, yo lo voy a hacer de cara, de frente, como los valientes. Me gustan los valientes, ¿quieres que te enseñe a hacerlo, Adam? Mírame a los ojos —me acerqué a la ventana y llegué hasta él, enmarqué su rostro con mis manos y busqué su mirada. No me apartó—, mírame a los ojos y escúchame bien. Yo acabo con esto. Ahora soy yo la que me voy y te dejo aquí tirado. Hasta nunca, Adam.

No sé cómo llegué a subirme en un autobús. No recordaba haber abierto la puerta de su casa ni coger el ascensor ni salir a la calle. Rompí a llorar, de nuevo, mientras miraba por la ventana y contemplaba la lluvia caer encima de ella y las gotas desplazarse hacia la parte más baja del cristal. Era de noche, por lo que lo único que veía eran las gotas. No había ciudad. No había nada. Hasta que apareció el salón de Adam. Y Adam dentro de él, tal y como yo lo había dejado minutos antes. Y, de pronto, recordé algo. Unas palabras.

«Adam se cayó una vez. Se cayó a un pozo oscuro y frío. Tuve que tirarme con él para sacarlo de allí, pero no fue suficiente y vuelve a caer de vez en cuando. Nunca tan profundo como aquella vez, pero vuelve a caer. No sé si caerá estando contigo, pero si notas, si sientes que lo hace, cógele la mano así, Ariadna, apriétala con fuerza y no permitas que caiga. Pero solo si estás dispuesta a hacerlo con el corazón, solo si lo quieres de verdad. ¿Sabes lo que es querer de verdad?».

Beelzebub has a devil put aside for me

Adam

Cuando me quedé solo en el salón de mi casa, cuando el silencio lo llenó todo y solo se escuchaba el tráfico de la calle y el torrencial de lluvia a través de las ventanas, pensé que me parecía curioso que aquello que me hizo llorar y suplicarle a la vida en el pasado, en ese momento no me causara ni una sola lágrima. No había llorado y tampoco sentía ganas de hacerlo. De romper cosas y jurar en mil idiomas diferentes, sí. Pero de llorar, no.

Hacía tiempo que no hablaba de ello. Demasiado tiempo. Aunque no el suficiente. Supuse que el hecho de que hubieran pasado casi veinte años desde el accidente había creado una especie de muro de inmunidad hacia mi exterior, hacia mis emociones más primarias. Pero, entonces, ¿por qué seguía sangrando por dentro? ¿Es que acaso nunca iba a detenerse?

Acababa de echar de mi vida a Ariadna y no sentía nada. O quizá sentía mucho y por eso me había quedado entumecido, como una respuesta de mi cuerpo al desbordamiento de sentimientos.

¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué? ¿Por qué? Esa era la gran pregunta. ¿Habéis tomado drogas alguna vez? No, claro que no, qué tonterías digo. Pero yo sí lo hice, mucho tiempo atrás, y os voy a explicar lo que se siente.

Hay un momento, poco después de tomarlas, de pura euforia. Pero no es una euforia normal, es algo que se sale de los límites de lo natural, te crees capaz de poder con todo y eres el puto rey del mundo. Es lo que se podría definir como felicidad extrema. Como estar en el cielo. Así me sentía yo en el pueblo de Ariadna, y como venía sintiéndome tiempo antes. Y sin estupefacientes de por medio. Sin nada que creara ilusiones falsas o mentiras.

Pero... ¿qué sucede cuando estás tan tan alto y se pasan los efectos alucinógenos? ¿Cuando toca volver a la realidad? Que caes en picado. Como un avión a más de tres mil metros de altura si se queda sin motores. Y yo caí. Caí estando tumbado en la proa de un barco con la chica más preciosa del mundo encima de mí y con el atardecer más bonito de la tierra envolviéndonos. Caí al darme cuenta de que lo que había vivido allí era algo

que jamás podría tener y de que me estaba engañando. Caí odiándolos a todos por tener lo que tenían. Ese fin de semana había sido de prestado y Ariadna se merecía a alguien mucho mejor que yo. A alguien que pudiera quererla a ella y querer a su familia. No odiarla. Y no odiarse a sí mismo por ello.

Tampoco os quiero engañar. Ese no fue el único motivo que me llevó a hablarle a Ariadna de aquello que sucedió. Quería decírselo, deseaba que lo supiera todo de una jodida vez, poder desahogarme; era algo que venía tiempo amenazándome y que llegó en ese momento de bajón y vulnerabilidad total. Las palabras, esas palabras, «toda mi familia murió», llevaban demasiado tiempo en la punta de mi boca, las ganas de contárselo junto con la reticencia a hacerlo habían estado luchando en mi interior sin darme cuenta, o dándome, pero haciéndome el loco. Hasta que exploté hacia el final del viaje. Las ganas de pertenecer a algo, o a alguien, tenía que exterminarlas. Y maté dos pájaros de un tiro. Se lo conté todo. Y la separé de mí.

Las cosas con Ariadna se estaban volviendo demasiado íntimas. Lo que me hacía sentir era demasiado intenso y la palabra «peligro» había aparecido con luces de neón en mi subconsciente. Quise obviarla, pero ahí estaba. Y no me abandonaba nunca. Me jodía habérmelo pasado tan bien y me jodía pensar que estaba cogiéndole cariño a esa familia, al mismo tiempo que los odiaba, porque, si sentía cariño por ellos, ¿qué cojones sentía por Ariadna?

Ring. Ring.

Era el timbre de la puerta principal. Yo seguía en la misma postura en la que me había dejado Ariadna; los brazos me colgaban inertes en los costados, un mechón de pelo me cubría parte del ojo y no me había movido ni un milímetro de mi posición. Mi maleta seguía entorpeciendo el paso en el medio de la nada. La suya reposaba en una esquina.

Ring. Ring.

Adelanté uno de mis pies y luego el otro. Di unos cuantos pasos hasta que me acerqué a la puerta.

Ring. Ring.

Sujeté el pomo con la mano y la abrí. Y tuve que parpadear para asegurarme de que lo que estaba viendo no era un espejismo. Como de esos que cuentan que tienes cuando estás en el desierto sediento y medio muerto.

Era Ariadna. Ariadna empapada y con un aspecto de animal abandonado que me llegó a lo más profundo de mi ser. Me pinchó. Y sangré un poco más. Porque era mi culpa. Yo le había hecho eso. Lo había ennegrecido todo y esas eran las consecuencias. Que una chica inocente, que el único pecado que

había cometido era enamorarse de mí, sufriera.

—Has vuelto. —Lo constaté como un hecho. Como lo que era. Lo dije sin sentimiento. Seguía entumecido.

—Sí.

—A ti te va la marcha.

No lo entendía. No entendía una mierda por qué había regresado después de lo cruel y despiadado que había sido con ella.

—Sí —reconoció, riendo. Se le veían los ojos hinchados y aún había marcas en su piel de lágrimas pasadas. Volví a sangrar—. Y me vas tú.

Tuve que cerrar los ojos por el dolor que me produjeron sus palabras. Yo no era buena persona, no podía amar, y ella no debería querer estar conmigo.

—No hace falta que me quieras —me dijo, como si hubiera leído mis pensamientos—. No necesito que tú me ames a mí. Solo quiero estar contigo. Quiero ver películas contigo, llevarte al cine, a cenar, a la playa y a bailar.

—Ari... —pronuncié en un quejido lastimoso.

—Tú caes y yo te cojo la mano.

—¿Qué?

—Tú caes y yo te cojo la mano. No pude hacerlo en el pasado, pero puedo hacerlo ahora. Tómala.

Me tendió su mano derecha, metiéndola en el interior de mi casa —ella aún permanecía de pie en el descansillo—, pero no la cogí. No en un primer momento. No era justo para ella y era demasiado bueno para mí. No debería cogerla. Sin embargo... sin embargo, la vi ahí tan jodidamente preciosa, tan pequeña, tan frágil y fuerte a la vez, tan mía, que no pude resistirme. No era tan fuerte. Ariadna derribaba todos mis muros, por muy altos que fueran. Y cayeron. Cayeron porque lo que me hacía sentir era demasiado bonito como para rechazarlo. Demasiado puro. Era como un sueño. Y yo no quería despertarme jamás. Otra vez, no.

Le ofrecí mi mano y pude sentir como soltaba el aire que estaba conteniendo. Ambos lo hicimos. Yo llevaba conteniéndolo desde que ella se había marchado de mi casa. Casi me ahogo y ni me había dado cuenta. Entró y cerró la puerta. Me la apretó con fuerza y tiré de ella hacia mí. Estampé los labios contra los suyos mojados y sentí de nuevo que volaba. Que vivía. Nuestras lenguas se encontraron a medio camino entre suspiros y gemidos contenidos.

—Fóllame, Adam —me dijo mientras me empujaba por la estancia y me arrancaba la ropa—, fóllame fuerte. Lo necesito.

Creo que nunca había tenido sexo con esa intensidad. Con esas ganas de alguien. Con esa fuerza. No llegamos ni al sofá ni a la cama ni a ninguna otra superficie blanda. Caímos al suelo y follamos ahí mismo como auténticos locos. Ella, encima, tomándolo todo de mí.

Como nos habíamos desplomado cerca del sofá, una vez acabamos, pude alcanzar una de las mantas que reposaban sobre él y taparnos a ambos con ella. Ninguno de los dos teníamos intención de movernos de allí. La diferencia es que Ariadna lo expresó en alto.

—No pienso moverme de aquí. Me quedo a dormir. Vete acostumbrándote.

Era una de las amenazas más bonitas que había recibido en la vida. Sonreí sin pretenderlo y coloqué mi brazo libre —seguíamos cogidos de la mano— debajo de la cabeza a modo de almohada. Me quedé mirando al techo y me di cuenta de algo. Joder, era tan obvio. ¿Cómo no lo había visto?

—¿Cuándo has hablado con Sara? —le pregunté sin titubeos.

No intentó mentirme, cosa que agradecí. Los dos sabíamos lo que había y era hora de que comenzáramos a hablar sin tabúes.

—El mismo día que te propuse ir a España. Cuando me llamaste para decirme que llegabas tarde, salía de tu despacho.

Asentí con la cabeza. Antes de llamar a Ariadna, había llamado a Sara. Así que estaban las dos juntas en mi despacho.

—¿Estás enfadado?

—No lo sé, creo que no.

Y era verdad.

—Bien. Me alegro de que no lo estés. Aunque no pienso pedirte perdón. Volvería a hacerlo, Adam.

—¿Te trató bien?

—¿Quién? ¿Sara?

—Sí.

—No sé qué decirte, la verdad. Pasó olímpicamente de mí, pero al mismo tiempo... me dio las respuestas que estaba buscando.

—Por supuesto que lo hizo.

—Ella sabía quién era yo.

—Sí.

—¿Qué le has contado?

—Todo. Ella y Oliver lo saben todo sobre mí.

—Son tu familia.

—Sí. No sé qué hubiera sido de mí si no fuera por ellos. Cuando —cogí aire antes de pronunciar las palabras por segunda vez— murieron mis padres, ellos ya eran lo más importante que tenía en la vida. Por eso sobreviví.

—Me gustó Sara. Y no sé por qué.

—Porque es parte de mí.

—Eso mismo me dijo ella de ti. Que eras su parte buena. Su mejor parte.

—Me quiere demasiado para su propio bien.

—No creo que sea eso. Creo que es porque tú siempre serás la mejor parte de cualquier cosa que formes. Por eso me he enamorado de ti. Por eso te quiero.

Giré la cabeza para encontrarme con su rostro y la besé. Lo hice hasta que nos quedamos dormidos.



Había pasado un mes. Un mes desde que Ariadna me había cogido la mano y habíamos follado como animales en el suelo de mi casa. Un mes desde que dormimos juntos en ese mismo suelo. Un mes desde que se convirtió en costumbre que pasara la noche en mi casa varios días a la semana. Y no era tan malo dormir con alguien. Con alguien que no fuera un Aston o un Summers, me refiero. Es más, no era para nada malo.

Siempre se levantaba ella primero, preparaba el desayuno y luego venía a despertarme y a desayunarme a mí. Y yo todos los días llegaba al despacho con cara de gilipollas. O eso me decían todos. Puta envidia era lo que tenían de que yo iba bien follado y ellos no.

Lo peor del asunto, que ya estábamos metidos de lleno en el mes de diciembre. En las navidades. En las putas navidades. Joder, las odio. Y sé que no tengo motivos; lo paso bien en las fiestas, estoy rodeado de la gente que quiero y Edimburgo en navidades es una ciudad cautivadora, pero las odio. No puedo evitarlo.

La pista de hielo que ponen en la ciudad en esas fechas ya estaba funcionando. Quedé allí con Ariadna para disfrutar de la tarde juntos antes de que ella se fuera a España a pasar parte de las fiestas con su familia. Había cogido vacaciones esa semana y volvería para Nochevieja.

—¿La pista de hielo? —me dijo en cuanto llegó a St. Andrew Square y la vio—. Nunca he estado en ninguna.

—Ajá. Lo sé. Vamos, que yo te enseñe. Va a ser divertido. —Le cogí la

mano y nos dirigimos a la pista. Yo llevaba mis patines colgados en la espalda, pero ella tenía que alquilar unos.

—¿Enseñarme? ¿Es que acaso no me has visto patinar las suficientes veces, *Melenas*? Soy la mejor patinadora de mi pueblo, llevo patinando desde que tengo uso de razón.

Y realmente era bastante buena. Pero el hielo no tiene nada que ver con el asfalto.

—Créeme, lo sé. Me lo dices bastante a menudo —comentario por el que me gané un golpetazo cariñoso en el brazo—, pero patinar sobre ruedas no es lo mismo que patinar sobre el hielo.

—No creo que sea muy diferente.

—Ponte los patines.

En cuanto hizo el primer movimiento para avanzar por la pista, toda decidida ella que fue, cayó; joder que si cayó. Y buena hostia que se dio mientras yo me descojonaba de la risa. Lo que hizo que no pudiera ayudarla a levantarse. Me dio un ataque de los buenos.

—Eres un gilipollas —me dijo desde el suelo. Yo continuaba riéndome—. ¿No se supone que deberías venir a ayudarme en lugar de estar ahí partiéndote de la risa?

—Vete a buscar a un caballero andante si lo necesitas. Yo no lo soy.

—No quiero buscar a nadie, idiota, quiero que tú me ayudes a levantarme.

Dejé de reírme —un poco— y me incliné para ayudarla. Me agarró con fuerza y tiró hacia ella, y, como no me lo esperaba, me lanzó al hielo.

«¡La hostia!».

Entonces la que se reía era ella.

Patinamos durante un par de horas y debo reconocer que no se le dio mal del todo. Obviando las trescientas cuarenta y ocho veces que se había caído. Y yo me había descojonado en cada una de ellas.

—¿En qué piensas? —le pregunté una vez nos quitamos los patines y comenzamos a despedirnos.

—Me estaba acordando de cuando tenía culo.

Sonreí y la besé en los labios.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe a casa?

—No, tengo que preparar la maleta y meterme a la cama temprano para coger el vuelo a horas intempestivas, y, si vienes ahora conmigo, me vas a entretener demasiado.

—No sé por qué lo dices.

Me despejó el pelo de la frente, me abrazó con fuerza y nos despedimos del todo.

—No me eches demasiado de menos, *Melenas*.

—Lo intentaré.

—En cinco días estoy de vuelta.

—Saluda a todos de mi parte.

—Lo haré.

Una vez Ariadna se marchó, cuando giró por la esquina y mis ojos ya no fueron capaces de seguirle la pista, me senté en uno de los bancos. Me quedé con una especie de vacío raro que no había sentido antes. No me apetecía estar solo ni en casa ni en la calle. Era raro. Pero sentí la necesidad de tener a mi gente rodeándome. Por eso llamé a Oliver para ver qué hacían. Estaban en la calle, dando un paseo con las niñas, y me dijo que en diez minutos se encontraban conmigo. Casi todo el vacío se esfumó.

Me quedé sentado en el mismo banco hasta que llegaron. Mis tres niñas mayores vinieron corriendo a saludarme y a saltar encima de mí. Apenas habían pasado treinta horas desde que las había visto por última vez, pero tenían mil cosas que contarme porque les había pasado de todo y, como siempre, se solaparon las unas con las otras. Una vez acabaron, me preguntaron si podían entrar en la pista a patinar. Les dije que sí —en cuanto a autoridad tengo casi la misma que sus padres— y convencieron a Oliver para que fuera con ellas. Le presté mis patines —usamos el mismo pie— y se fueron los cuatro a alquilar unos para las niñas.

Isla, que tenía algo más de seis meses y que era una auténtica amante de la música gracias a mí, estaba dormida en el coche de paseo. Sara lo dejó cerca del banco y se sentó junto a mí.

—¿Te vienes luego a cenar y a dormir a casa?

—Sí.

Tenía ganas de ellos, así que ni lo dudé.

—¿Ariadna ya se ha ido?

Sonreí. Sara siempre entra a matar. No se anda por las ramas. No conmigo, al menos.

—Acaba de irse a casa a preparar la maleta. Mañana tiene que madrugar bastante para ir al aeropuerto.

—¿La has traído a patinar?

—Quería verla comer un poco de hielo.

—Y lucirte.

—Y lucirme.

—¿Y cómo lo llevas?

—¿Cómo llevo el qué?

—Todo, Adam.

—Regular. Ya sabes lo gilipollas que me pongo en estas fechas. Diciembre es... demasiado familiar. Es un puto asco. —Los dos teníamos la mirada en Oliver y las niñas. En las piruetas que las dos mayores eran capaces de hacer y en los trompazos que se daban después—. Odio los putos meses de marzo y diciembre.

Y en marzo es mi cumpleaños. Mi nacimiento y la muerte de toda mi familia concentrados en el mismo mes. Cada marzo de cada jodido año. Porque puedes cambiarte el nombre, los apellidos, el pelo, joder, incluso el puto rostro al completo con cirugía de la buena, pero no el día en que has nacido. Puedes inventarte otro día y engañarte, pero solo harías eso: engañarte. Y yo estaba cansado de engañarme a mí mismo. En marzo nací y en marzo murió toda mi familia. Sería así de por vida. Punto.

—Lo sé —me dijo Sara, poniendo su mano en mi rodilla y apretándola con fuerza.

—¿Por qué no los has hecho desaparecer aún, Sara? ¿De qué coño nos sirve esa inteligencia tuya tan prodigiosa si no eres capaz de darme eso?

Lo más jodido del asunto fue el tono con que se lo pregunté, o recliné, porque realmente pensaba que su deber como mejor amiga era hacer eso por mí.

—Créeme, llevo veinte años intentándolo.

No apartaba la vista de su marido e hijas, no le veía los ojos, pero pude sentir las lágrimas en ellos.

—Ya lo sé —la agarré por los hombros y la estreché contra mí—, joder, ya lo sé. Perdóname. Es este puto mes.

—Hablemos de cosas bonitas, Adam —me pidió contra mi cuello—. En diciembre también las hay. Háblame de ella. Háblame de Ariadna. Cuéntame lo que te mueres por decirme. Lo que sabes que ha pasado.

—Sara, no.

—Adam —me dijo, incorporándose y mirándome a los ojos.

—¿Qué?

—Dilo. Dilo en alto.

—No.

—Adam.

—No es amor.

—Adam.

—No es amor, es... diciembre.

For me. For me

Ariadna

El veintiséis de diciembre regresé a Edimburgo, después de pasar la Nochebuena con mi familia. Fue un viaje rápido, yo no tenía demasiadas vacaciones, apenas una semana, y parte de los días los había pasado antes con Adam. Hacía poco tiempo que había estado con mis padres y hermanos, por lo que no tenía demasiada morriña de casa. Ni de familia. En cambio, de Adam, sí.

Adam. Ay, mi querido Adam. Cada día estaba más enamorada de él. No sé si existen niveles de enamoramiento, pero, si los hay, yo los estaba cruzando todos a pasos agigantados. Desde aquel día en su casa, nuestra relación había cambiado de manera radical. Había algo nuevo: confianza.

Y no fueron necesarias horas y horas de conversaciones inútiles y morbosas sobre el asunto, no lo atosigué a preguntas —es más, no le hice ni una, fue él quien poco a poco, según sentía la necesidad de contarme algo, se fue soltando—; lo entendí todo a la primera. Adam sentía un rechazo total a amar, a amar en el sentido más amplio de la palabra (amigos, familia, pareja, hijos) por miedo a volver a perder a la persona amada. Familia de sangre no tenía, los abuelos con los que se había criado a ratos, después de que sus padres tuvieran el accidente, habían fallecido unos años atrás. Y no había más. Tenía tíos y primos, pero no vivían en Edimburgo y apenas había relación. Y nunca dejaría entrar a nadie, salvo a los Aston-Summers, que existían antes del accidente y a los que le era imposible no querer con todo su corazón.

Lo entendía. Por supuesto que lo entendía. Y tenía clara una cosa: Adam era una de las mejores personas que había conocido en mi vida, y de las que mejor me hacía sentir. ¿No podía amarme? No importaba. Yo lo amaría por los dos.

Dejé de mirar por la ventanilla del coche y giré la cabeza para verlo conducir. Adam me había ido a recoger al aeropuerto y estábamos llegando a su casa. Lo miraba y lo miraba y pensaba que lo que decía que me ofrecía era

suficiente. Yo solo deseaba tocarlo, besarlo, acariciarlo, observarlo, estar con él, hablar con él, comer con él, patinar con él, dormir con él, vivir con él... En definitiva, compartir mi vida con él, y Adam me lo concedía. Lo hacía sin compromiso, sin prometerme amor eterno, o sin prometerme amor, a secas. Y a mí me valía. Así lo creía en ese momento. Estábamos de maravilla, nos entendíamos a la perfección, nos gustaba pasar el tiempo juntos y no existía la palabra «fin» a lo nuestro. ¿Qué más se puede pedir?

Cuando llegamos a su apartamento, lo llevé a su dormitorio y lo tumbé en la cama para hacerle el amor muy muy despacio. Le tenía ganas. Cinco días separados era mucho tiempo. Y eso que habíamos estado la mayor parte enganchados al teléfono como adolescentes enamorados. En mi familia era uno de los temas de conversación más recurrentes; les gustaba Adam, les gustaba para mí —el rockero perdonavidas poseía un «no sé qué» que enganchaba a cualquiera— y así me lo hicieron saber. Me propusieron que lo invitara a pasar las fiestas con nosotros, pero no llegué a decírselo. Él necesitaba estar con los suyos.

—Hoy mandas tú. Hazme lo que quieras y poséeme como quieras —me dijo cuando lo tenía desnudo por completo. A Adam le gusta decir frases de película erótica en la cama. Yo siempre le respondo que así lo único que consigue es hacerme reír y bajarme la excitación, pero él se las ingenia para volver a dejarlo todo en su sitio. Y sin que pierda la sonrisa.



Me desperté a la mañana siguiente algo desubicada. Tanto viaje de Edimburgo-España y España-Edimburgo en tan pocos días consiguió que no supiera ni dónde estaba durmiendo. Hasta que abrí los ojos y lo vi a él. Todas las mañanas que dormía en su casa, me despertaba yo primero y me quedaba un rato (creo que corto, aunque no podría asegurarlo) observándolo dormir. Esa mañana yo seguía de vacaciones, era mi último día, y me hubiera quedado en la cama, pero Adam trabajaba y, por la luz que entraba por la ventana, me imaginé que era la hora.

Normalmente, lo despertaba con suavidad y a base de besos y arrumacos —a veces se nos iba de las manos—, pero tuve que levantarme a toda leche para ir a vomitar. La última apuesta en el trabajo estaba acabando conmigo de verdad. Cuando probé mi propia mezcla antes de irme de vacaciones, pensé que, por fin, me acercaba a dar con algo, pero pocas horas después

empezaron los vómitos. Había que seguir probando.

—¡Adam! Arriba. Es de día. —Lo zarandeeé con poca delicadeza y me fui al baño.

Eché todo lo que tenía que echar, tiré de la cisterna y comencé a lavarme los dientes.

—¿Has vomitado otra vez? —me preguntó Adam bostezando y metiéndose en la ducha con pereza.

—Sí, pero estoy bien.

—No estoy yo tan seguro.

El ruido del agua inundó el baño y evitó que pudiera escuchar el sermón que Adam me daba desde la ducha. Algo escuchaba de fondo, pero nada con sentido. Volví al dormitorio y miré la hora. ¡Era tardísimo!

—¡Adam! —grité, entrando otra vez al cuarto de baño.

—¿Qué? —me preguntó tranquilo.

—¡Son las ocho y media de la mañana!

—¿Qué? —El ruido del agua cesó y Adam salió con algo de jabón aún en el cuerpo—. ¡Mierda! Tengo una reunión.

Esa era una de las frases más recurrentes que tenía. Lo que no entendía era por qué no se ponía la alarma del móvil, un despertador tradicional o algo que lo despertara.

—Voy a llamar a Sara —decía mientras se vestía a todo correr—, no sé por qué no me ha llamado para avisarme.

Lo seguí por todo el apartamento mientras buscaba el teléfono móvil a la vez que se ponía los calcetines y los zapatos. Lo encontró poco después tirado en el suelo del dormitorio junto con los pantalones del día anterior. Vale, eso había sido culpa mía.

—¡La hostia! Tengo quince llamadas perdidas tuyas en el móvil. Soy un puto desastre. ¡Me voy! —Fui a despedirme de él con un beso, pero me esquivó y me miró con severidad—. Abandona esas apuestas. Ya. Estás jodiéndote el jodido estómago, joder.

—¿«Jodiéndote el jodido estómago, joder»? Eso es demasiado «joder» incluso para ti —le dije, de guasa. Pero no le hizo gracia. Lo decía en serio.

—Ari...

—Estoy a punto de llegar a algo, Adam. Este año celebramos el aniversario de la marca y llevamos años, bueno, en mi caso meses, trabajando en el nuevo sabor, y creo que ya lo tengo.

—Creo que me he pronunciado lo suficiente. Te veo luego. ¿Comemos

juntos? —Entonces sí me dio un beso en la boca.

—Vale.



Los días pasaron. Cuatro, para ser exactos. Ese día era Nochevieja y me levanté de la cama temprano con la cabeza a pleno rendimiento, organizando todas las cosas que tenía que hacer y encajándolas en las veinticuatro horas escasas que dura el día: cocinar, decorar la casa, salir a la calle a brindar con mis amigos y la familia (ese año me tendría que conformar con salir con April y June y brindar con el resto por teléfono), ir al cine (para mí, actividad imprescindible del último día del año), pasear y observar los festejos de la ciudad de un día así y, como novedad, quedar con Adam.

Entré en la cocina para desayunar algo rápido y me encontré allí con June vestida y preparada para salir a la calle. Nunca se despertaba tan temprano un domingo; me extrañó y torcí el morro.

—¿Qué haces vestida a estas horas de la mañana? —le pregunté mientras me preparaba el café.

—Adam me ha llamado.

—¿Adam? —me giré—. ¿Mi Adam?

—Sí, tu Adam. Vamos.

—¿A dónde?

No me contestó. Me cogió la mano y me llevó al dormitorio sin dejarme desayunar. Abrió el armario y sacó un par de prendas de ropa al azar, unos pantalones vaqueros y un jersey de lana.

—Vístete. Nos vamos al hospital.

—¿Qué te pasa? —le pregunté asustada.

—¿A mí? Nada. Voy a llevarte a ti.

—¿Perdona?

—No me mires así, son órdenes de tu querido novio. Me ha dicho que te ve muy baja de fondo y me ha dado el nombre de una buena amiga suya, una tal Natalie no sé qué, que es médico y trabaja en el hospital. Ha concertado una cita con ella. Te van a hacer unas pruebas para ver que está todo bien. Está preocupado por ti. Ha empezado a nombrar un montón de posibles enfermedades y me ha convencido. Ari, ¿te encuentras mal? ¿Te pasa algo?

Reproduje en la cabeza cada una de sus palabras, despacio, y comencé a entenderlo todo. Adam estaba preocupado por mí. Se me hinchó el pecho por

ello y sonreí sin poder evitarlo.

—Estoy bien —le dije para tranquilizarla—. Adam es un exagerado y ahora me voy a poner a organizar todas las actividades que tengo pensadas para hoy.

—No, no, señorita. Vamos al hospital. Tenemos cita en media hora con la tal Natalie y no pienso desobedecer al rockero perdonavidas, así que vístete.

Por más que le aseguré que no era necesario y que me encontraba a la perfección, quizás solo algo más cansada de lo habitual, media hora después, me encontraba en el Hospital General de Edimburgo, preguntando en la recepción por la tal Natalie.

Apenas esperamos cinco minutos y una chica rubia con un aspecto impoluto y perfecto vino a recibirnos.

—Hola. ¿Quién de las dos es Ariadna Cabana?

—Soy yo —me presenté.

—Encantada, Ariadna. Yo soy Moira, enfermera y amiga de Adam. Nos ha llamado a Natalie y a mí con todo su descaro para que te colemos y te hagamos unas pruebas.

—Yo... no quiero molestar. Estoy bien.

Me sonrió y nos indicó a June y a mí que la siguiéramos. Durante el camino por los interminables pasillos del hospital y con parada en el ascensor incluida, me preguntó un montón de cosas, primero, relacionadas con mis datos personales y temas de alergias; después, por el tema que nos había llevado allí. Le conté mi historial médico, el de mi familia, y nombré, solo por si acaso, el tema de las apuestas en el trabajo.

Recorrimos otro pasillo interminable y llegamos a una puerta donde se leía Natalie Bennett en una placa en el centro; entramos sin llamar.

—Pues aquí la tenemos —le dijo Moira a la chica sentada tras la mesa, que supuse que era Natalie. Ambas eran jóvenes, de la edad de Adam, más o menos.

—Hola, encantada —se levantó para saludarme—, yo soy Natalie.

Era una chica morena, bastante alta y con un aspecto muchísimo menos impoluto que la enfermera.

—Hola. ¿Sois amigas de Adam? —les pregunté a bocajarro. Me podía la curiosidad. Una persona no hace un favor así a un amigo casual. Pensé que lo más seguro era que fueran examantes. Sí, las dos. Adam era capaz de eso y mucho más.

Se miraron, sonrieron, asintieron y comenzaron con la exploración.

«Tenía que haberles preguntado directamente si eran examantes». Aunque casi prefería no saberlo. Era... violento. Violento para mí, porque ellas estaban tan tranquilas. Tranquilas y demasiado cómodas la una con la otra, si es que era cierto que se habían acostado con el mismo tío.

En primer lugar, me sacaron una muestra de sangre, se la dieron a un chico joven, que parecía estar de prácticas, y me dijeron que los resultados estarían a lo largo de la mañana —los colarían en el laboratorio como muy urgentes— y que, mientras, me harían el resto de pruebas. Me contaron, por fin, que eran amigas de Adam desde los nueve años y que habían estudiado con él en el mismo internado. Descarté lo de las examantes al momento. Me dio la sensación de que eran algo más que amigas por todas las anécdotas que me narraron y por la forma en que hablaban de él. Me dio la sensación de que eran... cercanas a él, pero no de manera sexual.

Mis sospechas se vieron resueltas cuando Natalie me explicó que esa misma noche habían quedado con él para cenar y celebrar la Nochevieja. Al parecer, eran un grupo de nueve amigos, incluidos Sara, Oliver, Pear y Brian, y era tradición que pasaran el último día del año todos juntos desde tiempo atrás. Nombraron a dos personas más, Marco y Olivia, y al hacer recuento de personas, me di cuenta de que eran los que me faltaban para cerrar el círculo de nueve del que hablaban.

Intenté recordarlas del día de la discoteca, del día que me encontré con Adam y sus amigos, pero el único que se acercó a mí fue Brian. Imposible memorizar las caras del resto del grupo. Aunque supuse que seguro que estaban.

En los momentos de silencio, podía escuchar el hilo musical de fondo. Incluso reconocí alguna de las melodías. Me di cuenta entonces de que la música nos rodea. Rodea nuestras vidas. Está siempre ahí. Vayamos donde vayamos. También flipé por pensar ese tipo de cosas. Y por detectarlas en el ambiente.

Cinco horas después —me dio tiempo a ir a la cafetería tres veces y a darme dos paseos—, Natalie me estaba dando las indicaciones para no sé qué prueba cuando Moira entró en el despacho de nuevo.

—Olvida la colonoscopia —le dijo a su amiga—. Tenemos parte de los resultados de la muestra de sangre y no es necesaria.

—¿Me pasa algo? —pregunté asustada. ¿Tan rápido tenían un diagnóstico? Empezó a palpitarme el corazón dentro del pecho muy fuerte. ¿Y si tenía algo grave? ¿Y si me había cargado el estómago sin remedio a

causa de las apuestas? ¿Tendrían que operarme? Me prometí que se habían acabado las apuestas para siempre. Estábamos siendo unos auténticos inconscientes con todo el asunto.

—Tranquila, no te pasa nada malo —me dijo, sonriendo—. Estás embarazada, Ariadna. Felicidades.

—¿Perdona? —pregunté atónita. Aunque quizás atónita no es la palabra que mejor me describe. Pongamos flipada, pasmada, boquiabierta, patidifusa, desconcertada y algo confundida. Y no, no son sinónimos. Yo sentía cada uno de los adjetivos.

—Que estás embarazada.

Me quedé quieta. Mis ojos, fijos, estáticos, en los papeles que la enfermera sostenía en sus manos. Los papeles donde ponía que yo, Ariadna Cabana, estaba embarazada. Embarazada. No. No era posible. Ese fue mi primer pensamiento.

—Ari. —Escuché que me decía June.

—Ariadna —repitió Moira—, estás embarazada.

Creo que intentaba convencerme; se había dado cuenta de que no acababa de creérmelo. Yo seguía inmutable. Inmutable y con miles de preguntas pasando por mi cabeza. Entre ellas, ¿cuándo? y... ¿cómo?

—Lo he oído —contesté—, pero es imposible. A no ser que ahora uséis la palabra «embarazada» como eufemismo de otra cosa.

Ni yo misma me lo creía, claro.

—¿No has mantenido relaciones sexuales con penetración vaginal en las últimas semanas? —me preguntó la morena con seriedad.

¿En las últimas semanas? Las mantenía casi a diario. Apagué mis pensamientos de un plumazo. Empecé a ser consciente de lo que se me venía encima.

—Sí, claro —acepté.

—Entonces es posible.

¿Lo era? Sí, por supuesto que lo era. Era posible que estuviera embarazada. Había escuchado tantas veces la manida frase de «esas cosas pasan»... Aunque nunca crees que te vaya a suceder a ti. Hasta que sucede. Sucede y, de repente, te ves en una sala de hospital acariciándote la tripa por encima del jersey y siendo consciente de que hay algo ahí dentro. Creciendo. Un hijo. Iba a tener un hijo. Ese fue mi segundo pensamiento.

—¿No lo sospechabas? —me preguntó la enfermera.

—No, de ninguna manera. Yo... Yo tomo la píldora —respondí. Todavía

no había apartado la mirada de los papeles que sujetaba. Quería arrebatárselos.

Fui a sentarme, pero ya estaba sentada. Claro que estaba sentada, de lo contrario, me hubiera desplomado.

—¿Desde cuándo no tienes la regla?

—He tenido una falta —susurré. Mi cabeza funcionaba a pleno rendimiento, intentando asimilar lo que estaba pasando—, este mes. Pero pensé que era por los trastornos alimenticios de las apuestas y, después de la semana de descanso, volví a tomar la píldora.

«Oh, madre mía. ¿Y si le he hecho algo malo al bebé?», me acuerdo que pensé invadida por el terror.

—¿Te has saltado una regla y no has ido al médico? —me dijo June con reprobación. Me había olvidado de que estaba junto a mí. No contesté al momento. La inmensidad de mi situación estaba entrando poco a poco en mi sistema cognitivo. La miré y acerqué mi mano a la de ella. Se la cogí con fuerza.

—Pensé que... pensé que era por los trastornos. Lo miré en internet.

—¿Internet? ¿En serio? No te puedes fiar de internet y lo sabes.

—La has estado vomitando —me dijo... alguien. No recuerdo quién. Ya estaba abstraída. La imagen de un chico con la melena ondulada, mirada penetrante y sonrisa verdadera se había adueñado de todo mi ser. Le había desaparecido la sonrisa, que era lo que más me gustaba de él. Ese fue mi tercer pensamiento: el hijo es de Adam.

—¿Qué? —pregunté por inercia.

—Si me dices que vomitar es algo habitual para ti, has estado vomitando la píldora. Por eso te has quedado embarazada. Y las pastillas que has estado tomando, una vez embarazada, también las has vomitado.

Sí, eso tenía... sentido. Demasiado sentido.

—Ari, tranquila —me dijo June, apretándome la mano con fuerza—. Es una buena noticia. Un bebé es algo bonito. Ya sé que no entraba en vuestros planes, pero...

—Adam va a volverse loco —susurré.

—¿Adam? ¿El bebé es de Adam? Oh, Dios mío. —No supe quién de las dos lo había dicho, si la médica o la enfermera, pero, al levantar la cabeza, vi que sus caras eran de absoluta sorpresa e incredulidad. Así que lo mismo daba.

Sí, aquellas chicas eran amigas íntimas de Adam. Lo conocían mucho más

de lo que me hubiera imaginado. Con toda probabilidad, lo conocían más que yo. Y si por un segundo tuve dudas de cuál iba a ser la reacción del futuro padre, ya no me quedaba ninguna.

Mala. Muy mala.



Brillaba el sol en la calle. Brillaba en un día de invierno en Edimburgo. No calentaba; brillaba. Las previsiones meteorológicas habían anunciado fuertes lluvias para el último día del año, pero el sol brillaba.

«Prefiero que me corten la piel entera con hojas de papel antes que ser padre».

«Que me descoloquen los huesos y vuelvan a dejarlos en su sitio».

«Que me quiten las muelas con alicates».

«Jamás te querré, Ariadna, jamás lo haré porque no puedo permitirme amar a nadie más».

«Tengo a seis personas en mi vida que lo son todo, y que todos los putos días temo que les suceda algo a alguno de ellos».

«No puedo sumar una más. No puedo sumarte, Ariadna».

Esas eran las frases de Adam que no se me iban de la cabeza mientras deambulaba como una autómatas por la calle atestada de gente festejando, brindando y cantando. Yo iba a contracorriente. En todos los sentidos. Y sola. Le había pedido a June al salir del hospital que me dejara sola.

Me senté en un banco. Y pasaron las horas. Horas en las que me dio tiempo a pensar en muchas cosas, pero sobre todo en que tenía que decírselo a Adam. Con efecto inmediato.

Saqué el móvil del bolso que llevaba cruzado en el pecho y vi que tenía multitud de llamadas y mensajes. Ignoré todos los que tenían que ver con mi familia y amigos y que estaban relacionados con felicitaciones típicas de la última noche del año. Ignoré también las de June y me centré en todo aquello en lo que ponía «Adam». Habíamos quedado hacía casi una hora en su casa para celebrar nuestra pequeña Nochevieja los dos solos antes de que él tuviera que irse a casa de Sara.

Comencé a ponerme nerviosa según leía los mensajes; los primeros eran para recriminarme, de broma, que llegara tarde, y el resto denotaban preocupación al ver que no contestaba y no aparecía por su casa.

Decidí llamarlo. Me contestó al primer tono.

—¿Dónde estás? ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien —conseguí decir.

—¡Joder! Me tenías preocupado, incluso he llamado a Natalie y Moira —se me paralizó el corazón ante la mención de sus amigas y conocedoras de mi estado—, pero no me han querido decir nada.

—¿Sigues en tu casa?

—Sí, claro, estoy esperándote. Dime que estás bien.

—Voy para allí.

Colgué.

El viaje hasta su casa fue una auténtica tortura. Había hecho ese mismo recorrido tantas veces. Andando, en autobús, en coche. Y siempre con una sonrisa en la boca, siempre con la emoción de encontrarme con él. Pero aquella vez tenía un sabor agri dulce. Según pasaba calles y edificios, cada cual más cercano a su apartamento, más sensación tenía de que iba a caer por un precipicio. Sin paracaídas. Sin colchoneta debajo para amortiguar la caída. Por una parte, me atenazaban las ganas de decírselo, de compartir con él que íbamos a ser padres, pero, por otra, solo deseaba meterme en la cama y acurrucarme en los brazos de mis padres o cualquiera de mis hermanos.

—Sube —me dijo en cuanto llamé al interfono. Me dio la sensación de que estaba apostado cerca del aparato, esperando mi llegada.

Cogí el ascensor y marqué el botón de la última planta. Miré hacia mi estómago. Hacia la cosita que llevaba dentro y que no podía dejar de tocar. Era de Adam y mía, era nuestra, lo habíamos hecho juntos. Un brote de esperanza nació de ahí. ¿Tenía que sentirme mal por amarlo sin conocerlo? ¿Por sentir que una parte de Adam sería mía para siempre?

No. No podía no quererlo. Y eso que aún no era nada. ¿Y si Adam sentía lo mismo? ¿Y si lo amaba por puro instinto? Me aferré a esa idea. Era mi paracaídas. Mi colchoneta bajo el precipicio.

Cuando llegué al piso, vi que la casa de Adam estaba abierta. Me acerqué y entré. Adam me esperaba, de pie, en medio del salón. No llegué a cerrar la puerta, no le di tiempo a que se acercara a mí.

—Estoy embarazada.

Tiempo.

Tiempo.

Tiempo.

Tiempo.

Tiempo.

Tiempo.
Tiempo.
—No.
—De ti.

***So, you think you can stone me and spit in
my eye***

Adam

—Estoy embarazada.

Me quedé paralizado a medio camino. Esas dos palabras, «estoy» y «embarazada», me detuvieron y eso que iba decidido a su encuentro. Nos quedamos en silencio. Y sin respiración. Dejé de respirar. Mi corazón también se detuvo unos segundos. Dejé de brincar en mi pecho. La vista se me enturbió. Dejé de ver con claridad. En todos los sentidos. Dejé de hacer tantas cosas en esa habitación...

Podría decir que pasé por diferentes fases, que empecé por la sorpresa, continúe por la incredulidad, después, por el reconocimiento y el entendimiento y que acabé en el rechazo, pero mentiría. Me comí todas las putas fases previas y me fui directo a lo último: al rechazo. Fue... mi instinto de supervivencia. Supervivencia a la que había estado fuertemente sujeto durante veinte años.

—No —dije tiempo después, no podría calcular cuánto, segundos, minutos u horas, a la vez que negaba con la cabeza, horrorizado. Tenía la boca seca y me di cuenta al hablar.

—De ti —remató la desconocida que se encontraba enfrente de mí por si me quedaba alguna duda. Y digo desconocida porque aquella no podía ser Ariadna. No podía ser mi *Diciembre*. Ella no me haría algo así. No. No era ella. No podía serlo. ¿Estaba soñando? ¿Me había quedado dormido en el sofá, esperándola?

—No —volví a negar, con la esperanza de que la persona enfrente de mí me diera la razón. O de que despertara. Incluso me pellizqué hasta hacerme daño. Fue la primera señal. También escuché un *crac*. Era una grieta. Cuando veinte años atrás, me caí en el pozo tras el accidente, tuve que escalar para salir de allí. Sara y Oliver me ayudaron, me dieron el impulso, y conseguí subir. He sobrevivido en el borde del pozo, en el muro, desde entonces. Y se

estaba desquebrajando justo debajo de mis pies. Comenzó el dolor, como una molestia desagradable.

—Adam.

—No es verdad. Dime que no es verdad. Dime que es todo una broma. Por favor.

—No puedo decirte eso, Adam —me dijo, seria—. Vamos a tener un hijo.

—No.

Crac. Otra grieta. Me di cuenta, derrotado y hundiendo los hombros de puro dolor, de que sí era Ariadna. De que estaba despierto. Y pensé que el mundo era un lugar espeluznante en el que vivir. ¿Cómo habíamos llegado a aquello? Recordé el modo en que la conocí, seis meses atrás. ¿Cómo aquella chica rubia que vi en el hospital me había llevado a esa situación? ¿Cómo lo había permitido? ¿¿Cómo??

—¿Por qué lo has hecho? —me atreví a preguntarle, notando como si me arrancaran el corazón con la mano sin anestesia.

—¿Qué? —preguntó extrañada, sin comprender la acusación implícita que había en mi pregunta—. ¿A qué te refieres? ¿Qué he hecho?

—¿Me... odias?

Tenía que ser eso, no encontraba otro motivo. Ella conocía la razón de mi rechazo. Ella ya lo sabía todo. El dolor, que comenzó siendo una molestia desagradable y continuó con mi corazón fuera de mi pecho, se convirtió en fuego candente sobre mi cuerpo al plantear esa posibilidad. Me quemaba y dolía como nunca. ¿Tan malo había sido con ella? ¿Era su respuesta, su venganza, al hecho de que no pudiera amarla?

—No, Adam, no —se acercó a mí, buscando mi contacto. No se lo permití y se quedó quieta a escasos centímetros de mí—, yo te quiero. Te quiero con toda mi alma.

Mentira.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho? ¿Por qué te has quedado embarazada? La expresión de su cara cambió. Se ensombreció.

—Adam, no ha sido algo premeditado. Ha... sucedido sin querer. Y yo no...

—¿Sin querer? —le interrumpí, incrédulo—. No, nadie se queda embarazada sin querer. Joder —me lamenté, dentro de todo el dolor, metiendo los dedos en mi pelo y estirando de él con fuerza—. No debí haber confiado en ti.

—Adam, no sigas por ahí. Vamos a hablar de lo que ha ocurrido como

personas adultas, por favor.

—¿Has tomado la píldora alguna vez? ¿O ha sido así como me has engañado?

Ahí empecé a abalanzarme sobre ella sin perdón, dialécticamente hablando. Era mi cura. Mi forma de acabar con el dolor. Tenía que sacarla a ella de mi sistema para que dejara de doler.

—¿Qué? —me respondió, primero, con sorpresa; luego, con dolor. Estaba seguro de que no era, ni de lejos, parecido al que yo sentía—. Yo no te he engañado, Adam. El problema han sido los vómitos.

Torcí el morro y la miré con los ojos entrecerrados. ¿Los vómitos? ¿De qué estaba hablando? Recordé el motivo por el que había intimidado a una de sus compañeras de piso para que la llevara al hospital y a dos de mis mejores amigas para que la colaran y la atendieran.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, dentro de la nebulosa que me rodeaba.

—He vomitado las pastillas anticonceptivas y no me he dado cuenta. No caí en ello. Y tú tampoco.

—No te atrevas a culparme por esto, te lo advierto —le dije con evidente amenaza en mi voz. Estaba descontrolado.

—Tampoco me culpes tú a mí porque ha sido cosa de los dos. Ha sido un accidente, Adam. Asumámoslo, sin buscar culpables, y hablemos de ello.

—Joder, no puedo ni mirarte.

Ariadna era veneno. Así se sentía. Veneno que quería matarme con lentitud.

—Adam, por favor.

—No debí follar contigo sin condón. No debí confiar en ti.

Se me revolvía el estómago más y más a cada palabra que salía por mi boca sin control. Un hijo. Iba a tener un hijo. Un hijo mío, decía. *Crac*.

—Adam —Ariadna comenzó a enfadarse—, tú no confiaste en mí. Lo hicimos los dos, el uno en el otro, cuando tomamos la decisión de hacerlo sin preservativo.

—¿Vas a tenerlo? —Se me tensó el cuerpo al formularle esa pregunta tan simple. ¿Sí? ¿Tan simple? No lo sé. Creo que no me daba cuenta de lo que implicaba.

—¿Qué? Por supuesto que voy a tenerlo.

—¿En contra de mi voluntad? —le pregunté, fulminándola con la mirada.

—Adam...

—¿No debería valer para algo mi opinión? Si soy el padre, ¿no debería

tener derecho a opinar?

—¿*Si eres el padre?* —respondió con acusación. Sí, me acusaba. También me taladró con la mirada. Ya no había súplica en sus ojos. A aquellas alturas, ambos nos fulminábamos con la mirada con cada frase que salía de nuestras bocas. La pregunta *simple* que le había formulado había provocado que aflorara algo de su interior. Su instinto de supervivencia, supuse. Supervivencia por su hijo.

—Tengo derechos —dije más para mí que para ella—, claro que tengo derechos, yo lo sé, lo sé mejor que nadie y no voy a permitir que...

—Ni se te ocurra ponerte en plan abogado conmigo, Adam. Ni te lo plantees.

—¡No me digas lo que puedo o lo que no puedo hacer! —le grité, apuntándola con el dedo. Tenía los nervios a flor de piel. La cara desencajada. Podía sentirlo.

—¡Y tú no me grites!

—¡Que no me digas lo que no puedo hacer! ¡Te has quedado embarazada, joder!

—¡No lo he hecho sola, Adam! ¡Tú también has participado! ¡Tú fuiste quien la metiste, así que no me digas que yo me he quedado embarazada! ¡Estamos embarazados los dos!

—¡Joder! —grité de pura frustración—. ¡Joder!

Nos quedamos en silencio, mirándonos a los ojos y con nuestros pechos moviéndose frenéticos a causa de los gritos y de todo lo que se nos estaba moviendo por dentro.

—Vale —cedió Ariadna—, vale, Adam. Vamos a tranquilizarnos los dos, por favor.

No dejaba de tocarse la tripa. No había dejado de hacerlo desde que había aparecido por mi casa. *Crac*. Las grietas del muro cada vez eran más grandes. Comenzaba a tambalearme.

—No quiero saber nada. De ninguno de los dos —dije con voz temblorosa. No entendía el temblor, estaba seguro de lo que decía. No tenía dudas. Tenía que protegerme. Proteger mi muro. Mi fortaleza.

—Adam, espera, sé lo que estás sintiendo, pero no digas nada de lo que luego te vas a arrepentir. Ahora estamos discutiendo en caliente y...

—¿Arrepentir? —le interrumpí—. Arrepentir me arrepiento de haberte conocido. De haberte dejado entrar en mi vida y de haber confiado en ti. He sido... tan gilipollas. Me doy pena.

—Adam, ha sido un accidente, entiéndelo, por favor.

—Ha sido *tu* accidente.

—Adam, no lo hagas así.

—Yo, en este momento, me desentiendo del todo.

Sus facciones se oscurecieron. Mi mirada clavada en la suya. Pude ver su decepción, pero me encogí de hombros, fingiendo que me daba igual.

—Adam.

—Olvídate de mí y de que existo. Yo ya lo he hecho. —Me estremecí al decirlo, me estremecí y salí huyendo. Necesitaba huir lo más rápido posible de aquel lugar y de ella. De ellos.

Ariadna permanecía de pie junto a la puerta de salida. Puerta que estaba abierta. Pasé por su lado, como una exhalación, y salí al descansillo. Vi las dos posibilidades: ascensor o escaleras. No podía perder ni un segundo. El muro del pozo estaba cediendo y yo me caía. Necesitaba encontrar un refugio. Un lugar donde mantenerme a salvo. Me decidí por las escaleras. Las bajé a toda hostia y no sé cómo no me maté en el intento. No veía nada. Y no podía respirar, no acababa de recuperar el ritmo normal de mi respiración. Me obligué a hacerlo despacio una vez salí del portal y reconocí el aire fresco. Necesitaba calmarme. Los nervios acelerarían la destrucción del muro. Aun así, no pude evitar comenzar a correr. Corrí y corrí, sin rumbo fijo, sin saber a dónde ir, pero mis pasos me llevaron a este lugar.

Una vez aquí, no supe qué hacer. Estaba a punto de caer. Me palpé el pantalón vaquero y solté el aire que estaba reteniendo al intuir mi teléfono móvil en el bolsillo. Había salido a la calle sin nada encima. La llamé a ella. Una vez más. Ella era mi subterfugio para no caer del todo. Aunque no quedaba tiempo.

—¿Sí? ¿*Estás de camino, tardón?*

—Sara.

—¿*Adam?*

—Te necesito. Ven, por favor.

Colgué. Colgué y me di cuenta de que no le había dicho dónde estaba. No tenía fuerzas para llamarla de nuevo. Ella me encontraría.

Me sumí en las sombras sin cerrar los ojos. No quedaba tiempo. Caía.

Sara Summers

—¿Sí? —respondí a la llamada de Adam. Ya llevaba una hora de retraso. Algo habitual en él—. ¿Estás de camino, *tardón*?

La fiesta de celebración de la Nochevieja que veníamos haciendo en mi casa desde unos años atrás estaba a punto de comenzar; lo teníamos todo preparado: la comida, la bebida, la música, la decoración, la mesa... Y habían llegado casi todos los invitados, solo faltaban Moira y Natalie con sus respectivas parejas. Les había tocado turno en el hospital y nos habían avisado de que se retrasarían. Y faltaba Adam, claro. El mismo Adam que había prometido ayudarme con los preparativos. Siempre se escaquea al final. Sonreí por ello mientras echaba un ojo a las niñas, que danzaban alrededor del árbol de navidad.

—*Sara*.

El tono. Ese tono fue la primera alerta. La que provocó que dejara de respirar y dejara de observar a mis hijas.

—¿Adam? —le susurré al teléfono.

—*Te necesito. Ven, por favor*.

Y esas palabras. Esas cinco palabras. Esas malditas cinco palabras que nos atormentaban desde hacía demasiado tiempo. Que dolían como nada era capaz de hacerlo. Me quedé, pegada al teléfono, observando todo a mi alrededor y viendo cómo se desmoronaba.

—Oliver. —Llamé a mi marido en voz baja. Y, a pesar de estar en la otra punta del salón, me escuchó. Se acercó a mí con pasos vacilantes—. Es Adam.

Sin decirme ni una palabra, se alejó y comenzó a vestir con ropa de abrigo a las niñas: chaquetas, gorros, bufandas. Después, se fue a preparar la silla de paseo de Isla. El resto de los habitantes de la casa, nuestros invitados, nuestros amigos y mi hermano mellizo, brindaban con champán y reían, ajenos a lo que estaba sucediendo a su alrededor.

La música. Dejé de escuchar la música.

Fui a la entrada y cogí las llaves de mi coche de encima de la cómoda. Me encontré allí con Olly que estaba a punto de subir las escaleras a la segunda

planta; tenía el pie en el primer escalón. Me imaginé que necesitaba coger algo para nuestras hijas de sus dormitorios.

—No sé dónde está —susurré.

—Voy a llevar a las niñas con mis padres. Mientras, tú lo encontrarás, y luego yo os encontraré a los dos.

Asentí con la cabeza, con las lágrimas a punto de salir de mis ojos, y vi como desaparecía por las escaleras.

Me encontré con Moira y Natalie a la salida de mi casa, estaban a punto de llamar al timbre. Nuestros ojos conectaron y me pusieron cara de circunstancias. Ellas lo sabían, sabían que algo pasaba con Adam, pero no les pregunté. Pasé por su lado de camino al garaje sin saludarlas ni a ellas ni a sus parejas. Lo entendieron.

Abrí la puerta del garaje y me monté en el coche. Arranqué. Llovía. No sabía a dónde ir. Apagué el motor. Pensé en nuestros lugares favoritos, en nuestros refugios. Muchos de ellos se encontraban en el *Crowden School*, en el internado. La pista de hielo, Once Metros. Está a más de tres horas en coche desde Edimburgo. Cuatro con el mal temporal.

«No. Tan lejos no ha ido. No en el estado en el que se encuentra».

No sé el tiempo que permanecí en el garaje, sentada en el coche sin encenderlo, pero el suficiente como para que Oliver entrara por la puerta que comunicaba con el interior de la vivienda, colocara a las niñas en los asientos de su coche y arrancara sin decirme nada.

«Piensa, Sara, piensa».

No tenía ni idea de lo que había sucedido, de lo que había desencadenado el estado de Adam. Tendría que ir a ciegas. Recordé que no se escuchaba nada a través del teléfono. Debía pensar en algún lugar en el que no hubiera ruido y que fuera solo nuestro. Se me ocurrió mi propia casa, la que mi hermano Daniel había construido para Oliver y para mí, y también para Adam. El hogar en que me encontraba en ese momento. No, ahí no estaba Adam. Habría venido directamente a nosotros. No se habría escondido.

Pensé en la playa, que estaba al lado, pero no, imposible. Algo me decía que aquello tenía que ver con Ariadna, con la chica de la que estaba enamorado Adam. Con la chica de su vida, aunque no quisiera reconocerlo. Chica que me ocultó durante cuatro semanas, pero que una vez me habló de ella, no pudo parar. Conocía toda la historia, así que sabía que iba con ella a esa playa. Tenía que eliminarla de la ecuación. En realidad, tenía que eliminar cualquier lugar al que fuera con ella de la ecuación, que suponía el

ochenta por ciento de Edimburgo.

Un lugar que fuera solo de Adam, que no lo hubiera compartido con Ariadna, no por el momento, y que reinara el silencio.

La respuesta me llegó, por fin. «¿Es posible, Adam? ¿Es posible que hayas ido allí después de tanto tiempo?».

Decidí arriesgarme y arranqué el motor. Salí disparada de casa y conduje durante media hora con la lluvia y el temor arreciando sobre mí.

Llegué y vi la pesada puerta de metal entreabierta. Nunca estaba así a esas horas, cuando la noche se había comido al día. Yo conocía el lugar, venía con Oliver cada año por el aniversario. A Adam se le había ido de las manos. Lo había superado. Olvidó el lugar. O eso se hacía creer a sí mismo. Nunca le dijimos nada, no lo presionamos. Tenía que volver por su propio pie. Y acababa de hacerlo. Estaba casi segura de ello.

Dejé el coche en el aparcamiento y salí a la oscuridad. Comencé a correr. Tan solo llevaba encima un vestido de fiesta de tirantes que me llegaba hasta los tobillos y los zapatos de tacón que se me trababan en la hierba. Como me retrasaban, me los quité y los dejé tirados en el suelo.

En cuanto visualicé el panteón de los Wallace, el lugar donde descansaba toda su familia, supe que había acertado. Me acerqué con lentitud y traspasé el umbral. Y ahí estaba mi chico.

—Adam.

Adam

—Adam. —Escuché mi nombre entre el repiqueteo de la lluvia en el techo de piedra y en las ventanas con las absurdas vidrieras.

—¿Sara? —pronuncié a la vez que levantaba la cabeza de entre mis rodillas. Me había dejado caer al suelo, arrastrándome por la pared, en una de las esquinas de la habitación. Era ella. Había llegado. Pero tarde.

—Oh, Adam.

Vino corriendo a abrazarme. A cobijarme entre sus brazos. No me da vergüenza reconocer que me eché a llorar como un puto crío antes de que llegara a mí.

—Shh, ya estoy aquí —me dijo, acariciándome—. Tranquilo, cariño, todo va a estar bien. Ya estoy aquí —repetía sin descanso.

—Me he caído, Sara —confesé, entre sollozos, agarrándome con fuerza a su cuerpo empapado por la lluvia y que temblaba, pero no por el aguacero—. Al final, me he caído. He vuelto a caerme dentro del puto pozo y creo que estoy más hundido que nunca. Ni siquiera soy capaz de ver la luz, ni un atisbo de ella. Antes siempre la veía. Muy tenue, pero la veía.

—Adam, tienes que contarme qué es lo que ha pasado.

Yo solo lloraba. No me sentía capaz de hacer más.

—Adam.

—Me siento perdido. Y desorientado. No sé cómo voy a salir de aquí. No sé si voy a poder volver a subir.

—¿Qué ha pasado, Adam? —me preguntó levantándome la cabeza de encima de su pecho y obligándome a encontrarme con sus ojos. Esos ojos azules, enormes, que me habían fascinado desde el primer día que los vi cuando tan solo tenía nueve años. Esos ojos que significaban... hogar. Seguridad. Amor.

—Ariadna está embarazada. —Algo me estaba aprisionando el pecho. No era consciente de ello, pero me di cuenta de que lo hacía al decir esas tres palabras. El agarre se había suavizado. Había dejado de presionar tanto.

—Oh, Adam —me dijo, echándose a llorar junto a mí—. Adam...

—Dame la mano, Sara. Por favor, dame la mano y sácame de aquí.

Vi, con incredulidad, como me soltaba, se desembarazaba de mi cuerpo y se alejaba de mí.

—¿Sara?

—No puedo.

Cerraba los ojos y decenas de lágrimas le surcaban las mejillas. Ya no era capaz de ver el azul.

—¿Qué haces, Sara?

—No puedo cogerte la mano, Adam. Lo siento. Ojalá pudiera hacerlo, ojalá, no hay otra cosa que desee más en este mundo, pero no puedo. Esta vez tienes que salir tú solo de ahí, tienes que aprender a salir solo porque fuera te están esperando la mujer de tu vida y tu hijo, y no puedes defraudarlos.

—Sara, por favor, no me dejes ahora. Te necesito más que nunca.

Intenté aferrarme a sus piernas, pero cada vez se alejaba más.

—Te voy a esperar al borde del pozo, Adam. Voy a asomar la cabeza para que me veas. No me voy a ir, pero tienes que salir por tu propio pie. Tienes que levantarte tú solo. Por ellos. Yo te espero ahí —me señaló algún lugar, creo que otra de las esquinas del mausoleo—, al otro lado. Te esperaré el tiempo que sea necesario.

—¿Vas a dejarme aquí?

—Sí. Esta vez, sí.

«No. No. Estoy solo. No, Sara, por favor».

Daniel:

¿Adam? ¿Adam, estás bien?

Daniel:

Adam, contéstame. Te he llamado como mil veces al móvil. Si es una broma, no tiene ni puta gracia.

Daniel:

Adam, me estoy empezando a preocupar. ¿Dónde coño estás?

Daniel:

Adam, acabo de... Adam, dime solo que estás bien.

Daniel:

Adam. Por favor.

Brian:

¿Adam?

Brian:

¡Contesta, joder!

So, you think you can love me and leave me to die

Ariadna

Grité de dolor, de desahogo, y perdí el equilibrio. Lo hice en cuanto Adam pasó por mi lado sin apenas mirarme, sin rozarme. Me ahogué en sollozos, tirada en el suelo, y me permití unos segundos de debilidad; es tan fácil dejarse llevar. Es tan fácil caer. A mí no me costó nada.

Mi intención era llorar, sacarlo de dentro y luego ya decidiría mi próximo paso. Lloraría porque cuando algo nos hace daño, cuando nos toca el alma en lo más profundo, caemos en picado. Pero mis propios pensamientos provocaron que me levantara porque... me había percatado de algo: Adam había caído. Había caído a causa del dolor. Y cuando algo te duele... es porque te importa.

Salí por la puerta, frotándome los ojos para limpiarme la humedad, y bajé corriendo por las escaleras; tenía que encontrarlo y darle la mano. Se lo había prometido y no hay otra cosa que más deseara hacer en el mundo: cogerle la mano durante el resto de mi vida. Me recriminé por haber estado tan lenta. Por no haberlo entendido a la primera. Por no haber entendido nada.

Llegué a la planta baja y penetré en la oscuridad de la calle. El sol, que antes brillaba con fuerza, había desaparecido y llovía con intensidad. Y estaba vacía. Cada brindis, grito de júbilo y palmada que me habían acompañado sin que pudiera evitarlo durante las últimas horas habían desaparecido. La gente debía de estar ya en sus casas, festejando.

Me quedé parada en medio de la calzada, mirando hacia ambos lados. Izquierda. Derecha. Izquierda. Derecha. No sé cuántas veces lo hice. Ninguna de ellas lo localicé.

Crucé la carretera con el semáforo en rojo, al otro lado de la calle, y repetí el proceso. Izquierda. Derecha. Izquierda. Derecha. Pero nada. Ni rastro de Adam.

Recorrí las calles adyacentes durante más de una hora, calculo, hasta que

tuve que rendirme. No lo encontraría. No en ese momento. Pero lo esperaría. Le daría tiempo, tiempo que, comprendí, necesitaba como el agua para vivir.

Regresé sobre mis propios pasos y entré de nuevo en el portal de su casa. Subí, en esa ocasión, en ascensor, dispuesta a quedarme sentada encima de su felpudo, pero, en cuanto se abrieron las puertas, vi que la de su casa seguía abierta de par en par. Entré. Y la cerré.

Temblaba; estaba empapada de pies a cabeza a causa de la lluvia, por lo que iba dejando un reguero de agua por el suelo de madera del apartamento. Me quité la chaqueta, el bolso y los zapatos y los dejé en la entrada, no sin antes llamar a Adam; tenía que intentarlo. No contestó.

A continuación, me senté en el suelo, encima de la suave alfombra de color marrón y me puse una manta por encima, apoyé la espalda en el sofá y cerré los ojos, deseando que el tiempo pasara y que Adam apareciera por la puerta. Intacto. Ileso.

No podía estarme quieta, así que abrí de nuevo los ojos y miré el reloj. Eran más de las diez de la noche. Me acurruqué en la manta y recé para que Adam estuviera bien. Pensé en diferentes formas de contactar con alguno de sus amigos, pero todas cayeron en balde. No tenía forma de localizar sus números de teléfono ni sus direcciones. Solo me quedaba esperar. Esperar y comerme la cabeza. Esperar y aceptar el tremendo cambio de rumbo que se había dado en nuestra relación. Y no me refiero al embarazo.

¿Os acordáis cuando antes os he dicho que con que yo lo amara era suficiente? ¿Os acordáis de mis palabras?

Os las repito: «Yo solo deseaba tocarlo, besarlo, acariciarlo, observarlo, estar con él, hablar con él, comer con él, patinar con él, dormir con él, vivir con él... En definitiva, compartir mi vida con él, y Adam me lo concedía. Lo hacía sin compromiso, sin prometerme amor eterno, o sin prometerme amor, a secas. Y a mí me valía. Estábamos de maravilla, nos entendíamos a la perfección, nos gustaba pasar el tiempo juntos y no existía la palabra «fin» a lo nuestro. ¿Qué más se puede pedir?».

Y cambio mi respuesta: todo. Lo quería todo de Adam. El lote completo.

No solo necesitaba su cuerpo para ser feliz, no me bastaba con tocarlo, besarlo y acariciarlo. Quería que me devolviera esas caricias, esos besos, y que lo llenaran de vida como a mí.

No me valía tener su mente, sus pensamientos, solo para comentar películas y entablar unas conversaciones con otras sin sentido. Necesitaba poder hablar con él sin mover la boca. O abriéndola, y que se nos pasaran las

horas sin darnos cuenta. Compartir secretos y que pensara en mí tanto como yo en él.

Y, sobre todo, quería su corazón. Necesitaba que me amara con la intensidad con la que yo lo quería a él. Con la intensidad con la que había descubierto que se puede amar.

¿Y lo más curioso? ¿Lo que descubrí el último día del año en ese apartamento? Todo eso ya lo tenía. Hacía mucho tiempo que lo tenía. Pero no nos habíamos dado cuenta, ninguno de los dos. Adam me quería, por supuesto que me quería. Me lo había demostrado de mil maneras diferentes, pero yo estaba tan ciega que no lo había visto. Hasta ese momento. Hasta que cayó. Cayó cuando se dio cuenta de que nos amaba con locura, tanto a nuestro hijo como a mí, y se asustó.

Ring. Ring.

Me estaba sonando el teléfono. Hice un primer gesto de no cogerlo, hasta que me di cuenta de que podía ser Adam. Me levanté a todo correr del suelo y fui a la entrada con el corazón a mil por hora. Todo se desinfló cuando vi en la pantalla que era June. Volví a mi lugar en el suelo mientras contestaba.

—¿Sí?

—¿Ari? Joder, gracias a Dios. ¿Estás bien?

No.

—Sí, estoy bien.

—¿Dónde demonios estás? Llevo llamándote todo el día. Te he dejado sola porque necesitabas pensar y ocho horas después no sé nada de ti.

—¿Tanto tiempo ha pasado? —le pregunté con sorpresa. Luego recordé la oscuridad de la calle.

—Sí, tanto tiempo ha pasado. ¿Qué has hecho? ¿Dónde estás?

—He... pensado. —Mucho, al parecer. Me había pasado medio día caminando sola por ahí y el otro medio sentada en un banco antes de decidirme a ir a buscarlo—. Y ahora estoy en casa de Adam.

—¿Estás bien? ¿Estás con él?

—No —dije entre susurros—. Adam no está. Pero volverá.

—Joder, pásame la dirección, vamos para allá.

Supongo que fui demasiado transparente en lo que respectaba a mi estado de ánimo.

—June, no te preocupes, no hace falta que vengáis y, además, necesito...

—He dicho que me pases la dirección. A no ser que prefieras que llame a toda tu familia, con los que he hablado hace una hora, por cierto, y les diga

la verdad. Que no estás con Adam tan feliz de la vida que hasta te has olvidado de felicitarles el último día del año, que estás sola y que...

—¿Has hablado con mi familia?

—*¡Es Nochevieja, Ari! Estaban preocupados. Pásame la dirección.*

Fue raro. Era consciente de que era Nochevieja, pero a la vez no lo era. Había vivido en primera persona los festejos de la gente por la calle, pero no se me había ocurrido que también lo estaban haciendo mi familia y mis compañeras de piso. Y que debería hacerlo yo. Menuda cagada. Le di la dirección y esperé.

Aproveché para revisar mi teléfono móvil y vi que tenía como mil mensajes de mi familia y amigos y un montón de llamadas. Repito: menuda cagada.

Paula:

¡Chicos, que es Nochevieja! ¿Qué le vais a pedir al año nuevo? ¡Ari! ¡Nuestra primera Nochevieja sin ti! ¡Te vamos a echar mucho en falta!

Carlota:

Me conformo con que salga todo bien esta noche. Y os aviso, portaos bien con Diego, bastante nervioso está por conocer a papá y mamá. ¡Te echaremos de menos, Ari! Podríamos hacer videollamada en el momento de las uvas. ¿En Edimburgo tomáis uvas?

Paula:

Nos portaremos bien solo si reconoces que sois supernovios. Y no, creo que en Edimburgo no se toman uvas.

Carlota:

Somos supernovios. Y estoy loca por él.

Paula:

¡Ole, ole! En breve, ¡bodorrio!

Carlota:

No te embales, por Dios.

Tommy:

Me cae bien el chaval. Me alegro por vosotros, Carlo. Y prometo portarme bien. Al nuevo año le voy a pedir que salgas pronto de casa, voy a derribar la pared que separa tu habitación de la mía y me voy a hacer un dormitorio gigante, con gimnasio y todo.

Carlota:

Increíble.

Paula:

Tú sueñas, chaval.

Eva:

¡Ay, estoy superemocionada por todo! Yo le pido al nuevo año poder follar en una pista de baile como Ari y Adam mientras suena de fondo la Lambada.

Ahí se me paró un poquito el corazón. Y comencé a leer en diagonal. Me alegraba muchísimo por Carlota, las cosas con Diego iban viento en popa y estaba segura de que pasarían una gran noche. A medida que pasaban las horas, mis hermanos comenzaron a preguntar por mí. Y a llamarme. Seguí pasando el dedo por la pantalla y descubrí el momento exacto en que June había hablado con ellos.

Eva:

Joder, Ariadna, nos habías asustado. ¿Tanto te costaba decirnos: «estoy follando con Adam, dejadme en paz»? ¡No sabíamos nada de ti!

Carlota:

Exijo tener el número de teléfono del rockero.

Paula:

Yo no te voy a echar la bronca, Ari. Disfruta de la noche con tu chico y nos vemos el año que viene. Te quiero.

Tommy:

Pues yo sí te voy a echar la bronca en cuanto me cojas el puto teléfono. Por lo menos, habla con mamá y papá. Me parece la hostia.

Había perdido la noción del tiempo y el espacio. Había olvidado que era Nochevieja, que mi familia no sabía nada de mí, que tenía que alimentarme por lo menos tres veces al día y beber agua. Hice de tripas corazón y llamé a mis padres. Me gané una buena bronca por parte de los dos y soporté el chaparrón, aguantándome las ganas de echarme a llorar de nuevo y rogarles que me dijeran que todo iba a salir bien. De fondo, escuchaba a mis hermanos hablar, pero no quise que me los pasaran; cualquiera de ellos me hubiera descubierto con la primera palabra que pronunciara.

El timbre de casa sonó justo cuando colgué, deseándoles a todos una buena noche. O lo que quedaba de ella. Abrí la puerta y me encontré de frente con April y June ataviadas con vestidos de fiesta y peinadas para la ocasión. Las dejé pasar, sintiéndome horrible por interrumpir su noche, la idea original era que las tres cenáramos juntas, y las guie hasta el salón.

A mitad de camino, me detuvieron y me dieron un abrazo.

—Ari, ¿estás bien?

—Sí, creo que sí. Solo estoy... asimilándolo todo —respondí, desembarazándome de su abrazo y sentándome en el sofá. Se sentaron junto a mí.

—Joder, te hemos llamado millones de veces, he tenido que mentir a tu familia y estábamos muy preocupadas. Nos hemos preparado para cenar,

pensando que aparecerías tarde o temprano y que festejaríamos juntas, pero nada.

—Lo siento. Lo siento muchísimo —les dije con el corazón encogido. La había liado bien.

—No lo sientas. Dinos que estás bien.

—¿Adam dónde está? ¿Lo sabes? —me preguntó entonces June.

—No, no lo sé.

—¿Has comido algo?

—No tengo hambre.

—Tienes que comer algo en tu estado.

—¿En qué estado? —preguntó April.

—¿Qué es lo que le has contado? —le dije a June, señalando con la cabeza a nuestra otra compañera de piso.

—Que estabas con Adam, pero que vendrías para la hora de la cena. Como no aparecías, me he empezado a preocupar y le he dicho que teníais que solucionar un asuntillo, que quizás hubierais discutido. Luego han llamado tus padres, después, tú me has cogido el teléfono y hemos salido para aquí disparadas, así que... bueno, básicamente eso.

—¿Qué está pasando, chicas? ¿Cuál es ese *asuntillo*?

—Estoy embarazada —solté, sin filtros.

—¡Joder! —gritó, poniéndose de pie y todo. Volvió a sentarse—. Perdona, es que no me lo esperaba. Me alegro mucho por vosotros —me felicitó, dándome un abrazo—. Tengo que alegrarme, ¿verdad? ¿Dónde está Adam?

—Está... pasando por un momento. Necesita tiempo.

—¿Tiempo? ¿Qué pasa, Ari? ¿No le ha sentado bien lo del embarazo?

—Es complicado. La vida familiar de Adam es complicada.

—¿Por eso lleva una vida de chico con alma torturada? —dijo April con desdén.

—No es así, April —le respondí cabreada—, no tienes ni idea.

—Vale, vale, no saltes como una leona defendiendo a su león. Yo solo sé que estás aquí sola, embarazada y que él ha desaparecido. Que es Nochevieja y que ninguna de las tres hemos cenado porque tú no aparecías por casa. Si lo piensas con detenimiento, el culpable de todo es Adam.

Fui a replicarle de nuevo, pero June, que es una intermediadora nata, cortó por lo sano la discusión.

—Vale, tiempo. Vamos a tranquilizarnos y a solucionar un par de asuntos

de un plumazo. Voy a la cocina del rockero a ver si pillo algo para cenar. ¿Os parece?

Las dos asentimos y le señalé el camino. No es que yo tuviera hambre, pero me sentía fatal por tener a mis amigas en ayunas una noche como esa.

—Joder, lo siento —se disculpó April mientras June se dirigía a la cocina. Nos abrazamos de nuevo e hicimos las paces—. Guau, vaya piso —me dijo observándolo todo y cambiando de tema.

—¡Chicas! —gritó nuestra amiga desde la cocina—. *Solo hay pizza congelada.*

—¡Haz lo que sea! —le respondió April.

Una vez sentadas las tres en el sofá, con la pizza encima de la mesa, nos felicitamos el año nuevo, que ya había pasado hacía un rato, y cenamos. Después, mis dos amigas insistieron en que nos fuéramos a casa, pero yo no podía irme. Quería esperar a Adam. Quería que me viera allí cuando entrara por la puerta, que supiera que no estaba enfadada con él y que me tenía.

—Él volverá —les dije, para zanjar el asunto—, nos quiere, sé que lo hace, y volverá cuando se dé cuenta de todo. Tan solo está asustado.

April y June se miraron entre ellas, para nada convencidas, pero no les hice caso. Se me rompía el alma al pensar en cómo debía encontrarse Adam. Recé una vez más para que no estuviera solo y para que encontrara el camino de vuelta.

—Adam —lo llamé en un susurro. Y, sin dudarlo, le mandé mi mensaje de «buenas noches».

«Espero que estés bien, estés donde estés».



Me debí de quedar dormida en algún momento. Las tres lo hicimos. El día uno de enero, me lo pasé entero en casa de Adam con April y June. Esperando. Pero no apareció. Tiempo después del anochecer, mis dos amigas comenzaron a insistirme en que teníamos que regresar a nuestra casa. Yo me negaba.

—Mañana tienes que ir a trabajar, Ari. —Aquella fue una de las razones de más peso. Tenía que trabajar. Joder, tenía que trabajar. Me había olvidado hasta de eso. Me había olvidado de que el mundo seguía girando.

—¿Y si viene justo cuando me voy? —les pregunté—. ¿Y si le ha pasado algo?

—Ari, las malas noticias son las primeras en llegar. Las más rápidas. Te lo aseguro.

—Eso es cierto —corroboró mi otra compañera.

—Lo es. Adam está bien y tú tienes que ir a trabajar.

—Son las nueve de la noche. Vamos a casa, descansas, mañana vas al trabajo y yo te prometo que encuentro la manera de comunicarnos con los amigos de Adam para que nos digan que está bien. ¿Trato?

—Y después del trabajo puedes volver aquí a hacer guardia.

—Está bien —acepté, derrotada.

Recogimos todo, me puse la chaqueta y los zapatos y nos dirigimos a la salida. Segundos después, cerré la puerta de su piso. Y, joder, cómo dolió aquel *clic*.

Oh, baby, can't do this to me baby

Adam

«Odio el silencio. Odio el puto silencio».

Permanecí más de treinta horas en ese lugar. Sin comer, sin beber, y sin ser consciente de si era de día o de noche. Algunas de las horas permanecí dormido; tampoco fui consciente de ello, pero después me contaron que había dormitado a ratos.

Una vez Sara me dijo que no me daría la mano, que estaba solo, me hundí en la oscuridad de una manera apabullante. Era lo único que veía: oscuridad; y era en lo único en lo que pensaba: que me había dejado solo. Por primera vez en la vida, estaba realmente solo. Y es curioso porque en muchas ocasiones había tenido la sensación de encontrarme así, pero ahí me di cuenta de que jamás lo había estado.

En un momento dado, no sé cuándo, por el rabillo del ojo, vi aparecer a Oliver. Oliver, que fue a darle un beso a su mujer, pero que a mí no me hizo ni puto caso. Y eso que el que necesitaba el beso era yo, no ella. No hubo abrazo, ni palmada en la espalda. No hubo nada. Me había vuelto invisible.

Y pensaréis que es imposible obviar a un tío maduro de treinta y seis años que se encuentra acurrucado en un puto rincón de la tumba de sus padres, pero ellos lo hicieron. Estuve a punto de acercarme a Oliver y Sara y preguntarles, con acusación, que dónde habían dejado a las niñas, pero no lo hice. Por una parte, sabía que Olly no estaría allí si no estuvieran sus hijas bien salvaguardadas y, por otra, estaba cabreado. Cabreado con los dos por dejarme solo. Por hacer piña contra mí. Era... la primera vez que sucedía algo así.

Y así fue como pasé la primera noche: enfadado con el mundo, pero sobre todo con ellos dos.

Al despertarme, se me pasó el enfado al ver la estampa que representaban. Sara se encontraba acurrucada en los brazos de Oliver, con un vestido negro que le cubría las piernas y los pies descalzos y llenos de barro. Llevaba la chaqueta de su marido puesta y estaba dormida. Oliver no me quitaba la vista

de encima. Me miraba fijamente, y podía sentir su dolor a través de sus ojos.

Me di cuenta de dos cosas, de que me hicieran lo que me hicieran yo los querría con la misma intensidad de por vida, y de que no me provocaban daño a propósito, lo hacían por mí, para ayudarme. Pero no entendía qué era lo que buscaban. Qué reacción esperaban por mi parte. Por lo que podríamos estar días, meses o incluso años en esa situación. Por un momento, nos imaginé a los tres muertos en el mausoleo, comidos por los lobos y recomidos por los buitres. Hasta ahí llegaban mis delirios.

Ahora que lo recuerdo, agua sí bebí, a cada poco Oliver desaparecía y venía con algo nuevo. Al menos, supe que no buscaban que muriera deshidratado.

Y así me pasé el día de Año Nuevo. Preguntándome qué es lo que querían de mí. Qué quería el mundo de mí. De mí, que no era más que un pobre hombre demasiado asustado como para vivir la vida al cien por cien.

No fue hasta esa noche que me percaté de dónde me encontraba. De dónde me encontraba físicamente, me refiero. Yo solo había acudido a este lugar, un lugar que hacía años que no visitaba, y tardé veinticuatro horas en darme cuenta de dónde estaba. Y por qué.

Ariadna estaba embarazada. Iba a tener un hijo mío y yo había salido huyendo como un cobarde, convenciéndome de que era lo correcto. Porque ¿qué más podía hacer? No tenía nada para ofrecerles. No podía amarlos como se merecían. No podía amar a nadie nuevo. Dejé de hacerlo aquel veinte de marzo. Dejé de esperar algo de la vida y me rendí. Estábamos en un callejón sin salida.

«Vosotros lo entendéis, ¿verdad?», os pregunté. «Entendéis que no puedo sumarles, que hacerlo me destruiría por completo. Nadie podría vivir así, con ese miedo atroz a perderlos. Si estuvierais aquí, conmigo, estoy seguro de que comprenderíais mi dilema».

«Si estuvierais aquí», repetí..., pero no estabais. Habíais dejado de estar hacía mucho tiempo. Y yo había dejado de venir a veros tiempo atrás. Demasiado tiempo atrás. Pensé que... es muy absurdo lo que os voy a decir, pero, por primera vez, pensé en vuestros rostros. En cómo os veríais en mi presente. Me imaginé que vosotros dos no habríais cambiado demasiado, los adultos no lo hacen.

Evoqué los recuerdos que tenía de vuestras caras y de las del pasado de los padres de Olly, de la del padre de Sara; seguro que tendríais el pelo canoso como ellos, pero a ti, mamá, no se te vería porque lo llevarías teñido.

Con lo que te gustaba verte guapa. Y realmente lo eras.

Luego, las imaginé a ellas, a las tres princesas, a mis tres hermanas. Y no fui capaz de ponerles una cara de adultas, una cara de veinte años después. Joder, no fui capaz. Lo intenté, lloré, me cabreeé, me lamenté, volví a preguntarle a ese Dios que dicen que está en el cielo que por qué, pero no me sirvió de nada. Sus rostros de niñas permanecerían inmutables. Y ni siquiera eran rostros nítidos, completos, no, estaban borrosos. No me acordaba de la cara exacta de mis hermanas. No había mirado fotos tuyas nunca, pensando que no lo necesitaba para recordarlas y porque me hacía demasiado daño, y esas eran las consecuencias. Esa era la cruda realidad. Así que, con todo mi dolor, tuve que seguir tejiendo la historia que se estaba reproduciendo en mi cabeza con sus rostros a medias.

Me imaginé cómo sería nuestra vida en ese momento, si el accidente jamás hubiera tenido lugar. Nos imaginé como una familia más de esas que hay por el mundo, pero más felices que ninguna. Porque el simple hecho de tenernos sería una celebración constante. Y es posible que el motivo sea porque yo sé lo que es no teneros, pero os daría un beso en la mejilla siempre que nos viéramos, os abrazaría muy fuerte en los cumpleaños y en las fiestas navideñas, os llamaría por teléfono cada día y os diría lo mucho que os quiero en cada llamada; aceptaría comer con vosotros cada domingo y me costaría levantarme de la sobremesa para irme a mi casa. Nos iríamos juntos de vacaciones, aunque solo fuera una semana al año, y me quejaría cada día por ello, a pesar de que por dentro sería dichoso. Quedaría con mis hermanas para tomar algo, para bailar, para comer, ir al cine o para pasar un rato juntos, no importaría el lugar, y sería inmune a los encantos de cualquier gilipollas que se acercara a ellas. A ellas, que serían adultas, pero a las que seguiría protegiendo de por vida. Por aquella protección que no pude darles cuando llegó el momento. Ellas, que habrían desarrollado una personalidad, una diferente para cada una, personalidades tales como... Joder, no lo sabía. No sabía cómo serían porque no llegué a conocerlas a fondo, eran unas crías y yo estaba demasiado ocupado con mi vida de adolescente.

Y así estaban las cosas. Ni siquiera podía imaginarme un presente y un futuro con vosotros porque ya no os conocía. Me lamentaba por no saber cómo serían las caras y las personalidades de mis hermanas y entonces me vino otra cara a la cabeza. Otro presente y otro futuro. Otra vida. La de mi hijo.

Un hijo del que tampoco conocería ni su rostro, ni su nombre, ni su

personalidad. No sabría nada de él, y el solo hecho de pensarlo me abrió un hueco en el pecho y me dejó sin respiración.

—No —susurré.

Imágenes de él, o ella, con su madre, con *Diciembre*, me asediaron la cabeza. Imágenes en las que yo no estaba. Y no pude soportarlo. Dolían como nada. Solo encontré una manera de aliviarme, y era sumarme a mí a esas imágenes. Fue como un bálsamo, como un descanso para mi pobre corazón que llevaba horas sangrando sin parar. Sangrando por ellos. Entonces lo comprendí todo. Todo.

«Ah, claro», me dije. Yo tenía razón en una cosa: no podía sumarles. No podía hacerlo porque ya lo había hecho.

Me enamoré de Ariadna Cabana sin darme cuenta. No lo vi venir porque era algo que ni me planteaba, algo que resultaba tan remoto... que ni siquiera se me pasó por la cabeza. El hecho de que con todo mi cortejo el que iba a acabar enamorado iba ser yo... joder, me descojono ahora al recordarlo, fue la hostia. No, no lo pensé. No lo pensé en ningún momento.

Lo que yo iba a hacer era enseñarle a amar la música, y luego acostarme con ella. Punto. Por eso ni siquiera puse escudos. ¿Para qué? Por eso no hice nada para evitarlo, para no enamorarme. Porque no era una opción. Sin embargo, sucedió.

Sucedió a cada paso que dábamos, a cada baile que bailábamos, a cada canción que le cantaba y que le hacía estremecer, a cada conversación que teníamos; en cada mensaje de móvil, en cada sonrisa suya, en cada gesto, en su manera de vestir y en sus apuestas absurdas en el trabajo.

Me enamoré de ella como un gilipollas y no lo vi venir. Yo preocupado por que ella entendiera la música, por que la amara; preocupado por averiguar cómo podía llegar a su cama lo más rápido posible, y resulta que me estaba enamorando de ella en el proceso. A cada movimiento que yo hacía, me enamoraba más y más, y, cuando me di cuenta, era tarde. Ya no podía retroceder.

Es como cuando conduces tu coche por una autopista; hay un montón de salidas, cada pocos kilómetros tienes una, pero tú no sales porque no te interesa ninguna de ellas, tú sigues hacia delante. Es posible que estés conduciendo en círculos, pero ¿qué más da? Tú vas bien por tu autopista, estás cómodo. Hasta que, de repente, te distraes, te distraes poniendo la radio, te distraes cantando una canción o te distraes hablando por teléfono. Entonces, sin querer, coges una de esas salidas y para cuando vuelves a poner

la vista en la carretera, para cuando quieres reaccionar, es tarde. No puedes echar marcha atrás porque la propia salida no te lo permite, estás metido de lleno, imposible retroceder.

Ariadna Cabana fue mi salida de la autopista. Jamás me habría imaginado que podría enamorarme así, ni en la peor de mis pesadillas. Pero hacerlo se había convertido en el mejor sueño de mi vida.

—Joder —exclamé.

—¿Adam? —Escuché en la lejanía.

—Joder —repetí.

—Adam.

Abrí los ojos, los tenía cerrados con mucha fuerza, y los miré a ellos. A Oliver y Sara, que seguían junto a mí. Y cuatro palabras salieron de mi boca. Solo cuatro. Pero que me hicieron estremecer y llorar de la emoción.

—Voy a ser padre.

Sara sonrió, cerró los ojos y rompió a llorar. Se levantó del suelo, vino corriendo hacia mí y me envolvió entre sus brazos.

—Vas a ser padre —me susurró al oído, consumida por la emoción.

Escondí la cabeza en su cuello y sentí otro cuerpo que se estrechaba junto al mío.

—Vamos a ser padres —nos dijo Oliver—, por quinta vez.

Los tres reímos, sin dejar de abrazarnos.

—Joder. Cinco hijos, somos unos putos pirados —exclamé.

—Somos una familia —nos recordó Sara.

—Y con una química, ni más ni menos. Joder, me has metido a una química en la familia.

—Cuando le eché el ojo, no sabía que era química. Es la única disculpa que tengo —le respondí a Oliver, bromeando.

—Pues vaya mal ojo que tienes, capullo.

Abandonamos la burbuja que habíamos creado a nuestro alrededor y dejamos de abrazarnos, pero nos quedamos de pie, formando un círculo y alucinando todavía por lo que acababa de pasar. Iba a ser padre y no tenía miedo de decirlo. Mucho menos de serlo. En realidad, ya lo era. Ese día, me convertí en otra persona. Había vencido a los fantasmas que dirigían mi vida. Los había expulsado. Y todavía hoy, no sé muy bien cómo sucedió. No sé qué tuerca se movió en mi cabeza. Pero me alegro la hostia de que lo hiciera y no me cuestiono nada más.

—¿Y si no hubiera salido? —le pregunté a Sara.

—Me habría lanzado de cabeza a por ti.

—¿Y qué hay de todo eso de salir por mi propio pie, de hacerlo por ellos y de madurar de una puta vez?

—A la mierda —me dijo, a la vez que se lanzaba de nuevo a mis brazos—. Pero tenía que intentarlo, Adam —me explicó con la voz tomada por la emoción.

—Gracias.

—Jamás me des las gracias por nada en la vida, Adam James Wallace.

—¡Que no me llames así, joder!

Salimos de la oscuridad del lugar para darnos de frente con la oscuridad de la calle. Hacía un frío de pelotas y yo iba con tan solo una camiseta de manga larga. Y Sara en tirantes. Seguía con la chaqueta de Olly por encima, pero, aun así, se veía que también tenía frío. Aceleramos los pasos para llegar lo antes posible a los coches.

—¿Me has encontrado a la primera? —le pregunté a mi mejor amiga.

—Sí, pero antes estuve más de cuarenta minutos en el coche parada.

—Por supuesto que lo hiciste.

Mis dos amigos habían venido en coches diferentes; me monté en el de Sara y quedamos en ir los tres a mi casa. Nos mantuvimos en silencio durante todo el trayecto y a la vez no dejamos de parlotear.

Cuando llegamos, Oliver nos esperaba allí. Subimos en el ascensor y me di cuenta de que había salido de casa sin las llaves. Por suerte, Oliver llevaba unas encima en su propio llavero.

—¿Qué hora es, por cierto? —pregunté en cuanto entramos en la vivienda.

—Las seis de la mañana.

—¿De qué día?

—Dos de enero.

—¡No me jodas!

—Pues sí.

—Joder.

—¿Las niñas?

—Están bien.

—¿Dónde están?

—Con mis padres, haciendo lo que les da la gana y comiendo lo que les da la gana.

—Bien, ¡tengo que hacer algo!

—¿A dónde vas?

—¡A darme una ducha! Huelo fatal.

Me quité la ropa de un plumazo y me di una ducha. Una ducha muy muy lenta y que me dejó como nuevo; tenía el cuerpo destrozado, agotado, pero el agua puso cada músculo en su lugar.

Al salir, Oliver y Sara me obligaron a desayunar. Como en mi cocina nunca hay nada decente que comer, Olly bajó a la calle y trajo un poco de todo. Aún mordisqueaba el último trozo de pan tostado cuando me levanté, les di un beso en la mejilla a cada uno y corrí al salón a ponerme una chaqueta y a buscar lo que necesitaba.

—Me largo. Os veo luego. Sara, no creo que aparezca hoy por el despacho. Os quiero —me despedí.

—¿A dónde vas con la guitarra, *Romeo*?

—A tocar.

Adam:

Tíos, estoy bien. Todo está bien. Siento haberos preocupado. Luego hablamos.

Daniel:

Eres un gilipollas, Wallace. Te voy a dar dos hostias en cuanto te vea.

Brian:

Y yo voy detrás.

Adam:

Yo también os quiero.

Brian:

Lo sabemos, capullo.

Daniel:

Y también te queremos.

Daniel:

Borrad este mensaje.

Daniel:

Negaré haberlo dicho.

Adam:

Ni de coña.

Just gotta get out, just gotta get right outta here

Ariadna

Cuando algo tan bonito como el sonido de la música se convierte en la razón que te remueve las entrañas, y no en el buen sentido, es que no estás bien.

Eran casi las siete de la mañana y me dirigía al trabajo en autobús, escuchaba música en el móvil —*Four Seasons In One Day*, de Crowded House— y había vomitado una hora antes. Apoyé la mejilla en el cristal, frío, en un primer momento; tibio, después del contacto con mi piel caliente, y pensé que quizá si escuchaba algo más alegre, con más ritmo, se me contagiaría algo, que empezaría a sentirme mejor, pero no hice nada para remediarlo.

Fuera nevaba. Veía las copas de los árboles llenas de nieve y me pregunté si Adam también las estaría viendo. Si estaría bien. Es increíble la cantidad de tiempo que una misma persona puede estar en nuestra cabeza, dando vueltas y vueltas, como en un laberinto, y sin encontrar nunca la salida. Iba tan concentrada en mis pensamientos que por poco no me paso la parada. Tuve que gritar al conductor un «por favor, espere» para que me diera tiempo a bajarme.

Entré en las oficinas de Coca-Cola y las felicitaciones por el nuevo año no tardaron en llegar. El ambiente era festivo y, a pesar de que por dentro solo tenía ganas de encogerme, me obligué a sonreír. Aproveché para revisar mi teléfono y esconderme en él, había notado que me vibraba desde hacía un rato. Eran mis hermanos. Hablando de sexo, ¿cómo no? Los leí en diagonal hasta que llegué casi al final.

Paula:

Esperad, ¿nosotras hablando de sexo y Tomás no abandona el grupo?

Tommy:

Lo he superado. Habéis dicho tantas guarradas en este chat a lo largo de los años que ya nada me afecta. He tenido que aguantar vuestros escarceos sexuales desde el inicio de los

tiempos.

Eva:

Te nos haces mayor, Tom.

Carlota:

Chicos, no sé de lo que estáis hablando, pero tenéis que dejarlo ya para escucharme. No os vais a creer lo que acaba de pasarme con Diego. Me ha propuesto follarme por el culo y he aceptado. ¡Y ha sido una pasada! Os mando audio ahora mismo con los detalles. Paso por paso.

Tommy ha abandonado el grupo

Paula:

Lo has hecho a propósito ¿verdad?

Carlota:

Ji, ji, ji .

Eva:

Pero qué bruta eres, Carlo.

Carlota:

Ji, ji, ji .

Paula:

Esto le va a dejar secuelas, fijo.

Eva:

Sip.

Carlota:

Ji, ji, ji .

Sonreí —hay cosas que nunca cambiarán—, los di por imposibles y me puse a la faena. Apenas me había quitado la ropa de abrigo y sentado a revisar unas muestras, no me había puesto ni la bata de trabajo, cuando una de mis compañeras entró pronunciando mi nombre.

—¡Ari!

Levanté la cabeza del microscopio.

—¿Sí?

—Tienes en la recepción a un tío con una guitarra colgada en la espalda preguntando por ti.

¿Alguien con una guitarra preguntando por mí? Parecerá increíble, pero, en un primer momento, no pensé en Adam, ni se me pasó por la cabeza que pudiera ser él. Y era consciente de que la guitarra es un miembro más de su cuerpo, pero yo nunca lo había visto tocando ninguna. El único instrumento que había tocado delante de mí era el piano, por lo que no lo asocié. Solo me confundió y pensé que mi compañera se había equivocado de persona.

—¿Cómo?

—Abajo. En la recepción. Un hombre. Guapo. Con una guitarra. Y pregunta por ti. Por Ariadna Cabana —me dijo, poco a poco, haciendo pausas en cada frase y guiñándome el ojo al final.

Yo seguía pensando que no era para mí. Entre que nunca había recibido visitas al trabajo y que tenía la cabeza embotada, por no decir que estaba atontada total, no caía.

—¿Un tío con una guitarra? —preguntó otra de mis compañeras.

—Eso he dicho.

—¿A quién conoces que toque la guitarra? —me preguntaron. Estuve a punto de contestar «a nadie», pero...

—A na...

... la imagen de él me vino a la cabeza.

—Adam —susurré.

Me levanté de un salto del taburete y crucé la sala a todo correr, obviando las preguntas y las frentes arrugadas del resto de mis compañeros. En el trabajo nadie sabía de la existencia de Adam, no al menos como mi pareja, lo vieron aquel día en el concierto de Everlasting Wound y me habían preguntado infinidad de veces por él, pero yo siempre era muy crítica. No suelo hablar de mi vida privada con cualquiera y, aunque me llevaba bien con mis compañeros —de hecho, me llevaba muy bien—, no me había soltado del todo.

Sin embargo, todos ellos intuyeron que algo grande iba a suceder, porque se quitaron las gafas, los que las usan, se levantaron de las sillas, los que estaban de pie dejaron el instrumental que tenían en las manos encima de las mesas, y me siguieron como si yo fuera el flautista de Hamelín. Podía sentir sus pasos y conversaciones detrás de mí, pero me daba igual. Mi único objetivo y pensamiento era encontrar a Adam, asegurarme de que era él y palparle cada palmo de su cuerpo y su rostro para comprobar que estaba bien.

Salí de la sala y me dirigí a la entrada del edificio. Nuestro laboratorio está en el primer piso, al que se accede por medio de unas escaleras de madera que suben desde la recepción en dos tramos. En el primero, hay un pequeño descansillo con una balaustrada desde donde se puede ver toda la entrada. Es bastante impresionante.

Antes de llegar al descansillo, lo oí. Oí el sonido de una guitarra. El rasgar de las cuerdas. El sonido de unos acordes que conocía demasiado bien. Llevaba meses escuchando esa canción en bucle, rememorando el día que la bailé con Adam y soñando despierta con vivirlo de nuevo. Con bailar, cantar

y escuchar mil canciones más con él durante el resto de nuestra vida. Era *City Of Stars*, de la película *La La Land*.

—«City of stars». —Mis pasos se detuvieron. Un escalofrío me recorrió el cuerpo de pies a cabeza. Era su voz. Su voz. Adam estaba cantando. Tuve que llevar mi mano al pecho para asegurarme de que el corazón permanecía ahí dentro, latiendo—. «Are you shining just for me?».

De nuevo, los mismos acordes de guitarra en soledad.

—«City of stars». —Emprendí la marcha, con las piernas convertidas en gelatina. Con el corazón golpeando con fuerza mi pecho cubierto aún por mi mano y sin saber qué pensar. Sin saber qué iba a encontrarme en cuanto bajara los últimos escalones y llegara al descansillo, pero con cientos de emociones diferentes recorriéndome el cuerpo. Con unas ganas irrefrenables de ver a Adam, pero, a la vez, con la vergüenza y los nervios, positivos, muy positivos, que se sienten en las primeras citas—. «There's so much that I can't see. Who knows?».

Llegué. Llegué a la primera parada, al descansillo, y me asomé al balcón. Y allí estaba él, guapísimo, brillando, sentado en medio de la recepción encima de una silla de las que teníamos para las visitas y con una guitarra cruzándole el cuerpo. Incluso se había traído un micrófono y un amplificador. La música debía de estar escuchándose desde cualquier parte de la oficina. Y me miraba. Tuve que agarrarme con fuerza a la barandilla para sujetarme, para evitar caerme.

Nuestros ojos se cruzaron y se quedaron suspendidos en el espacio tiempo. Todo nuestro alrededor desapareció y solo existíamos nosotros. Él y yo.

—«I felt it from the first embrace. I shared with you».

Me pedía perdón con cada uno de sus sentidos, en cada estrofa, y no se me ocurrió otra manera de decirle que no había nada que perdonar, que lo quería con todo mi corazón y que todo iba a estar bien a partir de ese momento que... cantando. Yo, Ariadna Cabana, persona insensible hacia la música como ninguna hasta unos meses atrás, canté. Yo, que ya no podía vivir sin la música. Porque, para mí, música es Adam. Y Adam es mi vida.

A pesar de que seguíamos solos en nuestra burbuja, la realidad era que media plantilla nos observaba. La siguiente estrofa fue mía, me sabía la letra de memoria, la escena de Emma Stone y Ryan Gosling se reproducía al dedillo en mi cabeza.

—«That now». —Las dos primeras palabras las cantamos al unísono, los

dos. Claro, Adam no se esperaba mi arrebató, pero enseguida calló y me dejó continuar. Mi voz sonaba tan extraña, nunca había cantado en voz alta, me temblaba todo, pero, aun así, no pude callar—. «Our dreams. They've finally come true».

Unas palabras que se hacían realidad. Adam tocaba la guitarra, colocaba los acordes con sus dedos en los diferentes trastes, pero no dejaba de mirarme. Y me miraba enamorado. Embelesado. Sonriendo. Y lleno de orgullo. Y todo era por mí. Continué cantando. Nada ni nadie podría pararme ya.

—«City of stars. Just one thing everybody wants». —Las primeras lágrimas me resbalaron por las mejillas. Demasiado tiempo llevaban agolpadas en mis ojos.

—«There in the bars and through the smokescreen. Of the crowded restaurants». —Nos reímos. Sí, como en la película. Como Ryan y Emma. Nos salió así. Espontáneo. Nuestra risa fue una parte más de la canción, unas palabras más añadidas a la letra original.

—«It's love. Yes, all we're looking for is love. From someone else». —Me callé, esperando que Adam lo entendiera, que se diera cuenta de que ahora le tocaba cantar a él. Y lo hizo. Entonces lo supe, él también se sabía los turnos de Ryan y Emma. Él era Ryan. Yo, Emma.

—«A rush» —cantó él.

—«A glance» —canté yo.

Parecía como si lo hubiéramos ensayado millones de veces. Teníamos una sincronización perfecta. No se podía ir más acompasado. Y nadie diría que era la primera vez que cantábamos juntos.

—«A touch». —Él.

—«A dance». —Yo.

Y comenzó la marcha. Comenzó todo al mismo momento.

—«To look in somebody's eyes». —El ritmo cambió, el *stacatto* apareció. Cantamos juntos las siguientes estrofas mientras yo bajaba por las escaleras, por el último tramo de ellas, acariciando el pasamano con mi palma derecha y sujetándome a la vez en él, y al ritmo de la música sin pretenderlo—. «To light up the skies. To open the world and send me reeling. A voice that says. I'll be here, and you'll be alright».

Bajé el último escalón y me acerqué al medio de la estancia. Lo único que nos separaba ya eran unos pasos. Me detuve.

—«I don't care if I know. Just where I will go. Cause all that I need, this

crazy feeling. Ra-ta-tat of my heart... ». —Dejamos de cantar durante unos segundos. La canción así lo requería. Yo suspiré. Necesitaba coger un buen pellizco de aire, que llegara a mis pulmones y expulsarlo para ver si, así, me tranquilizaba, para ver si dejaba de temblar. No funcionó. Adam solo me miraba mientras tocaba la guitarra de manera magistral. Hasta que habló. O, más bien, cantó.

—«I think I want it to stay». —Me acerqué un par de pasos. Me moría por abrazarlo y besarlo por todas partes, pero teníamos que terminar la canción. Oh, sí, teníamos que hacerlo.

El ritmo cambió de nuevo, cambió a los inicios. Y yo rememoré aquellos famosos Do, Fa, Sol, La, Sol, Fa, Re que me había susurrado tantos meses atrás cuando me llevó a bailar por medio de la calle con zapatos de claqué. La melodía era igual de suave.

—«City of stars. Are you shining just for me? City of stars...» —cantó Adam.

—«You never shined so brightly» —canté yo, para finalizar. Adam realizó un par de florituras con la guitarra y la recepción se sumió en el silencio absoluto.

Estaba a punto de lanzarme a sus brazos cuando se levantó de la silla, con la guitarra en la mano, y habló.

—¿Quieres un final feliz? —me preguntó con la voz tomada por la emoción—. ¿Me quieres? —me dijo, señalando su propio cuerpo—. Me tienes. Perdóname.

—Oh, Adam.

Me abalancé sobre él. Literalmente. Recorrí los pasos que nos separaban y le eché los brazos al cuello. Lo abracé con fuerza y no puedo explicar qué fue lo que ocurrió entonces, pero es como si hubiera estado cargando con algo pesado sobre los hombros, o sobre la espalda, sobre todo mi cuerpo, y de repente, desapareciera. Pero no me refiero a que cargara con algo en las últimas horas después de los acontecimientos acaecidos en su casa, me refiero a que me di cuenta de que llevaba algo encima que me incomodaba, que lo había llevado durante gran parte de mi vida, y que, en ese momento, desapareció.

El sonido que la guitarra provocó al caer al suelo cuando Adam me abrazó y bebió de mi cuello coincidió con los cientos de aplausos que inundaron la sala. Se me había olvidado que estábamos en mi trabajo, y que la mayor parte de la plantilla había sido espectador directo de nuestro número musical. Supe

que aquello se hablaría durante... décadas.

—Te quiero, joder —me dijo, sin dejar de abrazarme y sin apartar su boca de mi boca—, te quiero.

Dos palabras que le dan significado a la vida. O al menos a mí me lo dieron. Dos palabras que solemos decir a menudo, a nuestros padres, hermanos, amigos, mascotas... y lo decimos con sentimiento, y lo sentimos cuando nos lo dicen, pero aquel «te quiero» de Adam no se me olvidaría en la vida. Aquel «te quiero» lo sentiría como ninguno. A pesar de que sabía que vendrían muchos más detrás. Aquel fue el primero. Y fue especial.

—Te quiero —le respondí, llorando—. Te quiero, te quiero, te quiero —repetí, abrazándolo aún con más fuerza. Y me hice una promesa: se lo diría cada día, de una manera o de otra, pero se lo diría. Se lo diría sin olvidarme nunca del significado y sin que perdiera la fuerza de este. Se lo diría porque quería hacerlo, y porque él necesitaba que lo hiciera.

Nos separamos y los aplausos aún no habían cesado. De hecho, incluso se habían sumado vítores, felicitaciones y el eco de mi nombre que sonaba por todas partes. Esos eran mis compañeros.

Adam se agachó, se puso de rodillas, me abrazó por la cintura y me dio un suave beso en la tripa, aún plana por aquel entonces.

Rompí a llorar sin poder evitarlo. Rompí a llorar y metí mis dedos entre su pelo mientras cerraba los ojos.

—Os quiero —me dijo. Nos dijo.

—Y nosotros a ti. Para siempre.

—¿Nos vamos a casa? —me preguntó una vez se levantó y el murmullo de las personas que nos rodeaban, y que gracias a Adam ahora sabían, o sospechaban, que estaba embarazada, se calmó.

—Tengo que trabajar —le respondí. No eran ni las nueve de la mañana y tenía por delante toda la jornada laboral.

—Joder —se lamentó.

—Tenías que haber hecho tu declaración de amor a la hora de salir.

—No me aguantaba. La verdad es que ni lo he pensado. He ido a tu casa y una de tus amigas —estaba claro que no sabía cuál de las dos, pero era April; June a esas horas estaba en el trabajo— me ha dicho que estabas aquí.

—¿Te paso a buscar luego por el despacho? —sugerí—. Prometo escaparme pronto.

—Allí te espero —me dijo, dándome un beso en la nariz.

—Perfecto.

—Genial.

Dios, qué par de bobos.

—Hasta luego, *Melenas*, intenta no echarme demasiado en falta.

—Hasta luego, *Diciembre*, no creo que lo consiga.

Adam estaba a punto de girar sobre sus talones, pero lo frené.

—Adam.

—¿Sí?

—Eres bueno con la guitarra.

Me sonrió con socarronería.

—Lo sé.

—Aunque no entiendo demasiado bien el objetivo de toda la parafernalia que has montado —le dije, señalando el micrófono y el amplificador.

—No sabía dónde estabas, dentro de las oficinas, así que tenía que hacerme oír.

—Te quiero —expresé sin voz, con tan solo el movimiento de mi boca.

Adam me guiñó un ojo, cogió su guitarra y se dio media vuelta.



Más tarde, después de la jornada laboral, fui a buscarlo al despacho, tal y como habíamos quedado. Adam salió en cuanto llegué a las oficinas y, de la mano, fuimos a la calle. Paseamos durante un rato, disfrutando de nosotros, pero con un rumbo fijo. Lo notaba. No lo llevaba yo, pero lo hacía él.

—¿A dónde me llevas? —le pregunté.

—A un sitio. Mira, hemos llegado —me dijo, señalando la puerta de un pub de la acera de enfrente.

Cruzamos la carretera, yo, extrañada, y Adam, emocionado. Llegamos y me abrió la puerta para que pasara antes que él. La música del local me envolvió, yo conocía esa canción. Increíble, pero la conocía, la había escuchado con Adam meses atrás. Era *Rescue Me*, de Fontella Bass.

Rescue me.

Take me in your arms.

Rescue me.

I want your tender charm.

'Cause I'm lonely.

And I'm blue.

*I need you.
And your love too.
Come on and rescue me.*

Adam volvió a cogerme la mano, una vez estuvimos metidos de lleno en el local, y nos dirigimos juntos hacia una mesa que se encontraba al fondo, ocupada por un grupo bastante grande de gente. Por nueve personas, para ser exactos. Nos plantamos enfrente de ellos y...

—Tíos, ella es Ariadna.

Todos me miraban emocionados, incluso sentí que me daban las gracias por algo. Brian, me acordaba de él, incluso tuvo el descaro de guiñarme un ojo.

—Ari, ellos son Sara, Oliver, Pear, Brian, Marco, Olivia, Moira, Natalie y... Daniel, que se ha colado. A algunos ya los conoces y son... mi familia.

Los miré a todos, no pude hablar, sentía demasiadas emociones como para hacerlo, hasta que Sara me hizo un hueco a su lado y habló por los nueve.

—Bienvenida, Ariadna. Ven, siéntate a mi lado.

Lo hice. Y Adam se sentó enfrente, observándonos con brillo en los ojos, con esa sonrisa suya y con la convicción de que las cosas estaban donde tenían que estar.

Ooh, yeah. Ooh, yeah

Adam

—Y eso es todo. Hemos llegado al final. Joder. Ha sido intenso. —La última frase la digo más para mí, susurrando, y sin acabar de creerme todo lo que acabo de soltar por la boca.

Levanto la mirada y la enfoco en las tumbas de mis padres y mis hermanas, en las mismas tumbas que llevo mirando desde hace más de diez horas junto a Ariadna. Es la conversación más larga que he tenido con ellos desde que se fueron para siempre tantos años atrás, y es todo gracias a ella.

—Gracias —le digo.

—De nada —me responde con una sonrisa.

Hemos venido a primera hora de la mañana a visitarlos, a que Ariadna los conociera, pero, al salir, nos ha pillado la puta tormenta. Hemos tenido que resguardarnos aquí y nos hemos liado tanto a hablar que hasta ha anochecido. No puedo explicar la liberación que siento ahora mismo, la emoción y las ganas de seguir hablando.

—Me ha gustado conocer tu punto de vista, *Melenas*. Aunque luego hablamos de un par de asuntos...

—Negaré haber dicho cualquier cosa que pueda ser utilizada en mi contra —afirmo con rotundidad.

—No vayas tan rápido, Wallace, que tenemos un testigo.

Es verdad. Aprieto con fuerza la mano que llevo sujetando la última hora y giro la cabeza para encontrarme con sus ojos azules.

—Hola, *Totó*, creo que no te he saludado antes.

—Estabas concentrado contando tu historia, te perdono. Además, no quería interrumpirte.

—Eso no ha evitado que contaras tu parte.

—Por supuesto que no.

Suelto la mano de Sara, le doy un beso en la mejilla y nos preparamos para salir. Si diez horas atrás hemos entrado con frío, hemos ido cogiendo calor según relatábamos nuestra historia. Nos hemos quitado las chaquetas,

gorros, bufandas y guantes y ahora toca vestirse de nuevo.

—¿Sigue nevando? —me pregunta Ariadna.

—No —le dice Sara—. Ha empezado a despejar a media tarde. De hecho, cuando yo he venido, ya no nevaba.

Eso me recuerda algo.

—Por cierto, ¿qué haces tú aquí? —le pregunto a mi mejor amiga.

—Hoy es tu cumpleaños, Adam. Habíamos quedado para comer. No aparecíais, estaba nevando como nunca y me he preocupado, así que he salido a buscaros.

—¿Por cuántos sitios has pasado antes de venir aquí?

—Por un montón, Wallace, por un montón. Hoy me has pillado fuera de juego.

—Pero al final nos has encontrado.

—Siempre. ¿Nos vamos a casa?

—Sí, claro. Esperad. —Joder, soy lo puto peor, me acabo de dar cuenta de un detalle bastante importante—. Mamá, papá, chicas, perdonad, acabo de darme cuenta de que después de todo el rollo que os hemos metido durante horas y horas, me he olvidado de hacer las presentaciones. Ella es Ariadna —les digo, cogiéndola la mano y acariciando su vientre, que ha comenzado a abultarse por el embarazo— y, si me deja, voy a compartir el resto de mi vida con ella. Esta ha sido nuestra historia y no me arrepiento de habérsela contado sin filtros. Así, ha sido más auténtica. Os quiero. Os querré siempre.

♪ Epílogo ♪

***Nothing really matters. Anyone can see.
Nothing really matters, nothing really matters
to me. (Anyway, the wind blows)***

Ariadna

Cinco meses después

Los partos no son fáciles. De una o de otra manera, duelen. Ayer nació mi hijo, he sido mamá por primera vez, y no fue fácil. Fue un día duro, muy duro, y largo, pero, a la vez, fue el día más bonito de mi vida. Hasta el momento, al menos.

No voy a entrar en detalles, pero lo que sentí no se me va a olvidar en la vida: cuando el ginecólogo me puso al bebé encima nada más nacer, cuando lo vi por primera vez con la mirada acuosa por la emoción y cuando giré la cabeza para encontrarme con los ojos emocionados de Adam y con su sonrisa dirigida solo a nosotros dos. Lo guardaré para siempre en mi memoria como uno de los instantes más especiales de mi existencia.

Hoy, han pasado veinticuatro horas desde que viví ese momento y la habitación del hospital donde me encuentro está llena de gente. Y aunque, así dicho, puede parecer agobiante, estoy segura de que esta es también una de las escenas más bonitas que voy a vivir en mi vida. Porque esta gente son nuestra gente más íntima y personal. La de Adam y mía. Aunque Adam sí se ha agobiado un poco por ver a tantas personas. Pero creo que ya se le ha pasado. De lo contrario, habría echado a todo el mundo a la calle.

Yo no hablo, tampoco podría, me mantengo en silencio, embebiéndome de todo lo que ocurre a mi alrededor y observándolos a todos con auténtica admiración. Y algo alucinada también, pensando en el motivo por el que estamos aquí, y en lo que significa que todos ellos estén aquí: familia.

La de Adam y la mía unidas. El encuentro entre los Wallace-Aston-Summers y los Cabana ha sido increíble. Precioso. Emocionante. Y, ahora,

ahí están, relacionándose todos con todos y convirtiendo este momento en algo todavía más especial.

Pero vayamos por partes. Los Cabana... los Cabana llegaron al completo a Edimburgo ayer mismo en cuanto los avisamos de que el bebé venía ya. Yo he sido la primera de mis hermanos en ser madre. No voy a negar que la noticia cayó, en un primer momento, como un jarro de agua fría. Por mi juventud y porque se suponía que Adam y yo solo éramos amigos. Que, por cierto, no se lo creía nadie, pero mi madre me insistía en que el problema era que nos lo creíamos nosotros y que así no se tiene un hijo. Tuve que confesarle que nosotros tampoco nos lo creíamos y que nos queríamos. No fue una sorpresa para nadie, pero sí pudimos escuchar los vítores y aplausos de toda mi familia a través de la línea telefónica.

No había vuelto a verlos en persona desde navidades, entre el trabajo, el embarazo, mi nueva vida con Adam y que todo iba demasiado rápido, me había resultado imposible viajar a España, y si alguien me hubiera dicho que la siguiente escena con mi familia al completo sería con nuestro hijo recién nacido en una cunita al lado de mi cama no me lo hubiera creído.

En cuanto se abrió la puerta y vi aparecer a mi hermano, encabezando la comitiva, se me llenaron los ojos de lágrimas. Las mantuve ahí, contenidas, hasta que, después de darme un beso y un abrazo a mí, se giró para palmear la espalda de Adam, agarrarlo de la nuca de forma cariñosa y darle la enhorabuena con palabras y gestos. Para aquel entonces, mis padres y el resto de mis hermanas ya se habían hecho con la habitación.

—Ari —me dijo Paula con la emoción saliendo por cada poro de su piel—, Ari, es precioso.

—Sí —le respondí entre lloros.

—¿Cómo... cómo puede ser una cosita tan bonita? —preguntó, alucinada, sin dejar de observar al bebé—. Acaba de nacer.

—Porque es hijo mío —le contestó Adam con chulería—. ¿Qué esperabas?

—Hola, perdonavidas —lo saludó, con retintín, girándose para encontrarse con su mirada.

—Hola, Paula —respondió él, en el mismo tono.

Se mantuvieron la mirada el uno al otro, hasta que mi hermana cedió y fue la que se acercó a él para abrazarlo. Adam la recibió con los brazos abiertos. Y yo no podía dejar de llorar. Malditas hormonas.

—Hola, cuñado —le dijo Carlota, sumándose al abrazo. En realidad,

todas mis hermanas lo hicieron. Rodearon a Adam y lo cubrieron con sus brazos hasta que él se desembarazó de todas ellas jurando en ocho idiomas diferentes y quejándose de lo pegajosas que son. Sus palabras exactas fueron: «la hostia, sois como lapas y venís en manada». Aunque, en el fondo, sé que le encantó.

—¿Puedo cogerlo? —nos preguntó Eva.

—Claro que sí —respondí, a pesar de la reticencia de Adam. No lo expresó en voz alta, pero sus ojos lo decían todo.

—¿Sabes cómo se hace? —le preguntó a mi hermana. No podía estarse calladito, no.

—¿Ahora el mojabragas me va a enseñar a coger un bebé? —nos dijo, con los brazos en jarras.

—Sí —le contestó Adam—, el mojabragas te va a...

Desconecté. Adam y cada una de mis hermanas comenzaron a discutir y a lanzarse indirectas (demasiado directas) las unas al otro y yo me quedé mirándolos con una sonrisa permanente en la boca. Sobre todo cuando Tomás entró en la conversación para defender a Adam, a pesar de que él solo podía con mis tres hermanas de sobra. Me encanta la relación que mantienen todos ellos. Que se peleen de esa manera. Con ese cariño. Para mí, significa confianza. Significa sentirse a gusto. Significa familia.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —Mi madre interrumpió mis pensamientos. Me di cuenta de que me había cogido la mano y la apretaba con fuerza. Le devolví el apretón.

—Agotada. Descolocada. Y feliz. ¿Verdad que se parece a Adam? —le pregunté, refiriéndome a nuestro hijo.

Mi madre me miró, después miró a Adam y me sonrió con cariño. No miró al bebé.

—Claro que sí, mi vida —me respondió.

Y luego están los Aston-Summers. Ellos fueron los primeros en llegar. Los primeros en abrazar a Adam, a mí y ver a nuestro hijo.

—¿Has visto, tío? —Fue lo primero que le dijo Adam a Oliver, mostrándole al niño, todo orgulloso—. ¡Es un chico! ¡Tiene pitilín y unos cojones enormes! Y a la primera. A ver si aprendes algo.

—Es precioso, Adam —le dijo Sara, con él en brazos.

—Lo es.

—¿Puedo cogerlo, tía Ariadna? —me preguntó Alba. No voy a negar que el hecho de que se dirigiera a mí de aquella manera me tocó el corazón.

—Claro que sí.

—Ven, yo te ayudo, siéntate aquí —le dijo su madre mientras la acompañaba a sentarse en uno de los sofás que decoran la habitación.

—Es muy guapo —expresó en alto.

—Ahora me toca a mí —la informó su hermana, la mediana, acercándose al sofá.

—Tú no puedes cogerlo —le respondió la mayor—, aún eres pequeña.

—No lo soy —se defendió—, papá ya me ha enseñado a conducir y todo.

El padre carraspeó mirando a su hija y advirtiéndola con los ojos.

La madre levantó las cejas en su dirección.

—Yo sé conducir hace años —contestó Alba.

—Y yo —añadió la más pequeña, Erin.

Oliver carraspeó de nuevo sin saber ya a dónde mirar.

—¿Tienes algo que contarme? —le preguntó Sara a su marido.

—Es solo para emergencias.

—¿Y me puedes decir en qué momento tus hijas de diez, siete y cuatro años van a necesitar conducir un coche?

—Nunca se sabe, yo solo las preparo.

Yo no podía dejar de sonreír a causa de toda la situación. Adam se sentía dichoso por la familia que yo le daba, mis padres y hermanos, pero no se daba cuenta de lo que me estaba dando él a mí. De que su familia es una de las cosas más alucinantes que he visto en mi vida. Y de que me siento dichosa por poder formar parte de ella.

—Por cierto —preguntó Daniel, que había llegado a la vez que los Aston-Summers y Pear—, ¿cómo se llama?

Adam y yo nos miramos. Asentimos con la cabeza y fue él quien habló en primer lugar.

—Le hemos puesto el nombre de mi padre. Y el mío.

—Adam —respondí yo—. Se llama Adam.

—¿Adam James? —preguntó Daniel.

—No, solo Adam.

—Solo Adam, capullo.

Sara y Oliver rieron. No se separaban de Adam (Adam padre) y creo que hasta fui capaz de ver una especie de aura que los rodeaba y los unía. En los meses que llevaba conviviendo con ellos había aprendido una cosa. Sara, Oliver y Adam son precisamente eso: Sara, Oliver y Adam. Forman un todo indestructible e indivisible. Jamás nadie se sumará a ese trío. No de la manera

en que esos tres coexisten. Y se me llena el pecho de orgullo al saber que Adam tiene eso. Porque no es algo que abunde en este mundo. Es especial. Es admirable. Es increíble.

Y en cuanto a Adam y a mí, hace unos meses, le pregunté si el baile de *La Land* lo había preparado de alguna manera. Sentía curiosidad. Fue tan alucinante... Me dijo que no, que fue una de las pocas cosas que no preparó, que no anticipó. Fue una improvisación. Y fue cuando comencé a enamorarme de él.

En las anteriores citas, en las que Adam llevaba preparadas, planificadas al dedillo, fue al revés, fui yo quien lo enamoró a él sin que se diera cuenta. Sin que pudiera evitarlo.

Y así, aunque nos negáramos, aunque dijéramos que no era amor, que era diciembre (en su caso), sí era amor. Lo fue desde el primer segundo. Mi primer amor. Y el último.

Susanna Herrero

Cinco años después

Los nueve amigos originales (Sara, Oliver, Adam, Pear, Brian, Marco, Olivia, Natalie y Moira), como le gusta decir a Adam, se encuentran sentados alrededor de una de las mesas redondas que habitan en armonía en la cafetería del polideportivo del *Crowden School*. De su mesa, para ser más exactos. Porque, a pesar de llevar más de veinte años fuera del internado donde se criaron los nueve juntos, aquella sería su mesa a perpetuidad; era la que utilizaban para todo cuando estudiaban allí. Siempre estaba libre para que ellos la ocuparan. Y, hoy, no iba a ser diferente.

Sara está sentada con los codos apoyados en la mesa y un refresco de naranja entre las manos.

Oliver, a su izquierda, reposa la espalda en su totalidad en el respaldo de la silla y tiene uno de sus brazos apoyado en la silla de Sara.

Pear, al lado de Oliver, sentada con una pierna cruzada sobre la otra, mira algo en su teléfono móvil y sonrío.

Olivia, junto a Pear, se baja las gafas de sol (las llevaba sujetas en la cabeza) porque los rayos de las últimas horas de la tarde que entran por los ventanales de la cafetería le molestan en los ojos y no le permiten ver bien a sus amigos.

Marco, sentado enfrente de Sara, ríe a carcajadas por el último comentario de Brian.

Moira, en la silla contigua a Marco, pone los ojos en blanco y niega con la cabeza por el último comentario de Brian. Tiene que ver con su marido.

Natalie, con su silla muy cerca de la de Moira, bebe un sorbo de café a la vez que hace presión con la boca en un intento de no reírse a causa del último comentario de Brian.

Brian se deja caer en la silla, descojonándose de la risa.

Y Adam, sentado entre Brian y Sara, con la silla del revés, de manera que apoya sus brazos en el respaldo de la misma, ríe a carcajada limpia, sin

filtros.

Y así están los nueve amigos, como si no hubiera pasado el tiempo, compartiendo anécdotas, recuerdos y emociones un día más de sus vidas. Todos excepto Pear, que los está ignorando a todos sin disimulo.

—Deja ya el móvil, Pear —le dice Moira.

—Es importante —responde ella en su defensa.

—Estás hablando con Daniel —afirma Marco sin atisbo de duda.

Pear levanta la vista del teléfono y frunce el ceño ante el último comentario. La han pillado.

—¿Te crees que no sabemos que Summers y tú os comunicáis por mensajes a pesar de encontraros a menos de cinco metros de distancia? —le pregunta Brian.

—Estamos a más de cinco metros de distancia.

—¿A quién estáis criticando esta vez? —añade Olivia.

—A nadie —contesta, guardando el móvil en su bolso y aún riéndose por dentro por el último mensaje de Daniel.

—No estaréis manteniendo conversaciones guarras, ¿no? Es tan típico de vosotros... —dice Adam, chasqueando la lengua por la incomodidad que le produce ese hecho. Ya debería estar más que acostumbrado. Pero no.

—Hoy no —responde Pear con naturalidad.

—¡Adam! —exclama Sara—. ¿Tenías que decirlo? Ahora me va a venir la imagen a la cabeza.

—Mira quien habla... Al menos vosotros dos —dice, señalando a Sara y Oliver— ya habéis aprendido a usar condones.

Los dos miran a su amigo con evidente cara de desagrado. Sobre todo, Oliver. Nunca le ha gustado que hablen de su vida privada en público, aunque sea entre sus mejores amigos, y esta no va a ser la primera vez. Adam le devuelve la mirada a su mejor amigo y le muestra su mejor cara de niño bueno, le sonrío y le lanza, al final, un beso en el aire. Con eso suele arreglarlo todo.

—Por cierto, ¿dónde está Daniel? —pregunta Natalie a la vez que mira hacia la barra de la cafetería donde se encuentran todas sus parejas—. No lo veo con los demás.

—En bambalinas. Apaciguando nervios —responde Oliver.

Todos asienten y siguen a lo suyo sin apenas inmutarse por el comentario. Lo entienden. Si hay alguien que tiene que estar en bambalinas, como dice Olly, ese es Daniel.

Antes de que Pear se viera interrumpida en lo que fuera que estaba hablando con su marido por teléfono, los nueve recordaban un hecho acontecido en esa misma cafetería en el pasado. Han pasado muy buenos momentos en aquel lugar. Y en todas partes, en realidad. Pero, en los últimos tiempos, les ha dado por recordar. Llevan toda la vida queriendo correr, crecer, hacerse mayores y vivir sus propias vidas, y, ahora, echan la mirada atrás y sonríen con nostalgia y cariño a la vez que no pueden creerse que el tiempo haya pasado tan deprisa.

—Si lo pensáis —dice Adam—, yo soy el catalizador de todo.

—¿Qué quieres decir? —le pregunta Sara.

—Gracias a mí, sois amigos los demás.

—Explícate —le pide Marco.

—Cuando entré con siete años en este colegio, fui yo el que encontré a Oliver sentado en el muro de la entrada del colegio fustigándose por tener que relacionarse con personas de carne y hueso.

—No estaba fustigándome —se queja Oliver con cansancio. Siempre la misma historia.

—Claro que lo hacías. No te gustaba la gente y en el colegio había montones y montones de niños. Te estabas fustigando.

—No me gusta.

—¿Qué?

—La gente. Sigue sin gustarme. No hables en pasado, Adam.

—Cierto. A lo que iba, fui yo quien te dio la mano para bajar del muro y te llevo al patio porque vi algo especial en ti.

—Oh, Adam, eso es muy bonito —suspira Moira. Olivia y Natalie la acompañan.

—Oh, Adam, es precioso —le dice Brian con tono empalagoso, queriendo imitar a Moira y consiguiéndolo.

—Cállate, idiota —le responde Adam dando una patada a la silla de su amigo para desestabilizarlo. Lo único que consigue es que Brian se ría aún más, y con él, el resto del grupo, o la pandilla, como ellos se llaman a sí mismos desde tiempos inmemoriales—. Como decía, vi algo diferente en Oliver y supe que quería ser su amigo. Lo que no entiendo es por qué un par de semanas más tarde me acerqué a Brian a pedirle que nos dejara jugar con la pelota y con su amigo, el italiano —dice, refiriéndose a Marco—. Aún me lo pregunto.

—Ja-ja. Qué gracioso —se queja el aludido, Brian.

—No, en serio, aún me lo pregunto.

Todos ríen y Brian les hace un gesto con la mano para que se callen.

—Me adoráis —les dice.

—El caso es que, a partir de ese día, los cuatro chicos nos hicimos inseparables. Algo... surgió.

—Y luego llegó Sara —añade Marco.

—Exacto, dos años más tarde, me choqué con Sara en los pasillos. Era su primer día y los dos llegábamos tarde a clase. —Adam observa a Sara y rememora con exactitud ese momento tan fortuito y crucial en su vida—. Jamás había visto unos ojos tan azules. Realmente me impresionaron.

—Y a partir de ahí, os hicisteis amigos. Sara te gustó desde el primer momento —dice Olivia.

—Exacto —responde Adam—. Tuve la misma sensación que con Oliver. Acojonante, ¿eh?

—Ohhh —exclaman todos, burlándose de él, en broma, por ponerse sensible con el tema, a pesar de la última palabrota.

—Iros a la mierda.

—Yo también te quiero, Wallace —le dice Sara con cariño.

—Y yo, tontito —añade Oliver.

—Así que, como decía —continúa Adam—, gracias a mí sois todos amigos. Después de que Sara y yo conectáramos, ella comenzó a reclutar a las chicas y así formamos la pandilla. Si no es por mí —le dice a Oliver—, no conocerías a tu mujer. Deberías pisar el suelo por el que ando, rubiales.

—Yo la vi antes que tú —le contesta el rubio sin alterarse.

—¿Qué?

—¿Cuándo?

—Imposible.

—¿De qué hablas?

—Explícate.

Oliver espera, con paciencia, y sin cambiar de postura, a que todos formulen sus preguntas y comentarios de asombro para explicarse.

—Unos días antes de que empezaran las clases de ese año, me encontraba sentado en el muro de la entrada pensando en..., bueno, en toda la gente que habitaba el puto colegio...

—Fustigándote —le interrumpe Adam—. Lo sabemos.

—Pensando en toda la gente que habitaba el puto colegio —repite Oliver—, cuando un coche se detuvo y bajaron de él un padre con tres hijos. Dos

chicos y una chica. La chica se quedó atrás, de pie, admirando el gran edificio, lo más probable pensando en que seguro que había un montón de gente habitando el puto colegio.

—Era yo —le dice Sara.

—Sí, eras tú.

—¿Me reconociste cuando días más tarde Adam nos presentó?

—Por supuesto que lo hice. Y, de todas formas, ya te había reconocido mucho antes cuando llegaste aquel primer día tarde a clase. Te estaba vigilando de cerca.

—Nunca me lo habías contado.

—Aún tengo mis secretos, ojitos azules.

En ese momento, mientras los ocho amigos asumen las palabras del rubio, Daniel Summers aparece por la entrada de la cafetería un tanto alterado. Echa un vistazo a toda la estancia, detecta a las parejas de los amigos de su hermana charlando, con tranquilidad, en la barra y a su hermana y compañía en una de las mesas. Niega con la cabeza, parece que no hay más mesas en la cafetería porque siempre se sientan en la misma. Se acerca a ellos con mala cara.

—¡No me puedo creer que aún estéis aquí! Ya es la hora.

Ante la interrupción y las palabras de Daniel, los nueve miran sus relojes y se levantan escopetados de sus sillas. Se les ha pasado el tiempo volando; aquella mesa tiene algún poder mágico que los engulle. El ruido que provocan por el meneo de las sillas hace que media estancia gire las cabezas para ver qué ocurre. Ellos, sin ser conscientes del escándalo que han montado, se dirigen a la salida de la cafetería y se encuentran allí con sus parejas, que también se han movido por el estruendo.

Se encuentran con Sean Mc Allister, profesor de matemáticas de los nueve y marido de Olivia.

Con Raquel, la estudiante española de Erasmus con la que se casó Marco.

Con Harry, el pirado (así es como lo llamaban los chicos en su época escolar y puede que también en la actualidad en algunas ocasiones), marido de Moira y antiguo alumno del colegio.

Con Henry, pareja de Natalie, al que conoció mientras estudiaba medicina fuera de Edimburgo.

Con la chica nueva del grupo, pareja de Brian desde hace relativamente poco. Había logrado conquistarla con sus tres famosas preguntas.

Y con Ariadna, compañera de Adam y gran amante de la música desde

algo más de cinco años atrás.

Los seis habían denegado la invitación de sus parejas de sentarse a la mesa con ellos y se habían apartado hacia la barra de la cafetería mientras esperaban a que llegara la hora. Reconocían los momentos en que los nueve originales necesitaban aquellos instantes ellos solos y, además, se llevaban muy bien entre ellos. Coincidían a menudo.

Corren todos hacia el interior de la pista de hielo, bajan las escaleras hasta las primeras filas y toman los asientos que las familias de Sara y Oliver han reservado a la vez que cuidaban de sus nietos.

Allí se encuentran todos: los padres de Olly y su hermano Nick, el padre de Sara y sus hermanos Alex y Kate; han acudido para ver el espectáculo. Ambas familias son muy de reunirse para todo, y en un día tan especial como el de hoy, no podía ser menos.

Los niños se quedan sentados en la primera fila, los originales, en la segunda, y el resto, a partir de la tercera, excepto Daniel, que se sienta en primera fila junto a sus tres sobrinas y sus dos hijos.

Justo cuando toman asiento, las luces se apagan y solo se quedan las que iluminan el centro de la pista. A Sara no le da tiempo para nada más que acariciar el pelo rubio a sus hijas, para que sepan que está detrás de ellas. La directora del colegio, Amanda Peters, se acerca a la barrera y enciende el altavoz que han colocado allí para la ocasión.

—Bienvenidos todos, un año más, al inicio de la temporada de patinaje sobre hielo del *Crowden School*. —La audiencia al completo se mantiene en silencio, escuchando a la directora mientras Oliver Aston coge con fuerza la mano de su mujer. A su vez, Sara coge la mano de Adam, sentado a su otro lado, y la emoción se hace palpable en sus ojos, que se humedecen, y en su corazón, que bombea con fuerza. También es capaz de escuchar los latidos de Oliver y Adam—. Como viene siendo habitual en los últimos diez años, el inicio de temporada comienza con una gala de exhibición que realizan nuestros alumnos, exalumnos o miembros reconocidos en el patinaje artístico. Y es para mí un grandísimo placer presentaros a la patinadora que va a abrirlo este año. No es alumna del colegio, pero lo fueron sus padres. Y, además, estoy segura de que va a convertirse en una de las mejores patinadoras del país. Con todos ustedes: Alba Aston Summers.

Los vítores de sus hermanas y primos no se hacen esperar. La emoción de sus familiares tampoco. La música de *Bohemian Rhapsody* comienza a resonar por todos los altavoces. Adam Wallace y Ariadna Cabana cruzan sus

pensamientos. Ella se incorpora en su asiento hasta tocar los hombros de Adam.

Mama, just killed a man

...

Fin

Agradecimientos

«Y una novela más». Así es como iba a comenzar a escribir estos agradecimientos, pero esas cuatro palabras me chirriaron en cuanto las escribí. Porque esta no es una novela más. Es la más especial que he escrito hasta el momento. Y con la que más he disfrutado. Es... Adam.

En esta ocasión no me voy a enrollar durante párrafos y párrafos dándole las gracias a mi familia —y no hablo solo de mi familia de sangre—; siempre estáis ahí y os lo agradezco cada día de mi vida. O, al menos, espero estar haciéndolo. Haciéndolo bien. Así que gracias a Alberto, gracias a Daniel y Ariane, gracias a amama, gracias a mis tíos y primos, gracias a Raquel y gracias a Vanessa por formar parte de mi vida diaria y por hacer de esta aventura de escribir algo tan bonito. Me encanta cuando hablamos de ello y me encanta que lo viváis con la misma intensidad que yo. Me encanta cuando Daniel ve a la gente leer en la piscina o en la playa y me pregunta si es un libro mío. Me lo como.

Solo quiero hacer una excepción contigo, Albert, y es que el personaje de Ariadna, su entorno laboral, la idea de que trabaje en Coca-Cola es tuya. Me lo sugeriste cuando te pregunté un día a la hora de comer: «¿De qué puede trabajar una chica española en Edimburgo?». Y tú me dijiste: «Las empresas que trabajan con fórmulas tienen un régimen fiscal muy atrayente en Irlanda, por lo que muchas sociedades establecen allí ese departamento. Puede trabajar en Coca-Cola o algo similar». Y me encantó la idea. Iba a darle mucho juego. Después me acordé: «Pero no es Irlanda, es Escocia». Y tú me dijiste: «¿Licencia literaria?». Y así se quedó. Una vez más, *sin ti no soy nada*. Guiño, guiño.

Gracias, Alejandra Beneyto, mi pumpkin, mi persona especial en este mundo literario. Mi persona especial que ha traspasado el mundo literario. No existe nadie sobre la faz de la Tierra que haya vivido la historia de Adam y Ariadna como tú. Que me haya ayudado tanto. Que me haya comprendido tanto. Y lo más importante: que los haya sentido a ellos. Gracias por entrar en mi vida y formar parte de ella cada día.

Gracias, Abril Camino. Gracias por sentir, al igual que yo, ese clic que cerraba nuestra etapa de correctora-cliente y abría el de amiga-amiga. Gracias por ser una integrante más de este grupo del *Crowden* y por haber acogido de la manera en que lo has hecho a Adam y Ariadna. Gracias por darme la mano

cada día en todo lo que hago.

Cherry Chic. Ay, Cherry, o Lore, que es como a mí me gusta llamarte. ¿Y si te digo que creo que sin ti no lo hubiera hecho? ¿O, al menos, no lo hubiera hecho igual? Recuerdo cuando empecé a escribir esta historia. Recuerdo lo asustada que me sentí. Era Adam. Se trataba de mi mejor personaje, de mi personaje más querido. Y me superó. «¿Y si no soy capaz de estar a la altura?», te pregunté, agobiada como nunca antes lo había estado. Tú fuiste quién me dio el empujón, la fuerza, con tus palabras: «Adam lo has creado tú. No ha salido de la nada. Nadie lo conoce mejor que tú y nadie es capaz de escribir su historia más que tú». Aquel día me salvaste.

Gracias, Audrey Ferrer, porque siempre, SIEMPRE, estás ahí para mí. Para lo que sea. Gracias por formar parte de esta historia y por ayudarme en mil cosas y una más. Y, sobre todo, gracias por permitirme entrar en tu mundo. Esto ya no tiene marcha atrás. Hace mucho tiempo que tú y yo somos amigas y hace mucho tiempo que te quería dar las gracias por lo que eso significa para mí.

Y gracias a todos los que habéis leído Sara Summers y me habéis pedido la historia de Adam. El primerísimo empujón fue vuestro.

Susanna Herrero

Susanna Herrero nació en Bilbao en 1980. Es licenciada en Derecho Económico y su trabajo la obliga a pasar muchas horas en el coche. Tantos viajes en solitario conspiraron con su gran imaginación para crear a los personajes que, más tarde, se convertirían en los protagonistas de su primera saga: *Los saltos de Sara*, *Las caídas de Sara*, *Las decisiones de Sara* y *Simplemente Sara*. Apasionada de la lectura desde que a los diez años leyó por primera vez *La historia interminable*, nunca pensó en escribir sus propias historias, pero no ha sido capaz de darles la espalda a sus personajes. Sus últimas novelas: *En cada canción* y *No es amor, es diciembre*.

Puedes encontrarla en [su blog](#), su [página de Facebook](#), en Twitter como [@susanmelusi](#), en [Instagram](#) y en [Pinterest](#).